

3^a
EDICIÓN

OSCAR PADRÓN FAVRE

LOS CHARRÚAS-MINUANES EN SU ETAPA FINAL



LOS CHARRÚAS-MINUANES
EN SU ETAPA FINAL

OSCAR PADRÓN FAVRE

LOS CHARRÚAS-MINUANES EN SU ETAPA FINAL

ARTIGAS Y LOS CHARRÚAS.
REFUTACIÓN A “ARTIGAS Y SU HIJO EL CACIQUILLO”

ALGUNAS MIRADAS SOBRE LOS CHARRÚAS - MINUANES

BIBLIOGRAFÍA CRONOLÓGICA

2011





1ª edición: 2004

2ª edición: 2005

3ª edición: 2011

ISBN: 978-9974-8249-7-3

© **Tierradentro Ediciones**

E-mail: tierradentro@adinet.com.uy

Tel.: 099 413 304

Durazno - Montevideo, Uruguay.

LOS CHARRÚAS-MINUANES EN SU ETAPA FINAL

Reservados todos los derechos

Impreso en Uruguay.

Queda hecho el depósito que indica la ley.

Diagramación:  Augusto Giussi

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	7
LOS CHARRÚAS-MINUANES EN SU ETAPA FINAL	13
I. El mito de tres siglos de resistencia	14
I.1.- En la etapa final del período hispánico.....	16
I.2. Los fracasos del Virrey Marqués de Avilés	23
I.3. Sucesos posteriores.....	27
II.- Cuando la Revolución	33
II.1. En el período artiguista.....	33
II.2. Durante el lustro cisplatino	44
II.3. En la segunda Revolución Patria	50
III.- Al nacer el Estado Oriental	56
III.1.- Restauración de la lógica de Estado	56
III.2.- Bajo el Gobierno Provisorio.....	57
III.3.- En el primer Gobierno constitucional.....	62
Conclusiones	72
ARTIGAS Y LOS CHARRÚAS	
REFUTACIÓN A “ARTIGAS Y SU HIJO EL CACIQUILLO”	75
A modo de explicación	75
Ante un seudo revisionismo	78
I - Los Artigas y los indígenas nómades	82
II - Artigas el charrúa	85
III - El charrúa blandengue	97
IV - Artigas y los charrúas durante la Revolución	109
Otras joyitas	119
Conclusiones	120
Referencias bibliográficas	122

ALGUNAS MIRADAS SOBRE LOS CHARRÚAS - MINUANES	125
I.- Pedro Lozano S. J. (ca. 1745)	125
II.- Gonzalo de Doblaz (1785)	128
III.- José María Cabrer - Diego de Alvear (¿?) (1786)	130
IV.- Andrés de Oyarvide (1787)..	132
V.- Testimonio de la cautiva María Isabel Franco (1801)..	135
VI.- Declaraciones de hacendados de la Banda Oriental (1803)..	138
VII.- Declaraciones tomadas por José Artigas a integrantes de vaquerías (1804)	140
VIII.- Dámaso Antonio Larrañaga (1813)	144
IX.- Auguste de Saint-Hilaire (1820)	146
X. José Brito del Pino (1826)	148
 BIBLIOGRAFÍA CRONOLÓGICA SOBRE LOS CHARRÚAS-MINUANES	 151

INTRODUCCIÓN

Estructura del libro

En la presente publicación se reúnen cuatro trabajos que pretenden ser un aporte al tratamiento del tema de la peripecia histórica de los grupos charrúas-minuanes. En el primer caso -y que da título al libro- se trata de un trabajo de síntesis referido a los, aproximadamente, sesenta años finales de estas etnias. Desde los comienzos de la década de 1980 concentramos parte de nuestra tarea en el estudio de la participación e influencia de las distintas etnias indígenas en la formación de nuestra sociedad nacional. Sobre todo a partir de la publicación de “Sangre indígena en el Uruguay” (1986) fuimos exponiendo, en distintos lugares del país, nuestra visión sobre esta temática, visión en la cual, sin duda, se han ido procesando modificaciones a medida que se profundizan los conocimientos y se madura la reflexión. El presente trabajo de síntesis se nutre, sobre todo, de la redacción de dos conferencias: “Artigas, Rivera y los charrúas”, brindada en el Ateneo de Montevideo (25/XI/1997) y “Los charrúas-minuanes en su etapa final”, que tuvo lugar en el Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay (I/X/2002).

En la segunda parte se reedita -con pequeñas modificaciones- la refutación al libro “Artigas y su hijo el Caciquillo”, del Dr. Carlos Maggi, que con el título **“Artigas y los charrúas”** publicamos en el año 1999. Estando dicho opúsculo agotado desde hace mucho tiempo, hemos considerado como válida la sugerencia de varios amigos y libreros de proceder a su reedición. Al hacerlo, deseamos hacer público el reconocimiento hacia dos figuras destacadísimas de la historiografía nacional que hoy ya no están entre nosotros, el Prof. Washington Reyes Abadie y el Prof. Dr. Edmundo Narancio. Ambos tuvieron la deferencia de transmitirnos, al tomar conocimiento del trabajo, su satisfacción por el mismo, palabras que recordamos con especial consideración.

Algunas reiteraciones de conceptos que pueden percibirse en los dos primeros trabajos, obedecen a la independencia que en su origen tuvieron dichos textos.

Luego, el lector se encontrará con una selección de **“Miradas sobre los charrúas-minuanes”**, de aquellos que siendo sus contemporáneos nos dejaron un testimonio directo, en algún caso instantáneo, de los remanentes

de estas etnias que en el período que analizamos estaban prácticamente unidos. Muchas son las fuentes -con diverso origen y extensión- posibles de seleccionarse. Se publican en esta oportunidad sólo una decena de ellas, que son bastante ilustrativas para acercarnos a la realidad de estos grupos humanos que han sido objeto de tanta manipulación ideológica desde hace mucho tiempo.

Finalmente, se ofrece una **Bibliografía Cronológica** sobre esta temática, que sin ser totalmente exhaustiva recoge buena parte de los trabajos editados en nuestro país, así como también varios publicados por autores nacionales en el extranjero. No se incluyen los de extranjeros publicados fuera de Uruguay, especialmente en Argentina y Brasil. También se incorporan publicaciones que sin estar dedicadas de forma específica a esta temática, contienen documentación que hacen directa referencia a la misma. Además, se han agregado algunos títulos de trabajos literarios cuya mención es insoslayable para un abordaje global del tratamiento del tema en nuestro país.

En el caso de la disciplina arqueológica, la cual generó en nuestro país una bibliografía creciente desde la década de 1960, sólo se han seleccionado algunos pocos títulos como representativos de autores y etapas de la misma.

Varias publicaciones se han incluido con total independencia respecto al juicio que posee el autor sobre su contenido y valor historiográfico, pues el objetivo principal de esta recopilación bibliográfica es brindar un instrumento de ayuda a quienes se interesan en el tema, desde distintas motivaciones y disciplinas.

El “indio uruguayo” y los otros

Decía con exactitud Juan F. Salaberry en 1932: *“Charrúas y uruguayo son una misma cosa, según la idea universalmente admitida, en especial, desde que Tabaré introdujo a los charrúas en la inmortalidad, en alas de la epopeya”*.

La exaltación de los charrúas como “el indio uruguayo” tiene antecedentes de larga data y diversas motivaciones que han tenido en común evitar enfrentar la realidad tal cual emana de las fuentes de época para construir un ideomito¹ al servicio de distintos intereses, ajenos al estricto conocimiento histórico. Tempranamente -desde la Guerra Grande, con más pre-

1 Ver sobre el concepto Ideomito a Abril Trigo en su excelente libro “Caudillo, Estado; Nación. Literatura, Historia e ideología en el Uruguay” Ed. Hispamérica Gaithersburg. 1990.

cisión- su trágico como casi inevitable final fue utilizado como argumento ideológico dentro de la lucha político-partidaria, utilización vigente hasta el presente; luego fue tomado por los románticos y nacionalistas como el arquetipo del “indio del Uruguay”; en el siglo XX su exaltación no cesó, pues al orgullo nacionalista se le agregó, sin confesarlo, su condición de “*últimos indios*”; descartando así toda posibilidad de herencia indoamericana en una sociedad autodefinida como absolutamente europea; finalmente, en nuestros días no han faltado quienes encuentren en ellos una sabiduría superior, un legado espiritual sepultado por la barbarie capitalista del mundo contemporáneo.

En todos esos procesos, el interés por conocer en profundidad la realidad estuvo ausente, por lo tanto tampoco hubo interés de poner a luz la vasta documentación que daba cuenta de la peripecia histórica de estos grupos desde los tiempos de la llegada del europeo. En ese sentido, deben distinguirse como verdaderamente excepcionales por su aporte documental los trabajos del citado Juan F. Salaberry en la primera mitad del siglo XX (absolutamente olvidados) y los de Eduardo Acosta y Lara, a partir de la segunda mitad.

No faltaron quienes advirtieron, ya a finales del siglo XIX, contra los inconvenientes de ese repentino “charruismo” del que fueron presa algunos intelectuales que fundaban a partir de estos indígenas una mitología nacionalista, al precio de una flagrante adulteración de la historia. Entre los que alertaron contra los equívocos de tal construcción intelectual se destacó Eduardo Acevedo Díaz, quien, en 1891, al criticar el proceso de idealización, expresó; “*Se ha llegado basta invocar el sentimiento de nacionalidad, como argumento admisible, para que la mentira primase sobre el recto criterio y fuera ley de conciencias en esta materia, olvidándose deplorablemente de que la verdad histórica es la que honra y educa, aunque lastime susceptibilidades y evapore ridículas leyendas*”.

Pero poco eco tuvieron estas voces. Desde la poderosa y europeizada Capital-Universidad-Puerto se construían versiones del pasado y presente del país de acuerdo a la mirada e intereses de grupos dirigentes bastante alejados de la realidad profunda de la República.

La insistencia en el mito “charrúa” conllevaba varios ocultamientos. En primer término el de la etnia guenoa-minuán, que fue la de más prolongada y extendida presencia en lo que actualmente es nuestro territorio, mientras que la charrúa se concentró en la zona sudoeste y, sobre todo, en la mesopotamia argentina, pasando recién a mediados del siglo XVIII, luego de fuertes represiones, a este espacio oriental del Uruguay.

Otro ocultamiento fue el silencio casi absoluto por la etnia indígena que sí había jugado un papel protagónico en nuestra Historia: la de los guaraníes-misioneros. Poco importó, por entonces, estudiar lo que representaron en el Río de la Plata las Misiones Jesuíticas; su fundamental papel militar durante toda la Revolución; la actuación decisiva de los indígenas misioneros en la formación económica y demográfica de nuestra campaña, que constituía un valioso y numeroso contingente humano (de muchos miles) al nacer el Estado Oriental. No se estudiaron sus importantes saberes artesanales, sus hábitos de laboriosidad y sedentariedad, unidos a su fuerte adhesión al culto católico; tampoco las más que visibles huellas de su presencia en el tan numeroso como marginado poverío rural (ver del autor “Ocaso de un pueblo indio” Mdeo., 1996). Los sectores intelectuales predominantes en la Capital nada de eso tuvieron interés de ver o hacer ver.

Una etnia indígena que no era exclusivamente “uruguaya”, que practicaba la “perniciosa superstición” católica y que de manera más que visible mostraba su permanencia en infinidad de individuos y rasgos culturales, sumaba demasiados defectos para ser reivindicada por entonces.

Pero ese ocultamiento, junto a la paralela consolidación del charruismo, en realidad se inscribía dentro de un proceso más amplio y arraigado de desconocimiento del país real. Se enmarcaba dentro de la ideología de “civilización y barbarie”, de fuerte influencia en la dirigencia urbana del siglo XIX y buena parte del XX, que hizo gala de una ignorancia y desprecio absoluto por la columna vertebral de nuestra formación nacional, por la sociedad rural, la sociedad “gaucha” (término estigmatizante impuesto a ella por dichos ilustrados). Precisamente, rastrear el periplo vital de los indígenas nómades supone, al mismo tiempo, profundizar en el conocimiento del proceso de la formación de nuestra sociedad rural.

La idealización del charrúa nómada y del gaucha también trashumante -pilares de una identidad ficticia cargada de ocultamientos- supuso el olvido por ese conglomerado humano que, sobre todo a partir del siglo XVIII, fue ocupando la tierra, afincándose en ella - unos blancos, otros indígenas o negros y muchos, finalmente, mestizos- llegando a constituir la verdadera matriz de nuestro ser colectivo. Ese antepasado, que siendo estanciero, capataz, puestero, peón, agregado (o viviendo de otras ocupaciones), levantó su rancho o casa de piedra en el casi desierto; que enfrentó, resistió y no pocas veces pagó con su propia vida, los ataques de los indígenas de las tolderías, de los portugueses o de las partidas de salteadores y hombres sueltos; el que a pesar de todos esos riesgos amansó ganados, cultivó la tierra y empuñó las armas cuando se lo pidió el Rey, la Patria o la divisa; que tuvo, aún en la soledad de nuestros campos, esposa e hijos, fundando los linajes

de los numerosos pagos, que constituyeron las verdaderas piedras sillares de nuestra población nacional.

Los datos de la realidad

El indígena nómada fue acérrimo enemigo de esa sociedad criolla sobre la que se forjó el país y de la que descendemos en buena medida por sangre y cultura. Debía ser su enemigo, no le quedaba otra alternativa ante el paulatino proceso de estrechamiento del espacio que sintió, fundamentalmente, a partir de la segunda mitad del siglo XVIII. Pero al mismo tiempo que rechazaba el proceso colonizador hispano -tanto en su expresión blanco-mestiza (las poblaciones criollas) como en su expresión indígena (las Misiones)- generó una fuerte dependencia a productos provenientes de ese mundo cristiano. Por lo tanto, buscó deliberadamente el contacto con esos centros colonizadores para obtener dichos bienes, sin medir los medios y sus efectos. Y así desarrolló distintas estrategias para alcanzar sus objetivos, no descartando los métodos de extorsión practicados a la vera de los caminos más transitados o los devastadores ataques sobre incipientes poblaciones y estancias, donde mataba a todos los hombres, cautivando a mujeres y niños. Sin duda aplicaba la misma crueldad que utilizaban tanto los ejércitos criollos y misioneros con ellos.

Otra estrategia fue aliarse con el frente colonizador portugués. Astutamente durante más de un siglo los lusitanos estimularon los malones de estos indígenas nómades sobre el frente hispano -fueran poblaciones criollas o las Misiones- para beneficio de sus propios intereses imperiales. Los brasileños sí que deberían levantarle un monumento, pues actuaron en el período colonial como un importante aliado para su expansión territorial.

Las tolderías constituyeron también una auténtica “República trashumante” -condición que adquirieron desde finales del siglo XVI y conservaron hasta su desaparición definitiva- convirtiéndose en seguro refugio para todos aquellos que por robos, asesinatos u otros motivos quedaban fuera de la ley en el mundo de los cristianos. Sin embargo, ni este importante motivo de rechazo, ni sus violentos malones, ni su fuerte adicción al alcohol -todos factores de degradación como colectivo étnico- han sido destacados al tratar de ellos.

Para la verdadera memoria de la sociedad de los campos del Río de la Plata, pronunciar los nombres de charrúas o demás grupos indígenas nómades evocó, siempre, recuerdos de robos, muertes y dolor. Su participación en el proceso revolucionario -fruto de la mutua conveniencia- no logró

borrar esa marca en las poblaciones rurales, al contrario, en algún caso la profundizó.

Por lo dicho, difícilmente hubieran estado de acuerdo los vecindarios rurales con las construcciones románticas y nacionalistas que poetas e historiadores se esforzaron por realizar en nuestro país desde finales del siglo XIX. Pero la construcción de nuestra memoria “nacional” escrita no fue tarea de nuestra población rural, la realizaron otros, a mucha distancia.

A la luz del presente

La acuciosa necesidad de sinceramiento y de profunda introspección que demanda el país, en lo que parece ser el ocaso de un ciclo histórico, debería tener su correlato en el campo historiográfico, con trabajos que pretendan mostrar de una forma más fehaciente la compleja trama de su formación y evolución como sociedad nacional, en sus diversos aspectos. Sin duda ha sido ese el propósito de gran número de investigadores de la Historia en nuestro país, pero se debe intensificar ese trabajo. Seguir alimentando el culto a visiones estrechamente nacionalistas; convalidar mitos de excepcionalidades o superioridades frente a otras sociedades; crear versiones caprichosas de nuestro pasado de acuerdo a nuestros deseos o intereses a nada conduce, sino a alejarnos de la realidad, a perder contacto con los datos más primarios de la evidencia. Lo importante es que si esto no lo hacemos con el pasado, difícilmente sepamos hacerlo con el presente y el futuro.

La tendencia a escapar de la realidad y no asumirnos tal como hemos sido, y somos, tiene, lamentablemente, profundas raíces y evidencias más que dolorosas entre nosotros.

Tenemos inclinación, también, a omitir la complejidad de la realidad y a caer en visiones maniqueas o excesivamente simples, encasillando en categorías éticas inamovibles a personajes, grupos, períodos o acontecimientos.

Poder contribuir a develar un poco más ese extenso y complejo proceso de nuestra formación colectiva -que generalmente desdeñan quienes adhieren a la explicación de nuestra sociedad como meramente aluvional- es el propósito principal de este libro.

Durazno, mayo 2004.

I

LOS CHARRÚAS-MINUANES EN SU ETAPA FINAL

No pocos riesgos implica asumir la pretensión de recorrer y analizar la etapa final de la etnia charrúa-minuán de manera sintética. Por supuesto que intentar hacerlo supone estar dispuesto a sacrificar la trascripción de buena parte de un voluminoso corpus documental que fundamenta la descripción de los hechos y los juicios que se enuncian. Supone, además, desechar el tratamiento de numerosas cuestiones que este tema engloba, en primer término el establecer las distinciones de diversa índole entre los charrúas y los minuanes (ver Azara, F. 1850: Bracco, D. 1998). Particularidades que habrían mantenido hasta el final. Sin embargo, todo hace pensar que en la etapa que nos ocupa mantuvieron una estrecha y definitiva unión, por lo que se justifica su tratamiento conjunto. Recuérdese que los minuanes eran identificados en la zona misionera como **guenoas**, seguramente con mayor exactitud respecto a la expresión original (Barrios Pintos, A. 2000: 24-25).

Debe destacarse que en esta temática autores como Eduardo Acosta y Lara, José Joaquín Figueira y Aníbal Barrios Pintos han hecho contribuciones de fundamental relevancia. Es justo también mencionar los aportes realizados, entre otros, por Francisco Bauzá, Mario Falcao Espalter, Ariosto Fernández, Angel H. Vidal, Flavio García, Horacio Arredondo, Juan Pivel Devoto, Luis Ponce de León y Fernando Assunção. Mención especial merecen los trabajos, con clara intención desmitificadora realizados hace ya varias décadas por el jesuita Juan Faustino Salaberry con su libro “Los charrúas y Santa Fe” y los trabajos publicados en la Revista del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay (ver parte IV: **Bibliografía Cronológica**).

I. EL MITO DE TRES SIGLOS DE RESISTENCIA

“Los indios Charrúas se mantuvieron constantemente en guerra con los españoles por cerca de 300 años...” expresó el Brigadier Antonio Felipe Díaz en sus Memorias (Díaz, A. 1978), siguiendo lo expresado antes por Félix de Azara.

Sin embargo, la investigación minuciosa de tan dilatado período revela que tal resistencia no fue ni constante ni mucho menos la forma de relacionarse que predominó entre los frentes colonizadores euro-criollos y estos grupos de indígenas nómades-ecuestres.

A lo largo de estas tres centurias, se desarrollaron una serie de procesos de contacto con los frentes colonizadores que en un estudio detenido de las relaciones interétnicas es imprescindible tratar. Caso, por ejemplo, la intensa participación de los indígenas nómades en el tan difundido como arraigado tráfico humano denominado “Rescates” durante los siglos XVI y XVII (ver Salaberry, J. F.:1926); la firme y dilatada alianza con los portugueses de Colonia del Sacramento o Río Grande contra la expansión hispano-criolla; la centenaria rivalidad con los guaraníes-misioneros, en complejas relaciones de odios, parentescos, acercamientos y conveniencias mutuas a lo largo de dos siglos; las múltiples iniciativas de los jesuitas, durante igual período de tiempo, por evangelizarlos y reducirlos de forma pacífica o forzada, la gran mayoría culminadas en fracasos; el carácter de las *tolderías* como eterno refugio de todos aquellos integrantes de la sociedad criolla que escapaban de la justicia, lo que hizo que el Padre Pedro Lozano designara las *tolderías* de los infieles como **“la Ginebra americana”** (Lozano, P., T. I.: 411); su participación en las actividades económicas de la época, tropeando ganados para bucaneros en las costas del este o para santafesinos, correntinos y portugueses; el creciente mestizaje y acriollamiento de sus jefaturas, desempeñando, con frecuencia, la jerarquía de caciques hombres mestizos, nacidos en el mundo hispano-criollo, que luego pasaban a vivir en las *tolderías*. También se daba el caso de charrúas o minuanes que habían nacido o pasado su infancia en la sociedad criolla y, cuando adultos, se integraban a las *tolderías*.

Estos y otros aspectos no menos importantes son ineludibles de abordar para conocer la real peripecia histórica de estos grupos humanos a través del período colonial, pero escapan a los límites cronológicos y las características de síntesis de este trabajo.

Debe agregarse, sí, que esperar una reducción pacífica parecía una verdadera quimera. Así lo habían demostrado dos siglos de innumerables in-

tentos -sobre todo desde las Misiones jesuíticas- casi siempre infructuosos o de relativa pequeña escala. Poco o nada tenían que ver con esta actitud las características de mayor o menor valentía, combatividad u otros atributos que un errático nacionalismo ha insistido en destacar para explicar su comportamiento. Las respuestas que los distintos grupos humanos dieron al desafío de la conquista y colonización europea de América estuvo ligada, fundamentalmente, a las características económicas y sociales de dichos grupos.

Tempranamente sacerdotes y autoridades coloniales percibieron que sólo los grupos sedentarios, agricultores, eran pasibles de una reducción rápida y permanente, pues ya poseían la condición principal: una cultura estructurada sobre pautas de vida sedentaria, por la cual las posibilidades de huir del frente colonizador eran mucho menores. Se vieron enfrentados a la disyuntiva de someterse, resistir o intentar la alianza, como hicieron los guaraníes al comienzo de la Conquista.

En el caso de los grupos nómades, su gran capacidad de movimiento -sobre todo después de volverse ecuestres- les permitió tomar cierta distancia de los frentes colonizadores para no verse obligados a someterse. Por eso, mucho más que la resistencia fue abandonar el espacio lo que caracterizó su modo de acción. Sin embargo, al mismo tiempo, se volvieron dependientes de algunos bienes que ellos no producían y que sólo el contacto con las poblaciones del espacio colonial se lo podía brindar, por lo tanto su alejamiento no supuso el distanciamiento, sino que buscaron cada vez más el contacto para obtener, por las buenas o las malas, aquello que demandaban, generalmente aguardiente, yerba, tabaco, tejidos y algunos objetos de metal. También apelaron al robo de los ganados de las estancias, cuando comenzó a escasear el cimarrón.

De tal manera que tanto los sacerdotes como autoridades coloniales terminaron poseyendo la convicción que sólo el miedo a un ataque masivo contra sus tolderías o el deseo de obtener aquellos bienes que se mencionaron, los movía a hacer la paz con las poblaciones criollas o incorporarse a las Misiones. Fingían así, la mayoría de las veces, una voluntad de sedentarización que desaparecía al mismo tiempo que lo hacían las transitorias circunstancias que le habían dado origen.

No obstante ello, los cada vez más estrechos vínculos entre tolderías y frentes coloniales pudieron habilitar una integración menos traumática de estos grupos a las sociedades criollas. Efectivamente sucedió así en algunos casos, pero otras tolderías optaron por mantener su tradicional forma de vida, sin percibir que cada vez existía menos posibilidades para hacerlo.

I.1.- EN LA ETAPA FINAL DEL PERÍODO HISPÁNICO

La reducción del espacio

No fue tampoco una valentía excepcional de los indígenas nómades-cuestres lo que explica que a casi dos siglos y medio de la presencia hispano-lusitana en América, aquellos gozaran de transitar por grandes zonas del Río de la Plata sin mayores zozobras. Fue el desinterés de ambas Coronas por estos territorios marginales, –notorio sobre todo en el caso español–, el verdadero motivo de esa situación. Sin embargo, desde comienzos del siglo XVIII ese panorama comenzó a revertirse y nada pudieron hacer dichos grupos para detener ese proceso. La sólida alianza de los charrúas y minuanes con los portugueses debilitó y retrajo al frente español pero favoreció notablemente el avance lusitano.

Es conocido que en las décadas finales del siglo XVIII se asistió a un verdadero aceleramiento histórico, muy especialmente acentuado en el territorio de la Banda Oriental del río Uruguay. Proceso que tuvo como causas fundamentales la lucha de los imperios español y portugués y el interés en la riqueza ganadera allí existente, ante un creciente requerimiento del comercio internacional de cueros vacunos. Ambos procesos, determinaron un acelerado avance sobre las tierras entre los ríos Paraná y Uruguay y las ubicadas en toda la Banda Oriental del Uruguay. Las durísimas campañas punitivas realizadas a mediados del siglo XVIII bajo el mandato del Gobernador José de Andonaegui, provocaron que los charrúas, con restos de yaros y bohanes, abandonaran las tierras mesopotámicas entre el Paraná y Uruguay- en las cuales habían residido hasta entonces con preferencia- y se trasladaran hacia las del oriente del Uruguay (ver Acosta y Lara, E. T. I 1961). Pero también en esta dilatada Banda Oriental el espacio para sus fantásticas cabalgatas se fue reduciendo, por el avance hispano criollo desde el sur hacia el norte, por la presión ejercida desde las Misiones Orientales y Yapeyú y por la expansión lusitana que tenía como focos a Río Grande, Río Pardo y Porto Alegre.

Paulatinamente, pero de forma inexorable, el cerco se cerraba sobre ellos.

La decadencia de las Misiones Jesuíticas

La indetenible decadencia de los Pueblos de Misiones, a causa de la expulsión de los Padres de la Compañía (1767-8), aumentó la emigración de hombres y mujeres misioneros hacia las tolderías, actuando como un

factor de reposición demográfica que intensificó de forma considerable los procesos de mestizaje a lo interno de las tolderías, al tiempo que facilitaba las relaciones entre tolderías y centros criollos, al tener mayor número de interlocutores para esas relaciones. La presencia de grupos de charrúas y minuanes fue constante en las Misiones, especialmente en las más meridionales y ricas en ganados, caso de Yapeyú, San Borja y San Miguel. Acudían tanto a las numerosas estancias que tenían en las inmensidades de los campos como a las propias Misiones y siempre su objetivo era obtener yerba, tabaco, ponchos o telas para chiripá y algunos objetos de metal. Casi siempre accedían los indígenas misioneros a sus requerimientos, pues sabían que de negarse deberían soportar la venganza de aquellos, quienes atacaban las estancias o sorprendían a las partidas de vaqueros tapes cuando transitaban por la inmensidad de los casi desiertos campos, matando a todos ellos. Otra razón muy fuerte que decidía a los denominados “infieles” a acercarse a las estancias o las propias Misiones era cuando se veían perseguidos por campañas punitivas del mundo criollo, simulando haber tomado la decisión de acristianarse y sedentarizarse. Pasado el peligro la mayoría regresaba a su vida errante.

El jesuita José Cardiel, en 1747, expresaba el fracaso de su Orden frente a estos grupos:

“Más ha de 100 años que se ha tratado de su conversión en diversos tiempos y siempre en vano; pero como non est abbreviata manus Domini, siempre que hay ocasión, procuramos tentar el vado. Son de a caballo, sin pueblo ni sementera, como los Mocovís; y viven como ellos de la caza y pillaje...” (ver Barrios Pintos, A. T. I, 2000:32)².

El también jesuita Pedro Lozano expresó por entonces idénticas convicciones (ver Parte III; **Algunas miradas...**).

En realidad, al final del período colonial no eran pocos los individuos de origen charrúa, bohán, yaro, manchado, martidane o guenoa que de forma voluntaria o forzada se habían incorporado a los distintos pueblos de Misiones, generándose un proceso de guaranización -de aquellos hombres, mujeres y niños - muy intenso. De la misma forma, los tapes al huir hacia las tolderías de alguna manera se charruizaban, lo que determinaba, en el áspero mundo de la frontera, un intenso tráfico de sangres y pautas culturales. Por eso puede decirse que al final de la época colonial los conceptos de “misioneros” o “infieles” en buena medida más que a caracteres fenotípicos respondían a formas de vida.

2 En la casi totalidad de las transcripciones documentales se ha actualizado la ortografía para facilitar su lectura.

Pero, sin duda, aún cuando esos contactos fueron más intensos, también las razones de conflicto entre ambas etnias se agudizaron, en la medida que el espacio se iba reduciendo y los ganados - lo que todos ambicionaban - fueron mermando. No era verdadera amistad sino obligada tolerancia lo que existía entre ambas etnias indígenas, por otra parte tan dispares en número de integrantes, siendo para entonces algo más de medio millar los infieles y varias decenas de miles los guaraníes-misioneros.

José de Saldanha en su valiosa descripción de los minuanes, realizada en 1787, confirma que los infieles *“aborrecen a los Indios Tapes y no se dan mucho con ellos, los cuales no dejan de tenerle algún miedo, dado su mayor coraje y resolución que han experimentado con ellos algunas veces”* (Acosta y Lara, E. 1969: 250).

Nunca desapareció la antigua rivalidad entre guaraníes y charrúas-minuanes. Observadores perspicaces señalaron, ya entonces, la conveniencia de usarla para terminar con el problema de los indígenas nómades. El experimentado hombre de frontera Agustín de la Rosa, expresó en 1796: *“Ulegará un tiempo que (charrúas y minuanes) causarán los mayores perjuicios en esta Campaña, si no se busca medio de reunirlos a sociedad o aniquilarlos, que para esto son a propósito los Indios de Misiones, por el mutuo aborrecimiento que unos a otros se tienen”* (Acosta y Lara, E. 1961). En Salsipuedes, en 1831, esa confrontación, efectivamente, estuvo presente (Padrón, O., 1997).

La expulsión de los Jesuitas en 1768 trajo, también, un notorio abatimiento en los intentos de evangelizar y reducir a tales indígenas. En las décadas futuras no habría espacio para el fuego misional característico de los siglos anteriores, lo que constituyó un factor de no escasa importancia en el tema que nos ocupa.

La alianza con los portugueses

Los caciques que aparecían como aliados de los portugueses, al mismo tiempo llegaban a las Misiones, o a las poblaciones hispanas, con promesas de paz, detrás de sus siempre insistentes demandas por yerba, tabaco, ropa y, especialmente, el aguardiente.

Numerosas constancias documentales ponen al desnudo esta habilidad para realizar ese juego a dos puntas y extraer los mejores resultados para sus intereses, concedores que las poblaciones criollas evitaban tener conflictos con ellos, pues dueños de los senderos en las casi desiertas praderas, se vengaban cruelmente si se negaban a satisfacerlos.

En la lucha de Imperios, la firme adhesión de las Misiones Jesuíticas y su numerosa población indígena a la causa española en la región rioplatense, determinó que Portugal, para contrarrestar, encontrara como aliados casi naturales para su política a los grupos nómades. Esta alianza tácita predominó a lo largo de todo el siglo XVIII y comienzos del XIX, dando lugar a la reiteración de enérgicos reclamos diplomáticos por las autoridades españolas. Los charrúas y minuanes constituyeron una fuerza bélica al servicio de los lusitanos, ya que éstos permanentemente los estimularon a que realizaran acciones de saqueos sobre las poblaciones más avanzadas del frente colonizador hispano-criollo para detener su avance. Realmente de importancia fueron los servicios que estos grupos nómades-ecuestres prestaron al expansionismo imperial lusitano sobre la Banda Oriental.

Francisco Miliou y Maraval (1772), luego de haber recogido vasta experiencia en estas tierras, explicaba con claridad la forma de actuar de los minuanes:

“Estos mantienen lo más del tiempo paz con la Ciudad de Montevideo, en la que hay más apariencia que realidad, pues al mismo tiempo que alguno de ellos vienen con frecuencia a esa Ciudad con pretexto de manifestar su buena voluntad y es más bien con el fin de embriagarse con las bebidas que procuran y llevarse lo que pueden bien o mal adquirido, están otros compañeros suyos ejecutando daños en las haciendas, en cuyas vecindades viven, o por lo regular ayudan para sus robos a los Portugueses y otros vagamundos, disculpándose, si se les reconviene de sus hechos, que han obrado algunos malos que hay entre ellos contra la voluntad de los demás, y prometiendo castigarlos. Es cierto que su vecindad hace mucho daño y es de gran perjuicio a todos los establecimientos que hay por aquella parte...” (Miliou, F. 1947)

Pocos años después, en 1776, cuando volvieron a romperse las hostilidades entre ambos Imperios, los portugueses otra vez utilizaron a su favor las fuerzas de los infieles minuanes, quienes atacaron las estancias misioneras y saquearon el incipiente poblado de Paysandú.

En 1785, Gonzalo de Doblas reconocía que si bien tanto los misioneros como los gauderios algo conseguían de los minuanes, estos indígenas no ocultaban su clara preferencia y acuerdo por los portugueses, dejándoles explotar la riqueza ganadera de las tierras castellanas a su antojo. Decía entonces:

“Pero es mucho más lo que extraen los mismos portugueses, a los que ayudan y favorecen mucho los minuanes, porque los regalan con más frecuencia, dándoles lo que más apetecen, particularmente el aguardiente por medio de lo cual consiguen, no tan solamente el que les permitan matar y extraer el ganado

que quieran y sus corambres, sino que, en caso de que alguna partida española los encuentre, los favorecen, no permitiendo se les haga ningún daño» (Doblas, G. de 1988).

Por eso, nada más alejado de la realidad los intentos de historiadores como Francisco Bauzá o Pablo Blanco Acevedo de vincular el origen de la nacionalidad oriental con los indígenas nómades, cuando sirvieron durante más de un siglo a los intereses lusitanos en la región y no a los de la sociedad hispano-criolla, de la cual surge aquella.

Infieles y gauderios

El panorama humano de la Banda Oriental se transformaba aceleradamente. Era creciente el número de hombres de diverso origen que atraídos por las posibilidades de vida libre y trabajo fácil se acercaban a *“las tierras del mar”*.

Mientras los ganados orejanos fueron abundantes y las tierras al norte del río Negro permanecieron poco o nada pobladas, existió una convivencia o tolerancia entre infieles y gauderios. Pero en esencia eran enemigos.

A medida que los ganados cimarrones se fueron haciendo escasos, la competencia por ellos se hizo mucho más dura y aún más cuando el número de gauchos sobrepasó ampliamente al número de infieles. En la última década del siglo XVIII el antagonismo alcanzó particular crueldad y en muchos casos los infieles debieron refugiarse en las Misiones, como lo hicieron casi en su totalidad en 1794, año en el cual *“se presentaron en los pueblos de Yapeyú, San Borja y La Cruz 650 indios Charrúas y Minuanes que habían sido acosados y perseguidos por gente española (blanca) que faenaba en los campos”* (José Torre Revello “Yapeyú” Buenos Aires, 1958: 70).

En 1797, Don Bernardo Suárez del Rondelo llamaba la atención de las autoridades sobre:

“La continua guerra que el número de hombres ejercitados en el oficio de Changadores de esta campaña tiene declarada a los indios naturales, así minuanes y charrúas como misionistas...Sus pueblos o tolderías no una, sino muchas veces fueron dados al fuego y saco, asesinados sus ocupantes como las reses en el matadero. La mayor parte de la ancianidad de ambos sexos entregó la cerviz al cuchillo y fiereza de una turba de hombres desprendidos de los sentimientos de la humanidad, y la juventud fue dispersa y condenada al cautiverio de la arbitrariedad caprichosa” (Acosta y Lara, E. T. I 1961).

Por entonces y como efecto de dichas acciones, algunas tolderías se habrían integrado definitivamente a las Misiones (Azara, E 1850).

Las venganzas de los infieles con los hombres que solitariamente o en pequeños grupos cruzaban por los campos abiertos no eran menos crueles. Así Ignacio Martínez informaba, en octubre de 1798, *“haber encontrado en estos distritos (del Piray, Paymorotí y puntas del río Negro) varios cadáveres de cristianos los que son muertos por dichos indios”* minuanes y charrúas (Archivo Artigas T. II:80).

La áspera realidad de la frontera fue acrecentándose en sus rasgos más violentos a medida que mermaban los ganados y aumentaban los que querían obtenerlos. Los frentes colonizadores fueron aproximándose y se acentuaron las medidas defensivas y represivas a través de guardias y partidas volantes.

Los charrúas-minuanes no cejaban en sus ataques, casi siempre azuzados por los portugueses. Atacaban tanto las poblaciones y estancias castellanas como las misioneras, pese a haberlos acogido en innumerables oportunidades. Los ataques realizados a las estancias de Yapeyú, La Cruz y San Borja determinaron la realización, en 1798, de una severa campaña punitiva que tuvo a cargo de Francisco Rodrigo, en la cual habrían perecido más de 300 infieles. Los hombres eran ejecutados, respetándose sólo la vida de mujeres y niños que pasaban a vivir, en su mayoría, en las Misiones (Acosta y Lara, E. 1961).

Hacia el este de la Banda Oriental tampoco tenían término los ataques a estancias, partidas de soldados y transeúntes de la campaña. Los principales hacendados de la Banda, reunidos en Montevideo, también reclamaban que se arbitraran medidas para poner orden.

Esta situación determinó la creación del Cuerpo de Blandengues para la Banda Oriental. Las partidas de blandengues tuvieron permanentes encuentros con los infieles, muchas veces aliados con cuadrillas de portugueses.

No obstante ello, las autoridades virreinales no cejaban en buscar un trato conciliador con las tollerías, en la esperanza de una reducción voluntaria y pacífica.

La lucha contra los “infieles” en la memoria de los pagos

Aunque no ha sido motivo de estudio hasta el presente, los vecindarios de los distintos pagos de la Banda Oriental guardaron con orgullo la memoria de su lucha contra los “infieles”, recordándolo, especialmente, cuando se dirigían ante las autoridades del régimen colonial. Sin duda la zona sudoeste del territorio, donde se ubicaron los tempranos centros poblados de Santo Domingo Soriano, Víboras y Espinillo, fue una de las que guardó

más fuerte memoria al respecto. El primero de los nombrados, pueblo de indígenas chanás y charrúas en su origen, en distintos petitorios destacó como méritos de su población la prolongada lucha contra los infieles. Así en 1796 el Cabildo de Soriano solicitaba a la superioridad *“mire con caridad a este Pueblo tan antiguo y de tantos servicios como ha sido, que sí se balla poblada esta Vanda ha sido p.r la defensa que han hecho a su costa, desterrando los enemigos de Indios Charrúas q.e tantos daños hacían a los Pobladores...”* (Arch. Gral. de la Nación Libro 68: f.4). Y pocos años después, en 1800, volvía a destacar con orgullo tales antecedentes:

“Más de cien años después de su fundación han estado en continua guerra contra los infieles, sus vecinos, de quienes a cada instante se veían invadidos, hasta que han logrado la total destrucción de Aros (Yaros) y Bojanés, y hacer retirar de toda la costa del Río Negro a los Charruas y Minuanes, sin q.e p.a estas empresas se les haya prestado el menor auxilio por los Gobernadores de la Provincia” (Bauza, F. 1967 T. 111: 403).

También Paysandú, puesto de avanzada de Yapeyú, poseyó una dilatada tradición de amenazas y ataques de los infieles, tanto en el período colonial como, según veremos, posteriormente. En 1786 el Administrador de ese centro poblado. Diego Antonio de Pro, informaba:

“No habiendo llegado a estos destinos los enemigos charrúas desde el asalto que dieron a Dn. Simón de Soroa, que hace el espacio de 10 años, he sido visitado de ellos dos veces en el tiempo de diez días viniendo con mil majaderías y pidiendo cuanto se les antojaba, de suerte que me fue precisado comprar dos sombreros; y doce banderas de cinta y algunas cuentas que encontré entre estas pulperías sin dos arrobas de yerba y media de tabaco que se les suministró para agradarlos y con todo no fueron gustosos; de lo que han resultado varias habladurías entres estas gentes de que volverán con el disgusto de dar con nosotros...” (cit. Barrios Pintos, A. 2000 T. I: 320).

Pero sin duda fue en los territorios más alejados de los centros poblados donde los recuerdos de los malones de infieles aliados con portugueses, hombres sueltos o tapes escapados de los Pueblos, quedaron grabados a fuego en los vecindarios, los que recordaban los hombres muertos y las mujeres y niños conducidos por la fuerza hacia las tolderías. Aunque la proporción de registros documentales sobre tales acciones sea absolutamente mínima frente a la infinidad de tales actos, no pocos documentos judiciales vinculados, en la mayoría de los casos, a los litigios por la propiedad de las tierras, dejaron constancia de tales episodios. Es el caso, sólo a título de ejemplo, del hacendado Arvide, con campos sobre el Daymán, quien en un litigio reivindicaba haber sostenido *“... continuamente en mi población de treinta hombres para arriba y como se hallaba tan abanzada hacia los infieles*

charrúas, nos obligaban a trabajar con el fusil en una mano y el lazo en la otra. Al abrigo pues de aquella guarnición que mantuve por cerca de seis años a mis expensas, se fundaron otras muchas Estancias” (cit. Rodríguez, J. “Las montoneras y los caudillos” 1968: 44).

En marzo de 1801, el Juez del Partido de las Flores y Arroyo Malo informaba al Virrey, Marqués de Avilés, de los sufrimientos de los vecinos de su distrito, primero por los actos de vandalismo realizados por los blandengues desertores de las fuerzas de Jorge Pacheco y luego por la llegada *“de los Indios Infieles, Charrúas y Minuanes... avanzaron a toda la costa del río Negro, quemando la mayor parte de las casas y matando las gentes que encontraban, pues en una sola habitación se dio sepultura a siete cuerpos muertos. El día diez y ocho, volvieron avanzar, mataron dos... hay muchos cristianos apóstatas entre los infieles y estos les comunican que la frontera esta indefensa...”*. Y casi al finalizar le advertía *“si se hubieran limpiado los campos primero, no hubieran acaecido tantas infelicidades, y entonces no faltarían gentes para poblar las villas que V.E. gustara, pues de miedo de los infieles siempre se han recelado las gentes; no puedo dar relación a V.E. por extenso de los muertos de mi Jurisdicción, porque los indios ladrones y forajidos están apoderados de toda la costa del Río Negro y no tengo armas ni gentes con que poderlos contener...”* (Lockhart, W. 1967:92-4).

Hemos señalado ya que los vecindarios de los distintos pagos de tierra adentro seguramente no habrían convalidado -de haberlos conocido- las poesías o relatos históricos de cuño romántico que idealizando a los charrúas-minuanes comenzaron a surgir en Montevideo, en las últimas décadas del siglo XIX. Sin duda, de haber tenido la oportunidad de hacerlo, otra Historia totalmente distinta de nuestros orígenes habrían redactado.

I.2. LOS FRACASOS DEL VIRREY MARQUÉS DE AVILÉS

El Virrey Marqués de Avilés (1799-1801), al asumir tenía ante sí una serie de problemas a resolver en la bravía Banda Oriental, entre los que se destacaban, como los más urgentes, detener el constante avance portugués sobre las tierras castellanas, que ya había desbordado más que atrevidamente la línea de San Ildefonso; poner fin a la anarquía y decadencia de las Misiones y dar término al problema de las remanentes tolderías de charrúas y minuanes. En este sentido, procuró continuar una política conciliadora con estos indígenas “gentiles”. Sin embargo, tenía también plena conciencia que los tiempos para la tolerancia se acababan, especialmente porque el desenfau-

dado avance portugués obligaba a cortar con eficacia los nudos gordianos que retardaban la ocupación del territorio oriental por los hispano-criollos. Acciones de distinto carácter se realizaron durante su período tendientes a solucionar el problema de los charrúas-minuanes.

Las comisiones de Agustín de Pinedo y Juan Ventura Ifrán para la reducción pacífica

Al primero que el Virrey le encomendó, en 1799, establecer contacto con los charrúas-minuanes, para *“atraerlos a la vida civil sacándolos de la miseria y el sobresalto”*, fue al Cnel. Agustín de Pinedo quien creía poder reducir a dichos indígenas por la vía pacífica, pues sus acciones, afirmaba, eran fruto de represalias por la actitud que se tenía con ellos. Fracásó en su intento y los charrúas volvieron a hostilizar a las estancias de Yapeyú (Barrios Pintos, A. 2000 T. II: 285).

No cejó el Virrey en su noble actitud y ordenó otra misión para transmitir a los infieles su propuesta de *“paz y amistad duraderas, y buenos territorios donde pastorear como dueños sus ganados”* (Bauza, F. 1967 T. III) La misión, ahora, fue encomendada al Comandante Juan Ventura Ifrán, siendo acompañado por los caciques charrúas Vicente Adeltú y Antonio Ocalián, que residían en Buenos Aires. La misión se inició en enero de 1800 y duró hasta los primeros días de junio. Recorrió una vasta zona, manteniendo encuentros con distintas tolderías ubicadas en las costas de los ríos Cuareim, Sierra del Yrao, arroyos Yucutujá y Cuaró.

Uno de los episodios más sobresalientes tuvo lugar en las proximidades del Cuareim Chico, donde se encontraron con el cacique minuán Masalana. El cacique pareció interesado en la propuesta, pero dudaba que los hombres de su tribu lo acompañaran, especialmente porque dos individuos del mundo cristiano, que venían con ellos, hicieron todo lo posible por indisponer a los indígenas con la comitiva que venía a ofrecerles la paz y un trozo de tierra para vivir sedentariamente. El episodio interesa en la medida que muestra la perniciosa influencia que ejercieron siempre sobre los indígenas aquellos que huyendo del mundo criollo se refugiaban entre ellos. Con la sedentarización de las tolderías, los delincuentes y gente de mal vivir no sólo perdían un seguro refugio sino sus constantes aliados para realizar robos, asesinatos y otras acciones contra las poblaciones criollas, por lo tanto fueron siempre los primeros en tratar de impedir una incorporación de los indígenas a la vida del mundo hispano-criollo. Hasta nacer el Estado Oriental esa realidad permaneció incambiada, siendo una de las razones principales para decidir la desaparición de las tolderías.

Juan Ventura Ifrán, convencido de la imposibilidad de lograr un acuerdo con los minuanes fue en búsqueda de los tolderías charrúas de los caciques Ignacio el Gordo y Pintado. Sin embargo, las abundantes lluvias y el mal estado de las caballadas le impidieron poder tomar contacto con ellos, retornando hacia Yapeyú en los primeros días de junio de 1800, habiendo fracasado totalmente en su misión.

Campaña de Jorge Pacheco

Desilusionado por el fracaso de la Misión de Ifrán y ante otras denuncias de sus saqueos, el Virrey Marqués de Avilés no tenía más alternativa que ceder ante aquellos que recomendaban el recurso de la mano dura para doblegar la resistencia de las tolderías a la vida sedentaria. El hombre elegido fue el Capitán de Blandengues Jorge Pacheco, a quien el propio Virrey en severas instrucciones dadas el 4 de octubre de 1800 le recomendaba: “... *perseguir al Enemigo por todas partes sin omitir medio alguno para rendirlo a viva fuerza y limpiar la Campaña de unas gentes tan perversas é inhumanas, cuidando mucho de cortarles la retirada para que no puedan profugarse ni escapar, particularmente por la parte de Batobý y San Rafael hacia donde es regular que perseguidos se recuesten*” (Bauzá, F.T.III, 1967:409).

La campaña dio comienzo en la segunda quincena de abril, concentrando sus fuerzas en el potrero de la barra del Arerunguá, teniendo un primer encuentro en el paso de las Tropas en el Arapey con un grupo de indígenas liderados por el “*Cacique Zurdo, hijo del finado Dn. Ignacio el Gordo*” que venían “*de invadir las estancias desde el Queguay hasta la costa de Sn. Francisco*”, conduciendo caballos redomones y potros, yeguas y mulas robados y un cautivo de 14 años. Los charrúas “*aunque se vieron cercados no trataron de rendirse..*”, muriendo en el encuentro. Pocos días después, el 1° de mayo, Pacheco vuelve a realizar otro ataque, ahora a las tolderías ubicadas en el Corral de Sopas. Según el Diario llevado por el Comandante, al finalizar el combate:

“Se contaron en el campo muertos treinta y siete hombres y dos mujeres, entre ellos el Cacique Juan Blanco de los Charrúas y el de los Minuanes Zará. Finalizada la acción alas nueve y media entró toda la tropa a pie a registrar la Montaña de donde se sacó la cautiva María Isabel Franco y otros dos muchachos también cautivos. Se cogieron siete indios jóvenes prisioneros, trece chinas y once criaturas. También se advirtió que las indias mataron porción de niños de pechos por no ser descubiertas en el monte por los que lo registraban caso de llorar.”

Los caballos apresados fueron trescientos dos, todos inútiles y veintisiete yeguas. Los rastros de sangre que se notaron dentro del bosque manifestaban que los escapados iban gravemente heridos” (cit. Acosta y Lara, E. 1961:176-7).

Finalmente, el 21 de mayo se produjo otro encuentro en “*el primer gajo del Tacuarembó*”, ratificando los indígenas su reconocida resistencia a rendirse, sabiendo, por dura experiencia, que la muerte era casi siempre el trágico epílogo a tal actitud. Dejó constancia Pacheco de su ardor guerrero al señalar:

“No hubo de ellos quien se quisiera rendir, peleando uno a uno y dos a dos con tanto espíritu como si tuvieran a su lado un ejército. Apresamos cuatro que se hallaron escondidos entre las ramas, como también veintitrés mujeres y veinticinco criaturas y muchachos de diez a doce años. Se represaron tres cautivas cristianas del Pueblo de la Cruz, muchachas casaderas. La mortandad fue grande, pues según la declaración de los que hablan Guaraní no escapó más de un indio y cuatro chinas, pereciendo también el famoso Caudillo Pintáo Chico...” (idem.: 196-198).

Sin embargo, pese a lo dura de la represión, lejos estuvo Pacheco de poner fin a las tolдерías, pues como había sucedido siempre, la mayoría se internó a gran velocidad en el interior de los campos desiertos, hacia las Misiones, como por entonces ya lo preveía Azara.

Proyecto de Félix de Azara

En 1800 el Virrey Marqués de Avilés aprobó la propuesta de colonización de la frontera formulada por Félix de Azara. Éste estaba de acuerdo que la existencia de los charrúas y minuanes era uno de los principales obstáculos para el avance colonizador hispano, pero era escéptico respecto a los resultados que podía tener una guerra frontal como la que llevaba el Capitán Jorge Pacheco en esos momentos. Sabía que los indígenas siempre rehuían el combate frontal: *“Por mucho que haga Pacheco se le escapará la mayor parte de los Minuanes y éstos irritados se harán más feroces y temibles... Sé muy bien que los Minuanes no se reducirán jamás sino adelantando las Poblaciones y estrechándolos, pero para esto es menester tropa que sostenga...”* (García. F. 1971). Y en otra comunicación agregaba estas expresiones de experimentado conocedor de la frontera:

“He tenido carta de Pacheco y según entiendo su Expedición tardará en salir. No me pesa, porque sé lo inútiles que han sido las muchas que se han flecho, y estoy muy lejos de lisonjearme como él de que ha de acabar con los infieles. Mi sistema es enteramente opuesto, y se reduce a aportar la tropa para que cubra al mismo tiempo que se vaya poblando. Así me manejaría hasta precisar a los in-

fieles a abandonar el país, o lo que es más natural, a que se entreguen o se vayan a incorporar con nuestros indios de Misiones, como no es la primera vez que lo han hecho. Ni un paso daría yo para perseguirlos aunque los viese delante. La obra no la considero tan larga como se podría pensar. Tal vez no pasaría de año y medio” (García, F. 1971).

En su célebre “Memoria sobre el estado rural del Río de la Plata”, firmada en Batoví, en mayo de 1801, Azara volvió a ratificar su posición tanto sobre la necesidad imperiosa de solucionar el problema de los indígenas nómades como a la aplicación de los medios más adecuados según la disposición de recursos. Así proponía *“reducir a los infieles Minuanes y Charrúas, ya sea pronta y ejecutivamente si hay bastante tropa, o si esta es poca, adelantar nuestras estancias, cubriéndolas siempre”* (Azara, F. “Escritos Fronterizos” Madrid 1994:235).

Como lo temía Azara, la reacción portuguesa no se hizo esperar. En ese año de 1801 se desató un nuevo conflicto bélico entre los dos imperios y una vez más los infieles charrúas y minuanes participaron de forma decidida junto a los portugueses en las operaciones en la frontera de la Banda Oriental contra los intereses del frente hispano-criollo (Acosta y Lara, E. 1957). Inmediatamente de tomar las Siete Misiones, durante la guerra, los charrúas minuanes se presentaron a las autoridades portuguesas en *“dos Partidas unas al Theniente Coronel del Río Pardo y otra al Theniente Chico Carballo en San Borja con los cuales celebraron sus Tratados de Paz”* (Archivo Artigas T. II: 310).

1.3. SUCESOS POSTERIORES

El avance poblacional

En esos primeros años del siglo XIX el avance de los dos frentes colonizadores sobre las últimas tierras sin ocupar (incluso sobre las ocupadas por las estancias de Misiones) y sobre los últimos ganados cimarrones fue vertiginoso.

Un grupo de vecinos de la zona de Paysandú al fundamentar una solicitud para la erección de un curato en esa región, expresaba en 1804:

“...la campaña que media entre los dos ríos Negro y Uruguay, se halla poblada por ciento sesenta y seis estancias, y más de cincuenta entre chacras y casas que forman un lugarejo conocido con el nombre de Paysandú; haciendas y habitaciones en que viven y trabajan más de dos mil almas que no conocen

ni provisionalmente pastor que las instruya y gobierne espiritualmente...” (cit. Barrios Pintos, A. 2000 T. 1:338).

Pero sin duda los más eficaces en ese proceso eran los portugueses. Ocupadas las Misiones Orientales en 1801, desde allí rápidamente hicieron base para distribuir sesmarías hasta el Ibicuy, pero no se quedaron allí, siguiendo rápidamente rumbo al Cuareim. La política de expansión planificada, con entrega de las tierras sin pago pero a cambio de obligaciones de ocupación y defensa -política que, entre otros, elogiara y recomendara de imitar Félix de Azara- le permitía al frente lusitano excelentes resultados a la hora de asegurar y avanzar sus fronteras.

Para tan vertiginoso avance, los portugueses siguieron contando con el decidido apoyo de las tolderías charrúas-minuanes, cada vez más unidas entre sí dada la reducción del espacio. Sus devastadores ataques sembraban el terror en toda la frontera, disuadiendo de establecerse a nuevos ocupantes del frente hispano o, incluso, obligando a retirarse a muchos ya establecidos. Un expediente promovido por los apoderados del Gremio de Hacendados, de fecha 1803 (ver el texto completo de tan importante documento en García, E 1955), trazó un vivo cuadro del incesante avance portugués y del papel jugado por los indígenas nómades en dicho proceso (Parte III **“Algunas miradas...”**). Por supuesto que esos hacendados del gremio montevideano se cuidaron de no denunciar que las formas de tenencia, el latifundio, la escasez de personal empleado y su propio ausentismo como propietarios, eran también factores que incidían en ese repliegue de la soberanía española.

Insistiendo con la política represiva, las autoridades incrementaron el envío de partidas de blandengues para expulsar a los portugueses en sus avances y cortar los malones indígenas. Entre ellas se contó la expedición al mando del Teniente José Rondeau quien encontró que tampoco los portugueses habían respetado la línea del Ibicuy, habiendo repartido tierras hasta el Cuareim (García, E 1957). La partida a su mando protagonizó, en noviembre de 1804, un choque en la Horqueta del Yrao con fuerzas de soldados portugueses cuyo centro estaba compuesto por *“algunos Indios Tapes de Carabina y los demás Infieles de Flecha, Lanza y Honda”* (idem.:36). Los charrúas-minuanes, que actuaban como aliados de los portugueses, tenían sus atoldamientos entre *“Guirapuitá y el Ybicuy”* y combinaban atacar de manera conjunta la población de Belén y el campamento de Arerunguá, para seguir obligando al repliegue del frente colonizador hispano-criollo.

Las autoridades españolas en reiteradas oportunidades reclamaron ante las lusitanas por la tan descarada alianza con los infieles, estimulándolos a los robos y otros excesos. Así, en julio de 1804, el Gobernador de

Montevideo, Pascual Ruiz Huidobro, en comunicación al Gobernador de Río Grande denunciando tal situación daba cuenta de *“los Partes recibidos de varios puestos de esta Campaña, de los robos y otros excesos que cometen en ella los Yndios charrúas y Minuanes, particularmente del sucedido el día 11 del mes próximo pasado en que perecieron varios vecinos de los campos inmediatos al Río Negro, y entre ellos Dn. Juan Antonio Ybarra, hacendado muy apreciable por su honradez, valor y otras recomendables circunstancias”* (Archivo Artigas T: II 326).

En ese mismo año operaba, también sobre la frontera, José Artigas, quien meses antes había apresado en puntas del Arapey a los integrantes de una vaquería proveniente de San Borja (desde 1801 en poder lusitano), obteniendo de los detenidos valiosa información que demostraba, también, la plena alianza entre los portugueses y los charrúas-minuanes, así como otros importantes detalles sobre la ubicación de las tolderías, número de indígenas, etc. (ver Parte III **“Algunas miradas...”**). En agosto, dicho oficial de Blandengues tiene un choque con los mismos. Al informar sobre lo sucedido, Artigas expresó que estando en las puntas del Tacuarembó fueron atacados por *“diecinueve indios, todos armados con lanzas, flechas y bondas que venían de robar la caballada de la Casa de Piedra del finado Ibarra”*. En el combate murió un soldado y otro resultó herido, mientras que a los indígenas *“les sacamos la caballada nuestra y la que robada llevaban del finado Ibarra, dándole muerte a dos de los Infieles, buriendo a muchos...”* (Archivo Artigas T. II:333). Incidentes de este carácter eran casi permanentes en la frontera y resultaba imposible para las partidas celadoras poder cubrir a los vecinos, en tan inmensos campos, de los saqueos y asesinatos cometidos por los charrúas-minuanes. Estos, por entonces, estaban cada vez más mezclados con indígenas de las Misiones, pues los tapes, explotados y hambrientos, buscaban refugio en las tolderías asociándose a los actos de pillaje.

Ante los intentos de un arreglo definitivo de la frontera

En 1805 salió la expedición al mando de Francisco Xavier de Viana, teniendo como objetivo principal poner un dique definitivo al avance portugués y arreglar los problemas de la campaña, entre ellos el de los infieles (ver Pivel Devoto, J. E. 1957). Un soldado de Milicias, que había logrado transitar por territorio ocupado por los portugueses gracias a las recomendaciones que éstos le dieron a los *“indios infieles”*, informó a Viana que en la zona de Santa María y Guirapuitá *“les vio salir a un juego de Pato, en que pudo contar seiscientos y tantos entre Minuanes, Charrúas y Tapes de los Pueblos de Misiones ocupados por los portugueses. Que viven juntos en siete*

tolderías que también contó en aquellos parajes... (Archivo Artigas T. II:394-398).

Esa expedición, integrada también por José Artigas, mantuvo con los infieles, en mayo de ese año, el combate de Guirapuitá al sorprender una de las tolderías, muriendo algunos guerreros y tomando prisioneros mujeres y niños, como era costumbre. Sin embargo, otros indios que se hicieron ver en la acción y a los cuales se los persiguió, según Viana: *“aquellos bárbaros se burlaron haciendo fuga en sus buenos caballos sin que nosotros pudiésemos alcanzarlos...”*. Y tampoco pudieron *“avanzar otras dos tolderías que se habían puesto en huida luego que oyeron los tiros...”* (Archivo Artigas T. II: 404-407). Este episodio vuelve a ratificar que tenía total razón Azara cuando expresaba la imposibilidad de llevar una operación frontal contra los indígenas ecuestres, pues validos de su gran velocidad de desplazamientos, las tolderías eran inalcanzables.

Viana denunciaba, además, la fuerte alianza entre portugueses e infieles señalando que los guerreros poseían lanzas *“trabajadas en Europa y con una señal de cruz, en el extremo inferior de ella, que seguramente son suministradas por los portugueses. Las mujeres y niños aprehendidos tienen en sus cuellos monedas portuguesas de cobre, camisetas de algodón y ponchos de paño azul muy ordinario. Todo lo cual prueba muy suficientemente la unión de unos con otros...”*. Constató también que *“desde las puntas de Taquarembó, caminando a las de Yrapuitá, Quarey y Arapeises se ven continuamente sepulcros de nuestros conciudadanos, muertos a manos de aquellos bárbaros...”*.

Volvemos a preguntarnos: ¿el tradicional y romántico relato sobre “nuestros indios”, habría sido aceptado por los pobladores de la frontera?

El Real Acuerdo de abril de 1805 para “el Arreglo de los Campos” (Pivel Devoto, J. E. 1957) dispuso un ambicioso y completo plan de distribución de tierras en la frontera y contención del avance portugués, que incluía medidas para *“sujetar a los Yndios infieles Charrúas y Minuanes”*. Era demasiado tarde. La catarata de sucesos de inusitada trascendencia que se produjeron entre 1806 a 1810 hicieron naufragar todas las buenas intenciones, para los intereses hispano-criollos, de tal decisión virreinal. Sólo se efectuaron algunas medidas puntuales en cuanto a la pacificación de las tierras fronterizas como al reparto de terrenos.

Ante el arribo de los ingleses al Río de la Plata, Francisco Xavier de Viana se retiró del escenario de la Campaña, quedando a cargo de las operaciones el Capitán Jorge Pacheco. Viana había iniciado negociaciones con las autoridades del Continente de Río Grande -que oficialmente negaban todo vínculo de amistad con las tolderías- para realizar una operación con-

junta contra los charrúas-minuanes. La opinión de algunos Jefes lusitanos de la frontera estaba cambiando respecto a la utilización de los “infeles” en la lucha contra los españoles. En primer término, contaban ahora a su favor con importantes contingentes indígenas de los Siete Pueblos tomados en 1801, lo que volvía casi innecesarios sus anteriores aliados; además, la creciente ocupación del territorio entre el Ibicuí y el Cuareim por población lusitana hacía que los efectos de los ataques y otras tropelías de los charrúas - minuanes se volvieran también contra ellos y no sólo contra las poblaciones hispano-criollas.

Ya en 1804 se informaba que autoridades portuguesas de las Misiones habían solicitado al Gobernador del Río Grande autorización para *“acabar con los Gentiles por los Caballos que robaron y los muchos guaranis que escapaban de sus Pueblos con las familias a guarecerse en sus Tolderías...”* (Archivo Artigas T.II: 310). Eso explica, incluso, por qué se llegó a combinar entre 1805 y 1806 un plan conjunto entre oficiales españoles y portugueses para poner fin a las últimas tolderías. El Capitán Pacheco en enero de 1806 informaba que pese a la oposición del gobernador de Río Grande -que deseaba mantener la alianza con los indígenas - había logrado concertar con el Capitán Antonio Adolfo la entrega de los indígenas. Dicho oficial, informaba Pacheco, *“en el día está ya en Campaña con una Carreta cargada de Aguardientes y me dará aviso luego que los haya reunido para que me aproxime con las gentes que los hemos de apresar, y en esa noche antes del acometimiento, habiéndolos desarmado los cargaré de bebida a fin de que al amanecer cuando me arroje sobre ellos estén imposibilitados de fuga”* (Acosta y Lara, E. 1957). También Pacheco se había ido convenciendo que la reducción forzosa de los charrúas-minuanes era imposible mediante el ataque frontal mientras tuvieran el territorio lusitano para refugiarse. El plan, es notorio, guardaba mucha similitud con el que utilizó Rivera en 1831.

El plan no se realizó por haber desistido de él los portugueses. Las autoridades con sede en Porto Alegre dieron órdenes precisas de no colaborar con tales medidas pues *“de un punto de vista político, una tal alianza es de sumo interés al Estado, en ocasión de algún rompimiento con la nación confinante,...en el tiempo de paz, sirviéndome de una formidable barrera contra cualquier sorpresa de nuestros vecinos; en la guerra, sin gastos para la Real Hacienda, aumentarán el número de los hostilizadores”* (Salaberry, J. E. 1932:20). Imposible una explicación mejor del interés lusitano en conservar a los charrúas-minuanes en sus fronteras.

Pacheco reinició los ataques directos contra algunas tolderías. Al dar cuenta de haber atacado en abril a *“tres atoldamientos”*, informó haber encontrado en ellos *“ocho cristianos los quatro apóstatas y procedentes de los*

Pueblos Guaranis q.e hoy ocupan los Portugueses; tres niños robados de los mismos Pueblos y una Hija de Clemente Cayutaré, vecino de la Villa de Belén, que fue cautiva quatro años hace, la qual se encuentra con una Criatura de Pechos tenida entre los Bárbaros...” (Acosta y Lara, E. 1957). El Capitán Pacheco, comprometido a emprender una campaña final contra las tolderías, no contó con las fuerzas necesarias al ser requeridas para la lucha contra los ingleses, incluso el mismo debió abandonar el escenario de la frontera para pasar a luchar con el enemigo que venía a través del mar (Schulkin, A. T. III 1958: 12 ss).

En los intersticios temporales que los ataques ingleses o los hechos originados por la invasión de Napoleón a España dejaron, se continuó con la operación de acorralamiento sobre las últimas tolderías.

En 1807 Artigas de nuevo fue comisionado, ahora por Xavier de Elío, para pacificar la frontera -más precisamente a la costa del Yrao - teniendo entre sus cometidos *“contener y arreglar unos pocos Indios Infieles que en aquella parte se han establecido”* (Archivo Artigas T. III). La forma de expresión hace pensar que no era una finalidad punitiva la que se le encomendaba, sino de procurar un asentamiento para alguna toldería que ante el estrechamiento absoluto del espacio, se avenía a sedentarizarse. Se carece a la fecha de mayor documentación sobre esta operación y otras acciones de Artigas vinculadas a los indígenas. Se sabe sí, por los estudios de Juan A. Gadea, que el Ayudante Mayor de Blandengues desarrolló una intensa actividad repartiendo estancias en la zona fronteriza entre todos aquellos que deseaban poblar y se comprometían a defender dicho espacio, tanto de los malones de charrúas-minuanes como del avance portugués. Valorando esa obra pobladora expresa el citado Gadea: *“Y si estos hombres laboriosos lograron establecerse en ellas, construyendo ranchos y corrales, que como jalones simbólicos acotaban el avance de la empresa civilizadora, fue porque hallaron en Artigas el organizador providente que les procuró aliciente y estímulo.”* (Gadea, Juan A. 1956).

Estimamos que pudo haber sido recién en estos años finales de la primera década del siglo XIX cuando Artigas entró en un relación más directa con alguna de las tolderías, pues los terrenos que entregó por entonces y la zona que recorría constituía el espacio último de aquellas.

Por otra parte, en 1808 Jorge Pacheco habría presentado un plan para *“convertir en formal reducción los nueve atoldamientos de dichos indígenas (charrúas-minuanes), que había establecido en la confluencia del Cuareim con el Uruguay”* (Revista Histórica T. VIII 1916: 246). Hasta el presente no hemos podido ubicar dicho documento que pertenecía a la colección Andrés Lamas.

Seguramente mayor estudio requieren estos años finales del régimen colonial donde el sometimiento de las pocas tolderías que restaban era inminente. La documentación estima entre 400 a 600 los integrantes totales de las tolderías remanentes. El mantenimiento de esa cifra, pese a las permanentes bajas, se debía, en buena medida, a la reposición constante de integrantes que recibían de los que abandonaban las Misiones para refugiarse entre ellos.

Según José María Cabrer, cada toldería de los minuanes tenía unos 15 a 20 hombres de pelea y en total unas *“50 personas de uno y otro sexo, entre grandes y pequeños..”* (ver Parte III *“Algunas miradas...”*). Lo confirma José de Saldanha al señalar en 1787: *“de treinta hasta cincuenta individuos es generalmente el número de cada Toldería...”*.

La información que publica José Torre Revello sobre la integración de las tolderías que en 1794 se refugiaron en Yapeyú (ob. cit.: 71-72), nos permite estimar, aproximadamente, que de cada tres miembros de una toldería uno era hombre de armas. Por tanto, se puede estimar en aproximadamente 200 a 250 los hombres de armas que restaban al finalizar el período hispánico.

II.- CUANDO LA REVOLUCIÓN

II.1.- En el período artiguista

La Revolución alteró totalmente la marcha de los procesos que se veían precipitando al final del período colonial y de los cuales se ha hecho sintética mención. Por un lado provocó que los centros hispano-criollos concentraran en ella todas sus energías, disminuyendo su atención sobre la tarea de la expansión territorial y la delimitación de fronteras. Por otra parte, la lógica que hasta entonces había predominado era la impuesta por el Estado imperial español de garantizar el orden, la seguridad y el progreso económico dentro de su territorio. Ahora la Revolución imponía una nueva lógica para la política, fijando como objetivo principal la derrota del enemigo. Aumentar los aliados, sumar fuerzas y disminuir las del adversario sería el norte de la acción.

En toda la América española se pudo observar como las fuerzas en pugna se lanzaron a contar con el apoyo de los distintos grupos indígenas, incluso de aquellos que permanecían al margen de la sociedad colonial, considerados como bárbaros o infieles. En la nueva situación, la definición de “indio amigo” o “indio enemigo” no dependió ya, como en el régimen

colonial, de su condición de sedentario y cristiano para el primero y de “infiel” y nómada para el segundo, sino de su adhesión a uno u otro de los bandos en pugna.

En el caso de la Revolución en la Banda Oriental sus promotores, especialmente Artigas, logró obtener la alianza con los grupos nómades. Interpretaciones historiográficas de cuño romántico o acentuadamente ideologizantes han querido ver en tal adhesión manifestaciones de patriotismo. La participación de los infieles como aliados revolucionarios no respondió a un sentimiento de Patria, pues la Patria criolla en absoluto coincidía con lo que podríamos denominar la Patria charrúa-minuán. Por el contrario, eran incompatibles. Sólo por mutua conveniencia o ante un enemigo común podían estar aliadas ambas sociedades.

Estos indígenas sabían perfectamente que estaban enfrentados a una situación límite, totalmente cercados, sin aliados y, por tanto, expuestos a su total exterminio. La guerra civil entre los “cristianos” -mirada desde las tolderías eso era la Revolución- era la providencial oportunidad de escapar de ese cerco fatal al que se veían absolutamente constreñidos. Entrar en una alianza con el bando que dominara la campaña -fuera el que fuera- les permitiría romper el cerco y recuperar el espacio vital para sus desplazamientos que habían perdido.

Otro singular aspecto a destacar -también impuesto por la nueva lógica revolucionaria- consistió en que sus tradicionales pautas de comportamiento -robos de ganados, saqueos a estancias y frecuentes asesinatos- hasta entonces condenados y causa principal de las severas campañas punitivas contra ellos, ahora pasaban a ser acciones aceptadas, incluso promovidas, si eran ejecutadas contra el enemigo.

Aquellos que gustan de magnificar el rol desempeñado por esas fuerzas en la gesta oriental olvidan que pocas veces se integraron formalmente a las fuerzas revolucionarias. Actuaron siempre con gran autonomía, desarrollando su propio tipo de guerra de acuerdo a sus intereses, lo cual no pocas veces chocó con los objetivos o el propio éxito de la revolución liderada por el mundo criollo.

Si de valorar la participación indígena se trata, debe recordarse que muy diferente en su modalidad e importancia fue la que protagonizaron las nutridas unidades guaraníes-misioneras en todo el proceso revolucionario.

Reseñar la actuación de los indígenas nómades durante todo el período artiguista escapa a las posibilidades de este trabajo, por lo que se analizan sólo algunos aspectos que contribuyen a caracterizarla.

Ante la primera invasión portuguesa

En la primera campaña militar de la Revolución oriental, la llevada contra las fuerzas regentistas de Montevideo, los charrúas-minuanes no tuvieron participación alguna. Fue un enfrentamiento exclusivamente interno dentro de la sociedad hispano-criolla que, además, se desarrolló fundamentalmente al sur del Río Negro, escenario muy distante de las últimas tolderías. Las escasas fuerzas que oponía Montevideo tampoco obligaron a los revolucionarios a tener que recurrir a otros aliados.

Un cambio sustancial se produjo cuando penetró en el territorio un fuerte ejército portugués y los orientales quedaron prácticamente solos para enfrentarlo. Entre agosto y setiembre de 1811, ante la nueva situación bélica -que cambiaba además el principal escenario de la guerra, trasladándolo al norte del río Negro- tanto portugueses como orientales buscaron atraer a su lado a las tolderías de infieles, no sólo para valerse de sus lanzas, sino para evitar que el enemigo pudiera contar con ellas, sabiendo que de acuerdo a su inveterada costumbre eran bastante fáciles de seducir a cambio de obsequios, promesas de botín, etc.

¿Porqué no acompañaron finalmente a los lusitanos? Seguramente para ello pesó mucho el debilitamiento de la alianza entre ellos, a la que ya nos hemos referido. La propia irregularidad de las fuerzas revolucionarias también favorecía que los charrúas se unieran a ellas y no a las más regimentadas de los portugueses. Finalmente, el conocimiento existente entre algunos jefes revolucionarios de la primera hora, caso de Baltasar Ojeda, Ambrosio Carranza, y el propio Artigas con algunos caciques, especialmente con Manuel Artigas “Caciquillo”, parecen haber sido los factores decisivos para inclinar las tolderías al bando revolucionario.

Es claro que la Revolución ni en su origen ni en su desarrollo se planteó modificar la situación de las tolderías nómades y que en los hechos ninguna transformación sufrieron. Sí se produjo, con seguridad, un acercamiento o conocimiento mayor entre algunos Jefes militares del mundo criollo con caciques infieles.

El combate del Arapey, ocurrido el 21 de diciembre de 1811, en las cercanías de Belén, marcó la primera participación de los infieles junto a las fuerzas revolucionarias.

Ya en esos momentos del primer año de la Revolución, la presencia de los charrúas está asociada a su forma muy personal de realizar la guerra, actuando como partidas independientes, generalmente aliados con los que entonces eran denominados “gauchos” y hombres de mal vivir. Su accionar, si bien perseguía objetivos militares en consonancia con los intereses

de la Revolución, también desnudaba el fuerte interés por el botín en los saqueos a las estancias de los catalogados como enemigos de la Revolución. En la política de “tierra arrasada” que se practicó con esa intención, sobre todo en el norte del río Negro, jugaron un rol especialmente activo (ver Sala de Touron, L.- Rodríguez, J. -Torre, J. de la, 1968). Una fuente portuguesa, al condenar las acciones del enemigo expresaba *“que por donde pasa, lo que no pueden reducir a su Partido, asolan, prenden y matan por las manos de los Minuanos sus aliados..”* (Archivo Artigas T. V).

Una patriótica piedad ha tendido a ocultar o minimizar los hechos de violencia que ejecutó la primera Revolución contra sus enemigos en el escenario de la bravía campaña oriental. Lo cierto es que existió un verdadero “período de terror”, que es muy probable que no promovieran ni compartieran los principales líderes revolucionarios pero que tampoco pudieron evitar o detener. Como fruto de él, las propiedades de todos aquellos sindicados como “godos” y portugueses fueron saqueadas y destruidas, cobrando, además, un alto costo en vidas.

De esta forma la zona del norte del río Negro se transformó casi en un desierto, siendo por uno u otro bando saqueadas las propiedades y arreadas las haciendas. Los pobladores emigraron o se pusieron bajo el amparo de las fuerzas militares, adoptando un destino trashumante. En este marco, las partidas sueltas y las tolderías volvieron a enseñorearse del dominio efectivo de tan dilatado territorio norteño, el cual retrocedió al estado de situación de décadas atrás, debilitándose sensiblemente la ocupación hispano-criolla del mismo.

Combate del Daymán

Cuando las fuerzas y familias orientales pasaron a la margen occidental del Uruguay, algunas partidas irregulares y los charrúas permanecieron en la margen oriental. En virtud de ello los portugueses -que incluso, al parecer, se sintieron traicionados por algunos caciques que creían aliados- decidieron atacarlos. El 12 de junio de 1812 las fuerzas lusitanas avanzaron sobre las tolderías, produciéndose un duro combate, quedando entre 60 a 80 indígenas muertos y casi otros tantos prisioneros. La documentación agrega que *“quedaron muertos 4 Caciques, y el 5º denominado Cacuillo, se presume fue baleado”* (A. Artigas T. X). En realidad los caciques Gaspar y Cacuillo sobrevivieron al ataque, no así Masalana y Moreira que habrían muerto en la jornada del Daymán.

Los Jefes portugueses dejaron constancia que su tropa no imaginaba *“del valor, la destreza y la desesperación...”* con que resistieron los charrúas (Arch. Artigas T. X).

Llama la atención que Artigas no trató de evitar ese ataque portugués sobre sus aliados o no les haya ofrecido algún apoyo con sus fuerzas. Tampoco hay constancia que realizara alguna gestión para recuperar a las mujeres y niños prisioneros. Eso, seguramente, justificó que algunos caciques se disgustaran con el Jefe de los Orientales, como expresaron posteriormente.

Después de esta derrota las fuentes fijan en alrededor de doscientos a doscientos cincuenta los hombres de armas sobrevivientes. Sólo los informes oficiales de las fuerzas orientales al mando de Artigas seguirán registrando como integrantes a 450 guerreros minuanes y charrúas, cifra irreal, que sin duda buscaba impresionar a las autoridades bonaerenses.

Los saqueos de Pintado y Porongos

La importante defección de jefes y tropas que sufriera Artigas en sus fuerzas cuando el conflicto con Sarratea, obligaron al ya Caudillo oriental a darle mayor protagonismo en la lucha a las fuerzas irregulares.

El jefe Caciquillo, de los minuanes, es el que aparece ligado con mayor constancia a Artigas, no registrándose lo mismo con otros jefes infieles. El cacique Gaspar, por ejemplo, se acercó a las fuerzas porteñas detrás de la obtención de yerba, tabaco y aguardiente manifestando que los indios *“se hallan muy sentidos con D. José Artigas, por haverlos este desamparado quando los Portugueses”* (Arch. Artigas T. X).

Caciquillo, por su parte, unido a algunos gauchos marchó hacia el sur, rompiendo la barrera del río Negro que desde hacía ya muchos años no habían podido vencer en sus malones. Ahora no lo hacían en carácter de “infieles” sino como vanguardia de la Revolución. Desde los últimos días de agosto fueron atacadas las poblaciones de Porongos, el Pintado y numerosas estancias por partidas de infieles y gauchos, quienes obtuvieron un importante botín con sus saqueos (ver Fernández, A., 1929).

Baltasar Vargas -oficial que había pasado a servir bajo Manuel de Sarratea- comunicaba a ese jefe porteño, con fecha 21 de setiembre de 1812, el encuentro mantenido con algunos de los indígenas que habían participado de dichas acciones y que mostraban orgullosos las prendas de su botín en su carácter de fuerzas de Artigas:

“.. encontrándome con el Casiquillo en mi campamento, que ha llegado de paseo con una escolta de ocho indios. Estos todos vienen decentes. También traen

dos chapeados muy hermosos. Estos entre mi gente los han conocido: el uno es de D. Bartolomé Pérez y el otro de D.n Felipe Hernández. También traen estribos de plata y un hermoso pellón, y preguntándoles como les había ido por adentro me mostró el adjunto, dicho Casiquillo, el que copié para satisfacción de V. E.”

Eduardo Acosta y Lara señala -según información que le proporcionara Esteban Campal- que efectivamente esos pobladores mencionados como propietarios de los chapeados, eran vecinos de los pagos de Chamizo, Carreta Quemada y Pintado (Acosta y Lara, E. 1969: 59-60).

Este singular retorno de las fuerzas de la Patria, debió afectar sin duda el ánimo de muchos entusiastas patriotas de la primera hora, apaciguando su ardor revolucionario.

Al mismo tiempo, el cacique Gaspar con unos 50 hombres permaneció más al norte, amenazando con atacar Paysandú, lo que no sucedió pero igual provocó la evacuación de las familias hacia la otra banda del Uruguay.

Sobre estos más que frecuentes episodios del proceso revolucionario, debe decirse que fue escasa la documentación que sobrevivió y, más aún, la atención prestada por la mayoría de los historiadores. No obstante estos episodios, menores seguramente en el escenario de la Revolución, ratifican lo arriesgado que era para el prestigio de la misma alentar la existencia de fuerzas irregulares que actuaban a su total arbitrio y buscando obtener botín como principal objetivo de sus andanzas. Numerosos documentos son elocuentes al señalar que el desorden -“*el desgreño*”, a decir del propio Artigas- se apoderó de la Banda Oriental durante la primera etapa del período revolucionario, conduciéndola a una verdadera anarquía.

La revolución de amplia base popular que lideró Artigas tuvo también su dura cara tumultuaria. Sin desconocer cuantos prejuicios, intereses egoístas, desdén y soberbia urbana participaron en la acuñación de la expresión “*tiempos de la Anarquía*” para identificar dicho período, tampoco se puede cerrar los ojos a lo que la documentación señala. Bajo la invocación de Patria, Libertad y Revolución no fueron pocos los atropellos, ultrajes saqueos y crímenes cometidos. No era esa la orientación que deseaba Artigas para la Revolución, hombre de firmes principios de orden y respeto a la propiedad, pero la propia naturaleza de las fuerzas de diverso origen social y étnico que comandaba, determinaron que la Revolución adquiriera, en parte, ese carácter no deseado.

La participación activa que los indios charrúas y minuanes tuvieron en la primera etapa de la Revolución -alentados por el propio Artigas- contribuyó de forma fundamental a acentuar ese carácter. Su participación podía

ser de cierta utilidad para la guerra de guerrillas, pero al mismo tiempo eran un aliado peligroso, inconstante y sobre todo, excesivamente independiente en sus actos -según el ánimo de cada cacique y su toldería- los cuales recaían, casi siempre, sobre la propia sociedad que se consideraba protagonista de la Revolución. El saqueo de estancias y pequeñas poblaciones habían sido sus acciones preferidas durante casi dos siglos y durante la Revolución no modificaron esa actitud.

A lo largo de toda la década artiguista se sucedieron hechos de tales características. Además, la irrefrenable adicción al aguardiente que tenían los infieles fue siempre un factor que estimuló sus acciones de saqueo.

Frente a las murallas de Montevideo

Otro fenómeno singular tuvo lugar en febrero de 1813, cuando las fuerzas orientales comandadas por Artigas se incorporaron al segundo sitio. Según Bartolomé Muñoz “*..cien indios charrúas cerraban la retaguardia...*” (Arch. Artigas T. XIII).

Seguramente muchos de los montevidéanos no podían salir de su asombro al ver a los charrúas y minuanes frente a sus murallas, cuando hacía ya casi medio siglo que no podían acercarse a la ciudad. Y ahora retornaban como integrantes de las fuerzas de la Revolución.

La presencia de estos indígenas constituía el máximo ejemplo de la transformación operada en las fuerzas mandadas por Artigas con relación al primer sitio de 1811, al aumentar el componente indígena, mestizo e irregular de las mismas.

No pasó mucho tiempo para que el Caudillo comenzara a recibir numerosas denuncias sobre desórdenes y desmanes que realizaban los charrúas y minuanes, tanto en el norte como al sur del río Negro, valiéndose de su rapidísima capacidad de movimientos y al estado de abandono en que se encontraban muchas poblaciones y estancias. Las denuncias señalaban que los indígenas no dejaban ni un caballo de andar a los vecinos y que no había autoridad que los contuviera, siendo los peores los “*cristianos*” que andaban con ellos, aterrorizando a los pocos pobladores que restaban en la campaña (Archivo Artigas T. XII).

El Gobierno de Canelones denunció la situación a Artigas y éste les ordenó que volvieran a establecerse próximo al ejército. Los comandados por Caciquillo al parecer obedecieron, los otros tomaron hacia el norte. A mediados de julio señalaba Bartolomé Muñoz en su Diario: «*Llegaron oi los Indios charrúas, fue preciso hacerlos acampar a 3 leguas de distancia por su*

conducta incíbil, aunque su Gefe Caciquillo Don Manuel Artigas mui tratable» (Arch. Artigas T. XIII).

En octubre de 1813 el Cabildo de Canelones nuevamente pedía de forma urgente a Artigas «*algún auxilio de Tropa por el acometimiento que habían intentado los Charrúas efectuar en este Pueblo»* (Arch. Artigas T. XII). Los temores se disiparon cuando Artigas envió a un oficial a cargo de algunos soldados, logrando alejar a los charrúas de las inmediaciones de la Villa de Guadalupe.

Cabe decir que por entonces Larrañaga (Ver Parte III “**Algunas Miradas...**”), estimaba que no pasaban de quinientas almas el total de indígenas nómades, lo que ratifica un número de guerreros que debía estar entorno a los doscientos o menos.

Ataque y saqueo a Mandisoví

Al mismo tiempo, desde el norte las acciones de estas fuerzas irregulares no eran más tranquilizadoras. En agosto de 1813 el Comandante Domingo Manduré cruzó con sus hombres y aliados infieles a la margen occidental del Uruguay, saqueando e incendiando la población de Mandisoví que dominaban las fuerzas de Buenos Aires, matando a casi todos los blancos.

El propio Cabildo indígena misionero de Yapeyú le reprochó a Manduré las acciones atroces que había cometido en Mandisoví y, sobre todo, «*el haber ido los infieles»* con él, sus ancestrales enemigos (Arch. Artigas T. XI).

Manduré, su gente y los charrúas volvieron a Belén, donde comenzaron los conflictos internos por el reparto del botín. De inmediato continuaron los ataques contra las poblaciones de la frontera del imperio portugués ubicadas entre el Ibicuy y el Cuareim.

Artigas, preocupado por estos hechos -que lo enfrentaban tanto a los porteños como a los portugueses e, incluso, a la propia sociedad criolla que le era adicta- envió distintas partidas al mando de Ojeda, Basualdo y hasta el propio Otorgués, destinadas a sofocar esas acciones que llevaban adelante sus fuerzas irregulares.

Sin embargo, los ataques al territorio portugués no lograron ser detenidos totalmente, obligando a las autoridades de Río Grande a aumentar la concentración de fuerzas sobre la frontera. A comienzos de 1814, los charrúas atacaron la guardia portuguesa existente en el Yrao y continuaron los saqueos a las estancias. La documentación señala que Artigas, conciente del peligro que era excitar las represalias portuguesas, les habría ordenado a los infieles que pasaran a la margen occidental del Uruguay, a lo cual ellos

se negaron, internándose en la Sierra. Desde allí continuaron con sus ataques a las estancias y guardias portuguesas, lo que obligó a Blas Basualdo, a mediados de 1814, a poner una guardia en el Cuareim para impedir el pasaje de los infieles al territorio portugués. La historiografía ha puesto escasa atención en estas acciones en la frontera, pero lo cierto es que ellas ofrecieron un fuerte pretexto a los portugueses para justificar su segunda invasión.

Podríamos seguir así historiando la participación de los infieles en el período artiguista, encontrando que se repiten acciones como las que hemos reseñado.

A finales de 1814 participaron en el combate de la Azotea de Diego González bajo el mando del joven oficial Fructuoso Rivera. Artigas, con indisimulada exaltación, le comunicó entonces a Miguel Barreiro: *“Algunos enemigos pagaron su obstinación con su muerte a la intrepidez de la caballería charrúa; y los demás rindieron sus armas a nuestro valiente y generoso Rivera”*.

Seguramente, ya entonces Rivera tuvo cabal conciencia del valor bélico de esa caballería indígena, pero también del peligro que suponía su particular modo de hacer la guerra, que le enajenaba muchas adhesiones en el mundo criollo. Efectivamente, en esa misma campaña contra los porteños Rivera, al mando de blandengues y charrúas-minuanes, persiguió a aquellos hasta la fortificada Colonia, pero debió volver apresuradamente, pues los indígenas se habían vuelto antes, atacando y saqueando las poblaciones de Víboras, Espinillo y numerosas estancias.

Los charrúas habrían participado de las acciones previas a Guayabos pero no directamente de la batalla. Luego de los desmanes cometidos al sur del río Negro a finales del año 1814, y seguramente ante la queja generalizada de los vecindarios damnificados, Artigas, al parecer, procuró tenerlos más cerca de su control. La mayoría de ellos permanecía entonces en los campos del Cuaró, con numerosa caballada. La ruptura entre Rivera y los charrúas, a raíz de los sucesos de Víboras, San Salvador y otros sitios, debió abrir una brecha importante entre los infieles y ese jefe de milicias de ascendente carrera. Las propias milicias, vecinos casi todos de la campaña oriental, veían con aversión no disimulada el compartir sus acciones con los infieles.

La documentación también registra su acción cuando la segunda invasión portuguesa, en la cual participaron en varios combates, pero siempre en aquellos que se dieron al norte del río Negro. Artigas, al parecer, llegó a tener confianza en algunos caciques y sus hombres, pues se encontraron

muy cercanos a él en algunos combates, caso de la batalla de Carumbé (27/ octubre/1816). El parte oficial portugués de esta batalla señala que las fuerzas de Artigas estaban integradas por: *“Cuatrocientos cincuenta hombres de caballería, marchaban por la derecha, en una sola fila, y otros 400, de la misma arma, por la izquierda, cubiertos por 150 charrúas, minuanos y guaycurús* (la versión del Archivo Artigas -T. XXXI p.82- dice “Guaranis”); *500 plazas de infantería de blandengues y negros ocupaban el centro, igualmente en una sola hilera...”* (Arouche de Moraes Lara, D. 1964: 141). Y luego se deja constancia que según *“las declaraciones de los mismos prisioneros, constame que Artigas se retiró, después de disponer la acción, con una guardia de 25 charrúas hacia una altura, y que fue el primero que disparó”* (Ídem.: 143).

También es conocida la documentación que demuestra su presencia en las batallas de Catalán y Santa Ana, sin tener información precisa sobre su real incidencia en los combates. El Caudillo sabía de la excepcional resistencia que eran capaces de oponer en los momentos más difíciles de la lucha. Sin embargo, no supo medir con exactitud la fuerza bélica que tenía a su frente. Todavía en mayo de 1819, cuando la guerra ya le era totalmente adversa, expresaba en una comunicación *«Los portugueses hasta el momento sólo ocupan el terreno que pisan... Yo por mi parte estoy seguro que con sólo los charrúas tengo bastante para escarmentarlos...»* (cit. Fernández Cabrelli, A. “Presencia masónica en la Cispiatina” 1986: 66).

Finalmente, ni Rivera ni los charrúas siguieron a Artigas cuando este dispuso que pasaran con él hacia la margen occidental del Uruguay a comienzos del año 20. Por distintas motivaciones sus actitudes fueron idénticas, tal como documentación de origen portugués lo señala. A mediados de febrero un oficial lusitano, luego de comunicarle a sus superiores que *“...Artigas había mandado llamar a Fructuoso para pasar con él para el otro lado... no queriendo éste obedecer...”*, agregaba *«no consta que haya más enemigo de éste lado del Uruguay, sino Fructuoso con cien hombres y el resto de los Charrúas que ya no vienen a ser cosa alguna»* (García, F. 1954).

Esa última expresión hace suponer o que muchos infieles habían perecido en batallas o que algunas tolдерías con anterioridad se habían plegado a las fuerzas portuguesas. Hipótesis esta última que no puede descartarse si tenemos en cuenta las excelentes relaciones que existieron en los años posteriores entre aquellos y algunos jefes portugueses y brasileños, caso, especialmente, del Brigadier Saldanha.

Otro testimonio portugués de entonces, no sólo ratificaba la posición adoptada por los charrúas sino que presentaba otra explicación: *«En cuanto a los Charrúas, que no quisieron seguir a Artigas más allá del Uruguay, y es una arraigada costumbre que tienen ellos de nunca pasar para aquel lado;*

porque domiciliados como están, hace tantos años, en los campos de esta parte, nunca practicarán transferirse para otros» (García, E 1954: 28).

Balance al cerrarse el período artiguista

Para 1820, en absoluto la situación de los charrúas-infieles se había modificado respecto a sus pautas culturales. Con frecuencia se ha tratado de forma genérica el tema de Artigas y los indios, omitiéndose casi siempre plantear la distinción básica de la cual se debe partir siempre al analizar el rol de los indígenas en nuestro pasado y formación nacional, es decir si se trata de los indígenas sedentarios (especialmente los guaraníes-misioneros) o los nómades (charrúas y minuanes).

Cuando el Caudillo hablaba de estimular que los indígenas se autogobernaran, de respetarles sus propiedades y derechos, de entregarle tierras, siempre se estaba refiriendo a los indígenas guaraníes-misioneros u otros grupos sedentarios, agricultores. De ninguna manera es correcto extender esas consideraciones a los indígenas nómades. Sin duda sabía de las grandes dificultades para su reducción pacífica. Y cuando en algún momento lo intentó, como en el proyecto de colonización con guaycurúes chaqueños, el total fracaso que obtuvo le debió desalentar para otro intento (ver Barrios Pintos, A. “La Villa de la Purificación y el Cuartel General del Hervidero” 1977:28-31).

En tal sentido, no conocemos ningún documento que demuestre alguna iniciativa, en el período que se analiza, para sacar a los charrúas-minuanes de su tradicional forma de vida. Forma que, cuando la guerra terminara, irremediamente los iba a conducir a que fueran nuevamente perseguidos. Por eso, en ningún momento puede verse la relación entre Artigas y los charrúas-minuanes más allá de las condiciones que por entonces les impuso, a ambos actores, la lógica de la guerra. Es posible, sí, que Artigas tuviera pensado ofrecerles algunos terrenos para que se sedentarizaran voluntariamente, pero difícilmente habría obtenido resultados diferentes a los que la experiencia histórica mostró, antes y después, frente a propuestas similares.

Sin duda, para el año 20 el cambio notorio en los infieles debió ser la reducción en el número de guerreros por las bajas sufridas en la guerra. Otro documento de origen portugués, también fechado en febrero de ese año, informaba: “*Los Charrúas en número de 80 familias a caballo se retiraron de los lados del Arerunguá»* (García, E 1954: 30).

La devastación y consecuente despoblamiento de la campaña les permitía reocupar espacios que habían tenido que abandonar a finales del siglo XVIII.

II.2. DURANTE EL LUSTRO CISPLATINO

Como sucede con otros aspectos de la vida de la Provincia, es de este período que se posee a la fecha la menor información respecto a la vida y acción de los grupos indígenas que nos ocupan, incluso es llamativo que los autores clásicos sobre la temática prácticamente han saltado el análisis del período.

Sin embargo, sobre ciertos episodios se puede dar algo de luz, de los cuales se seleccionan algunos en esta oportunidad.

La paz con los portugueses y una nueva propuesta de sedentarización

Existe constancia documental de que en los últimos días de febrero de 1820 los caciques Rondó y Caciquillo enviaron emisarios, a través de la intermediación del Capitán Manduré, para acordar una paz con los portugueses establecidos en el campamento Real de Braganza, en el Rincón de las Gallinas. Hasta allí llegaron algunos caciques que establecieron relaciones de paz con el Brigadier Saldanha y otros oficiales, quienes agasajaron a los indígenas.

Así lo comunica el propio Lecor a la Corte con fecha 12 de marzo de 1820:

“Havendo-se, pouco depois da Batalla de Taquarembó, resolvido os Indios da Tribu Minuana a deixar o partido de Artigas, e a procurar o Amparo das Armas de S. M., mas ainda recelosos de que os Portugueses, que ocupao esta Provincia, fossem o que Artigas Ibes pintava, mandarao primeiramente ao Rincao das Gallinhas dous individuos da sua confiança, e que se diziao Secretarios dos dous Caciques Rondeau, e Artigas (assim chamados dous seus respectivos Padrinhos, que sao Dom José Rondeau e Dom Manoel Artigas) solicitando paz e amizade com os Portugueses.

O Ex.mo General Curado e o Brigadeiro Saldanha Ibes fizerao todo agasalho e alguns presentes, que puderao oferecer-Ihes, e os despedirao contentes,

e que assegurassem aos seus Chefes o milito que os Portuguezcs presavao as suas relações; e como prova de distincão os mandarao acompanhar pelo Tenente Coronel Manduré, que sendo aparentado com elles, e seu Amigo, sabendo a sua lingoa e estando muito reconhecido a consideração que lhe havemos dado, era natural, que lhes falasse em pró da Nação, e os ligasse mais a nós.

Com effeito nos fins de Fevereiro p.p. o Tenente Coronel Manduré se recolheu daquella diligencia, trasendo em sua compañía ao Cacique principal Rondeau, seguido pelo seu Sagento Maior e Ajudante, e que ratificando quanto pelos seus Emisarios habia proposto, quiz alem disso que, para melhor constar, se lavrasse o termo incluso, que por elle foi afirmado con o signal da Sta. Cruz, porque nao sabe escrever.

Eu tenbo dado orden para que se o dito Cacique nao mostrar opposição a vir a esta Praça me seja conducido, e se cá vier, farei com que volte completamente lisonjeado com o tratamento que hei de dar-lhe, para que tambem aquella Tribu, que ha tanto só tem conhecido o desprezo da Corte de Madrid, os engan-os, calamidades, e miserias do partido de Artigas, conbeção agora o Paternal Acolhimento e Valioso Amparo do Governo de S.M....” (“Anais do Itamarati” Río de Janeiro Vol. VII 1942: 144-5).

El astuto Barón de la Laguna tuvo éxito en su política de acercamiento con charrúas y minuanes, quienes mantuvieron, al parecer, frecuente trato con algunos de los Jefes de la ocupación portuguesa. Incluso, nuevamente, fueron instados a abandonar su vida nómada que traía grandes perjuicios para los vecinos al norte del río Negro, para lo cual se les ofrecieron tierras. Nuevamente declinaron el ofrecimiento.

Según el testimonio del Brigadier Saldanha, los propios indígenas le dieron una buena razón: *“..son tan sucios que al cabo de un par de días hay ya en el campamento un olor tan infecto que impide la reunión”* (Saint Hilaire, A. de 1961-1962 T. IV).

El destacado viajero Auguste de Saint Hilaire recogió en 1820 datos sobre la vida de los minuanes (ver Parte III **“Algunas miradas...”**), señalando con claridad que luego de los diez años de revolución en nada habían cambiado los hábitos de estos indígenas. Incluso, registró otra respuesta que solían dar para rechazar la vida sedentaria: *“Si Dios, dicen, hubiera querido que fuéramos españoles o portugueses no nos hubiera hecho minuanes. Pasamos la vida de una manera más agradable que la que Udes. pasan la suya, porque Udes. trabajan y nosotros no hacemos otra cosa que comer, beber y dormir”* (Ídem.).

José de Saldanha al preguntarle, en 1787, a los caciques minuanes por qué no se querían bautizar obtuvo idéntica respuesta: *“que los Cristianos*

trabajan mucho para tener que comer y vestir y que ellos con ese modo de vida pasan más descansados” (Acosta y Lara, E. 1969:251).

Alguna referencia aparece también vinculada al conato revolucionario de Lavalleja, en noviembre de 1822. Nicolás Herrera en comunicación al Cnel. Fructuoso Rivera del 24 de dicho mes, le informaba para “tranquilizarlo”: “... *en Clara no hay más reunión q.e la de los Indios Charrúas q.e han entrado a dispersar el ganado y p.a contenerlos, avisa Lavalleja que piensa pedir auxilio a la guardia de Lunarejo*”.

Los hechos parecen haber sido diferentes al tener en cuenta otras fuentes. Según el Brigadier Marques, era Lavalleja quien habría convocado a los charrúas y minuanes, quejándose luego de ellos a la Superioridad para que se le autorizase a reclutar hombres para contener a los indígenas y así ampliar sus fuerzas. Hombres reclutados, refuerzos solicitados y los propios minuanes, formarían parte de las fuerzas que iniciarían el movimiento que gestaba Lavalleja en el alejado Rincón de Clara. La rápida acción del bando imperial desbarató los planes del oficial oriental que al parecer procuraba, como lo había hecho Artigas, contar con la fuerza de los “infeles”.

Como sucedió siempre en otros lugares de América, los Jefes militares del mundo criollo, cuando estaban en una notoria inferioridad de fuerzas apelaban a sumar a las tolderías indígenas para sus fines. Así lo hicieron acá Artigas y otros jefes en 1811, Lavalleja en 1822 y 1834, Rivera en 1828.

La queja de los vecindarios rurales y la opinión de Fructuoso Rivera

Como fruto de la cruenta guerra revolucionaria de casi una década, el norte del río Negro se había despoblado considerablemente, lo que le permitió a las tolderías volver a enseñorearse de lugares que se habían visto obligados a abandonar en los primeros años del siglo XIX. En el lustro de la Cisplatina el proceso de repoblamiento se reinició, por lo tanto las demandas de los vecinos de las tierras al norte del río Negro contra las acciones de los charrúas-minuanes se repitieron. En este sentido, uno de los episodios más interesantes sucedió en agosto de 1824, cuando seis Jueces Comisionados del Departamento de Paysandú se dirigieron a las autoridades de la Cisplatina, exigiendo se tomaran medidas definitivas contra los charrúas. Expresaban las autoridades representantes del creciente vecindario de las tierras del norte:

“Los vecinos hacendados de el “Departamento de Paysandú”, no pueden menos que permitirse el recordar a V. E. que los charrúas en el presente estado

en que se hallan son una plaga asoladora de los productos de la industria, y que ellos muy lejos de contribuir a los adelantos de las labores rurales son un obstáculo positivo que se ofrece a la consideración del hacendado laborioso en medio de sus urgentes tareas.

Unos hombres, Exmo. Sor. que no tienen domicilio fijo, que errantes por la campaña han de llevar por todas partes el temor y el estrago que tantas veces ha sumido en luto y llanto a tantos ciudadanos; y unas fieras Sr. que para decirlo de una vez nos vemos precisados a alimentar, para que en el mejor tiempo destruyan los resultados de nuestras tareas y tal vez acaben con la existencia de alguna cara mitad de nuestro corazón” (Barrios Pintos, A. 1989:36).

Sin duda constituía una realista descripción de lo que suponía para los vecinos de las tierras del norte lanzarse a la aventura de poblar y cultivar aquellos dilatados territorios, expuestos a sufrir los vejámenes de los indígenas nómades y de aquellos hombres de mal vivir que siempre habían encontrado seguro refugio entre ellos. Por supuesto que lo singular no estuvo en esta angustiosa reclamación, sino en la respuesta que la misma provocó del Comandante de la Campaña, Fructuoso Rivera, al ser requerido por las autoridades de la Cisplatina a que expresara su opinión. Este documento (fechado en Montevideo el 25 de agosto de 1824), fue dado a conocer hace muchas décadas por el historiador Carlos Travieso. Es posible que en su redacción haya colaborado alguna pluma doctoral, sin embargo el planteo de la situación en sus verdaderos términos y el sólido conocimiento de la realidad que trata, ponen en evidencia la experimentada palabra de quien conocía profundamente la campaña y su gente.

“Montevideo, 25 de agosto de 1824. Illmo. Exmo. Sor.

Exponer a V. E. mi dictamen sobre los medios que pudieran adoptarse para contener a los Charrúas y preservar de sus estragos el Distrito entre Queguay y Río Negro es una ocupación que me proporciona el doble gusto de obedecer a V. E. y hablar con franqueza de un asunto que ha mucho tiempo ejercita mis desvelos, por eso mismo que envolviendo en su primer aspecto el interés de una gran parte de la Campaña es imposible que deje intacta la felicidad de todos y el interés más inmediato de este Gobierno.

Son los Charrúas Exmo. Sor. unos restos preciosos por su oriundez pero detestables por su carácter feroz, indómito, errante, sin anhelo, sin industria, sin virtudes de consiguiente, y tan sangriento que iguala, si no excede, al de los

Natches e Yroqueses. Con ellos no hay paz durable si no aquella que se compra con el oro o que se asegura por el terror de las bayonetas. Ni hay amistad o relación tan fuerte que no ceda a los furores de la embriaguez o ala codicia de un saqueo. Razón por que los habitantes de entre Queguay y Río Negro son obligados a emplear una parte de su fortuna en adormecer la crueldad de tan funestos vecinos y vivir en atalaya continua para salvar la hora de un golpe de sorpresa.

Cansados ellos de una situación tan ingrata y ansiosos los Virreyes de mejorarla se aplicaron unas veces a destruir los Charrúas con la fuerza y otras con la política, permitiéndose en ambos casos tan crueles atentados que serán eternamente el oprobio de la humanidad y el descrédito de aquellos Xefes. No fue empero bastante que los Virreyes quisieran renovar los crímenes de la Conquista para que los Charrúas dejasen de ser los mismos que fueron sus mayores en tiempo de los Solises y este hecho, cuyo mejor testimonio es lo mismo que V.E. escucha en boca de los habitantes de entre Queguais y Río Negro. Este hecho debe ser una lección para todo el que presuma conseguir el alívio de aquel vecindario con el exterminio de tales enemigos.

Las fuerzas y los recursos necesarios a una empresa de este orden son mayores de lo que parece a primera vista, no por que halla de esperarse una gran resistencia de parte de unos Salvajes que no poseen más que la del Beduino, sino porque su propia pequeñez y su movilidad extrema sobre un terreno conocido darían cabo de la caballería más lucida antes que una vez se hubiese podido hacer uso de las carabinas. ¿Cómo sería el remontarla a cada paso, cómo el darle que subsistir en la desolación de un desierto y la precisión de operar siempre a distancia de los bagajes para perseguir a un enemigo que lo lleva todo en un caballo y sin habitudnes? Que el sediera, por fin no me parece imposible, pero que el Gobierno se halle en estado de emprender una guerra semejante mientras la Campaña despoblada no facilite la subsistencia y las marchas del Soldado ni lo creo ni presumo que sería razón suficiente para romper las hostilidades contra un Pueblo informe, bárbaro y sanguinario pero que tiene los derechos más sagrados a la consideración del hombre que conoce su origen como ya lo dije.

Es muy laudable y propio del carácter humano que ha ostentado V.E. en todas las escenas de su Gobierno el que los Charrúas conozcan la diferencia de los tiempos y la mejora de nuestra moral en el mismo plan de conducta que se adopte para contenerlos si este basta, y para aterrarlos si esto es preciso. Organícese una fuerza competente entre Queguays y Río Negro cuya subsistencia pese en la mayor parte sobre el vecindario de aquel distrito y colocado a su frente un Xefe

valiente pero filántropo, activo pero no temerario. Hágase luego al charrúa una intimación para que abandone la vida errante y se dedique a cultivar los mismos campos que ahora destruye. Désele útiles para sembrar y algún ganado para subsistir. Nómbrense Xefes que tengan una intervención superior tanto en el orden como en los progresos de esta Colonia y déjese a elección del Charrúa todo lo que salga de aquella línea; por fin promuévase entre ellos el conocimiento del Evangelio predicado con el ejemplo de hombres apostólicos y déjese lo demás al tiempo y la circunstancias que fieles a su índole irán mostrando la senda que deba seguir para perfeccionar un pensamiento que ya hemos visto realizado en el Paraguay por simples misioneros, en Sierra Leona por una sociedad de filósofos y en Estados Unidos por los esfuerzos de un Gobierno que ojalá hubiese tantos imitadores como son los Xefes que se hallan en el caso de hacer grandes bienes sin agravio de la humanidad ni queja de la justicia.

Dios gde. a V. E. m.s a. s.

Ilmo. y Exmo. Sr. Barón de la Laguna”

Muchos elementos son dignos de destacarse en este documento que refleja el sólido conocimiento que poseyó Rivera de la realidad geográfica y humana de su tierra, así como de sus antecedentes históricos más inmediatos, conocimientos reflejados con frecuencia en su correspondencia. Sin duda que el tema de los charrúas-minuanes debía ser motivo de “desvelos” para un Jefe que tenía a su cargo garantizar la tranquilidad de los vecinos de la Campaña y que recibía con frecuencia, desde las tierras del norte, las quejas sobre las acciones vandálicas de dichos indígenas. Conocía, como vimos por experiencia propia, que los hábitos de pillaje y embriaguez, profundamente arraigados en ellos, hacían falaces todas las promesas de paz u orden permanente: “*Ni hay amistad o relación tan fuerte que no ceda a los furores de la embriaguez o ala codicia de un saqueo*”.

Su análisis sobre la imposibilidad de realizar una campaña militar convencional contra ellos, resumía la experiencia de fracasos de toda la época colonial, pues la gran movilidad hacía que fuera imposible para cualquier fuerza militar darles alcance. Estas conclusiones, son las mismas a las que llegaron otros Jefes de su época para reducir de forma forzosa a las tolderías y sin duda fueron decisivas para la planificación de la campaña contra ellas que realizará el propio Rivera en 1831.

Su confianza en los resultados que podría dar la intensificación del poblamiento y la existencia de una fuerza militar disuasoria ubicada al norte del río Negro, coincide con el plan propuesto por Félix de Azara. En esos

momentos, según Rivera, todavía se carecía tanto de las condiciones de poblamiento como de fuerza militar para emprender una campaña de esas características. Además de todas esas consideraciones, no debe olvidarse que por entonces se estaban gestando distintas acciones revolucionarias, que en todos los casos tendrían al Comandante de la Campaña como uno de sus protagonistas principales, por lo tanto seguramente Rivera también por ello consideró totalmente inoportuno embarcarse en una empresa contra las tolderías.

II.3.- EN LA SEGUNDA REVOLUCIÓN PATRIA

Una revolución diferente. La participación marginal de los charrúas-minuanes

No demasiado interés ha presentado la historiografía nacional en marcar las numerosas e importantes diferencias que tuvo la etapa revolucionaria iniciada en 1825 con la anterior. El énfasis se ha puesto en destacar los elementos de continuidad.

Para el tema que nos ocupa, interesa destacar el propósito que desde el momento inicial del movimiento revolucionario tuvieron sus jefes, Lavalleja y Rivera, de evitar que al nuevo movimiento se lo calificara nuevamente de “anarquía”, estigma que en la anterior etapa le había enajenado a la revolución importantes adhesiones. Debe por eso recordarse, por su carácter de crítica al período revolucionario anterior, lo que claramente expresaron ambos Jefes desde el Cuartel General del Durazno en la Orden del Día del 15 de mayo de 1825:

“La experiencia ha manifestado desgraciadamente en otras épocas, que en la revolución las pasiones se desenfrenan, y los malvados se aprovechan en estos momentos para cometer los delitos de desertión, homicidio, estupro y latrocinio, y como tales hechos no evitados en los principios, después se hace un hábito general, que al fin consuma la ruina del país; hemos acordado no perdonar medio alguno con el fin de evitar sus desastrosas consecuencias” (García, F. 1976).

En el acuerdo de los Compadres, para lograr darle al movimiento ese rostro de revolución más ordenada, sin duda debió abordarse el tema de qué rol jugarían en él los indígenas nómades, pues no les faltaba responsabilidad en muchas de las acciones descriptas en la Orden. Los hechos posteriores permiten colegir que debieron acordar buscar su adhesión, para evitar que se aliaran con las fuerzas brasileñas, pero que se evitaría en todo lo posible que tomaran parte de acciones bélicas y, sobre todo, se los ten-

dría bajo directo control, a efectos de que no pudieran reiniciar sus características acciones de saqueo a título de operaciones revolucionarias.

La marginación de los charrúas-minuanes en la nueva Revolución fue notoria y marcó un claro contraste con lo sucedido en el período artiguista.

Los infieles no participaron en ninguna de las principales jornadas bélicas de entonces -ni en Rincón, ni en Sarandí ni en Ituzaingó- como tampoco en otros combates menores que tuvieron lugar en el período. Tampoco se les permitió pasar al sur del Río Negro y si alguna vez lo hicieron, como a comienzos de 1826, fue de forma fugaz, en muy reducido número y con expresa autorización de las autoridades militares de la Revolución.

Las referencias a la participación de los infieles son mínimas en la documentación conocida, pero menos aún es la atención y difusión que se le ha dado a la misma. Esa documentación confirma lo dicho anteriormente, de que claramente se evitó una participación importante de los charrúas y minuanes.

A pocos días de iniciado el movimiento revolucionario, fuentes brasileñas señalaban que en la campaña se hacían sentir ya *“partidas de ladrones y los minuanes”* (“Correspondencia tomada...” 1936: 142) lo que señalaría la reiteración de los hechos que los líderes revolucionarios querían evitar. Lo confirma correspondencia de Rivera, de finales de mayo, a Sebastián Barreto -jefe brasileño a quien don Frutos buscó incorporar al movimiento- a quien informaba: *“Mi marcha será por el Paso de los Toros del Río Negro y ver si puedo contener los charrúas que según soy informado ya andan cometiendo robos, etc.”*

Conociendo la disposición de las tolderías a participar de las guerras del mundo “cristiano” y para evitar su pasaje a las fuerzas brasileñas, los Jefes revolucionarios buscaron tenerlas bajo su control. Así para agosto de ese año 1825 tenemos nuevas constancias documentales de su marginal participación en el movimiento. Recién cinco días después de tomar Paysandú, el Cnel. Julián Laguna informaba: *“Ayer se me han incorporado cincuenta charrúas, todos armados de lanza...”* (“Correspondencia Militar de 1825” 1932). Y a fines de setiembre, de 1825, Felipe Duarte comunicaba que el Alférez Marcos Alvarez se hallaba *“con unos cien charrúas”* (ídem) observando al enemigo.

Dos días antes había tenido lugar la trascendente victoria de Rincón de las Gallinas y en ella no tuvieron ninguna participación los charrúas-minuanes.

Por entonces, la fortuita presencia de un cronista en pleno corazón de la pradera oriental, nos permite tener un testimonio de los crímenes cometidos por los infieles sobre aquellos que se exponían a transitar de forma más o menos solitaria por los campos o que se negaban a satisfacer sus requerimientos. Al iniciarse noviembre, el oficial José Brito del Pino registró en su Diario: *“En el camino encontramos cerca ya del Arroyo Grande, los cadáveres de un chino y una china, muertos, el primero a lanzadas y la segunda a balazos, por los charrúas. Mandó (Rivera) recogerlos y darles sepultura”* (Brito del Pino, J. 1910/1956).

Constantes habían sido siempre estas escenas en la pradera oriental, pero a causa de la soledad de los lugares donde se producían, y las propias características de las víctimas, en pocas oportunidades quedaba constancia documental de tales sucesos.

Los Jefes Orientales no podían emprender acciones punitivas contra ellos, pues se encontraban en los momentos decisivos de la campaña contra los brasileños y atacar a los charrúas habría supuesto la inmediata adhesión de estos a las fuerzas imperiales, por lo tanto una vez más la contemplación y tolerancia fue la actitud tomada frente a esas circunstancias.

Es posible que Lavalleja o Rivera llamaran a alguno de los jefes indígenas para tratar de evitar las acciones de pillaje y criminales. Al comenzar enero de 1826 llegaron al cantón del Durazno un grupo de charrúas comandados por el cacique Perú, que permanecieron hasta el 9 de ese mes, fecha en que se le expidió un pasaporte autorizando su tránsito. José Brito del Pino dejó una tan viva como desfavorable descripción de estos ocasionales visitantes (ver Parte III **“Algunas miradas...”**).

Escaso efecto tuvo lo acordado en el Durazno y los obsequios que seguramente recibieron en esos días. Apenas una semana después de retirarse del centro de la Provincia, se recibieron noticias de los desmanes que volvían a cometer los charrúas, asaltando estancias de la frontera de la zona de Tacuarembó Chico y Tres Cruces. Sobre el particular registró también Brito del Pino: *“Llegaron comunicaciones del teniente don Jerónimo Cáceres en que decía los daños que estaban causando los Charrúas, pues robaban las estancias de los vecinos continentales que habían quedado entre nosotros al abrigo de la garantía que había publicado el Gobierno con respecto a ellos”* (Brito del Pino, J. 1910-1956). Ante ello *“...se ofició al vecino José Ignacio Garrido para que reuniese alguna gente y se situase en la barra del Tacuarembó Grande, en observación del enemigo y para evitar los robos de los charrúas”* (del Pino, B.: 54).

Al mismo tiempo, el Cap. Manuel Benavídes le escribió a Rivera desde Rolón: *“..Sólo tengo que decir a V.E. que es imposible el evitar los desórdenes*

de los bárbaros, sólo con su completo exterminio...” (“Correspondencia Militar 1826” 1947-1977).

Los charrúas minuanes no podían o no deseaban entender el cambio de estrategia operado hacia la población de origen brasileño entre la guerra de los tiempos de Artigas y la actual. El fundado temor de los Jefes revolucionarios de que nuevamente quedaran despobladas las tierras del norte por el libre transitar y saquear de los infieles tenía sólidos argumentos para existir, pues evocaba dolorosos errores de la Revolución en su etapa anterior.

El 22 de enero de 1826 Rivera en comunicación a su Compadre Lavalleja le expresaba:

“...los charrúas han empezado ya en sus incursiones sobre la frontera y causado terribles desórdenes con aquellos vecinos de Tacuarembó Chico y las Tres Cruces. El vecino Pedro Pablo... que viene del Lunarejo y de donde salió el Viernes pasado, llegó hoy: dice que son terribles los robos hechos por los charrúas y algunos paisanos armados que a la par o abrigo de los bárbaros son los que hacen los robos y según entiendo son vecinos y gauchos de por ahí por paso de Vustillo y Achar. El Pedro Pablo dice que todo el vecindario se ha retirado para la otra banda de Tacuarembó con sus haciendas...” (“Correspondencia Militar 1826” 1946-1977).

Las tolderías refugio de desertores

La Provincia se había inundado de desertores, especialmente desde la explosión de las desavenencias entre los Jefes del Ejército Nacional y los Jefes orientales, siendo la sublevación del prestigioso Regimiento de Dragones Orientales (1826) el hecho más representativo al respecto. Entre estos dragones, que buscaron refugio en las tolderías, se encontró el Sargento Benito Silva, quien brindó años después al Dr. Teodoro M. Vilardebó el conocido testimonio, que ofrece una excelente pintura de la situación de las tolderías y de los rasgos culturales de estos hombres y mujeres charrúas-minuanes (ver Gómez Haedo, J. C. 1937; Perea y Alonso, S. 1938; Mezzera, B. 1963). Muchos de estos desertores junto con integrantes de las tolderías volvieron a sembrar el terror en la campaña noroesteña, determinando al Gral. Carlos de Alvear a tomar medidas y castigando de forma ejemplarizante a algunos de los responsables. Con fecha 26 de setiembre de 1826 Alvear informaba al Gobierno:

“Entre las medidas que el General en Jefe ha adoptado para asegurar la tranquilidad de la Provincia Oriental, no es de poca importancia el haber reducido a los Indios Charrúas a marchar sobre el Queguay, á las órdenes del Señor Comandante Laguna. No sólo había fuertes prevenciones entre los veci-

nos respecto a la conducta de los espresados indios, sino que sus Toldos, situados sobre las puntas del Sal-si puedes ofrecían un abrigo a los desertores y bandidos que se han multiplicado con motivo del desorden. El que firma no ha descuidado el perseguirlos con gruesas partidas, y a la actividad del Comandante del Departamento de Paysandú se debe el haber sido aprendido y fucilados cuatro de los que acompañaban al famoso asesino Anacleto..." (cit. Baldrich, A. "Historia de la Guerra del Brasil" Buenos Aires 1974: 420).

Las tolderías abrigaban inmensa cantidad de desertores. El Comandante Julián Laguna informaba, en 1827, a Lavalleja: *"...que entre los charrúas hay sobre doscientos hombres armados, que son del Ejército Nacional..."* ("Correspondencia Militar 1827" 1947-1977).

En el Archivo del Gral. Julián Laguna -sin duda uno de los oficiales superiores que mantuvo mayor contacto con los infieles- existen constancias como la siguiente, de 1827 *"Por gratificaciones a 6 Charrúas q.e presentaron dos Negros, uno desertor del Ejército y otro propiedad del enemigo: \$28"* (Biblioteca Nacional - Archivo Gral. J. Laguna). También constan entregas de yerba mate a los charrúas. La caza de desertores parece que era, por entonces, una de las estrategias utilizadas por los infieles para obtener los apetecidos bienes del mundo criollo. Eso no impedía la realización de otras tradicionales acciones, como la realización de ilícitos arreos de ganados unidos a desertores y gauchos, aprovisionándose generalmente mediante el robo a estancias de habitantes de origen portugués. El Comandante Mateo Quiroga informaba, en junio de 1827, que le era imposible controlar *"las muchas tropas de ganado, estas pasan a la otra parte del Río Negro y toman diferentes direcciones que no le incumbe averiguar; y que es inevitable la prohibición de las que por los charrúas y desertores se introducen auxiliados de la vasta extensión de la campaña"* ("Correspondencia Militar 1827").

Las tolderías seguían siendo *"la Ginebra americana"*, como las había definido Lozano a mediados del siglo XVIII. Y así continuaron hasta su final. Debe además tenerse en cuenta que todos los compromisos que los caciques pudieran realizar con Jefes militares del mundo criollo, aún cuando se partiera de la buena fe de los mismos, en los hechos de poco valían, pues como lo destacan Azara, Saint Hilaire y otros autores, era muy débil la autoridad de los caciques sobre sus subalternos, gozando cada integrante de las tolderías de gran libertad de movimiento. La presencia constante de hombres de mal vivir y esa incapacidad de las tolderías de poder garantizar una conducta única de todos sus integrantes, sin duda jugaron un papel decisivo a la hora de tomar la decisión de desintegrarlas.

Cuando la Campaña de Misiones

Finalmente volvemos a encontrar a los charrúas cuando la campaña de Misiones. Hemos visto como Artigas en 1811 y Lavalleja en 1822 ante la necesidad de sumar fuerzas, habían recurrido a las tolderías de los infieles. En idéntica situación se encontró Rivera en 1828, luego de tomar las Misiones, ante la exigencia de reunir fuerzas para sostener su posición frente a los imperiales que avanzaron hacia dicho vital territorio. En el parte que Rivera envió a Dorrego (Costa del Ibicuy, 16 de mayo) señalaba: *“No es menos digna de la consideración de V. E. la conducta de los indios minuanos y charrúas que al mando de los caciques Polidorio y Juan Pedro que acompañaban bajo la dirección del capitán D. Juan Francisco Fernández”* (“Partes Oficiales...” 1954).

El documento citado nos muestra claramente que en dicha campaña los infieles no actuaron de forma autónoma, sino bajo el mando de un oficial de la confianza directa de Rivera. Es seguro que también existían importantes diferencias entre el carácter de unos y otros caciques, que haría más o menos accesible un cercano y regular relacionamiento. Tejido de relaciones personales entre oficiales del mundo criollo y caciques infieles que parece definitivamente vedado para los historiadores poder conocer en detalle y que sin duda jugó su rol en Salsipuedes y acciones posteriores.

Manuel Alejandro Pueyrredón, en su interesante Memoria sobre la Campaña de Misiones, confirma esta presencia de los infieles, especialmente en las fuerzas que retornaban al Estado Oriental, seguidas muy de cerca por una importante fuerza del Imperio que buscaba impedirselo. Señala el memorialista: *“Estaban en el ejército doscientos indios charrúas...”* (Pueyrredón, M. A., 1976: 191). Número que entonces incluía, seguramente, muchos desertores, refugiados y tapes que vivían en las tolderías pero que no eran propiamente ni charrúas o minuanes.

Pueyrredón, al relatar un episodio en el que tuvo papel protagónico, registra que Rivera *“mandó llamar al cacique llamado Pirú, tape de una talla gigantesca y le hizo montar su mejor caballo, que era un moro parejero”*. Pero Pueyrredón se llevó pronto una desilusión de su ocasional acompañante: *“se me había recomendado al indio por valiente, pero se portó como un cobarde. Poco faltó para que su conducta causase un conflicto que pudo tener consecuencias terribles y devastadoras...”*. Después Pueyrredón explica la actitud del cacique Perú: *“Tanto este salvaje como todos los charrúas tenían un terror pánico a los brasileños y los detestaban, porque indio que tomaban lo mataban en el acto”* (ídem.).

III.- AL NACER EL ESTADO ORIENTAL

III. 1.- Restauración de la lógica de Estado

La culminación de la guerra y el nacimiento del Estado Oriental supuso la restauración de la lógica de Estado, suspendida por dos décadas durante el paréntesis revolucionario. Esta lógica estatal volvía a poner el orden y la seguridad de los habitantes como objetivo prioritario, tanto por el cuidado de ellos como para posibilitar el crecimiento económico. Esa necesidad de asegurar el orden interno se veía ahora especialmente exigida por las difíciles circunstancias en que nacía el país, amenazado por las dos grandes naciones limítrofes que buscarían el menor pretexto para intervenir. Rivera describió con elocuencia esa situación: *“El Estado Oriental existe, pero su cuna es como la de Hércules: dos Serpientes la rodean...”*

Asumir un control efectivo sobre la totalidad del territorio estatal, controlar la zona fronteriza para evitar un conflicto internacional y eliminar todo factor de desorden para promover el poblamiento y la recuperación económica, eran las tareas prioritarias para los primeros gobernantes del Estado. Lo mucho que había por hacer, los escasos recursos que se tenían y la urgencia de resultados concretos, limitaban la posibilidad de emprender proyectos de larga duración o alto costo.

La existencia de esa especie de “República charrúa” -en las tolдерías no regía el orden legal aceptado por la sociedad criolla- era totalmente incompatible con la nueva situación y la particular fragilidad del flamante Estado. A diferencia de lo que ocurría en Argentina o Chile, estos remanentes indígenas no poseían un espacio propio, no existía al nacer el Uruguay “tierras indias”, sino que las tolдерías deambulaban por un territorio que desde finales del siglo XVIII ya estaba dividido en propiedades y poblado por numerosos vecinos, que con la paz comenzaban a reanudar sus actividades económicas. Las tolдерías habían quedado encerradas en medio de las estancias. Sólo los irregulares tiempos vividos en el territorio oriental desde 1808 habían permitido que tan singular situación se mantuviera. De esta forma, son por demás exactas las palabras de Eduardo Acosta y Lara cuando expresa: *“cualquier gobierno llamado a regir los destinos de la República, habría tenido que abocarse a la reducción de aquellos indígenas como etapa previa al logro del bienestar nacional”* (Acosta y Lara, E. 1969).

Luego de la larga serie de fracasos para lograr que los integrantes de las últimas tolдерías avinieran a asentarse en un territorio de manera estable,

la realidad del país imponía la toma de decisiones urgentes y decisivas al respecto. La solución pensada por los principales líderes de la sociedad oriental de entonces, no era el exterminio de los individuos sino la reducción forzosa de los mismos, para que cambiaran definitivamente su estilo de vida. No se perseguía a un tipo racial sino un estilo de vida. No fue una lucha de “blancos contra indios” ni tampoco sólo de “estancieros contra indios”, como algunos han insistido en afirmar.

Los estancieros pobladores, por supuesto que querían que se sujetara definitivamente a los indígenas nómades; eso lo querían los estancieros grandes, medianos y pequeños; propietarios, arrendatarios u ocupantes. Pero también lo querían los que no eran estancieros. Aquellos que tenían una pequeña fracción de tierra para cultivar y criar algunos ganados, lo querían los peones, los puesteros, los agregados y todos los hombres y mujeres del medio rural que vivían atemorizados por los “infieles” y sufrían en carne propia los efectos de esa ambulante “República charrúa” sin ningún tipo de control.

La exigencia de seguridad frente al miedo, generado por la violencia descontrolada, no ha sido nunca un reclamo que pertenezca a un único sector social. Los infieles y los que se refugiaban en las tolderías, a la hora de realizar sus robos o crímenes no discriminaban entre ricos o pobres, entre blancos, negros, indios o mestizos.

La zona norte del país era -por obra de casi dos décadas de devastadora revolución- escenario de todo tipo de atentados contra la seguridad personal y las propiedades, dado el amparo que el despoblado ofrecía a tales acciones. La urgente necesidad de ocupar efectivamente ese territorio, exigía la desaparición de las tolderías, después de los fracasos reiterados para que se avinieran a aceptar el orden normativo de la sociedad criolla dentro de cuyo espacio físico se encontraban.

Eso lo tuvieron claro todos los principales Jefes de la época, fueran Rondeau, Lavalleja, Rivera, Laguna, Garzón u Oribe.

III.2.- BAJO EL GOBIERNO PROVISORIO

Era evidente que al retornar la sociedad a la vida pacífica, la dinamización de la actividad comercial, el establecimiento de numerosos mercaderes en los puertos del litoral uruguayo, la reocupación de las estancias y la explotación de las yeguas bagualas, volvieron a tensar los conflictos entre los distintos actores que coexistían y competían en las tierras del norte.

Rivera -verdadero arbitro de la Campaña- no les perdía pisada a las tolderías y recibía informes de forma permanente sobre ellas. ¿Qué conversó con ellos cuando traspasando el Cuareim volvieron a penetrar al Estado Oriental?

Estando en Durazno, en mayo de 1829, le informaba a su íntimo colaborador Lucas Obes que las fuerzas asentadas en la frontera del Cuareim estaban en muy buen estado, incluso “...*asta los charruas guardan un horden incomparable*” (Acosta y Lara, E. 1969).

Poco duró esa situación. El 1° de agosto de ese año el hacendado José Canto le escribe al Gral. Julián Laguna:

“Le aviso que dentro de 12 a 15 días voy con la mitad de mi ganado a poblar el Rincón que tubo Yuca; mucho temo allí a los charrúas, que aquí cerca robaron estos días toda la caballada y una punta de ganado de las estancias de Bravo, Quintero su primo y del Portugués Antonio.

Yo no sé como no se toman providencias serias para ponerlos en estado de que no hagan daño, ya que ningún bien se puede esperar de ellos. Con insinuación de Vm. algo se determinaría” (idem.).

Reclamos similares siguieron cayendo sobre los Comandantes Militares o las autoridades del Gobierno Provisorio y a ventilarse en la prensa de la Capital, importante instrumento de la lucha política que ya se manifestaba con gran ímpetu. Además, los dos años transcurridos entre la firma de la Paz (octubre de 1828) y la asunción de Rivera como primer presidente (noviembre 1830), fueron de incertidumbre e inestabilidad política, lo que favoreció decididamente a que el desorden se volviera a apoderar de buena parte del país, especialmente en la dilatada y bravía frontera. Infinidad de pulperías ambulantes y de mercaderes ubicados en las poblaciones del litoral estimularon decididamente la matanza indiscriminada de vacunos y yeguas, lo que era un poderoso incentivo para infinidad de hombres sueltos (“gauchos”), y las tolderías.

El Gobierno Provisorio, presidido por Rondeau, tenía cabal conciencia que uno de los principales objetivos de la acción gubernamental debía ser restablecer el imperio del Estado sobre todo el territorio, especialmente en el ubicado al norte del Río Negro y las fronteras, siempre el más difícil de someter al orden legal. Con fecha 16 de enero de 1830 el Gobernador José Rondeau y su Ministro Lucas Obes encomendaban al Brigadier Rivera la pacificación de la frontera, evitar las incursiones desde el Imperio y agregaban:

“Quiere asimismo el gobierno que el Sor. Brigadier Gral. indague cual es la situación de los salvajes llamados charrúas, cual el punto que ocupan actual-

mente, cuales los terrenos que se han apropiado después de la paz, y si, como se asegura, es cierto que en sus tolderías se hallan un número considerable de vagos y desertores tanto de este, como de los Estados vecinos, para que en este caso el zelo del Sor. Brigadier Gral. deberá convertirse muy particularmente á prevenir los progresos de un mal que amaga igualmente á la seguridad de las propiedades, que al sosiego interno del Estado” (Acosta y Lara, E. 1969).

Existe documentación que parece señalar que ante esta situación Rivera buscó una nueva conciliación con la tribu, tratando directamente con alguno de los indígenas. Con fecha 10 de febrero informó: *“He recibido en este campo hoy indios charrúas, que conducía el cabo que regresa, los que el que firma va a dar el lleno a lo dispuesto por el Superior gobierno para que marchen a su destino: con lo que queda contestada la nota de hoy del Sor. Coronel encargado del E. M. a quien saluda con aprecio”* (“Correspondencia Militar” 1977: p. 25).

También en febrero de 1830, el Capitán Manuel Fraga informaba: *“en el día de hoy ha llegado a esta guardia dos vecinos de las Puntas de Tacuarembó con el Parte de haver sido saquiados por Treinta indios Charrúas levantados sus ganados y Caballos...”* (Acosta y Lara, E. 1969:11).Uno de los vecinos afectados por esos ataques, al reclamar en la prensa de Montevideo que se tomaran medidas, advertía:

“La vecindad fronteriza ha emigrado y en breve acabará de emigrarse buscando su mejor asilo y garantías de sus casas, vidas y haciendas: ella con dolor de su corazón no tendría otro remedio que abandonar el bello Estado (pero más que desgraciado) del Uruguay y esconderse para siempre en lo más remoto del mundo, en donde no quisiera recordar, en ese árido y desbastado, en ese infeliz Portugal” (“El Universal” 27/III/1830).

Al producirse cambios políticos, pasando Lavalleja a ocupar el Ministerio de Guerra, nada cambió en la política estatal frente a los infieles, al contrario. Es evidente que Lavalleja tenía también la firme decisión de terminar con el problema y así se lo hizo saber a Rivera, Comandante de Armas, el 24 de febrero de 1830:

“Por el adjunto parte que en copia autorizada se acompaña, será impuesto el Sor. Gral. de los excesos cometidos por los Charruas. Para contenerlos en adelante y reducirlos a un estado de orden y al mismo tiempo escarmentarlos, se hace necesario que el Sor. Gral. tome las provisiones más activas y eficaces, consultando de este modo la seguridad del vecindario y la garantía de sus propiedades. Dejados estos malvados á sus inclinaciones naturales y no conociendo freno alguno que los contenga, se librarán sin recelo á la repetición de actos semejantes al que nos ocupa, y que les son familiares. El infrascripto ha recibido orden del

Gobierno de recomendar altamente al Sor. Gral. la más pronta diligencia en la conclusión de este asunto, en que tanto se interesa el bien de los habitantes de la Campaña” (Acosta y Lara, E. 1969).

Cuando Manuel Lavalleja escribió la conocida Memoria -en tiempos de la Guerra Grande- condenando a Rivera por lo hecho en Salsipuedes, se cuidó muy bien de no hacer mención de la determinación que tuvo su hermano de terminar con el problema de los charrúas, como tampoco de mencionar las denuncias que el propio Manuel Lavalleja elevaba desde Paysandú, informando sobre las depredaciones de los infieles e incitando al Gobierno a que castigara tales acciones.

En los primeros días de marzo de 1830 Rivera daba cuenta que había tomado medidas al respecto, “...*conociendo el que firma los grandes males que resultarían al Vecindario, si no tomase medidas que impongan á Contener semejantes desordenes y poner freno que los contenga a estos malvados*” (Acosta y Lara, E. 1969).

El estallido de la crisis política en abril, que enfrentó nuevamente a los Compadres, volvió a postergar la ejecución de las medidas represivas impulsadas por Lavalleja.

Siempre las desavenencias dentro del mundo criollo brindaba a las tolderías la oportunidad para sentirse menos vigiladas, incrementando sus características acciones. Así sucedió nuevamente a mediados de 1830.

En esos meses, las denuncias y testimonios sobre acciones de robos, saqueos y asesinatos continuaron creciendo y en muchas de ellas los charrúas aparecían como responsables, junto con los gauchos y desertores que se refugiaban en sus toldos. Así Bernabé Magariños, que estaba destacado en Bella Unión, registró en su Diario personal, entre los meses de julio a octubre de ese año 1830, diversas denuncias sobre crímenes donde aparecían acusados los charrúas, incluso algunos realizados en territorio del Imperio del Brasil.

“18 de Julio. Se recibieron oficios del Com.te de Alegrete sobre desordenes y robos por los Charrúas...

29 de Setiembre. Supe que los Charrúas cometían robos y asesinatos en el Departamento de Paisandú...

19 de Octubre. Leí las cartas de Canto y estaba enojado p.r q.e los Charruas le habían robado la Estancia de Cañas por segunda vez” (Magariños, B. “Diario” Arch. Gral. de la Nación -Particulares).

Coincide con estos registros la información del Alcalde de Paysandú Francisco Rivarola, quien en comunicación al gobierno, del 20 de setiembre de ese año 1830, expresaba en un pasaje:

“...por un parte del Sr. Juez de Paz del Salto fecha 17 del corriente, se anuncia una incursión de los Charrúas, a que han dado principio por posecionarse de la estancia de D. José Cantos, y que estan tan insolentes q.e se disponen a bazer todo el daño q.e puedan á los Vecinos obligándolos á abandonar sus haciendas, q.e por último muy pronto lo destruirán todo, si una pronta medida no los contiene y atemoriza” (Acosta y Lara, E. 1969:13).

Estos y otros robos y amenazas cometidos por los charrúas, determinaron que el Ministro de Gobierno Juan E. Giró diera instrucciones al Ministro de Guerra para que *“tome las medidas conducentes á reprimir las incursiones de los Charrúas y castigarlos”*. El Ministro de la Guerra determinó que se enviara oficio al Cnel. Lavalleja para que dispusiera *“las medidas necesarias de seguridad en esas circunstancias, pero de ningún modo hostilizando a los Indios, si ellos no lo verificasen...”* (Ídem.).

El ataque directo sobre los indígenas determinaría una situación de conflicto abierto y exponer al vecindario de la amplia región norteña y fronteriza a sufrir los devastadores efectos de las *“imbaciones”* (como se las identifica en la documentación) de los indígenas aliados con tapes, gauchos sueltos y desertores. Los fracasos de Pacheco y otros, junto con los dictámenes de Azara y Rivera, que hemos visto, eran concluyentes al respecto.

Pocos días después, las noticias recibidas indicaban que el movimiento de los charrúas *“solo fue parcial y que estos se restituyeron al Campo que siempre han ocupado”* (Acosta y Lara, E. 1969).

Ante esas denuncias determinó Rivera, ahora Ministro de la Guerra, que marchara el Tte. Cnel. Felipe Caballero a tratar directamente con los indígenas. El 4 de octubre Caballero los encontró en los Potrereros de Arerunguá, a dónde se habían retirado *“mui asustados...”*.

Según el propio testimonio de Caballero, logró hablar *“con los Caciques Perú, Juan Pedro y Brun; todo quanto V. E. le había ordenado y a conseguido con ellos baserles olvidar todo lo pasado con Lorenzo y me han prometido no incomodar al Vecindario ni baserles daño alguno: Yo creo que ellos cumplirán con lo prometido en razón de q. e estaban muy asustados cuando supieron que yo viva sobre ellos con una fuerza armada...”* (Acosta y Lara, E. 1969).

Al dar cuenta Rivera al Gobierno de lo realizado por Felipe Caballero, dejaba entrever con claridad que lo actuado no eran más que medidas paliativas pero que la solución de fondo del problema exigía acciones de otro tipo: *“...la tranquilidad y reposo del vecindario de la Campaña no tendrá alte-*

ración por ahora y hasta tanto que el Superior Gobierno pueda dictar medidas que exterminen o hagan desaparecer la causa y origen de las vejaciones y felonías que ha sufrido por tanto tiempo el vecindario de la Campaña” (Durazno. 8 oct. 1830 - Acosta y Lara, E. 1969).

Dispuso también Rivera medidas para dar mayores garantías al alarmado vecindario del norte, estableciendo una mayor vigilancia sobre las tolderías infieles. Informó así haber: *“...dispuesto se coloque una partida de 80 a 100 hombres en el Lunarejo a las bordenes del Tte. D. Fortunato Silva, con el objeto de poner a cubierto a el vecindario de las vejaciones q.e reciben a cada momento p.r esa horda de Salvajes q.e p.r desgracia se deja ver en lo más precioso del territorio, los cuales averigando en sus tribus en la calidad de infieles a innumerables vagos son los que mortifican con sus rovos y asesinatos a los inermes avitantes de todos esos distritos”* (7 oct. 1830- Acosta y Lara, E. 1969).

Cuando en 1832 el Presidente Rivera informe a la Asamblea General sobre lo actuado, insistirá en ese carácter de las tolderías como refugio de delincuentes: *“Hoy ha desaparecido este mal y quitado á los criminales y vagos el principal asilo que los hacía inaccesibles al poder de la policía, de donde amagaban constantemente la paz de aquellos moradores”* (Mensaje del Poder Ejecutivo, 1832).

III.3.- EN EL PRIMER GOBIERNO CONSTITUCIONAL

El 6 de noviembre de 1830 Rivera asumió como primer Presidente de la República y sin duda uno de los problemas que más demandaba su atención era la pacificación de las tierras fronterizas del norte, sobre todo ante las permanentes alarmas que procedían de los Estados limítrofes respecto a las intenciones sobre el Estado Oriental. Sobre todo alarmaban las noticias del Brasil, quien sin mayores reparos expresaba internacionalmente su intención de volver a ocupar el territorio oriental, valiéndose del argumento de ser un espacio en constante inquietud e inseguridad, abrigo de todo tipo de delincuentes que afectaban la seguridad e intereses del Imperio. Sus constantes reclamos a través de las autoridades fronterizas parecían encaminarse hacia aquél objetivo

Garantizar el poblamiento del norte era imperioso y la triste experiencia colonial demostraba que esa era la única barrera efectiva para detener el expansionismo luso-brasileño. En ese sentido, la trayectoria como hombre de Estado del Gral. Rivera demuestra que la máxima “gobernar es poblar”

-que luego divulgara Alberdi- orientó siempre su acción y fue por eso que centró su mayor atención en la región norteña. Ningún hombre de Estado de su tiempo manifestó mayor interés y acción que él en ese objetivo colonizador y nacionalizador.

Pero ahora se agregaba otra razón para ejecutar sin dilaciones dicha campaña. En el nuevo régimen republicano, que se inauguraba, ningún tema escapaba a la lucha política y el de los indígenas nómades no fue una excepción. La oposición al Gobierno de Rivera daba especial destaque a las denuncias de desorden y delitos de todo tipo que llegaban, acusando al Gobierno de ser pasivo e insensible ante tales hechos, reclamando la toma de enérgicas medidas.

Curiosamente, años después muchos de estos opositores harán de la campaña de Rivera contra los charrúas causa de descrédito y acusación a dicho General.

No escapaba tampoco a Rivera que la implacable oposición política que enfrentaba -tanto interna como externa- en caso de un movimiento armado recurriría tanto a esos centenares de desertores y hombres de mal vivir que se abrigaban en las tolderías como a los entre 100 a 150 guerreros charrúas-minuanes que aún existían.

Durante octubre y noviembre las denuncias por acciones de charrúas y changadores contra estancias en la zona fronteriza se intensificaron, exigiendo, también, la toma de medidas.

En los primeros días de diciembre de 1830, un vecino de la costa de Cuñapirú le escribía al Presidente Rivera: *“que hemos sido robados por una partida de ladrones, que supongo ser Charrúas. Estos malvados ladrones no han cesado de dos meses á esta parte de robar los ganados y saquear varias casas. Es por esto que aviso a V. E. estar reunidos en un punto todos los vecinos de esta provincia, basta que V. E. por su humanidad nos dé algunas providencias para el sosiego de los vecinos y seguridad de sus intereses”* (“El Caduceo” 31/ dic./1830).

Y en esos mismos días el vecino José Canto también denunciaba:

“Por tercera vez los Charruas, o no se quien, han vuelto a rovarme la estancia de las Cañas el martes 7 del corriente, llevándose como 400 cabezas de ganado según se calcula por la rastrillada, todos los caballos, dejando degollado un muchacho de 9 años, y no se sabe si se llebaron o dejaron también asesinado otro peón joven como de 14 a 16 años...”

El matar el muchacho chico y acaso el grande me induce a creer que no serían solos Charrúas sino junto con ellos algunos conocidos de los muchachos de

quienes habrán temido los descubriesen y en tal caso deben ser los mismos que hacia el 15 de Noviembre robaron en la Costa del Tacuarembó en este departamento como 1000 cabezas de ganado, caballada y yeguada de Felizberto Nuñez y otros vecinos inmediatos a la línea de este lado, que según dicen todos eran charrúas con cuereadores de las muchas tropas que hay del otro lado del Arapebí en Mata Perros, Catalán y puntas de Cuaró, hacia cuyos destinos va el rastro de lo que acaban de robarme. Por todas partes de estos destinos no se oye más que lamentos de robos... Todos saben que los charrúas en Sopas, los de Brum y Perú tienen una punta de ganado de mi marca, pero como el mal del prójimo es llevadero...” (Acosta y Lara 1969:22).

No faltaban en algunos las ironías sobre la distancia que existía entre el país formal diseñado en los textos legales y la dura, descarnada y trágica realidad que se vivía a tanta distancia de Montevideo, en las lejanas tierras del norte:

“Como Canto retira su ganado, porque es la tercera vez que le roban, pronto nos investirán por acá. En Tacuarembó días pasados de día claro pararon rodeo y se arrearon porción de ganado, caballos, yeguas, etc., á vista y paciencia de los dueños: bien saben que no tienen á quien temer, y no es extraño que lo hagan con esta franqueza. En fin, somos felices; ya tenemos constitución, cámaras, etc. Un Hacendado” (idem.: 21).

En Paysandú estaba radicado el educador José Cátala y Codina, quien ocupaba allí el puesto de Receptor de Rentas. En su epistolario con Gabriel Antonio Pereira, hombre de confianza y muy cercano a Rivera, se revela como un agudo observador de aquella indómita realidad del norte del país, así como perspicaz en detectar los móviles políticos -nacionales e internacionales- que actuaban soterradamente en muchos de los sucesos que allí ocurrían. En correspondencia de mediados de diciembre de 1830, recomendaba en una serie de puntos las medidas que a su juicio debía tomar el nuevo Gobierno para garantizar la paz, entre ellas el establecimiento permanente en el Departamento de fuerzas armadas de caballería *“que persiga hasta exterminar á los malvados y cuatreros, dando protección decidida a las propiedades y a las haciendas...”*. Y respecto a los charrúas recomendaba:

“...como es notorio que entre ese puñado de Charrúas se ha abrigado un numero considerable de asesinos y ladrones, y que estos son los motores y factores de las incursiones, robos y asesinatos que se cometen bajo el nombre de Charruas, que el Gobierno pida en Sesión secreta á las Cámaras autorización para concluir á los Charruas, ó que lo haga con su propia autorización por q.e á él le está cometida la tranquilidad interior del Estado; y que este golpe sea dado con tanto secreto q.e nadie lo trasluzca ni aun los mismos que van á ejecutarlo,

sino en el mismo momento de darlo. Es este golpe tan necesario al fomento de la ganadería..." (Acosta y Lara, E. 1969:23).

Las palabras de Cátala denuncian, por enésima vez, el carácter de las tolderías como refugio de todo tipo de delincuentes y elementos de mal vivir -la "*Ginebra americana...*" como la bautizara Lozano a mediados del siglo XVIII- que sin duda determinó, en gran medida, la sentencia final sobre las tolderías. Seguramente, como también lo expresa Cátala, muchas de las acciones que se denunciaban no involucraban sólo a los charrúas sino, sobre todo, a aquellos que se refugiaban en las tolderías, procurando obtener cómplices entre los indígenas para sus acciones, sabiendo que la embriaguez o el saqueo eran fuerte tentación para ellos.

Realizada la campaña contra los changadores Rivera, en febrero de 1831 le describía a su amigo Julián de Gregorio Espinosa el caos en el que había estado sumido el territorio del norte desde poco después de la paz del año 1828:

"Yo he conseguido no poco en lo interior de esta Campaña. Ahora me falta solamente dar el 2º paso sobre los charrúas el que indudablemente será en todo el mes que viene pues para entonces pienso ponerme nuevamente en Campaña con una fuerza de consideración. Los indios están como avispas, ellos conocen los males que han causado y temen que con justicia se tomen medidas para contenerlos.

En Sandú, Salto y Belén y Bella Unión existen no pocos extranjeros que son Julián los que han ocasionado terribles robos en la Campaña. Ellos son los que compraban con descaro todos los cueros robados por los gauchos y charrúas. Ellos han dispuesto de las yeguas, estableciendo tropas para faenarlas y asómbtrate que no han dejado una yegua en casi toda la Campaña. Este mal es debido, amigo, a los compañeros del indio Anacleto (así son dignos de reputárseles a los agiotistas de todos los puertos del Uruguay). Es inmenso lo que se ha perdido a este cargo, que en la campaña había un considerable número de yeguas, con ellas el Gobierno pudo haber pagado su deuda, hecho la reforma y quedarle un sobrante de más de 2 millones de pesos y es posible que esta inmensa riqueza haya sido concluida o aprovechada de ella media docena de franceses y más de mil y 200 gauchos que alagados por ellos hayan dado fin a todo y puesto, por último, en conflicto una parte del Territorio del Estado. Díganlo los desgraciados moradores de Tacuarembó y Cuñapirú a quienes les han robado sus haciendas, insultado sus familias y hasta sus hogares incendiados por los gauchos y los salvajes, que inducidos por los salteadores de Sandú, etc., etc. cometían toda clase de robos porque contaban con que tenían quienes le comprasen. No hay un solo ladrón de los de Sandú que no esté hecho un tigre con mis medidas, pero séate satisfactorio que no hay un solo propietario que no me bendiga por haberles

puesto a cubierto de tantos males que experimentaba con tamaños desórdenes” (“Correspondencia...”1993: 240-241).

¿Se podría haber separado la cizaña del trigo? Teniendo en cuenta las circunstancias reales en que se daba dicha situación y con los antecedentes históricos que se han reseñado, sin duda era una tarea imposible.

Una decisión del gobierno nacional

La utilización para la confrontación partidaria de estos acontecimientos que venimos analizando ha sido siempre muy olvidadiza. Ha olvidado que la necesidad de llevar una campaña final contra los charrúas tiene los antecedentes coloniales que hemos reseñado; ha olvidado que todos los principales jefes militares y políticos de la época, de manera tácita o explícita, la aprobaron; ha olvidado, sobre todo, que existió una decisión expresa de la Asamblea General aprobando la misma. Decisión fundamental para ubicar los hechos en su exacta dimensión y que el propio Rivera se cuidó especialmente de recordar cuando en 1848, estando en Río de Janeiro, hizo publicar en el periódico “Iris” la refutación contra las acusaciones que recibiera (ver Vidal, A. H. 1932).

El 28 de diciembre de 1830, el Presidente Rivera junto con sus Ministros José Ellauri y Gabriel A. Pereira acordaban las medidas a tomar en virtud *“...de los repetidos partes oficiales y comunicaciones particulares q.e el Gobierno ha recibido por diferentes conductos sobre los males de todo orden q.e se sienten en el Estado, ya p.r las incursiones de los charruas, ya por los robos y asesinatos q.e cometen impunemente los malvados que se abrigan de los montes y asperezas de la campaña...”*. Reconociendo el fracaso de las medidas conciliatorias o persuasivas utilizadas hasta entonces, el Poder Ejecutivo manifestaba verse en la determinación de tomar medidas *“más serias y eficaces, q.e contengan de raíz unos males tan inveterados y graves, y q.e tolerados podrían venir á causar la completa ruina de las fortunas de nuestros hacendados, la desolación de las familias, la inmoralidad y cuantos males son consiguientes”*.

Para la ejecución de tales objetivos, el Presidente de la República saldría de inmediato a Campaña, para emprender todas las acciones necesarias a efectos de: *“...q.e se procure con toda eficacia limpiar la Campaña de bandidos y ladrones, q.e la están infestando con perjuicio del ord.n público, y de la seguridad de las personas y propiedades; q.e se contengan los salvajes y se les redusca al verdadero estado en q.e deben conservarse...”*.

El 30 de diciembre de 1830 el Presidente y su Ministro Ellauri enviaron un Mensaje a la Asamblea General, informando de la decisión tomada por el Poder Ejecutivo para la definitiva pacificación de la campaña. Al

día siguiente la Asamblea General, con la presencia de 6 senadores y 21 diputados, aprobó por *“la afirmativa general”* conceder *“al Presidente de la República el permiso que solicita para salir a la campaña mandando en persona la fuerza armada”*. El Ministro Ellauri había informado a la Asamblea que *“el Gobierno sabía que los charrúas y bandidos reunidos pasaban ya de seiscientos hombres, los cuales habían arrebatado tropas de mil y mil quinientas cabezas a pesar de las medidas tomadas por el vecindario para defender sus propiedades”* (“Diario de S.S. Asamblea General 1830-1839”).

Integraban la Asamblea General figuras que ya entonces militaban en las distintas facciones políticas y que pocos años después se enrolarían bajo divisas diferentes. Sin embargo, nadie realizó oposición. Tampoco la hizo la prensa de la época, que gozaba de gran libertad. Al contrario, estimuló la misma al reclamar medidas que pusieran fin al desorden. En la correspondencia privada de entonces no hemos hallado testimonios de desacuerdo. Tampoco hay evidencia de contrariedad en la oficialidad que participó de la campaña contra los infieles, oficialidad que también, posteriormente, adoptaría divisas opuestas.

Eugenio Garzón, destacado militar poco afecto a Rivera, a comienzos de marzo de 1831 le escribía al Presidente con motivo de las denuncias de robos y otras acciones realizadas por los charrúas que llegaban desde el norte:

“...el temor del Vecindario es grande, por el destrozo q.e causan los malvados en la frontera; q.e los habitantes se han retirado los q.e han quedado con alguna hacienda y los q.e han sido robados, han abandonado la Provincia para siempre”. Y agregaba, *“...este acontecimiento hací como otros semejantes que repetirán los indios, indudablemente probaran la necesidad que hubo de que Ud. se pusiese en campaña, así como se siente cada vez más la que existe de poner todos los medios para separar a los Charrúas del territorio que ocupan y reducirlos a un nuevo orden de vida y costumbres”* (cit. Acosta y Lara, E. 1969).

Realizada la campaña en su fase principal, la propia prensa opositora no pudo sustraerse a expresar, con discreción, la satisfacción por la paz obtenida en el Estado. El severo órgano opositor “El Recopilador” comentó: *“... estamos en tiempos de paz, la campaña, se ha asegurado por el señor ministro del interior, que está tranquila, los Charruas se concluyeron, por ningún lado hay que temer.”* (“El Recopilador” 1831 No. 20).

Los detalles de la campaña escapan totalmente a las posibilidades de este trabajo y, además, el aporte realizado por Eduardo Acosta y Lara en sucesivos trabajos es verdaderamente concluyente (ver Parte IV **“Bibliografía cronológica”**).

Sabemos que la acción principal se desarrolló en Salsipuedes el 11 de abril de 1831 y que las operaciones contra los que lograron escapar continuaron incluso hasta el año 1835, ya bajo la presidencia del Gral. Manuel Oribe.

La posibilidad de una reducción pacífica estaba descartada. Así lo señalaba tanto el fracaso de un siglo y medio de acción de los jesuitas, como lo sucedido en tiempos del virrey Marqués de Avilés o los infructuosos intentos de Lecor y las tratativas mantenidas durante los dos años de Gobierno Provisorio. El camino ideal estaba cerrado.

Gobernar es el arte de lo posible y de tomar decisiones que con frecuencia no enfrentan a optar entre lo bueno y lo malo, sino a elegir entre lo menos malo. La fragilidad del naciente Estado Oriental hacía sentir como evidente que de no ponerse fin a las trashumantes tolderías charrúas –que desde hace décadas ya no tenían territorio propio y vagaban por la zona más desierta y más amenazada de la República- el costo a pagar por la sociedad nacional podía ser muy alto. No quedaba otro recurso que recurrir a la reducción forzosa, aún cuando en lo íntimo es probable no fuera la solución que más satisficiera a alguno de los principales actores que habían tenido un trato más cercano con alguno de los caciques o tolderías.

Ante esta alternativa, se ha cuestionado la forma en que Rivera ejecutó la acción de Salsipuedes. Sin embargo, el seguimiento del tema a través de tres siglos señala que todos los intentos de reducción forzosa de los hábiles indígenas ecuestres mediante la lucha directa habían terminado en fracaso, dada su gran capacidad de movilización que les permitía ponerse rápidamente a mucha distancia de sus perseguidores. Los efectos de un ataque frontal, además, repercutían en los miembros de la sociedad criolla que serían objeto de las represalias y venganzas de los indígenas, como siempre había sucedido. Los fracasos de Jorge Pacheco, de Francisco Xavier de Viana y otros Jefes así lo demostraban. También vimos que descartaban el éxito de tal alternativa tanto el análisis hecho por Félix de Azara, en 1801, como el más preciso de Rivera, en 1824.

Sin duda, sólo Rivera podía por entonces llevar adelante una operación de tales características, pues ningún jefe militar de la época lo superaba en conocimiento de las dificultades que ofrecía el territorio de operaciones y de las características de los charrúas-minuanes. El propio Lavalleja, en su momento, había delegado en él la tarea de contener a los infieles. Por eso Rivera, de acuerdo a su estilo de acción, asumió el mando directo y absoluto de todas las operaciones.

También es notorio que a diferencia de lo que ocurría por entonces en el continente con operaciones similares, por ejemplo en la Argentina, Rivera procuró realizar la tarea de reducción forzosa con el menor costo de víctimas entre los indígenas, tal como se desprende de su correspondencia con el Gral. Julián Laguna y de sus comunicaciones íntimas. Así, el 28 de marzo le escribió a su amigo Julián de Gregorio Espinosa:

“...la operación esta casi echa y una obra q.e los desvelos de 8 Birreyes y por más de 40 años no lograron realizarla. Será grande, será lindísimo si tus mejores amigos, si tus compañeros de disgustos y de días de Gloria dan a nuestra patria esta satisfacción, ah! q.e glorioso será si se consigue sin q.e esta tierra tan privilegiada no se manchace con sangre humana...” (Correspondencia...” 1963-4).

Toda acción bélica, sin duda, tiene un doloroso costo en víctimas y está en la responsabilidad de los jefes procurar que sea el menor, especialmente para sus fuerzas y la sociedad que representa. En tal sentido, lo actuado en Salsipuedes se nos revela como la opción bélica que, en efecto, representó el menor costo de víctimas para uno y otro bando.

Quedan, por supuesto, otros aspectos por analizar. Por ejemplo la decidida participación que tuvieron los escuadrones y milicias de guaraníes misioneros en dicha campaña, hecho que es probable haya incidido para que las bajas charrúas hayan sido mayores a las previstas; otro tema es precisar el número de guerreros indígenas que quedaban al año 1831, que sin duda era bastante inferior al que muchas veces se señala sin mayor análisis crítico; la comparación con procesos similares que por entonces se desarrollaban en Argentina y Chile; el destino de los prisioneros y las peripecias del grupo remanente de indígenas que participaron en combates hasta la Guerra Grande; la inmediata fundación de Tacuarembó y distribución de tierras para colonizar la frontera, etc.

Sobre estos últimos aspectos de indudable importancia, vale la pena recordar las palabras del Presidente Gral. Rivera contenidas en el Mensaje a la Asamblea General del año 1832:

“...los establecimientos rurales de pastoría y agricultura, se han multiplicado prodigiosamente en los dos últimos años, el Gobierno espera con confianza que en breve desaparecerán las importaciones de productos que nos ofrece la tierra si continúan sosteniéndose con firmeza los principios de orden, libertad y justicia que proporcionan nuestras instituciones.

La riqueza territorial adquiere cada día una progresión extraordinaria; la extensión y fecundidad de nuestro suelo, la benignidad y variedad de su clima,

y más todo, la naturaleza de nuestras instituciones y la confianza en su estabilidad, atrae diariamente á nuestros puertos emigración de hombres y capitales...

La concentración de la población dispersa, es uno de los medios más eficaces para destruir los hábitos de la vida errante y fomentar la sujeción á la disciplina y al espíritu de sociabilidad.

El Gobierno ha determinado la formación de un pueblo sobre la frontera, á que concurren ya aquellos hombres que sin morada fija, sin familia, ni lazo que los uniese á la sociedad, vagaban por nuestros desiertos; se ha delineado la población á las márgenes del Tacuarembó, y se han empezado á construir las habitaciones”

Se ha podido realizar este importante trabajo después que la fuerza de línea ha hecho en un año dos campañas, con el objeto de deshacer los aduares de indígenas que abrigados en las fragosidades y bosques de las fronteras, hacían continuas excursiones sobre los establecimientos de campo, robando las haciendas y matando á sus pobladores. Hoy ha desaparecido este mal y quitado á los criminales y vagos el principal asilo que los hacía inaccesibles al poder de la policía, de donde amagaban constantemente la paz de aquellos moradores”.

Escasa atención ha prestado la historiografía nacional a estudiar en detalle el proceso de colonización del territorio del norte, de quienes efectivamente ocuparon las tierras, de los riesgos de todo tipo que corrían aquellos que se aventuraban a levantar rancho o azotea en los dilatados campos del norte y de las vicisitudes que marcaron a fuego la vida de aquellos pobladores. Pobladores que, buscando su beneficio personal, contribuían también a consolidar la más que frágil soberanía sobre el dilatado territorio norteno. Esa tradición, verdaderamente nacional, no ha sido suficientemente reivindicada ni es motivo de estudio en la enseñanza formal.

Son relativamente pocos los testimonios personales que han llegado hasta nosotros respecto a lo que suponía realmente vivir en la campaña de las alejadas tierras del norte. Una excepción es el de Juana Itaquí, humilde mujer misionera que vivía en las orillas del Salto y que muy anciana fue interrogada respecto a qué recordaba de su vida cuando era joven, a lo que contestó:

“En el Salto hoy estaba un ejército y mañana otro; pero lo peor eran las continuas correrías de los charrúas, quienes aun después de haberlos derrotado don Bernabé Rivera, aparecían de vez en cuando y acometían a los pocos estancieros que había y continuamente cometían toda clase de fechorías y asesinatos.

Una vez estábamos en nuestro ranchito del Arapey velando una criatura de una de mis compañeras, que se había muerto dos días hacía, y llegaron los charrúas como dos tigres; sin respetar aquél ángel de Dios, que por nosotros

rogaba en el cielo, nos atropellaron a todas, que éramos cuatro desafiándonos y amenazándonos con darnos muerte; nunca me olvidaré de lo que nos pasó aquella noche. Uno de los indios se llamaba “Gato Negro” y era el que tenía asustada a toda la campaña. Este hecho fue el que nos determinó a venimos para el Salto” (Firpo, R. 1912).

Con insistencia, diversos autores han señalado que el Gobierno de Rivera fue en esta campaña de destribilización de los remanentes charrúas-minuanes un simple instrumento de los hacendados: *“El derecho de los propietarios de la tierra y sus escasos servidores primaba sobre las necesidades de alimentación y supervivencia de los antiguos dueños del país, condenados al exilio en su propio reino. Esa era la ley impuesta por el hombre blanco y se haría respetar a sangre y fuego, como efectivamente sucedió.”* (Vidart, D. 1996:98). Incluso, se ha llegado a poner en tela de juicio la veracidad de los robos y crímenes de los charrúas-minuanes que por diversos canales se denunciaron entonces (Pí Hugarte, R. 1992:165).

Sin duda no carece de interés investigar cómo en el país de las estancias la palabra “estanciero” o “hacendado” ha tenido un carácter totalmente descalificatorio para una antigua y fuerte corriente intelectual, sin reparar en distingos de personas, formas de producción, extensión de sus campos u otras consideraciones.

Lo dicho. El deseo de tener seguridad, de que existiera un orden para poder vivir sin una zozobra diaria no pertenecía –ni perteneció después– a un grupo social determinado, sino a todos aquellos que deseaban vivir de su trabajo, con independencia de que fueran ricos o pobres; hombres o mujeres; blancos, indios, negros o mestizos.

Por supuesto que le cuesta reconocerlo a aquellos que hacen del régimen capitalista la causa de todos los males (ver Hunter, J. A. 1988) y del enfrentamiento de ricos y pobres la explicación básica de todo el acontecer histórico.

Tampoco reconocemos como apropiados aquellos enfoques, con frecuencia expresados desde visiones antropológicas, que tienden a suavizar o directamente borrar todas las acciones específicas de crueldad, traición, latrocinio y muerte a las que tuvieron asociadas siempre las tolдерías de los charrúas-minuanes -definidas académicamente como *“formas más o menos tradicionales de vida”*- mientras que para los actos de violencia ejercidos por la sociedad criolla se adopta la descripción realista y minuciosa (Pí Hugarte, R. idem.: 164 y ss.).

Estimamos de poco sentido practicar una gimnasia moralista sobre personajes, acontecimientos o períodos históricos haciendo abstracción de las

condiciones reales en las cuales tuvieron lugar; desconociendo la multiplicidad de factores que determinan la velocidad y el tipo de respuestas a dar, cuando múltiples problemas o circunstancias excepcionales requieren inmediata atención; condenar lo realizado sin demostrar o presentar la existencia de alternativas reales y factibles para haber actuado de otra manera; maquillar de inocentes a aquellos con quien me identifiqué -descuidando recordar todo hecho o rasgo que, aunque real, los afeé- para descargar toda la rigurosidad de un implacable juez contra aquél o aquellos que se les opusieron; omitir las expresiones del sentir colectivo predominante sobre tales sucesos a título de que dichas voces no eran más que la expresión de los poderosos.

CONCLUSIONES

Seguramente hubiera sido de desear que etnias tan viriles como las charrúa y minuán hubieran podido integrarse al conjunto de sangres que formaron la población de esta tierra con un aporte mucho mayor. Sin embargo procesos como el reseñado ha sido frecuente en la formación de las naciones. En toda América el aporte de los grupos nómades como ingrediente social fue mínimo (sobre todo comparado con el de otros niveles culturales), tanto por su baja densidad demográfica como por su capacidad de desplazamiento que los hizo optar, mientras pudieron, por no integrarse a los frentes colonizadores, aunque sí establecer relaciones de contacto más o menos frecuentes. Recordemos, también, que al final de su ciclo histórico el mestizaje en lo interno de las tolderías fue muy intenso y que la categoría de indígena “charrúa-minuán” hacía más referencia a un estilo de vida, el trashumante, que a sus rasgos fenotípicos. Al mismo tiempo, sabemos que bajo el rótulo de “misioneros” se escondían en realidad mucha población de origen yaro, bohan, charrúa o guenoa.

El cada vez más estrecho relacionamiento entre las tolderías con los frentes colonizadores parece señalar que existían posibilidades de haber evitado el trágico final. No pocas tolderías, o parte de sus integrantes, se incorporaron de manera voluntaria o forzada a las Misiones durante casi dos siglos, pero sobre una porción mayoritaria de aquéllas los esfuerzos de los jesuitas -pagado con más de un mártir- fueron en vano. En el período que estudiamos en este trabajo, esas tolderías remanentes despreciaron también los ofrecimientos de tierras y sedentarización que se les ofreció en tiempos del Virrey Marqués de Avilés y en tiempos de la Cisplatina. Es de estimar que pudieron existir ofrecimientos similares por Artigas durante

la Revolución y por Rivera entre 1828 a 1830, aunque hasta el presente no tengamos constancia documental de las mismas. También parece seguro que la influencia de los numerosos malos elementos que se cobijaban en las tolderías jugaron siempre un importante papel a la hora de decidir los caciques rechazar los ofrecimientos de sedentarización o romper los compromisos de paz. Es cierto, también, que estos compromisos, movidos generalmente por la obtención de la recompensa, poco sentido tenían en la práctica, dada la gran independencia de acción de que gozaba cada integrante de las tolderías, que, incluso, con frecuencia pasaban de una a otra.

Las últimas tolderías carecieron de líderes lúcidos que comprendieran la mutación acaecida al finalizar la Revolución, situación que los ponía, nuevamente, ante la misma disyuntiva en que se encontraban al final del período colonial. Muchas veces hemos pensado que a los charrúas-minuanes les sobró viveza y les faltó inteligencia.

El camino para la destrribalización forzosa quedaba abierto y a la luz de la trama de factores que constituían la tan compleja como difícil realidad del Estado Oriental al nacer, parece no existía otro camino posible que el que adoptaron en conjunto los poderes públicos de entonces.

El Gral. Rivera, como primer presidente constitucional y principal líder de la población rural de entonces, no eludió la responsabilidad de la hora. Concluida con éxito la campaña, el Gobierno obtuvo apoyo unánime de sus adictos y el silencio complaciente de los opositores. La población laboriosa y sedentaria de la campaña -auténtico basamento de nuestra población nacional- que siempre vio en esos indígenas a uno de sus principales enemigos, se vio beneficiada, sin duda.

Al mismo tiempo, el Estado Oriental desactivaba otro motivo de reclamación del Imperio del Brasil que, es seguro, iba a ser utilizado, como antes, para pretextar algún tipo de intervención o anexión territorial.

Pocos años después todo cambió. Los enfrentamientos políticos alcanzaron la más absoluta radicalidad y todo el pasado y el presente de los orientales pasó a ser instrumento de esa enconada lucha. La campaña contra las tolderías no escapó a esa batalla ideológica y entonces -recién entonces- surgieron las condenas por lo realizado. Paradójicamente, no pocos de esos críticos habían participado activamente de las mismas o habían incitado para su realización. Otros, poseedores de tierras en el norte, se habían beneficiado económicamente con sus resultados, pero callaron.

Dicha campaña, además, fue siempre tomada como el fundamento principal para afirmar que desde ese momento desapareció toda presencia de indígenas en la República Oriental. Nada más alejado de la verdad que

eso. En 1831 varios miles de indígenas formaban parte de la población sedentaria del flamante Estado, la cual, diseminada por los distintos pagos del territorio, constituía un positivo factor de trabajo y fundamento de linajes para nuestra sociedad rural.

Finalmente, no deseamos terminar este trabajo sin señalar que en más de una oportunidad hemos pensado que el triste final de las remanentes *tolderías* *charrúas*-*minuanes* parece encerrar una enseñanza y una advertencia para nosotros. Ellas se empeñaron en conservar una forma de vida que los datos objetivos de la realidad señalaban que era imposible mantener. Circunstancias excepcionales -como fue el dilatado proceso revolucionario- les permitió prolongar la agonía y su anunciado final que con seguridad habría tenido lugar alrededor del año 1810. Más allá de las posibilidades reales que pudieron haber tenido los caciques de buscar un destino diferente para sus *tolderías* -ante una sociedad *criolla* que mayoritariamente los rechazaba y que tampoco solía cumplir sus promesas- su final constituye un dato concluyente. Los grupos humanos que no logran tener una percepción clara de la cambiante realidad, aquellos que no logran sintetizar tradición y cambio, permanencia y adaptación, realismo y oportunidad, terminan desapareciendo, tal vez en un proceso lento y casi imperceptible, pero desapareciendo al fin. Sin duda los líderes juegan, como siempre, un papel muy importante en esos destinos.

Sería importante que los uruguayos pensáramos en ello.

II

ARTIGAS Y LOS CHARRÚAS REFUTACIÓN A “ARTIGAS Y SU HIJO EL CACIQUILLO”

«Entre las comparsas de carnaval, debieran desfilar los intelectuales mentirosos que disfrazan la verdad» (Carlos Maggi «El lejano norte» 1999p.59)

A MODO DE EXPLICACIÓN

En el contexto de un creciente interés colectivo por conocer nuestro pasado ha tenido especial destaque en los últimos quince años el auge del tema de los indígenas en Uruguay. Era lógico que así sucediera, pues si se trata de saber quienes somos, se debe comenzar por el principio.

No se nos oculta que la publicación de «Sangre Indígena en el Uruguay» en 1986 -sorprendentemente exitosa en ventas pese a ser una edición personal- fue un verdadero detonante para ese fenómeno que señalamos al principio, contribuyendo a animar distintos emprendimientos, por ejemplo la formación de asociaciones de descendientes de indígenas y la atención de escritores y hombres vinculados al negocio del libro, quienes percibieron con claridad: «el tema del indio interesa y vende».

Sin duda esto alentó una corriente de publicaciones, que ha abarcado tanto la reedición de anteriores trabajos como la aparición de numerosos títulos nuevos, formando un conjunto particularmente diverso, con profundas diferencias ya no solo de enfoque sino, especialmente, de rigor crítico y documental.

Dentro de esa serie de ediciones, en el año 1992 se publicó “Artigas y su hijo el Caciquillo”, del escritor montevidiano Carlos Maggi, con los subtítulos «El mundo pensado desde el lejano norte o las 300 pruebas contra la historia en uso». En este año 1999 -cuándo estábamos culminando esta refutación- se ha reeditado dicho trabajo al que se ha sumado el libro «Artigas y el lejano norte (Refutaciones de la historia patria)», en el que recoge una serie de artículos publicados en «El País», en los primeros meses de este año.

Las tesis principales que Maggi plantea, y repite hasta agobiar al lector, son: Artigas cuando joven vivió en las tolдерías charrúas; fue adoptado y reeducado por ellos; tuvo un hijo en las tolдерías -el Caciquillo- y estos hechos marcaron toda la vida del prócer, pues ni militar ni ideológicamente puede entenderse el período artiguista si no se parte de esa “alianza excepcional» entre la tribu y el Caudillo.

Con tales premisas y otras que desarrolla con idéntica dirección, Maggi considera su planteo totalmente original y a contrapelo de lo dicho hasta ahora sobre el tema.

Al disentir con la casi totalidad de las afirmaciones del mencionado autor, hemos considerado pertinente dar a conocer algunas de las principales observaciones que nos merecen las mismas.

Siempre es saludable tirar piedras que remuevan la peligrosa quietud de los estanques. Quietud que en gran medida caracteriza al ámbito historiográfico nacional, especialmente por el desinterés total que revelan al respecto instituciones públicas como el área respectiva de la Facultad de Humanidades, el Museo Histórico Nacional y el propio Archivo General de la Nación, ignorando olímpicamente esos fenómenos de interés colectivo por determinadas temáticas. Se asiste así a un verdadero diálogo de sordos, pautado por la mera publicación privada de trabajos sin que existan ámbitos calificados de presentación, discusión y valoración de tales aportes.

En Uruguay, las políticas culturales de gobierno mantienen -incluso han acentuado- un absoluto desdén por el fomento de la investigación histórica y el estudio y preservación del patrimonio histórico y cultural nacional. En los hechos son consideradas áreas de información y promoción no relevantes. Actitud mucho más censurable si se tiene en cuenta que son numerosas las evidencias que demuestran la existencia de un verdadero interés social por el conocimiento de nuestro pasado y nuestro proceso de formación cultural.

Un estado de cosas de tales características, supone la existencia de un amplísimo campo de conocimiento carente de referentes, lo que estimula que las más antojadizas aventuras intelectuales incursionen con total desenfado, impulsadas por el afán de notoriedad o un rápido retorno económico. En tales condiciones, la valoración pública de trabajos historiográficos depende menos de sus intrínsecas cualidades de rigurosidad crítica, veracidad y sí mucho de su capacidad de difusión y comercialización.

Seguramente que los trabajos de Maggi no son los más representativos de esta situación. Hay otros mucho peores.

Desde nuestra perspectiva, su planteo, en buena medida, cierra todo un ciclo histórico de idealización romántica sobre la unión entre dos protagonistas fundamentales de nuestro relato histórico tradicional: Artigas y los charrúas. Idealización que se fundamenta, sobre todo, en una selección totalmente interesada y restringida de la documentación disponible, la cual, además, es interpretada antojadizamente sin la debida crítica y contextualización.

Por eso consideramos necesario plantear una visión alternativa y respuestas diferentes a las que ha elaborado Maggi, especialmente con el propósito de problematizar el relato histórico, a fin de reivindicar la naturaleza compleja de las acciones humanas, individuales y colectivas. Complejidad que desdeñan las visiones tendientes a crear y refundar mitos, las cuales prefieren dibujar escenarios ideales, donde los Héroes encarnaban conductas rectilíneas perfectas, donde los colectivos actuaban con enternecedoras unanimidades y donde el bien y el mal aparecían tan evidentes que sólo por perversidad se podía optar por el segundo.

Sabemos que la realidad -de ayer, hoy y siempre- nunca se manifiesta en tales condiciones.

En absoluto esta refutación agota todos los aspectos a tratar en el tema de Artigas, la Revolución y los charrúas, sino que sólo se ciñe a mantener como hilo conductor el cuestionamiento a las principales premisas con que Maggi funda su discurso.

Los textos de Carlos Maggi que hemos consultado son los siguientes:

- I) «Artigas y su hijo el Caciquillo» Ed. Fin de Siglo, Mdeo. 1992.
- II) « Un héroe llamado Caciquillo » El País, 9/enero/1994.
- III) «Victoria en Arerunguá» El País, 10/enero/1999.
- IV) «El Pampa contra HD» El País, 17/enero/1999.
- V) «Los indios invisibles» El País, 24/enero/1999.
- VI) « Artigas socarrón» El País, 31/enero/1999.
- VII) «El segundo éxodo» El País, 21/febrero/1999.

VIII) «Refutación de la historia patria» El País, 14/marzo/1999.

En esta refutación hacemos referencia a cada una de estos trabajos con la respectiva numeración romana.

ANTE UN SEUDO REVISIONISMO

«Las 300 pruebas contra la historia en uso» (I)

«Hay una biografía india de José Artigas que todavía no pudo entrar a los textos de enseñanza... Los eruditos se niegan a reconocerlo, les da vergüenza, porque los indios son despreciables; y les da tristeza, porque es esto quedarse solo, habiendo admitido que el jefe de los Orientales no es de aquí; que venía de visita al sur y estaba siempre, deseando volver a casa, para estar rodeada por su gente, aliviado y seguro, en medio de los desiertos del Lejano Norte» (II)

«Parecería que nuestra historia oficial no quiere indios metidos en la revolución, y los borra. Los más grandes historiadores muestran muy seguido que el jefe de los Orientales, peleó contra los charrúas» (II)

«La historiografía científica uruguaya (siempre infiel con los infieles)...» (II)

«...escribí «Artigas y su hijo el Caciquillo»; y creo que las comprobaciones que contiene cambiaron para siempre un par de cosas en la historia patria convencional.» (IV).

«Hay verdades de a puño que no caben dentro de la «sociedad homogénea» que los uruguayos decretaron; en consecuencia, la historia necesita que esos hechos, no hayan sucedido; y los borra, querida o subconscientemente. No es fácil desterrar el planteamiento racional que impone la enseñanza oficial: la Leyenda Patria, la Epopeya de Artigas, Bauza, H. D; Eduardo Acevedo y sus seguidores. ¡Es tan hermoso y tan balagüeño! ¡Cierra tan bien! ¡Es tan civilizado!» (IV).

Maggi manifiesta haber realizado un esfuerzo importante de lectura respecto al Archivo Artigas, paradójicamente muy poco utilizado por los historiadores una vez que se dispone de él. Lectura acuciosa seguramente, movida por el deseo de encontrar aquello que alimenta su hipótesis, pero marginando todo lo que no encaja en ese esquema interpretativo. Esto es evidente si tenemos en cuenta que es en el propio Archivo Artigas donde se encuentra buena parte de la documentación que desnuda los pies de barro de su argumentación.

Hay otro detalle. En el Archivo Artigas no está toda la documentación sobre Artigas y su época. El mismo presenta una excelente selección do-

cumental, muy copiosa sí, pero no deja de ser una selección al fin. Por lo tanto, al abordar el tema de Artigas, como el de los charrúas y su época, no puede ignorarse olímpicamente la importante bibliografía histórica uruguaya y regional de la cual hoy disponemos. Hacerlo es, por lo menos, una temeridad.

Excesivamente livianas y sin fundamento resultan también sus insistentes referencias a una especie de complot historiográfico, fraguado por figuras realmente relevantes de la historiografía nacional, caso del Dr. Eduardo Acevedo y el Prof. Juan E. Pivel Devoto. Seguramente es posible cuestionar algunos o muchos de sus juicios históricos, pero reconociendo su carácter de contribuyentes excepcionales y dignos de especial reconocimiento, especialmente el segundo en lo que hace a la preservación y difusión del patrimonio documental de los orientales. Y si de rebatirlos se trata, nobleza obliga, hacerlo con un nivel de erudición por lo menos cercano al que ellos desplegaron.

Innumerables son las referencias en las que Maggi valora sus dichos como «hallazgos» totalmente demoleedores de una «historia oficial» –tan atractiva de evocar siempre como recurso retórico– que se habría urdido para impedir que la verdad del «Artigas charrúa» viera la luz.

Bienvenidas sean las relecturas revisionistas a las que cada generación está obligada a rendir tributo, tanto para cumplir con la máxima croceana de que toda Historia es Historia contemporánea, como para asimilar y valorar la nueva información acumulada y disponible con el transcurso de los años. Vivan los revisionismos, especialmente en sociedades como la uruguaya que tradicionalmente ha estado aprisionada por dogmas historiográficos, frutos de la política partidaria o de otro tipo de visiones parciales. Pero eso sí, vivan aquellos que se hacen como resultado de una acumulación documental y crítico-interpretativa creciente, pero no aquellos que toman el atajo de adulterar la realidad, ya sea por el camino de la fantasía, la simplificación o la selección caprichosa de documentos.

La obra de Maggi supone la consumación de un nacionalismo romántico que fijó en el Charrúa y en Artigas –unidos en la Revolución en un común esfuerzo libertario y patriótico– los dos ideomitos fundadores de la nacionalidad uruguaya de validez general (cf. Trigo, A. 1990). Concepción que ejerció una verdadera hegemonía en el imaginario histórico del Uruguay, impulsada especialmente por distintos intelectuales desde finales del pasado siglo XIX.

Ambos tenían dos condiciones notables para hacerlo. El charrúa: el carácter de indio muerto, es decir que toda revalorización histórica o literaria

no tenía efecto alguno sobre la realidad social; Artigas: el no haber usado divisa blanca ni colorada. Esas condiciones excepcionales los condujeron a monopolizar, respectivamente, las categorías del Indio y el Héroe uruguayo.

Unir de alguna forma estos dos ideomitos en una visión heroica en la cual ambos lucharon de forma conjunta por la forja del Uruguay fue el sueño escondido de no pocos autores, caso de Bermúdez, Zorrilla de San Martín, Polanco, el Bauzá juvenil, Petit Muñoz, Clare y otros. Desde esta perspectiva, lo de Maggi tiene mucho más de epigonal que de inicial. No abre un ciclo, lo cierra.

Pretende consolidar una visión romántica de nuestro pasado, queriendo hacer de la toldería charrúa la matriz del artiguismo, por lo tanto de nuestros orígenes nacionales. Una vez más los caprichos del intelecto y la magia de los malabaristas de palabras pretenden sepultar a la realidad... la que empecinadamente siempre resucita.

Si totalmente irreal era aquel Artigas que no pocos intentaron construir con abstracción total de su medio social, mostrándolo como paradigma del líder republicano, civilista e ilustrado, despojado de su carácter de militar y aislándolo del frenesí y la radicalización revolucionaria, no lo es menos el que pretende construir Maggi de un Artigas charrúa.

Ambas «construcciones» sobre Artigas son totalmente opuestas, pues mientras la primera pretendía separarlo de la «barbarie», la segunda hace el mayor esfuerzo por integrarlo a ella, ya que ella, en realidad, encarnaba la verdadera sabiduría. En la primera Artigas fue excepcional porque había estado por encima de la «barbarie», en la segunda, Artigas fue excepcional por ser fruto predilecto de ella.

Dichas posturas intelectuales coinciden en dejar en el camino como víctimas de sus esfuerzos a Artigas, su sociedad y su tiempo. Nacidas en la capital-puerto, parecen mantener las «murallas» que les impide conocer en profundidad la pradera y su gente.

Algo similar sucede con los minuanes y charrúas (recuérdese que los primeros, también denominados guenoas, fueron quienes más predominaron en el actual territorio uruguayo), pues al ser considerados tradicionalmente como «nuestros indios», ha existido sobre ellos una visión romántica.

No se trata, tampoco, de demonizarlos. Seguramente merecerán siempre ser recordados entre aquellos pueblos que nos precedieron en la ocupación de estas tierras y que, como es propio de la naturaleza humana, se opusieron con tenacidad a ser despojados del territorio que recorrían, así

como a abandonar sus costumbres. Su historia es digna de ser contada, pero sin maquillajes u omisiones interesadas.

Especialmente debemos tener muy presente que no fueron parte fundacional de nuestro ser colectivo, al contrario, se opusieron -legítimamente, sin duda, pero opuestos al fin- a él.

Nuestra sociedad nació luchando contra el indígena “infiel” nómade, no de él o con él. Y precisamos: el indígena nómade y no el indígena, como con frecuencia se utiliza en forma genérica, pues en esa sociedad original nuestra, existió un aporte del Hombre americano muy importante.

Nuestras raíces principales están en la sociedad rural hispano-criolla (en gran medida mestiza de sangres y culturas, especialmente por el aporte indígena guaraní-misionero), que forjó su identidad y unión en parte por medio de la lucha contra el minuán y el charrúa. Estos siempre encarnaron el Otro, el cual contribuyó a definir el Yo colectivo del frente colonizador del cual descendemos.

Artigas - como otros antes y después de él- supo valerse militarmente de ellos pero no logró vencer esa brecha para integrarlos definitivamente al mundo criollo. No pudo así contribuir a salvarlos de su destino, pese a que es indudable que sentía aprecio o consideración por todos o parte de ellos, lo que también era recíproco, al menos en alguno de los caciques.

No existe hasta el presente, al menos la desconozco, prueba alguna de que Artigas realizara algún esfuerzo por integrar los indígenas infieles definitivamente a la sociedad criolla sedentaria, pero si lo hizo lo cierto es que fracasó. En absoluto el Reglamento de 1815, hecho en gran medida para dar «**seguridad a los hacendados**», contemplaba la situación de los indígenas nómades, como algunos han pretendido.

Artigas no pudo, tampoco, vencer lo que dictaba la experiencia histórica de más de dos siglos. Al terminar el período artiguista, la situación de las remanentes tolderías de infieles no habían variado de situación, aún cuando seguramente su número había decrecido. Su existencia siguió siendo la del infiel-nómade en medio de una sociedad mayoritariamente cristiana y sedentaria.

I - LOS ARTIGAS Y LOS INDÍGENAS NÓMADES

«...durante los siguientes 30 años (posteriores a la paz de 1732 con los minuanes) Juan Antonio Artigas ratificará varias veces el trato amistoso y leal que mantiene con los indios rebeldes» (1:54).

«Juan Antonio Artigas es un hombre respetado entre los indios infieles; es persona confiable para ellos, es el héroe que ajustó la paz en varias oportunidades. Ese hombre podía llegar a las tolderías en medio de un conflicto y hablar con ellos amistosamente y cuando se veían obligados a entrar al Cabildo, era él quien estaba allí para darles confianza y garantía... No es insensato pensar que Artigas fuera famoso entre los indios...» (1:57).

«La relación de confianza entre Juan Antonio Artigas y la tribu charrúa, valía más que cualquier otro bien; esa herencia (ese prestigio) le permitió a su nieto José Gervasio integrarse al Lejano Norte desde muy joven y puso a su servicio, un arma decisiva que cambió la historia. Ninguno de los grandes estudiosos que investigaron nuestro pasado, apreció ese aspecto.» (VIII).

En su afán de mostrar la relación de Artigas con los charrúas como algo totalmente excepcional e irrepetible, Maggi deja asentado que ese vínculo singular tuvo su raíz en la biografía del abuelo del Caudillo, el español Juan Antonio Artigas. Para ello reseña la información sobre las distintas intervenciones que el apreciado y destacado Oficial de Milicias de Montevideo realizó entre los años de 1732 a 1762 en ocasión de los reiterados conflictos entre vecinos de Montevideo y los indígenas minuanes. No con los charrúas, como insiste Maggi, pues éstos vivían muy lejos de la jurisdicción montevideana.

Efectivamente, la documentación exhumada por investigadores como Francisco Bauzá, Enrique Azarola Gil, Mario Falcao Espalter, Eduardo Acosta y Lara, entre otros, ha demostrado las virtudes de coraje y capacidad que adornaron al patricio Juan Antonio Artigas, transformándose en hombre de reconocido valor y de gran pericia para desenvolverse en el cerril y casi desierto territorio de la jurisdicción montevideana y zonas adyacentes.

El lector que se queda con la selección de documentos que presenta Maggi sin duda acompañará los juicios del autor y adherirá a la bonita tesis que entre las tolderías indias el nombre de Artigas ya circulaba en los fogones como sinónimo de hombre de confianza y amigo de los indígenas preparando el terreno para **«el que vendrá...»**.

Sin embargo Maggi no cita, lamentablemente, otros episodios que pueden echar una sombra de duda sobre la existencia de una fama tan favorable entre los infieles respecto a dicho apellido.

El autor ha utilizado profusamente el excelente trabajo de Eduardo Acosta y Lara «La Guerra de los Charrúas» (1961), en cuyo Capítulo VI se publica ilustrativamente documentación que demuestra el destacadísimo papel que jugó Juan Antonio Artigas en la campaña de persecución y casi exterminio que se llevó contra los minuanes en 1751. Pero nada expresa al respecto. Elude totalmente citarlo e involucrarlo en tales acciones, siendo fiel a la máxima de que los Héroes sólo deben aparecer en las lindas...

En ese año una fuerza al mando del Maestre de Campo Manuel Domínguez, de más de 220 hombres integrantes de tropas de línea, más las Milicias de Vecinos (estas últimas bajo el mando del Capitán Juan A. Artigas), atacaron dos veces a los infieles minuanes.

El 5 de febrero fue el primer encuentro, donde los montevideanos mataron *«hasta el número de 20 y condujo a esta ciudad 82 entre mujeres y niños, los que se han repartido entre los vecinos de ella»* (ob. cit.:91). Reparto de niños y mujeres minuanes de los cuales seguramente el Capitán Artigas debió verse favorecido por su carácter de líder militar y vecino principal.

El 16 de abril las fuerzas de Montevideo volvieron a alcanzar a los minuanes que tenían sus tolderías junto al Tacuarí, avanzándolos y obligándolos a refugiarse en el monte donde *«se mataron algunos de armas y también Chinas y criaturas... y se cogieron vivos noventa y un Piezas»* (idem.: 94). Pero lo más encarnizado del combate del Tacuarí se vivió a la jornada siguiente, cuando los indígenas, al no poder huir, presentaron batalla. Esta duró desde las ocho de la mañana hasta las cinco de la tarde, quedando como terrible saldo *«mas de 120 Yndios muertos en el campo sin poder numerar los que murieron en el río abogados y los que en la espesura del monte caerían»* y 124 cautivos.

Los valientes minuanes no cayeron todos en batalla, sino que muchos de ellos fueron ejecutados, pues la orden que tenían de José de Andonaegui y Joaquín de Viana era *«que pasase a cuchillo todo indio mayor de doce años, reservando el todo de las mujeres y niños que se cogiesen»* (idem.: 91). Mandato que se cumplió rigurosamente, pues al terminar la función, a las cinco de la tarde, se pasó *«a Cuchillo toda la gente de armas»* (idem.: 94).

En esas dos jornadas el veterano Capitán de Milicias Juan A. Artigas debió dar las órdenes pertinentes que culminaron no solo con la muerte de hombres en batalla, sino también de *«chinas y criaturas»*, así como la cruel ejecución de todos los hombres vencidos mayores de 12 años.

De su celo en el cumplimiento de las órdenes y su eficacia en ejecutarlas dieron cuenta sus superiores, quienes destacaron al final de la campaña de exterminio sobre los minuanes que el Capitán Juan A. Artigas debía ser recompensado con un ascenso por tener demostrado «*el exorvitante amor y zelo a Su Majestad y esta Ciudad en su defensa*» (idem.: 96). Tan destacados fueron los servicios prestados en esa oportunidad por el abuelo del prócer, que el propio Cabildo de San Felipe y Santiago de Montevideo consideró importante en una Carta al Rey destacar el «*crecido valor y conducta* (léase matando indígenas) *del Capitán de la Compañía de Corazas desta Ciudad Dn. Juan Antonio Artigas*» (AGN Colec. Falcao Espalter).

Queda claro que el Capitán Juan A. Artigas podía por su arrojo y dotes personales mantener contacto y hasta una relación amistosa con algunos caciques minuanes, pero su etnia era la hispano-criolla con sede en Montevideo y chacras y estancias próximas.

De ella era líder militar, a ella se debía y por su defensa -por Dios, el Rey y el Común- sabía ser implacable en la guerra contra el indígena.

Después de lo expuesto creemos que parece poco verosímil que luego de la batalla de Tacuarí el nombre de Juan A. Artigas, inspirara confianza y amistad entre las tolderías minuanas sobrevivientes. Temor seguramente sí.

De hecho, después de esa fecha no conocemos de ninguna otra misión de Juan A. Artigas a parlamentar o tratar con las tolderías minuanas. Existe sí referencia a su participación en otras campañas contra los indígenas en 1758 y 1760, con el objetivo de perseguir a los «*Indios Infieles y Ladrones que han benido a insultar esta jurisdicción*» (A. Artigas T. I: 129-30).

Lo encontramos también (junto al otro vencedor del Tacuarí, el Maestre de Campo Manuel Domínguez) en 1762 en el Cabildo, tratando con los indios minuanes que buscaban un nuevo acercamiento. Seguramente ambas presencias no se justificaban, como cree Maggi, porque, inspiraran confianza y amistad en los infieles sino por su poder intimidatorio. Sólo habían pasado once años de las trágicas jornadas a orillas del Tacuarí.

En 1764 Juan A. Artigas destacó dentro de su larga serie de servicios prestados al Rey y el Común, en idéntica forma como lo hará su famoso nieto cuatro décadas después, las campañas que realizó «*contra los Indios Minuanes, declarados enemigos de esta Ciudad....*» (A. Artigas T. 1:143).

¿Por qué Maggi no hace una sola mención a estos antecedentes que señalan a los Artigas como leales defensores del Rey y el vecindario de Montevideo o al trascendente combate del Tacuarí que tanto importó en la

carrera de armas de Juan A. Artigas y que debió quedar grabado con terrible espanto en la memoria de las tolderías minuanas?

Por más pirotecnia intelectual que se pretenda hacer hay algo irrefutable: los Artigas representaron de forma paradigmática el modelo de colonizador encarnado por *«aquellos que atraídos por la conquista de la tierra tuvieron a su cargo la expansión colonizadora y disputaron al indígena los campos para hacer sus labranzas y procrear sus ganados»*, según precisa caracterización de Juan E. Pivel Devoto (“Raíces coloniales....» p.9). Insistir en lo contrario es falsear su verdadero significado y legado.

II - ARTIGAS EL CHARRÚA

Toda la construcción e interpretación que hace Maggi de Artigas, el artiguismo y los charrúas, se sostiene sobre una serie de originales supuestos que cronológicamente se sitúan en la etapa menos documentada de la biografía de Artigas, entre los catorce y treinta y un años de edad. Dichos supuestos pueden sintetizarse de esta manera:

A - Durante esos años Artigas vivió con los charrúas pasando a ser un miembro de la tribu.

B - En ese período, como fruto de su unión con una charrúa, nació el indígena (mestizo sería en realidad) Manuel Artigas, que se transformaría con los años en el jefe infiel denominado Caciquillo.

C - Los charrúas representaban un modelo social y moral superior a la sociedad hispano-criolla de entonces y en las tolderías del desierto Artigas fue iniciado en la “sabiduría charrúa”, obteniendo con ello una superioridad espiritual que explica su liderazgo al retornar al mundo criollo.

Analizaremos separadamente estas tres proposiciones.

A - ARTIGAS MIEMBRO DE LA TRIBU CHARRÚA

“Que Artigas integró la tribu charrúa durante muchos años también parece fuera de discusión. Los indicios son coincidentes y muy numerosos”. (I:58).

“...Artigas integró la tribu charrúa. No queda otra salida. Sostener que no se sabe nada de la vida de Artigas entre los 14 y 31 años, exige quemar

documentos ya publicados. Pero ni aún así se podría disimular la nacionalidad adquirida.” (I:63)

“...Artigas tenía una forma india de ser... Tuve la paciencia de agarrar el archivo Artigas y leerlo todo de nuevo... leí todo eso muchas veces pero nada más que con una idea: era indio o no era indio, esto me prueba que sí o que no, me sucedió que me dio que sí, porque desde los 14 a los 33 no dejó huella escrita, y en este país solo se podía evitar dejar una huella escrita si se estaba dentro de una tribu, era el único lugar en que no entraba el papel”.

Artigas *“estaba siempre, deseando volver a casa, para estar rodeado por su gente, aliviado y seguro, en medio de los desiertos del lejano Norte.”* (II)

“Es innegable que Artigas cruzó la línea de las culturas y convivió con los charrúas y recibió de ellos una formación que, por momentos, lo hace superior y absolutamente inexplicable en medio de sus coetáneos de Montevideo”. (II)

“Mientras Artigas (un roussoniano sin saberlo) está en el Lejano Norte, integrado a la nación charrúa y vive como un buen salvaje...” (IV).

Sin duda no hay mejor oportunidad para ensayar las teorías más caprichosas sobre un personaje, hecho o período, que cuando existe sobre el mismo un vacío documental importante. Vacío que en el caso de Artigas no debe buscarse en ninguna causa extraordinaria sino, simplemente, en que su vida no tenía nada de relevante hasta su entrada en el cuerpo de Blandengues. Nunca fue el Delfín sobre el cual los cronistas de corte dejaban constancia de sus más mínimos detalles desde el nacimiento.

Fueron muchos los muchachones de la jurisdicción montevideana que a finales del siglo XVIII, viendo que los grandes latifundios habían ahogado la expansión de las pequeñas y medianas estancias en las que vivían sus progenitores, buscaron un mejor futuro en las tierras al norte del Río Negro (ver Fernández Cabrelli, A. 1993 T. II).

¿Se internaban en el desierto pasando a vivir una vida salvaje?

Por supuesto que no. Se iban fundamentalmente hacia el sudoeste de la Banda Oriental, a los pagos de Víboras, Espinillo y Soriano, no dependientes de la jurisdicción montevideana y bases principales del «ilícito comercio» con las tierras de Portugal, tanto como puntos de partida de los faeneros de corambre y los troperos de caballadas y vacunos, como lugares terminales de los que al regreso traían tabaco, lienzos y esclavos.

Precisamente lo que está documentado -y que en ningún momento cita Maggi- es su residencia en Santo Domingo Soriano. Los trabajos de distintos investigadores como Justo Maeso y el paciente y tenaz Juan Alberto Gadea -al que tampoco recuerda en ningún momento Maggi- echaron im-

portante luz sobre esos años del joven Artigas que no son ni tan desconocidos ni oscuros.

El historiador Washington Reyes Abadie sintetiza la información disponible, diciendo:

«Según ha precisado el citado Gadea, Artigas al abandonar los campos familiares de la jurisdicción montevideana, se estableció en la villa de Santo Domingo Soriano y desde allí desplazándose, periódicamente, a las zonas corambreras norteñas, desarrolló una intensa actividad. Uno de los establecimientos al que concurría más frecuentemente era el ubicado en las puntas del Queguay, a corta distancia del camino real de la cuchilla de Carumbé, por donde sus pobladores se abastecían de ganado y hallaban salida los productores pecuarios. Era su dueño, Patricio José Gadea, Procurador General del Cabildo de Santo Domingo Soriano y uno de los siete hermanos de este apellido, vecinos también del mismo pueblo e hijos del alcalde de 1er. Voto de ese Ayuntamiento. Todos ellos parientes consanguíneos y cordiales amigos del joven montevideano, el cual, sin más que pensar, tenía a su disposición, allí, para hospedarse, la casa de cualquiera de ellos.

Actuó, por entonces, algún tiempo como asociado de un tal «Chatre», en la zona comprendida entre el Arapey y su afluente el arroyo Matajojo..... Entre los años de 1794 y 1796, hay noticias de sus andanzas por los territorios del norte del Río Negro y en las zonas limítrofes con el Brasil, haciendo corambre en el Cuareim, en compañía de otros «changadores»; «conduciendo más de cuatro mil animales y al mismo tiempo cogiendo ganado» al frente de «80 y tantos hombres de armas, la más portuguesa» (Reyes Abadie, W.1996: 23-24).

Indiscutible testimonio de haber sido Soriano el lugar de residencia por largos años de Artigas lo es su relación sentimental con Isabel Sánchez, que en realidad era Isabel Velázquez de Arrúa, de cuya relación nacieron Juan Manuel (1791), María Clemencia (1793), María Agustina (1795) y María Vicenta (1804) (Reyes Abadie, W. 1996 p.45), (Santos Pérez, M. 2002).

¿Cuando vivió Artigas en las tolderías? Maggi no aporta un solo documento de su cosecha -los archivos parece que hace demasiado tiempo que dejó de visitarlos, prefiriendo el ejercicio más limpio de las lecturas seleccionadas- que pueda tan siquiera dar pie a una aseveración tan radical como infundada: *«Que Artigas integró la tribu charrúa durante muchos años también parece fuera de discusión»* (1:58).

Que debió tener contacto con ellos, seguramente sí. Como lo tenían casi todos los que trajinaban con ganado y contrabando con las tierras portuguesas, pues es conocido que uno de los medios de vida que tenían entonces los grupos infieles era el de extorsionar a todos quienes transita-

ban por la región norte, procurando tabaco, yerba, aguardiente, lienzos y objetos de metal.

Consúltese los testimonios contemporáneos de José María Cabrer, Andrés de Oyarvide, José de Saldanha, entre otros muchos y se tendrá abundante información al respecto. Precisamente, por esa constante presencia de los infieles junto a los caminos, debían ser contingentes importantes los que transitaran por esas tierras de indecisa posesión entre los dos frentes colonizadores imperiales, ya que las tribus infieles sólo atacaban si les favorecía ampliamente la relación de fuerzas, optando por la extorsión o el pedido cuando estaban en desventaja.

Por otra parte, tanto changadores como infieles servían por entonces a los intereses portugueses, no sólo por el ilícito comercio del que participaban sino porque permitían el avance progresivo de las estancias lusitanas hacia el sur. De ahí que changadores, minuanes y charrúas fueran protegidos por las propias autoridades lusitanas quienes los usaban para desgastar y detener el frente colonizador hispano-criollo. Entonces no vibraba en el corazón de Artigas aquel españolismo que luego lucirá en su período de blandengue, cuando se transforme en un celoso defensor de la soberanía real española sobre estas tierras.

Es más que probable que Artigas, como la mayoría de los changadores y contrabandistas de su tiempo, haya tenido contacto con algunos caciques infieles y que ocasionalmente haya llegado hasta alguna toldería a negociar ganado y otros artículos.

Eso no tenía nada de excepcional, al contrario, era moneda corriente en la áspera frontera. Gonzalo de Doblaz en su "Memoria" de 1785, explicó perfectamente esto al señalar que los minuanes permitían:

«...a españoles gauderios y changadores, que andan por aquellos campos matando toros para aprovechar los cueros, los que extraen llevándolos a la ciudad de Montevideo, introduciéndolos en ella clandestinamente... o pasándolos al Brasil por medio de inteligencia con los portugueses del Viamont y Río Pardo, en cuyos parajes introducen los mismos gauderios españoles algunas porciones de ganado de los mismos campos. Pero es mucho más lo que extraen los mismos portugueses, a los que ayudan y favorecen mucho los minuanes, porque los regalan con más frecuencia, dándoles lo que más apetecen, particularmente el aguardiente por medio de lo cual consiguen, no tan solamente el que les permitan matar y extraer el ganado que quieran en sus corambres, sino que, en caso de que alguna partida española los encuentre, los favorecen, no permitiendo se les haga ningún daño».

De tener este tipo de contactos, como vemos nada excepcionales, a «*integrar la tribu charrúa durante muchos años*» hay un abismo. Por otra parte, es sabido también, que más allá de circunstanciales momentos de conveniencia mutua, entre los changadores, gauderios y los indígenas infieles existía un esencial antagonismo. Luchaban por el dominio de un mismo territorio y, especialmente, por los ganados existentes sobre él, de ahí que lo más frecuente eran las relaciones violentas entre ellos. Pensar que Artigas pudo ponerse, entonces y después, por encima de las contradicciones sociales, de las luchas interétnicas de su tiempo y de la bravía y sangrienta realidad de la campaña oriental es hacer creación literaria o mitología.

Quienes se refugiaban en las tolдерías infieles, y eran acogidos generalmente con generosidad, eran aquellos individuos que tenían cuentas pendientes con la sociedad criolla, perseguidos de la justicia por robo, violaciones o asesinatos. Éstos, con frecuencia, pasaban a ser baqueanos y hasta líderes de los malones indígenas sobre estancias y poblaciones criollas para vengar cuentas personales y realizar saqueos. De estos hechos, harto frecuentes entonces, sí existe importante documentación tanto para la Banda Oriental (véase por ejemplo W. Lockhart «Vida cotidiana en la Colonia») como para los similares casos de las fronteras indias del sur de Chile y Argentina.

De haber estado integrado a la vida de la tribu, Artigas debió participar de sus malones, de los ataques a las estancias y pueblos, de los asesinatos de hombres y la captura de mujeres y niños. Nadie que por entonces era adoptado como infiel en una tolдерía se sustraía a esas acciones que definían su comportamiento colectivo.

La sociedad criolla del norte del Río Negro, la sociedad de Soriano y otros pagos que lo adoptaron como un miembro más y que con los años lo reconocieron mayoritariamente como Caudillo ¿no sabían u olvidaron que Artigas participó de los malones infieles contra ellos mismos?, ¿olvidaron que robó y mató junto con «su tribu»?

Nada de esto se cuestiona -y menos responde- Carlos Maggi.

B - EN LAS TOLDERÍAS NACIÓ UN HIJO DE ARTIGAS, EL CACIQUILLO

«La relación secreta de Artigas con la tribu charrúa está probada y es incesante a lo largo de cuatro décadas. El Caciquillo puede estimarse, nació hacia

1785, cuando Artigas tiene 21 años y la unión de padre e hijo dura hasta el exilio en el Paraguay» (Sic)

«Engendró varios hijos naturales, entre ellos un cacique charrúa» (VIII)

Con lo expuesto parece difícil aceptar ese largo período de residencia iniciática en las «sabias» tolderías. Pero además de consideraciones de tipo sociales y económicas, vayamos a aspectos más cotidianos de la existencia que es donde existen las mayores barreras culturales a vencer. ¿Constituían las tolderías ambientes tan agradables y confortables como para que cualquier persona educada en la sociedad hispano-criolla pudiera convivir en ellas? El salto podía realizarse pero a costo de un gran esfuerzo.

Por ejemplo, la mayoría de quienes estuvieron en contacto directo con los infieles dejaron constancia de que despedían olores realmente desagradables, producto de la grasa de carpincho y otros ungüentos con que cubrían sus cuerpos. Recordemos, según el testimonio de Pernetty (1764) que en Montevideo al llegar los minuanes cerraban puertas y ventanas pues su fuerte hedor, quedaba impregnado por muchos días. Casi setenta años después, el viajero sueco C. E. Bladh (1831) ratificó ese testimonio. Saint Hilaire (1820) dejó constancia de la suciedad que caracterizaba a sus campamentos.

Tampoco olvidemos la gran adicción por el aguardiente que manifestaban tanto hombres como mujeres “infieles”, lo que provocaba borracheras colectivas en las tolderías. En tales circunstancias ¿pudo vivir Artigas en una toldería, acompañando el nomadismo de la tribu, venciendo tan singulares fronteras culturales respecto a vestimenta, higiene y alimentación? Seguramente ninguna de esas condiciones eran absolutamente insalvables como para impedirselo, pero tampoco eran tan inocuas como para hacer total abstracción de ellas al plantear tal proposición.

Artigas nunca fue un gaucho, aunque convivió y se valió de ellos. Fue siempre un paisano.

Quienes conocieron a Artigas siempre destacaron la sobriedad en el vestir, pero nunca señalaron su desaliño, semidesnudez o suciedad. Al contrario, sin duda lucía su austeridad con elegancia, como hombre que siempre se supo atractivo y con dotes superiores a muchos. Recordemos entre tantos testimonios el varias veces citado de su sobrina Josefa Ravía, quien decía:

«En cuanto al carácter personal de Artigas, lo tengo muy presente, porque desde niña he estado oyendo diálogos de tía Martina Artigas, hermana del tío Pepe... Ellos decían que tío Pepe era muy paseandero y muy amigo de sociedad, y de visitas, así como de vestirse bien a lo cabildante (alias cajetilla); y que se

hacía atraer la voluntad de las personas por su modo afable y cariñoso» (Reyes Abadie., W. ob. cit.: 21).

¿Podía mimetizarse tanto un ser para ser líder en dos mundos tan diferentes?

Realmente parece totalmente infundado que Artigas haya podido vivir en una *toldería*. Tampoco puede afirmarse como verdad incuestionable que haya mantenido una relación amorosa con una infiel en tales circunstancias.

¿Nos mueve algún prejuicio a los que alude Maggi al hablar así? En absoluto. Ya hemos dicho que tenemos la satisfacción de haber sido de los primeros en señalarle a los uruguayos que poseemos una herencia de sangre indígena mucho más importante de lo que tradicionalmente se reconoció y que debemos valorarla con orgullo. Simplemente que el conocimiento que tenemos hasta ahora de esta temática nos inclina a desechar en gran medida la relación sanguínea entre el cacique y Artigas. Bajo pretexto de existir supuestos pactos de ocultamiento en la tan vaga expresión «historia oficial», la Historia no puede ser concebida como un campo de expresión de deseos o de ocurrencias caprichosas sin fundamento testimonial alguno.

Andresito, el célebre líder guaraní-misionero, también era tratado como hijo por Artigas y sabemos que no existía un vínculo de sangre, sino que aquel había sido adoptado por el blandengue quien lo llevaba con él en las diferentes misiones, incluso incorporándolo al Cuerpo de Blandengues (véase Jorge F. Machón «Artigas, Gobernador de Misiones»).

Pudo, también, tener un hijo con una mujer minuana o charrúa que habitara el mundo criollo. En Soriano, en Espinillo, en Paysandú y en algunas estancias vivían charrúas y minuanas, pero no mantenían los hábitos de las *tolderías*. Capturadas en algún enfrentamiento o refugiadas por su propia voluntad, habían adoptado las pautas de vida de la sociedad criolla. Generalmente se mimetizaban con las chinas guaraníes o tapes que eran la absoluta mayoría. Sin embargo, no se conoce registro eclesiástico u otro testimonio -como sí existen para otros casos- que avale tal hecho.

¿Quién era entonces el Caciquillo?

En principio es más probable que no fuera charrúa sino minuán, tal como lo demuestra documentación de 1804 (A. Artigas T. II: 285,305) y parece ratificar el testimonio de Larrañaga («Escritos» T III: 174-5).

El minuán Caciquillo pudo ser un joven infiel que se haya reunido a Artigas cuando éste, en calidad de jefe de changadores, capataceaba grupos de varias decenas de hombres o haber sido capturado por el ya blandengue

Artigas en alguna acción punitiva contra la tribu. En tal sentido el propio Archivo Artigas exhuma un interesante documento del Comandante Jorge Pacheco al Virrey Avilés, en marzo de 1800, en el que da cuenta de haber capturado a *“un Yndio infiel charrúa llamado Juan Manuel, éste haze un año poco más fue Cautibo por el Ayudante Dn. Josef Artigas quien lo entregó en casa de Antonio Andaluz para que lo documentasen en los dogmas de Nuestra religión de donde hizo fuga en compañía del citado Luca y habiendo metídose entre los Yndios sus paisanos, después de algún tiempo se restituyeron alas estancias de Salsipuedes y allá fueron aprehendidos por una de las partidas de mi mando”* (A. Artigas T. II: 111-112). ¿No habrá sido este el futuro Manuel Artigas, el Caciquillo o haber surgido de circunstancias similares, tan frecuentes en la frontera?

De pronto ni siquiera existió la relación de adopción o tutoría. Resulta realmente extraño que en 1804, cuando Artigas defendía celosamente los intereses españoles, el Caciquillo estuviera aliado a los portugueses y que incluso, a través de actuaciones del propio Comandante de Blandengues, fuera inculcado de graves delitos (Archivo Artigas T. II: 284,305) que provocaban acciones punitivas por parte de las autoridades coloniales. Es muy probable, incluso, que sin mediar conocimiento previo la fama en la frontera de dicho oficial de blandengue decidiera al jefe minuán a adoptar el apellido de aquél antes de 1811, en acción por demás común entre los infieles, como lo registra el clásico testimonio de Benito Silva. Ellos adoptaban como emblema de poder dentro de su grupo el nombre de figuras de renombre del mundo hispano-luso-criollo, sin necesidad de vinculación personal alguna, caso de los conocidos Brown, Rondeau, Barbacena, Sepé.

Pero hay algo más importante que la paternidad real o adoptiva de Artigas sobre este cacique indígena. Estimamos que la relación Artigas-Caciquillo no se explica porque Artigas haya pertenecido y adoptado las pautas culturales del «mundo infiel», sino al contrario. El Caciquillo fue el hombre de ambos mundos, el infiel y el cristiano.

La documentación es elocuente en mostrar que no es Artigas el que se conduce como un charrúa, sino que es el Caciquillo que sabe, cuando es necesario, comportarse como un cristiano. Totalmente reveladoras a este respecto son las palabras de Bartolomé Muñoz cuando apuntó en su Diario, en julio de 1813,: *«Llegaron oi los indios charrúas; fue preciso hacerlos acampar a 3 leguas de distancia p.r. su conducta incibil, aunque su Gefé Caciquillo Dn. Manuel Artigas muy tratable»* (Arch. Artigas T. XIII: 255). Y Larrañaga lo confirma cuando en febrero de 1813 describe a los minuanes que estaban en el Campamento de Santa Lucía Chico y manifiesta que tuvo oportunidad *«de tratar con los Caciques Minuanes que acompañan y aman*

tiernamente al Gefe de este Exercito», pero inmediatamente precisa que sólo uno de ellos comió con Artigas, en la mesa, como lo hacía un individuo del mundo hispano-criollo no a la usanza charrúa: «*uno de ellos comió con su muger en la mesa del General, habiendo dejado en su toldería otras dos mugeres suyas, que por lo visto son polígamos*» (Larrañaga, D. A. 1924: 174).

Parece casi seguro que el único que podía compartir «*la mesa del General*» era el Caciquillo, porque en determinado momento de su vida habitó el mundo criollo-cristiano. Como ese infiel al que hace referencia Jorge Pacheco, capturado por Artigas, educado y cristianizado por una familia, que fugó a las tolderías y volvió a changuear por las estancias.

Casi sin duda el Caciquillo habitó el mundo hispano-criollo, allí aprendió el castellano así como otros saberes y cuando volvió a las tolderías -como en tantos casos similares- se transformó en líder, pues poseía el conocimiento de ambos mundos. Reiteramos, parece evidente que Caciquillo era el hombre de los dos espacios culturales, no Artigas.

Si fue así lo del Caciquillo no fue tampoco nada singular o excepcional. Desde el siglo XVII fue un fenómeno frecuente que el liderazgo en las tolderías lo ocuparan aquellos que por distintas circunstancias conocían el mundo hispano-criollo por dentro (véase al respecto los escritos del jesuita Antonio Sepp). Indígenas o mestizos, que habían sido capturados y adoptados por familias criollas o nacidos en reducciones, optaban por la vida en las tolderías, alcanzando rápidamente el liderazgo de las mismas. Jorge Pacheco, en 1801, logró tomar prisionero a otro arquetipo de estos seres de dos mundos. Se trataba del cacique minuán Pedro Ignacio Salcedo -charrúa de nación, según Pacheco- catequizado por un misionero franciscano junto con su padre el cacique Dn. Miguel en la reducción de Cayastá, en Santa Fe. Vivió allí hasta los 34 años, abandonó a su mujer y se incorporó a los minuanes y «*mientras existió con los Yñfieles fue el más terrible azote de nuestros Poblados*». «*El indio Ygnacio... habla el castellano con bastante propiedad, perfectamente el Guaraní, Charrúa y Minuán....*» (Acosta y Lara, E. 1961:207-208).

Esos seres son paradigmáticos a nivel de la historia humana, siempre presentes con papel relevante en los fenómenos conocidos como de relaciones fronterizas interétnicas.

No sigamos insistiendo con que nuestras cosas, hechos o figuras han sido únicos o excepcionales a nivel universal. Idénticas situaciones y tipos humanos se han repetido infinidad de veces y, sobre todo, en la realidad hispanoamericana.

Tal vez uno de los casos más ilustrativos y próximos de fenómenos similares lo tengamos en la historia de la frontera argentina con las etnias pampas y araucanas. Realidad mucho mejor documentada que la nuestra. Allí, indígenas, blancos o mestizos que habían nacido o que vivieron en determinado momento en el mundo de «los blancos», volvían a las tolderías pasando rápidamente a asumir roles de liderazgo.

Especialmente parangonable con el caso de Artigas y el Caciquillo fue la existencia del indígena Mariano Rosas, quien vivió en una de las estancias de Juan Manuel de Rosas y de quien adoptó el apellido. Al volver a las tolderías alcanzó el rango de cacique mayor de las tribus pampas, interviniendo en varias de las guerras civiles del mundo cristiano a través de temporales alianzas. Seguramente la lectura de «Una excursión a los indios ranqueles», de Lucio V. Mancilla, debería ser un título de lectura inexcusable para quienes se interesan por los temas indígenas en estas tierras.

C - ARTIGAS INICIADO EN LA SABIDURÍA MORAL DE LOS CHARRÚAS

“...la cultura charrúa aparece como francamente superior a la cultura de los conquistadores y colonos que sometían, explotaban y aun esclavizaban a sus semejantes...”

«Es verdad que Artigas recibió de esos indios una concepción superior de la sociabilidad, una exigencia ética mayor, una visión fraternal de la comunidad integrada por iguales. Esta es la nota que lo hace diferente, incomprensible, dentro de la política de la revolución. La fuerza de su carácter, el instinto para elegir los caminos de la libertad, su empecinamiento único, le surgen naturalmente, invenciblemente; están encuadrados en una concepción del mundo, una filosofía diferente y mejor; por eso Artigas habla y actúa de otro modo, como ninguno de sus contemporáneos; lleva en sí un sentimiento selvático de libertad y un sentimiento fraterno de la relación humana...»

Artigas vivió su juventud azarosa donde todavía «el Uruguay y el Plata vivían su salvaje primavera». Rodeado por la fraternidad de todos ante una naturaleza inabarcable y no en medio de un mundo político, civilizado (las dos palabras están nombrando «ciudad»), coactivo, individualista» (I: 58-59); «... gente más buena aunque más desamparada.» (I: 157).

“Hay una biografía india de José Artigas... es en esa relación con los charrúas donde están las claves para entender su vida y su revolución.” (II)

«Es innegable que Artigas cruzó la línea de las culturas y convivió con los charrúas y recibió de ellos una formación que, por momentos, lo hace superior y absolutamente inexplicable en medio de sus coetáneos de Montevideo.» (II).

No hay nada más fácil de idealizar que aquello que ya no existe. Toda adjetividad superlativa ya no tiene influjo sobre la realidad y hasta parece ser un sano ejercicio de autoayuda para convencernos a nosotros mismos, y a los demás, de cuan éticos somos.

La idealización es también una refinada forma de ocultación y negación del Otro. Debería ser bien conocido este fenómeno en Uruguay, país en el cual después de terminar con las tolderías de los charrúas, de derrotar a los líderes militares rurales y las montoneras gauchas, de abandonar al sufrido paisanaje oriental a su suerte, nos hemos pasado más de un siglo dedicándole a ellos himnos, poesías, monumentos y haciendo de sus irreales imágenes fetiches de identidad, tanto para consumo interno como externo.

Era lógico, nada se arriesgaba al realizarlo, pues ya no existían, no molestaban a los hombres “de la civilización” y entonces podía procederse libremente a todo proceso de sublimación y exaltación «patriótica».

Al contrario de lo que manifiesta Maggi, durante más de un siglo en el Uruguay se promovió una visión totalmente romántica y maquillada de los charrúas, declarados mitos nacionales. ¿Cómo explicar, de lo contrario, que tempranamente se los llevó al bronce?

La simbiosis de los dos mitos fundacionales principales, Artigas y los Charrúas, ya fue ensayada por autores que hemos citado. Hoy, al morir el siglo XX, ese idilio mitológico alcanza con Carlos Maggi su expresión más plena. Artigas ya no es el hombre de la sociedad hispano-criolla que logra la excepcional alianza del charrúa infiel contra los enemigos de los orientales, según la visión tradicional. Ahora se trata que Artigas era en realidad, espiritualmente, un charrúa y toda su excepcionalidad se explica por la sabiduría recibida en las tolderías.

La idealización que realizó Rousseau del «buen salvaje» -tan cara y empecinadamente adherida a la forma de pensar de ciertos intelectuales- se hace carne en Maggi. La toldería charrúa es el reino de los hombres buenos, de los sentimientos virginales; la ciudad -en la que, presumo, siempre ha habitado Maggi- es el territorio de la maldad y la humanidad degradada.

Todo eso no es más que fábula. Pura abstracción intelectual, idealización comprensible, tal vez, si se tratara de hacer Literatura, pero injustificada y hasta irresponsable si se trata de hacer Historia.

Durante tres siglos los grupos de cazadores nómades desarrollaron distintas estrategias para la adaptación y supervivencia al cambiante escenario rioplatense (ver Padrón, O. 1997). Ya desde tiempos prehispánicos participaron del intenso tráfico humano que existió en la región rioplatense, práctica para la obtención de bienes que continuaron realizando durante buena parte del período colonial (véase Juan F. Salaberry «Los charrúas y Santa Fe»). Rápidamente se volvieron sumamente hábiles en la intriga y en simular adhesión, ya fuera con españoles, portugueses o misioneros, alternada o simultáneamente. Estrategia que les permitió sacar siempre provecho material de sus frágiles promesas de alianza o transitorias «conversiones».

¿Es eso condenable?, en absoluto. Ellos hacían su propio juego, tal como le convenía a sus intereses y las circunstancias se lo permitían.

¿Qué sabiduría podían poseer los indígenas nómades después de tres siglos de iniciada la conquista?

Sus saberes tradicionales habían sido profundamente alterados con la muerte de los ancianos en sucesivas campañas punitivas. Por otra parte sus tolderías, como lo reconocen de forma unánime las crónicas, eran el principal refugio de todos aquellos que tenían cuentas pendientes con la sociedad criolla, usando a las tribus para vengar sus agravios personales, incitando y guiando los malones sobre estancias y poblaciones. Eran etnias que vivieron, por las razones apuntadas, un acentuado proceso de degradación.

No debe olvidarse, además, que fueron grupos humanos que se volvieron absolutamente dependientes de bienes del mundo hispano-lusocriollo, caso de bebidas alcohólicas, yerba, tabaco, vestimenta y objetos de metal, recurriendo para su obtención a cualquier medio. Sembraban el terror cuando encontraban poblaciones o estancias indefensas, así como a fuerzas enemigas en inferioridad numérica o simples transeúntes. Mataban entonces sin piedad a todos los hombres y jóvenes, cautivando a mujeres y niños.

Vengaban así tantos agravios, dirá alguno; actuaban de forma similar a como actuaban los criollos con ellos, pensará otro. Correcto. Pero los hechos son los hechos y no puede hablarse de superioridad moral o de una mítica fraternidad de la cual no se presentan pruebas que alguna vez haya existido. Todo lo contrario.

Los infieles se manejaron durante tres siglos con una conducta legítima de acuerdo a su posición y conveniencia pero, sin duda, riesgosa: no tener aliados permanentes sino intereses permanentes. Decir lo contrario y mostrarlos como simples víctimas de un sistema colonial perverso es ignorar o falsear la realidad. Al volverse adictos a los bienes del mundo criollo ellos

buscaron el contacto, ubicándose con preferencia en las cercanías de los caminos o poblaciones coloniales para asegurarse su subsistencia.

De todo esto como de muchos otros aspectos que podrían agregarse y que están más que debidamente documentados nada se dice en pro de continuar alimentando un mito charruísta que colectivamente no nos conduce a ningún lado.

Tampoco, a esta altura del conocimiento histórico rioplatense, se puede asentar un nacionalismo bravucón trasnochado, que pretende demostrar la superioridad charrúa frente al guaraní-tape como pretende Maggi:

«Aquí radica la diferencia esencial entre los guaraníes agricultores, los indios tapes reducidos, y los charrúas, sueltos y bravos, no sometidos a ninguna coacción, ajenos a cualquier tributo o prestación personal.» (I:58)

¿Cómo pueden establecerse jerarquías de superioridad a partir de supuestos niveles de coraje o valentía con total abstracción de los sistemas socioeconómicos que diferenciaban radicalmente a los cazadores-recolectores de los cultivadores que habitaban en aldeas? Diferencias que son el verdadero fundamento de las disímiles actitudes que, charrúas-minuanes-yaros por un lado y los guaraníes por otro, tomaron ante la conquista y colonización hispánica.

¿Empecinados tras un inconducente e insostenible nacionalismo charruísta, seguiremos negándole a los guaraníes misioneros el carácter esencial de verdadero basamento cultural indígena, común para buena parte de Brasil, litoral argentino, Paraguay y el propio Uruguay?

¿Puede olvidarse que si contamos con una herencia de sangre charrúa, minuán o yaro más importante de lo tradicionalmente admitido, la mayor parte de la misma también se debe a las Misiones, poblaciones a las que estos indígenas, tal vez en número de varios millares, se integraron de forma voluntaria o forzada a lo largo de dos siglos, guaranizándose en ellas?

III -EL CHARRÚA BLANDENGUE

«Artigas deja la tribu charrúa en 1797 y acepta ingresar a la policía montada que actúa al servicio del rey de España en el lejano norte» (I: 79).

Sin duda la prueba más difícil por la que tuvo que atravesar la imaginación de Maggi, al rastrear y reconstruir idílicamente el vínculo de Artigas

con los charrúas, debió ser abordar el período en el cual se desempeñó como blandengue.

Tanto en el Artigas fuera de la ley como en el posterior Artigas líder revolucionario, la alianza con las tolderías se explica dentro de la lógica de cada contexto: en el primero la unión entre dos elementos que coincidían en actuar por fuera del marco jurídico colonial, en el segundo los objetivos revolucionarios que obligaban a sumar fuerzas sin reparar en otros aspectos. Pero establecer una relación de intereses comunes y encontrar indicios de ellos entre el blandengue -que por esencia representaba el orden hispánico en la campaña- y los charrúas- principal encarnación del contraorden que aquellos combatían -realmente suponía un desafío que exigía la máxima calidad creativa de Maggi. Y realmente actuó de acuerdo a sus antecedentes, revelándonos «verdades ocultas» realmente fantásticas que pueden sintetizarse así:

- A- El blandengue Artigas nunca persiguió y, menos que menos, mató charrúas.
- B- Artigas fue un agente charrúa infiltrado en el mundo hispano-criollo.
- C- Los campos que solicitó y obtuvo en Arerunguá se convirtieron en una reserva charrúa.

A - ARTIGAS NUNCA ATACÓ NI MATÓ CHARRÚAS

«¿Cómo es posible que el capitán Artigas - el coquito de la campaña- haya perseguido implacablemente a changadores y malevos y también furiosamente, a los indios malos y sin embargo nunca, jamás en su vida haya tocado a los charrúas?» (I:63)

«Artigas no aprisiona jamás a un charrúa....» (I:64)

«¿Atacó (Artigas) a los charrúas alguna vez? No hay documento que lo indique; por el contrario, lo que se haya escrito en una y otra ocasión, prueba que Artigas jamás atacó a esa tribu, atacó sí, a sus enemigos y protegió, sin excepción a los suyos» (I:82).

«Los papeles dicen que Artigas jamás atacó a la nación charrúa, aún cuando tuviera órdenes concretas de hacerlo» (II).

Concebir que un blandengue durante catorce años haya podido actuar a lo largo de la bárbara y caliente frontera; cumplir exitosamente distintas

misiones todas coincidentes en pacificar esas tierras, extendiendo la colonización hispano-criolla cada vez más al norte; merecer la gratitud casi unánime del numeroso vecindario colonizador que lo fue paulatinamente reconociendo como garantía para sus vidas; realizar una vertiginosa carrera de ascensos acompañada de elogiosos juicios de diversas autoridades coloniales... Recapitulemos. Hacer todo eso y no haber enfrentado a charrúas y minuanes ocasionándoles bajas, realmente habría sido un prodigio.

Sin embargo Maggi lo demuestra... claro que al alto precio de olvidar muchos documentos que contradicen su teoría -pese a estar junto a los que utiliza- o dando una interpretación totalmente caprichosa a los mismos.

El propio Eugenio Petit Muñoz, una de las principales figuras del culto y exaltación de Artigas, en su clásico trabajo de 1950 («Artigas y los indios»), admitió como verdad incontestable que *«el blandengue apresado y mata indios»*.

Artigas persiguió y mató charrúas...por más que a los fabricantes de mitos les cueste admitirlo. No sólo eso, sino que su exitosa acción en tal sentido fue determinante para ganarse un sólido prestigio entre la población del territorio norte de la Banda Oriental y para realizar una importante carrera de ascensos en el Cuerpo de Blandengues.

Que no los persiguió con saña y que cuando era posible evitaba enfrentamientos con ellos, también es cierto. Pero esa conducta no obedecía, en lo fundamental, a determinaciones de Artigas, sino que tenía su principal fundamento en las propias directivas que regían y orientaban la acción de los blandengues de la frontera por mandato superior. No era un cuerpo destinado al exterminio de los infieles sino a promover su reducción o paulatino retiro hacia el norte, dejando tierras libres para el avance de la colonización hispana. Esto está registrado en el Archivo Artigas.

En noviembre de 1798 el propio Virrey, Antonio Olaguer y Feliú, ordenaba a Artigas la conducta que debía seguir al respecto:

«Los citados Minuanes y Charrúas que se encuentren en disposición de poder inbadirnos deben ser tratados como enemigo respecto a sus recientes hostilidades que obligaron a este Gobierno a despachar una expedición para escarmentarlos y a lo que no obstante han continuado cometiendo; pero a los que se rindieren o se hallasen en sus tolderías sin preparatibos que hagan conocer su disposición a inbadirnos no han de tratarse con rigor y solo sí ha de intimárseles (vajo las más serias conminaciones) que se abstengan de toda hostilidad contra nosotros que no los procuramos ofender sino quando nos obligan a ello con sus invasiones y robos» (A. Artigas T. II:80).

Sin embargo ese trato pacífico no siempre fue posible, menos aún a finales del siglo XVIII, cuando el estrechamiento sobre las tolderías infieles se fue haciendo más intenso y, sobre todo, cuando los indígenas actuaron claramente como aliados de los portugueses, quienes estimulaban sus ataques y depredaciones, haciendo su accionar cada vez más beligerante y contrario a los intereses del imperio español.

Veamos algunos ejemplos:

- Setiembre de 1797: Artigas da cuenta de haber hecho prisioneros a «*ocho yndios entre chicos y grandes ynfieles*» luego de un ataque que sufrió su partida, habiendo matado un blandengue a uno «*porque Estos yndios están echos Atropellar las partidas....*» (Arch. Artigas T. 11:29) Poco después Artigas remitirá a Maldonado -con destino a ser repartidos- a tres chinas, dos muchachos y dos niños (Arch. Artigas T. II:31).

- Julio de 1797- marzo de 1798: según las propias palabras de Artigas durante ese período «*...permanecí enla Campaña... habiendo atacado a los Yndios infieles por tres ocasiones, cogidos algunos Prisioneros, quitadoles mucha Cavallada....*» (A. Artigas T. II: 259).

- Octubre de 1798 - mayo de 1799: ante la muerte del Capitán Francisco Aldao, que comandaba 120 hombres destinados a castigar a los infieles, asume el mando Artigas «*...y seguidamente castigué a los Yndios apresando barios. Matando otros y quitándoles muchos Caballos...*» (A. Artigas T. 11:260).

- Agosto de 1804: Artigas con sus blandengues, estando en las puntas del Tacuarembó, tiene un choque con los indios «*dándole muerte á dos délos Infieles, hiriendo a muchos...*» (A. Artigas T. 11:333).

- Mayo de 1805: Artigas como integrante de las fuerzas de Francisco Xavier de Viana localiza en las Puntas del Guirapuitá una «*Toldería de los Ynfieles*» los que fueron atacados, matando a «*veinte de aquellos Barbaros.....*». Capturaron entre mujeres y niños a veintitrés, muriendo «*de sobreparto la muger del difunto Casique....*» (A. Artigas T. 11:404).

-1805: al reseñar sus servicios en el Cuerpo de Blandengues señala que «*...ha hecho cinco considerables Campañas, en las que ha desecho y destrozado diferentes cuadrillas de Yndios Ynfieles*», agregando que en la campaña que en ese momento desarrollaba «*comisionado por el actual Virrey Marqués de Sobremonte... por la repetición delos robos é irrupciones con que los Bárbaros ostilizaban las vidas y Haciendas delos Criadores y Hacendados*» había aprendido más de setenta «*Ynfieles, Ladrones y Contravandistas...*» (A. Artigas T. II: 412-3)

¿Cómo interpreta Maggi toda esta documentación? Pues lo soluciona de forma brillante: los tan mentados «infieles» no son charrúas ni minuanes (1:82; 118; 123-24).

¡¡Fantástico!! Centenares, si, centenares de documentos desde el siglo XVII hasta comienzos del siglo XIX identificaron de forma indubitable a los grupos nómades de yaros, bohanes, charrúas y minuanes como los «infieles», por contraposición a los sedentarios que aceptaron evangelizarse, mayoritariamente guaraníes y guaranzados. Pues resulta que Maggi de un plumazo -y sin molestarse en utilizar la menor argumentación y menos demostración- ignora olímpicamente toda esa documentación de más de dos siglos para señalar que los infieles no eran los charrúas.

En el propio Archivo Artigas que ha utilizado con fruición, pero, como vemos, de una forma muy personal, tiene abundante información que demuestra sin dejar la menor duda que «los infieles» eran los charrúas y minuanes.

¿Quiénes eran entonces los infieles? Como gran respuesta el autor nos dice: «*son los peores... indios malos*» (???) (I: 118,124).

No satisfecho con el asombro provocado en sus lectores, el autor demuestra que aun hay mucho más... Al tratar la campaña de Francisco Xavier de Viana, de la que participó Artigas, nos revela que también eran infieles los indios tapes (I: 124).

Entonces ahí cierra perfectamente la tesis. Artigas llevó al «ignorante» Viana a atacar guaraníes no charrúas. Según Maggi, Artigas reiteradamente atacaba tapes pues eran enemigos de su gente, su tribu (I: 85).

¿En que se basa Maggi para decir que los infieles que castigan las fuerzas de Viana y Artigas son tapes? En esa oportunidad es mucho más generoso en su argumentación: porque las mujeres y niños prisioneros lucían en sus cuellos monedas portuguesas, camisetas de algodón y ponchos de paño azul... (I: 124).

Decir eso es desconocer la historia de casi tres siglos de relaciones interétnicas en la región rioplatense, relaciones de las cuales, lo repetimos una vez más, los infieles charrúas y minuanes participaron activamente al volverse fuertes consumidores de productos del mundo hispano-criollo. De más está citar documentación que es abrumadora y conocida. Pero Maggi agrega un argumento y lo destaca como principal para negar el carácter de charrúas a esos «infieles»: la mujer del cacique muerto antes de fallecer por sobrepardo recibió por su voluntad el bautismo (I: 125).

Con el paradigma mitológico del charrúa con el que opera Maggi no hay lugar para el cristianismo. De acuerdo a ese razonamiento la superioridad charrúa hizo que rechazaran la evangelización, sólo los tapes «servidores sumisos», por los que Maggi evidencia poca simpatía- aceptaron el yugo del cristianismo.

Pero hay otros curiosos olvidos... Por ejemplo el de que Artigas no sólo persiguió, atacó y mató charrúas, sino que cobró especial recompensa por ello. Sí, así fue, aunque muchos se hagan los distraídos al respecto.

¿Y de quien recibía plata Artigas por perseguir a los indios? De los HACENDADOS... los mismos por los que Maggi demuestra, también, tener poca simpatía (I: 37, 85, 96, 101). Claro que no es el único intelectual uruguayo que manifiesta esa aversión, en realidad frecuente entre los ilustrados del asfalto.

¿Por qué Maggi no cita en ningún momento el reclamo que realizó Artigas ante el Virrey, el 22 de Mayo de 1806? Vale la pena recordarlo:

«Quando la Comición que V. E. se dignó conferirme para atacar a los Indios Infieles en el año de 1804 la Junta superior de Vecinos que subsistía antes que concluyesen los de este año de 1806 me ofrecieron regalarme 500 pesos á mi regreso...» (Archivo Artigas T. II: 422).

Una vez más la construcción de los mitos pasa por una memoria selectiva.

B -ARTIGAS: AGENTE CHARRÚA INFILTRADO EN EL MUNDO HISPANO-CRIOLLO

«Exterminar a los charrúas era la intención de los hacendados codiciosos; Artigas peleaba por lo contrario: actuaba como agente de los infieles y haciendo un juego doble: era «el coquito de la campaña, el niño mimado de los jefes» como dirá José María Salazar, era el mejor policía rural: solo que atacaba únicamente, a los malhechores, a los portugueses y a los indios... tapes» (I: 101).

«Los ataques de Artigas van dirigidos contra los tapes, enemigos tradicionales de los charrúas. Los tapes son los servidores sumisos de los conquistadores y de los hacendados; muy seguido, son usados para destruir a los indios rebeldes» (I:85).

Para desechar totalmente caprichosas afirmaciones como las referidas, parece suficiente lo que hasta el presente hemos expuesto. Pero cabe agre-

gar algo más, pues no pueden dejarse pasar algunas burdas tergiversaciones que Maggi realiza.

En primer término: ¿cuándo persigue Artigas a los indígenas guaraní-misioneros o tapes? Sólo después de 1801, cuando los lusitanos han tomado los Siete Pueblos Orientales y sus habitantes pasan a ser considerados por las fuerzas hispano-criollas como «portugueses». Después de casi dos siglos de enfrentamientos, el frente expansivo lusitano pasa a tener como aliada -de forma forzada- a una parte importante de la población tape y Artigas, acérrimo defensor de los derechos territoriales españoles, obra en consecuencia. Por eso ataca y captura a los indígenas misioneros cuando venían a realizar vaquerías a sus estancias, en forma legítima sin duda pues dichas tierras aún les pertenecían.

Tanto en el Artigas blandengue como en el posterior Artigas jefe revolucionario, sus relaciones de trato, simpatía o amistad con las distintas etnias indígenas, seguramente sinceras, no dejaron de estar siempre subordinadas a lo que demandaban los propósitos fundamentales de su accionar. Cuando blandengue será contemplativo con el indígena que no se oponía a su propósito principal de extender y consolidar el frente colonizador hispano-criollo y dar seguridad a los paisanos y hacendados. En su etapa de Jefe Revolucionario esos sentimientos estarán subordinados al objetivo principal del triunfo de su causa.

En segundo lugar, no puede llevarse la singularidad de Artigas al grado ridículo de creer que solo él era el único “vivo” en su tiempo y que todas las autoridades españolas, camaradas de armas, hacendados y vecinos eran unos tontos, que durante más de una década tuvieron un «charrúa» infiltrado en sus filas sin darse cuenta. Por favor, los lectores merecen ser respetados. En 1805 el Gobernador de Montevideo, Ruis Huidobro, recomendaba muy especialmente a Artigas ante el Virrey en virtud de *«los servicios que este oficial há contraydo en las varias ocasiones que ha sido comisionado contra los Indios de esta Campaña, constándome vastante en el tiempo demi mando su actividad y desempeño»* (A. Artigas T. II: 418).

Artigas ganó su prestigio en la campaña persiguiendo malhechores, repartiendo tierras y atacando a los indígenas infieles cuando estos avanzaban sobre el frente colonizador hispano. No existía otra posibilidad para llegar a ser entonces *«el Coquito de la campaña»*.

Como él lo precisó en 1804, los pobladores de la frontera y sus superiores eran quienes mejor conocían todos sus trabajos y esfuerzos en esos años: *“...a favor de las Armas del Rey y de la Patria, en exterminar a los Indios (infieles) que los hice ganar hasta los Pueblos de Misiones: de modo que el vecindario vivían todos descuidados en sus Estancias»* (Archivo Artigas T. 11:334).

El odio al infiel era un sentimiento compartido por la absoluta mayoría de la población rural, común a pobres y ricos. El deseo de orden y seguridad no sólo pertenecía a los «hacendados» como Maggi y otros escritores, con una visión estrechamente clasista de la Historia, pretenden hacer creer. La posibilidad de vivir con seguridad y en orden era un deseo común a los que tenían mucho y a los que tenían poco y los infieles eran uno de los obstáculos principales a ese propósito.

Imposible entonces que Artigas, «el charrúa», pudiera ser líder por elección de una colectividad que era visceralmente anti-charrúa. Salvo, como supone Maggi, que todos fuera estúpidos... menos Artigas.

Parece también muy difícil de comprender, a la luz de la tesis del autor, la actitud de Artigas de acusar en reiteradas oportunidades a los charrúas, su propia tribu, por las tropelías que cometían y su alianza con los portugueses.

Estas inculpaciones eran, precisamente, las que movían a las Autoridades a emprender campañas punitivas contra los charrúas y minuanes. ¿Cómo se explica esa actitud de Artigas estimulando con sus denuncias los ataques contra las tolderías infieles, según Maggi sus hermanos? (Ver Parte III de este libro, Doc. VII).

De los numerosos ejemplos veamos sólo uno de ellos, donde, además, por boca del propio Artigas queda aclarado que decir «infiel» era decir charrúa.

En 1804 desde el paso de Pereira, en el Queguay, Artigas le escribe al Virrey Rafael de Sobremonte expresando: «*Estos Yñfieles Exmo.o Señor se hallan mezclados con los Yndios delos pueblos Guaranis y unanímés con los portugueses: A estos sepa V. Excelencia que los Yñfieles no les roban sus Haciendas; ni menos dan muerte a ninguno de la nación referida, y benden lo que roban estos Charrúas en nuestras Estancias a los mismos Portugueses a cambio de trato de Aguardiente, Lienzo de Algodón, Tabaco, hierba y Cuchillos*» (Archivo Artigas T. II: 277).

Parece difícil encontrar una más clara inculpación a los charrúas por su alianza con los portugueses en perjuicio de los intereses españoles.

C- ARERUNGUÁ: RESERVA CHARRÚA

«*Se limitó a inventarles lo que mucho después se llamaría «una reducción»: consiguió una estancia en propiedad, 105.000 hectáreas y los alojó en ese campo para que vivieran a su manera nómada*» (IV).

Al respecto Maggi vuelve a demostrar un descarado desdén por toda evidencia que pueda enfrentar su tesis.

1- «El hecho es muy raro, no conozco ejemplos de donaciones semejantes, hechas en ese tiempo... resulta absurdo que de pronto, Artigas haya decidido ser estanciero en un lugar imposible, en medio de la Sierra inhabitable» (II).

Donaciones iguales y superiores se realizaron antes y después de la citada. Nada de extraordinario tuvo la misma y su razón y extensión se explica, sin duda, por la excepcionalidad de los servicios que le había prestado el veterano blandengue al Jefe Xavier de Viana.

Dicha región fue durante casi todo el siglo XVIII reconocida por la Corona como perteneciente a las estancias de Yapeyú y los siete pueblos misioneros orientales. En el último cuarto de ese siglo se intensificó el interés por la posesión de tierras, produciéndose innumerables conflictos, pues a los citados derechos de los guaraníes-misioneros se fueron superponiendo otros emanados de compras realizadas en la capital del Virreinato o por los propios Cabildos Misioneros, así como innumerables donaciones realizadas por capitanes de blandengues, dragones y otros jefes militares.

En esos años finales del coloniaje, numerosos comandantes se sucedieron al mando de partidas celadoras, tendientes a expulsar a los infieles cada vez más hacia el norte, frenar el atrevimiento lusitano y poblar esos casi desiertos territorios. Esta verdadera gesta colonizadora, lamentablemente, ha sido muy poco estudiada como tal y ese vacío historiográfico, sin duda, ha permitido el surgimiento de relatos totalmente antojadizos y fantásticos, muy alejados de la compleja trama socio-cultural y económica que implicó.

Artigas fue uno de los principales jefes colonizadores en ese período y buena parte de su prestigio lo fundó, precisamente, realizando numerosas donaciones de tierras cuyos beneficiarios eran paisanos procedentes de diversos lugares del Virreinato y que sabían que uno de los principales obstáculos a enfrentar eran los malones de infieles charrúas y minuanes aliados o impulsados por los portugueses.

Sería conveniente que quienes se disponen a transitar por dichos temas consultaran trabajos fundamentales por su aporte documental sobre el proceso de poblamiento y propiedad de la tierra, caso, como ejemplos, de «Colección de Documentos para la Historia Económica y Financiera de la R. O. U., T. I Tierras» (Mdeo., 1964) bajo la dirección de Juan E. Pivel Devoto y los de Lucía Sala de Tournon, Julio Rodríguez y Nelson De la Torre «Evolución Económica de la Banda Oriental» (Mdeo., 1968) y «La Revolución Agraria Artiguista» (Mdeo., 1969).

Nada de extraño tuvo la petición de Artigas. Al sur del río Negro ya no quedaban casi tierras baldías para obtener en donación, pues ocupadas desde varias décadas atrás se cotizaban ahora de forma creciente. Era sobre la bravía frontera, próxima al infiel, al portugués y al gauchaje «vago y mal entretenido» donde se podían obtener con esa facilidad.

¿Por qué Arerunguá era un lugar absurdo? Tierra de antiguas estancias misioneras donde la cría de ganados se practicaba desde hacía más de un siglo, buenas pasturas, aguadas y a la distancia la Sierra que tampoco nada tenía de inhabitable. Artigas no fue ni el primero ni el último en radicarse allí. Él mismo realizó importantes donaciones en tierras próximas a las que recibió.

Los demás oficiales de blandengues, dragones o milicias que siguieron recorriendo la región de continuo o los innumerables pobladores que iban extendiendo sus estancias hacia el norte ¿cómo nunca denunciaron, rechazaron o hicieron referencia a la existencia, a sus espaldas, de una “reserva de infieles”?

Nuevamente se hace patente en el autor esa ajenidad al mundo humano y físico que pretende interpretar.

Ignora u olvida, entre tantas cosas, que una de las beneficiadas con tierras en las proximidades de Arerunguá fue Elena Correa, la misma que fuera cautiva, junto a su hija Juana Ceferina, por siete meses de los infieles. Elena Correa fue liberada en una de las campañas del Capitán Jorge Pacheco, en 1801 (ver Parte III de este libro, Doc. V), y cuesta creer que después de tan difícil experiencia aceptara compartir las tierras de Arerunguá con sus captores de ayer (véase Juan A. Gadea “Donaciones artiguistas de tierras públicas 1808 - 1810” ; Eduardo Acosta y Lara ob. cit.).

Del interés del paisanaje en poblar campos en Arerunguá -de los cuales los infieles ya estaban muy lejos para entonces, como veremos- tenemos un testimonio irrefutable del propio Artigas. Éste, en 1808, acudió ante Javier de Elío, máxima autoridad española en la Banda Oriental, solicitando que fueran inmediatamente expulsados y sin miramientos los intrusos que se habían establecido en su campo: *“...haviéndose presentado el Ayudante Mayor del cuerpo de Blandenguez Don José Artigas, en solicitud de que se le despojen de los Individuos intrusos en el campo nombrado entre los arroyos de Valentín, Cañas, hasta los Cerros del paso Ignacio Vera, cuyos terrenos son de su pertenencia... y no siendo justo que otro Individuo se pueble en los citados Campos sin expreso consentimiento del citado Don José Artigas, hará el indicado Comandante (de Belén) que los que se hallen Poblados, salgan*

inmediatamente de los enunciados Terrenos sin dar lugar á quejas ni recursos” (Arch. Artigas T. III:404).

Poco tiempo después, Artigas cedió a don Luis Sierra *“parte del citado terreno, y la mayor de las dos rinconadas que lo forman”*; solicitando ambos se efectuaran los trámites necesarios para la extensión de los definitivos títulos de propiedad, entre dichos requisitos señalan la *“citación de colindantes”*; es decir los vecinos. En 1810 el campo fue mensurado y al momento de tasarlo se especificó que por su ubicación tan alejada de Montevideo corría *“el riesgo de ser imbadida por los Indios Infieles”* (Arch. Artigas T. III: 408). Razón que casi siempre se establecía en las tasaciones de tierras que se enajenaban en el frente colonizador hispano-criollo, con el propósito de deprimir su tasación.

A la luz de lo expuesto, la idea de un Artigas quintacolumnista charruista dentro del mundo criollo es totalmente descabellada.

Muy por el contrario Artigas, reitero, encarnó siempre el ideal de colonización de tierras que latía en la sociedad hispano-criolla de la campaña oriental y de cuya empresa Artigas fue factor principal: ganarle tierras al indígena nómada, detener el avance de los portugueses y desconocer los derechos del indígena misionero a sus antiguas estancias.

¿Cómo se entiende que alguien que debía, según Maggi, favorecer a “su tribu” fuera tan celoso en el cumplimiento de las órdenes sobre reparto de tierras y colonización en la frontera, acciones que iban directamente contra los intereses de los infieles?

Los pobladores -americanos en su gran mayoría, fueran blancos, negros, indígenas o mestizos- veían precisamente en Artigas uno de los principales adalides de sus intereses y de ahí su prestigio entre el vecindario criollo del norte del río Negro, que será de los más consecuentes en seguirlo cuando estalle la Revolución.

Difícilmente lo hubieran reconocido así si Artigas les hubiera obsequiado el presente griego de establecer una “reserva charrúa” entre las estancias criollas, tal como arbitrariamente pretende hacernos creer Maggi.

2.- Eligió esas tierras pues allí *“merodea la nación charrúa; en Arerunguá, en el ángulo que forman los arroyos Valentín y Cañas, están los últimos potreros donde una tribu nómada puede sobrevivir”* (II).

El argumento más firme para derrumbar la caprichosa idea de *“la reserva charrúa”* creada por Artigas en Arerunguá -que para aquellos que se empeñan en el idilio Artiguismo-Charruismo es una idea entrañable- radica en

que para el momento en que Artigas solicita y recibe la donación de tierras. LOS CHARRÚAS YA NO HABITABAN MÁS EN ESA ZONA.

El proceso de expulsión de los infieles nómades hacia el norte, iniciado con la fundación de Montevideo y los centros poblados del Sudoeste de la Banda Oriental, había sido constante, determinando que para los primeros años del siglo XIX, aquéllos habían quedado recluidos a las escabrosidades de las sierras al norte del Arapey y el Cuareim, especialmente las que dan origen a los afluentes que desembocan por la margen sur del Ibicuy. Voluminosa documentación de época señala esto con claridad. Maggi ni una palabra dice de ello ni repara en el proceso de extensión del frente colonizador hacia el norte, siendo que el propio tomo II del Archivo Artigas trae abundantísima documentación al respecto. Veamos sólo algunos ejemplos de informaciones tomadas en 1804:

“...hay ocho Casiques délos Infieles.....sus Tolderías no tienen parage fijo... pero no salen delas inmediaciones del Quaró y el Quari” (p. 285):

“...el paradero de los infieles no lo tienen fijo, que un día estan en una parte otro en otra parte, pero siempre se mantienen entre el Quari y Quarapitá” (p. 286);

“...su asistencia más constante es en los Arroyos Ybirapuita Guazú, Quarey y sus inmediatos, que ahora están quasi todos juntos” (p.305).

Desde esos lugares se lanzaban a atacar las poblaciones hispano-criollas y los destacamentos y guardias de frontera, volviendo con el botín obtenido. El Caciquillo era uno de los caciques que participaban de esas acciones (A. Artigas T. II: 285,305).

Una razón fundamental para explicar esta retirada hacia el norte de los infieles radica no sólo en las cada vez más frecuentes campañas punitivas realizadas por los hispano-criollos, que iban haciendo avanzar el frente colonizador de las estancias, sino también en que por entonces los infieles, tanto charrúas como minuanes, habían fortalecido su alianza con los portugueses (alianza que cierto nacionalismo indigenista tira al olvido), dedicándose en forma especial a atacar las partidas “castellanas”.

Analizada la documentación disponible y el contexto en que actuaban respectivamente infieles y Artigas, las afirmaciones de Maggi son realmente insostenibles.

Fue recién al amparo de todas las perturbaciones que trajo consigo la Revolución que los charrúas y minuanes pudieron retornar a territorios más al sur, como los potreros de Arerungá, pues los territorios al norte del

Cuareim que ocupaban antes que estallara aquélla, ya habían sido ocupados totalmente por el pujante frente expansivo lusitano.

IV -ARTIGAS Y LOS CHARRÚAS DURANTE LA REVOLUCIÓN

Luego de transitar, de forma bastante desordenada, por las etapas del Artigas changador y el Artigas blandengue unido siempre a “su tribu”, Maggi enfrenta el período del Artigas jefe revolucionario, manteniendo su intención de sorprendernos con revelaciones que tiran por tierra, según sus palabras, el largo complot urdido por distintos historiadores redactores de la maligna “historia oficial”. Por supuesto que sus “descubrimientos” siempre se realizan al precio de ignorar con absurdo desenfado todas las evidencias que no convienen a su tesis.

Los aspectos a refutar en esta etapa de su análisis son realmente numerosos y rebatirlos de a uno demandaría bastante más espacio del que realmente merecen, por lo que hemos seleccionado para tratar aquello que consideramos más destacable.

A.- “EL LEJANO NORTE ERA EL TERRITORIO CHARRÚA”

Según Maggi, el lejano norte era el territorio indio dominado por los charrúas:

“...en el lejano norte donde mandan los infieles” (I:18).

“Artigas llama repetidamente a esa ancha zona en la cual se desplaza: “El seno de mis recursos” o “el centro de nuestros recursos”. Pero el lejano norte, para Montevideo y para Buenos Aires, es por el contrario: “la Sierra”; un territorio hostil, virgen y vacío: el dominio de los infieles... Lo cierto es que Artigas se había ido de Montevideo a un lugar donde no hay pueblos (poblaciones) ni pueblo (gente modesta). Artigas se alejó de Montevideo (1814) con unos pocos.... y se internó profundamente en el lejano norte, en el desierto; es un territorio hostil, imposible para cualquier hombre blanco. El centro de sus recursos es pues, inequívocamente, el mundo charrúa, el otro lado, más allá, pasando la línea de las culturas” (I: 164).

“...el lejano norte (territorio indio)... sur del Río Negro, era la tierra de los orientales...” (I:189).

Para 1811 los charrúas no tenían más territorio que aquel que estaba debajo de sus pies.

Decir que el territorio al norte del río Negro era el territorio charrúa es ignorar totalmente el proceso de ocupación de dichas tierras iniciado por las Misiones Jesuíticas en la segunda mitad del siglo XVII y consolidado por la expansión del frente hispano-criollo en el último tercio del siglo XVIII. Ya hemos hecho referencia a este proceso de empujar a los infieles charrúas-minuanes cada vez más hacia el norte, proceso en el cual el oficial de blandengues José Artigas jugó un papel muy destacado.

Acorraladas por el avance luso-criollo que avanzaba desde el norte y por el hispano-criollo, que lo hacía desde el sur, las últimas tolderías de infieles estaban destinadas a desaparecer de forma inminente en los primeros años del siglo XIX, si las Invasiones Inglesas primero y el inesperado estallido de la Revolución, enseguida, no hubieran impedido concretar acciones de sometimiento que ya estaban dispuestas. Acciones en las cuales seguramente Artigas habría tenido una participación destacada.

El norte estaba menos poblado que el sur, pero en medida alguna era un desierto. Antiguos soldados de blandengues o dragones, ex-changadores y vaqueros, familias misioneras escapadas de los Pueblos, pobladores provenientes del sur de la Banda Oriental, inmigrantes del Paraguay, del territorio portugués o del interior del Virreinato constituían, para entonces, los reales ocupantes de la tierra, quienes habían participado de la expulsión de los infieles cada vez más hacia el norte y que reclamaban su definitiva reducción o exterminio.

Un Padrón inmediato a la Primera Revolución, correspondiente al año 1823, registró sacar para el territorio del actual departamento de Tacuarembó una población aproximada de **“2.123 habitantes y 288 hogares”** (Michoelsson, Omar E. 1993).

No pocos de ellos debían al propio Artigas las tierras que poseían, por donaciones realizadas tanto en el periodo colonial como en el revolucionario. En una y otra etapa no variaron los objetivos colonizadores del gran Caudillo.

En ninguna otra zona del territorio oriental Artigas tenía un paisaje más consecuente que en el norte, pues era allí donde su acción de guardián del orden y favorecedor del poblamiento del territorio se había concentrado. Caudillos lugareños como Blas Basualdo, Hilario Pintos, Baltasar Ojeda, Pedro Pablo Osuna, entre otros, se contaban entre los beneficiados, directa o indirectamente, por la acción de Artigas. Por eso lo acompañaron en la heroica y fundacional jornada de Las Piedras, integrando la **“Compañía**

de Voluntarios de Taquarembó”, y marcharon luego al Éxodo (Michoelsson, Omar E. 1995).

Éxodo que por supuesto no fue la “derrota” que Maggi insiste en describir, ignorando el correcto significado del término, como ya ha sido precisado (Barrios Pintos, A. 1992).

Cuando Artigas se fue del Segundo Sitio, en enero de 1814, de manera alguna se fue solo y pensando que sus únicas y principales fuerzas eran los charrúas. Es un disparate total.

Con él se fueron los blandengues, Otorgués, Rivera y la mayor parte de las milicias. Y en el “lejano norte” con anterioridad a su “marcha secreta” lo estaban esperando aproximadamente 1.000 hombres apostados en el Tacuarembó Chico, Santa Ana y otros destinos, comandados por Blas Basualdo, Baltasar Ojeda y Francisco Delgado. Consta en el Archivo Artigas, que dice Maggi haber leído varias veces.

Por eso el norte era para Artigas “*el centro de nuestros recursos*”, porque allí estaba su paisanaje más leal y, además, porque desde el litoral uruguayo establecía contacto directo con el área guaraní-misionera que sabía Artigas era su principal proveedora de soldados y otros bienes.

B.- “SÓLO ARTIGAS LOGRÓ LA ALIANZA CON LOS INFIELES”

“Qué interés, qué sentimiento, qué esperanza, qué extraña adhesión motiva a las tribus infieles para presentarse así, de inmediato, espontáneamente, para entrar en una guerra que no entienden? No hay un solo ejemplo similar en toda la revolución americana... Los charrúas no vienen a pelear contra sus tiranos, vienen a pelear a favor de un amigo que los llama” (I: 31 -32).

“Artigas, caso único en la revolución americana, contaba con una formidable caballería ligera, los charrúas” (II).

“En ningún otro lugar de las tres Américas se supo que una nación indígena participara jugándose la vida durante diez años en una guerra civil y en dos guerras internacionales, peleando a muerte en contiendas que en nada referían a su interés, como no fuera el de ser fieles a un determinado jefe” (III).

Toda la historia de la Revolución americana y de las posteriores luchas civiles muestra a los distintos pueblos indígenas americanos participando de las mismas. Alcanza con estudiar las historias de la Argentina y Chile para constatarlo. Siempre fue buscada su alianza a la que accedieron según su particular conveniencia e interés y eso se dio desde el inicial movimiento

juntista de Mayo de 1810. Aquí, en todo el mundo y en todas las épocas, la despiadada lógica de la guerra ha determinado que cuando de vencer se trata todo aliado sirve. Una vez derrotado el enemigo común, recién se procede a separar la cizaña del trigo.

Es totalmente falso seguir insistiendo en aquello de que después de 300 años de heroica resistencia los charrúas recién con Artigas se avinieron a una alianza con el mundo criollo. Ya hemos señalado que la verdadera historia de los infieles en esos tres siglos desmiente categóricamente dicha fábula. Siempre participaron de los conflictos “del mundo de los cristianos”, buscando su propio beneficio, tanto en aquellos en que se enfrentaban los dos imperios coloniales como en los internos a cada uno.

Nada extraordinario entonces debe encontrarse en la unión de las tolderías infieles a la revolución liderada por Artigas y menos calificarla de desinteresada o movida solamente por la atracción que ejercía Artigas sobre ellos. Influjo que sin duda existió y que fue especialmente notorio en el minuán Caciquillo y su gente, pero seguramente no igual en otros caciques y tolderías.

En 1812 los caciques Mesalana, Moreira y Gaspar se acercan a las fuerzas portuguesas declarando que querían ser sus amigos, porque “*Artigas los había ultrajado, matando algunos de los suyos*” (Acosta y Lara, E. 1969:37).

A mediados de ese año los minuanes y charrúas sufren una derrota terrible a manos de los portugueses en el Daimán, donde murieron alrededor de ochenta guerreros, entre ellos varios caciques, caso de Moreira y Mesalana. Nada hizo Artigas por los charrúas en esa oportunidad. Eduardo Acosta y Lara, extrañado de esa actitud de Artigas para con sus aliados, ha dicho: «*Respecto a Artigas, entendemos que bien pudo exigir de los portugueses que liberaran a las mujeres y niños tomados a los charrúas, evitando que se los llevaran en su retirada. Dadas las circunstancias, cualquier gestión medianamente firme de parte hubiera sido coronada por el éxito*» (1969:41).

José A. Carranza en setiembre de 1812 informaba al respecto:

«*.. los Indios Charrúas....se hallan muy sentidos con D. José Artigas, por haberlos este desamparado cuando los Portugueses*» (Acosta y Lara, E.ob.cit.:61-62).

Maggi nada de esto comenta y menos explica.

Por encima de las relaciones personales, las simpatías o afectos, jugó entonces un papel fundamental la especial coyuntura creada por la guerra y su propia lógica. Esta lógica provocó que transitoriamente los intereses

de los infieles y la sociedad criolla -hasta ayer antagónicos- pudieran unirse, aunque tras objetivos muy distintos.

Para las últimas toderías de charrúas-minuanes la Revolución fue más que oportuna, pues, le permitió romper el acorralamiento al que estaban sometidas. Fue realmente providencial para su destino el estallido de aquella. Hemos dicho al respecto en un trabajo anterior:

«De esta forma charrúas y minuanes lograron romper el cerco al que se había visto sometidos en los últimos años del siglo XVIII y primeros del XIX. El territorio para sus desplazamientos se amplió considerablemente, pues ahora coincidía casi en un todo con el territorio dominado por los revolucionarios. Es así que los veremos volver a cabalgar por las tierras al sur del río Negro, espacio que se habían visto obligados a abandonar hacia ya varias décadas.» (Padrón, O. 1997:10).

Pero existió otra razón aún más interesante y hasta paradójica. Ahora los charrúas-minuanes pasaban a ser «aliados» de sus antiguos perseguidores -el paisanaje levantado en armas- y las mismas acciones por las que antes se los perseguía -robos, saqueos, muertes- al hacerlas ahora en una lógica de conflicto diferente pasaban a ser legitimadas como acciones revolucionarias. La Revolución favoreció totalmente los intereses de los infieles, ellos lo comprendieron perfectamente y actuaron en consecuencia.

Mientras Artigas y sus fuerzas dominaron la campaña estuvieron a su lado. Cuando en 1820 Artigas fue derrotado y se retiró a la margen occidental del Uruguay, los charrúas se negaron a seguirlo y no tuvieron ningún problema de entrar en amistosas relaciones con Lecor y los portugueses, quienes le garantizaron tratarlos amistosamente.

Omitir la consideración de estos factores e insistir en argumentos vinculados al *«patriotismo de los charrúas»* o la obediencia ciega al Héroe, es reincidir por un camino de mitología que en estos tiempos debería ser intransitable.

C- “LOS CHARRÚAS FUERON LA FUERZA PRINCIPAL DEL EJÉRCITO ARTIGUISTA”

«No supe nunca que las bazañas memorables de los charrúas hayan sido reconocidas. Hubo 500 jinetes que derrotaron sistemáticamente a los porteños, hasta hacer inexpugnable la provincia oriental, frente a las pretensiones de Buenos Aires, y esa es, en buena medida, la causa más admirable de la independencia de este país; y sin embargo... (II);

«Sin charrúas, nadie podrá explicar nunca por qué el Jefe de los orientales abandona a su gente (aún a su hermano) y se quita el uniforme y se va solo, en medio de la noche... (II);

«Artigas, caso único en la revolución americana, contaba con una formidable caballería ligera, los charrúas. Sólo así se entiende la desesperación porteña por conseguir la invasión de una potencia extranjera. No tenían otra. Artigas era invencible en el Lejano Norte» (II);

«El apoyo de la tribu charrúa... hizo que la provincia oriental fuera diferente; capaz de vencer a todas las demás provincias juntas (aún prescindiendo de Montevideo)» (III);

«...la lectura más superficial de la papelería artiguista, pone de manifiesto la participación principal que tuvo esta tribu en la lucha de este lado del río Uruguay (un aficionado como yo, pudo reunir 300 pruebas de este hecho fenomenal).» (III);

«...la caballería charrúa ganó siempre; y solo pudo ser derrotada cuando la invasión portuguesa trajo a la región un ejército de línea inmensamente superior... Y aún así (peleando con flechas y chuzas contra armas de fuego) la toma de esta Banda resultó una operación militar desmesuradamente costosa; duró cuatro años: del 16 al 20» (III).

En el trabajo «Los Indios Invisibles» (El País, 24 enero 1999) pretende explicar todo el alzamiento federal en las provincias del litoral por la obra de la «caballería charrúa», sin un documento que lo fundamente. Una de las pocas constancias que hay de que algunos infieles hayan pasado a la margen occidental del Uruguay fue en agosto de 1813, cuando unidos con el Comandante Domingo Manduré asaltaron y saquearon totalmente el pueblo de Mandisoví, lo que determinó una buena rabieta para Artigas, quien mandó castigarlos con severidad (ver Archivo Artigas).

Supone a todas luces una total desmesura y un ejemplo fantástico de imaginación y desprecio por el conocimiento histórico hacer de los charrúas la piedra clave del poder militar de Artigas. No estuvieron en la mayoría de las principales batallas y menos aún jugaron papel decisivo en alguna. Mal podrían haberlo tenido si en la casi totalidad de esas batallas no estuvieron presentes, caso de Las Piedras, Espinillo, La Cruz, Marmarajá, Guayabos, Ibirocay, India Muerta, Pablo Pérez, Arapey, Queguay Chico y Arroyo Grande, entre otras. Y en Corumbé y Catalán, donde estuvieron, su papel no fue ni principal ni, menos aún, decisivo en el desarrollo y resultado de las mismas.

Artigas, en mayo de 1819 -en momentos de arrebató o desesperación, en medio de la crítica situación que atravesaba- pudo escribir: *“Los portugueses*

hasta el momento sólo ocupan el terreno que pisan... Yo por mi parte estoy seguro que sólo con los charrúas tengo bastante para escarmentarlos...».

Era una verdadera desmesura, como los resultados bélicos pocos meses después trágicamente lo demostraron.

Las milicias, integradas por el paisanaje de los distintos pagos orientales, fueron base principal de las fuerzas revolucionarias en tiempos de Artigas. Eran los nuevos pobladores de estas tierras, unidos por vínculos de parentesco o de vecindad, que enfrentaban la guerra como el precio que debían pagar por el derecho a gozar en libertad la posesión de una determinada porción de tierra. A ellos se agregaban, como fuerzas de línea, los blandengues y los cuerpos de infantes compuestos por negros libertos que jugaron un papel importante en los últimos años del artiguismo.

Si de fuerzas indígenas se trata, las que sí tuvieron un rol decisivo en toda la gesta artiguista, y en número de varios miles, fueron las guaraníes-misioneras. comandadas por Andresito, Sotelo, Sití. Tiraparé y tantos otros comandantes misioneros, que en su mayoría, murieron en jornadas trágicas como la de Tacuarembó.

El valor que desplegaba el charrúa en el momento de luchar fue destacado por muchos de sus contemporáneos, pero no fue tampoco ello algo excepcional, como la historia de los guaycurúes, abipones, guaraníes, ranqueles o araucanos lo demuestra.

Mucha mitología se ha tejido a lo largo de mucho tiempo sobre su poder invencible en campo abierto, el cual habría ocasionado numerosas derrotas a ejércitos españoles o de otro origen. Sin embargo, lo cierto es que desde los legendarios combates de San Gabriel y San Salvador en el siglo XVI -seguramente exaltados y magnificados por Martín del Barco Centenera para acrecentar el orgullo de los conquistadores ibéricos- nunca más los charrúas salieron a buscar a fuerzas regulares enemigas para luchar. Cuando éstas los acorralaban entonces resistían de forma admirable, pero mientras pudieran huir del combate siempre lo hacían, excepto que su número u otro factor los favoreciera.

Esa es la verdad de lo sucedido durante más de 250 años.

Durante el período artiguista no cambiaron de conducta. Los charrúas y minuanes hicieron la guerra a su manera y real antojo. Casi siempre rechazaron actuar como fuerza regular ya sea uniéndose a las milicias de vecinos o fuerzas de línea revolucionarias y cuando lo hicieron, se les encomendaba tareas de apoyo, de vigilancia, cuidado de caballadas, cierre de los pasos, pero en ningún momento acciones decisivas que hicieran depender de ellos el éxito o fracaso de una acción realizada por las fuerzas criollas. La mayoría

de las veces se cortaban solos, pues su principal objetivo era tratar de obtener un botín a través de saqueos a estancias y poblaciones, caso de lo sucedido durante el período artiguista en la poblaciones y pagos de Pintado, Carreta Quemada, Chamizo, Entre Ríos Negro y Yí, Víboras, San Salvador, Mercedes, Mandisoví, Belén y en toda la línea fronteriza con Portugal.

Mucho podría decirse de estas acciones «revolucionarias» de las cuales el Archivo Artigas, además de otras publicaciones, brinda esclarecedora documentación. Maggi, con un absoluto silencio sobre las mismas, hace como si no existieron.

Valiéndose de su gran movilidad y de la impunidad que le daba un territorio que se había vuelto casi un desierto, orientaban la mayoría de sus acciones, lo reiteramos, hacia la obtención de un botín, por eso el saqueo era el más frecuente epílogo a sus acciones. Por supuesto que en esos tiempos tal conducta no fue, en absoluto, privativa de ellos, pero aún así no debe dejar de ser esclarecida.

Seguramente muchas de esas acciones contribuyeron a generar para el periodo artiguista el calificativo de **«tiempos de la anarquía»**, que de una vez por todas debemos aceptar que no fue un calificativo totalmente gratuito. Artigas en varias oportunidades intentó limitar tales excesos, pero le fue imposible hacerlo totalmente, por no poder controlar todo el vasto campo de acciones bélicas y, también, a causa de que en parte debía condescender con los hábitos de pillaje de sus eventuales aliados para tenerlos satisfechos. Artigas sabía que los infieles estarían con él o contra él, pero nunca en una actitud neutral o prescindente, pues siempre habían intervenido en todos los conflictos coloniales tras su propio beneficio.

Aunque siempre ha sido inconfesado, seguramente la presencia de los charrúas le costó a Artigas perder muchas adhesiones en el mundo criollo. Pero no exclusivamente en los centros urbanos -estos eran visceralmente enemigos de toda la sociedad rural a la que genéricamente calificaban de «gaucha»- sino que le hizo perder apoyo entre los propios pobladores sedentarios de la campaña oriental, quienes sufrían los desmanes de ese tan singular tipo de fuerzas «patriotas».

Rivera, jefe de milicias y amigo del orden, triunfó en el combate de Capilla de Diego González, en 1814, teniendo el apoyo de un grupo de charrúas, pero en la inmediata campaña contra Dorrego tuvo oportunidad de observar los desmanes que cometieron en la zona de Víboras, San Salvador y Mercedes a causa de su espíritu anárquico y totalmente imposible de ser sujetado a la disciplina militar. Los mismos caciques tenían escasa autoridad ante sus hombres para poder controlar sus acciones.

Vivir del pillaje y saqueo de las poblaciones criollas había sido parte de su transculturación adaptativa, desarrollada en los siglos anteriores ante el impacto de la colonización europea. La Revolución -como hemos expresado- les permitía, ahora, desarrollar tal actividad de forma impune, pues se las consideraba acciones revolucionarias a favor de la Patria.

Se equivoca también Maggi cuando dice que Artigas *«se cuidaba de no aparecer como compañero de los infieles que eran personajes de miedo....»* (III). A Artigas le convenía contar con los infieles a su lado. Eran un aliado menos para el enemigo y, sobre todo, por ser *«personajes de miedo»*, le otorgaban a él más poder, pues se presentaba ante las poblaciones urbano-criollas como aquél que dominaba a los «bárbaros», la cultura secularmente enemiga. Por eso se presentó con ellos frente a las murallas de Montevideo, en 1813.

El terror a los infieles sin duda hacía su obra en los enemigos y Artigas utilizó inteligentemente ese factor. Por ello también buscó la unión con los guaycurúes y abipones, pueblos que aterrorizaban a las poblaciones de la margen occidental del Paraná. De pronto sale alguien ahora a buscar, también, hijos de Artigas en esas tribus...

Otra falacia a señalar. El relato de los “indios invencibles” puede ser apropiado para el cine, las revistas de aventura o la literatura, pero no es válido en la historia. Tampoco tiene el menor sustento atribuirle sólo a los charrúas el monopolio de la capacidad de dominio del caballo o de determinadas acciones como el robo de caballadas. También los indios misioneros dieron innumerables pruebas de ello, como lo demostraron en sus famosos torneos. Pero además, en una sociedad como la rioplatense donde hombre y caballo eran entidades inseparables, acciones de esas características fueron más que frecuentes en las guerras por la independencia y las civiles, sin necesidad alguna de la presencia charrúa.

Una última precisión. Tampoco nunca, durante el periodo artiguista, existieron *«500 jinetes charrúas»*.

La documentación inmediatamente anterior a la Revolución y la de ésta señala que su número se encontró siempre entre los 200 a 250 individuos, que, además, disminuían constantemente. Las tolderías aumentaban entonces su población por la numerosa presencia de desertores e indios tapes que se refugiaban en ellas. De hecho, entre los que se identificaban como charrúas o minuanes sólo un porcentaje, cada vez menor, realmente lo era.

El hecho de obedecer a distintos caciques impedía con frecuencia que actuaran durante un tiempo prolongado de forma conjunta y uniforme.

Nuevamente debemos decir que el propio Archivo Artigas registra una importantísima documentación que hace totalmente insustentable hablar

de «500 jinetes charrúas», pues la sitúa en los números antes mencionados. Maggi también lo pasa por alto.

Solamente la documentación oficial artiguista habla en 1812 de «*Indios charrúas y Minuanos unidos al Exto; con Lanza, Flecha y Honda... 450*» y para octubre de ese año ya su número se lo hace descender a «362». Con estas cifras, notoriamente aumentadas, no sólo se buscaba magnificar el poder militar sino simular una subordinación e integración a las fuerzas orientales regulares que sabemos nunca tuvieron. Eso tenía como objetivo, sobre todo, impresionar a las autoridades de Buenos Aires, aumentado el poderío bélico del Jefe de los Orientales y su capacidad de liderazgo.

Las cifras oficiales de fuerzas propias y enemigas ha constituido siempre uno de los aspectos más falaces de la documentación histórica y el período artiguista no fue una excepción. La admiración por un hombre y su obra no debe ir de la mano de la candidez.

D.- EL ARTIGUISMO FUE IDEOLOGÍA CHARRÚA

«Esos infieles, esos descreídos, son los portadores de un mensaje de fe, de fede, son federales. De Arerunguá pues, salen las cruzadas de infieles a catequizar a otros infelices en las provincias: Entre Ríos, Santa Fe, Corrientes, Misiones, Córdoba....» (I: 165).

«Sin la Ilustración, sin Rousseau y sin Robespierre, y sin los charrúas, el federalismo artiguista, que es analfabeto, sería inexplicable. La fundación de nuestra nacionalidad pasa, necesariamente, por París y por el lejano norte» (I:169).

A la luz de todo lo publicado hasta la fecha, por destacados historiadores e investigadores, sobre la formación y caracterización del pensamiento y programa revolucionario de Artigas y su gente, huelga absolutamente en este caso rebatir expresamente tales afirmaciones totalmente descarriadas.

Maggi corona su caprichosa concepción de Artigas, el artiguismo y los charrúas con otra tesis brillante: el federalismo y el artiguismo como programa fueron, fundamentalmente, expresión de una sabiduría proveniente de las tolderías de los infieles. Más aún, es en la toldería charrúa donde al gestarse el artiguismo se gestó también la propia nacionalidad oriental. Culminación sin duda digna del esfuerzo imaginativo que ha volcado en todo el libro y de la utopía por tantos acariciada de señalar en el charrúa nuestro origen colectivo como nación.

Nuevamente el lírico romanticismo recrea el mito del «buen salvaje», de la sabiduría deslumbrante de los indígenas semidesnudos perseguidos, que humillan y avergüenzan a la vanidosa civilización. Seguramente algunos adeptos ha encontrado el autor para esta concepción que les da pie para marchar tras la búsqueda de la «sabiduría charrúa perdida», la cual podría salvarnos en estos momentos de naufragio... Por supuesto que no faltarán los supremos sacerdotes transmisores de la revelación y el Dr. Carlos Maggi, sin duda, podría aspirar a ser uno de ellos.

OTRAS JOYITAS

Son numerosos los juicios y observaciones en los que Maggi revela un preocupante distanciamiento no sólo cognoscitivo sino existencial con el medio físico y humano en que se desarrollan los episodios y seres que analiza. Hay una profunda ajenidad. A veces llega al delirio.

De lo dicho creo que hemos dado bastantes ejemplos, pero deben al menos citarse algunos otros, sin agotar por supuesto la lista.

«...alcanzar y voltear una vaca chúcara era tarea reservada a los grandes jinetes» (II).

«...Rocamora sitúa un batallón numeroso en Arerunguá, en Salto, cerca de Tacuarembó» (II).

«...es de allí (Arerunguá) que parte el federalismo, cuando su fundador se ha quedado solo, sin ejército oriental y en medio del desierto» (II).

“No está al alcance de ningún gaucho arrear 2.700 caballos y 700 bueyes sin un relincho, sin una espantada, pisando con pies de seda, en medio de la noche, bajo las narices de la guardia enemiga. Esa obra de arte, es cosa de indios sutiles. (Era común que los infieles vinieran a las afueras de Montevideo a realizar demostraciones circenses, basadas en su dominio sobre los caballos)” (II).

“Mucho menos se puede explicar que desde esa zona (“Arerunguá), en medio de un desierto, rodeado de indios analfabetos, haya difundido una nueva idea el federalismo” (II).

“El apoyo de la tribu charrúa...hizo que la provincia oriental fuera diferente; capaz de vencer a todas las demás provincias juntas (aún prescindiendo de Montevideo) (III).

“La historia en uso no dice que los charrúas eran maestros inigualables en el arte de entenderse con su cabalgadura y que cada guerrero charrúa tuvo siempre no menos de seis caballos de los buenos; esa historia prejuzgada tampoco reco-

noce que esas 3.000 máquinas de guerra, fueron decisivas para hacer de Artigas un jefe invicto, en el ámbito de las provincias del Río de la Plata” (III).

“En Buenos Aires era infamante tener amistad con infieles” (IV).

“Martín Fierro piensa como los profesores de historia del Uruguay” (IV).

“La Sierra, que abarcaba la mitad de la Banda Oriental: del Río Negro hacia el norte; una zona con vinchuca y garrapata y tribus salvajes y bandas de faeneros dispuestos a todo....” (VII).

“...tanto Baltasar Ojeda como Artigas, pertenecen al Lejano Norte (territorio indio) y no al sur del río Negro, que era la tierra de los orientales” (VII).

“Caciquillo, su hijo predilecto, un indio pálido....” (I:17).

“Importa notar que Artigas se sacó el uniforme y se vistió, ritualmente, como el gaucho que era; pero empuñó una chuzca, a la manera charrúa. En los pequeños hechos caben significados. No es la única vez que Artigas contempla su propia imagen desde afuera y se viste a lo indio para rechazar un mundo que le resulta ajeno y hostil” (I:156).

“Siendo muy viejo, Pedro Barrios le contó a don Setembrino Pereda, entre risas, que el general Artigas, vuelta a vuelta andaba contrariado y de mal humor y que esos días se encasquetaba un gorro blanco hasta las orejas; y cuando esto sucedía la gente se avisaba “amaneció alunado”... Lo del gorro fue un gesto para allegados; no lo veían así los visitantes de ocasión, como en pantuflas ¿De donde sacaría Artigas esa extraña manera de cubrirse la testa?... Artigas cruza el Río Uruguay; casi todas las noches; va en un bote de remos a ver una mujer que tiene en la otra orilla... La circunstancia pues indica que “ella” era charrúa. ¿A que española o criolla pudo ocurrírsele tejer un gorro de hilo y regalárselo? Era un objeto tan humilde....tribal. Cuando hace frío uruguayo (con vientito), cuando se duerme en una toldería, cuando se tienen 50 años... es lógico ponerse un gorro.” (I:156, 157).

CONCLUSIONES

La Literatura no es lo mismo que la Historia. Tal vez se necesite de más talento para realizar la primera, pero eso no quiere decir que la segunda pueda construirse de cualquier manera. El exhaustivo respaldo documental, la necesaria relación lógica que deben poseer las afirmaciones que realizamos -al menos para alcanzar el grado de verosimilitud si no es posible la veracidad- no son ataduras que aprisionen a la Literatura, pero sí a la Historia. Ese rigor parece estar bastante devaluado en el Uruguay de hoy.

Si lamentablemente el Uruguay del siglo XX tuvo grandes contradicciones montando en no pocos casos una escenografía fatua que escondía

crudas realidades y promovía el descuido de aspectos sustanciales del desarrollo colectivo -no debe faltar a la hora de buscar las causas, analizar el papel jugado por estudios históricos y sociales excesivamente románticos o totalmente dependientes de determinados intereses partidarios, sectoriales o de otro género. Si la observación parcial es una de las cadenas de la cual la condición humana no puede liberarse, realmente hemos pagado por ello un alto precio.

Más que conciencia histórica, Uruguay ha tenido una conciencia mitológica. Esta ha sido construida interesadamente, sobre una serie de premisas ideales que, entre otras razones, apuntaron a destacar la excepcionalidad uruguaya en el concierto latinoamericano. En el siglo que expira no poca arrogancia y vanidoso desdén promovieron en nosotros esas premisas, con toda la carga de ceguera que conllevan.

No necesitamos hoy una Historia refundadora de mitos, que contribuya a perpetuar nuestra adolescencia colectiva. Las necesarias instancias de sinceramiento, que se debe el país a sí mismo, deben contar con el auxilio de una Historia comprometida a mostrar toda la complejidad de factores que han jugado -y juegan- en nuestra formación y desarrollo, así como las innumerables contradicciones que ha contenido. El rescate de las conductas superiores individuales o colectivas, así como la valorización de tal o cual período no puede hacerse al precio de desconocer, disimular o maquillar toda la diversidad de grandezas y miserias humanas en juego; las virtudes pero también los defectos del medio y sus protagonistas; los aciertos y los fracasos; la policromía de actores e intereses, a veces convergiendo, muchas contrariándose y enfrentándose entre sí.

No tener presente toda esa complejidad supone transitar por caminos que conducen a un burdo maniqueísmo histórico y, seguramente, a concepciones mesiánicas, que se transforman no sólo en modelos para interpretar el pasado sino, también, en ideales para el presente y el futuro. Volvemos así a huir de la realidad, tal vez nuestro peor defecto.

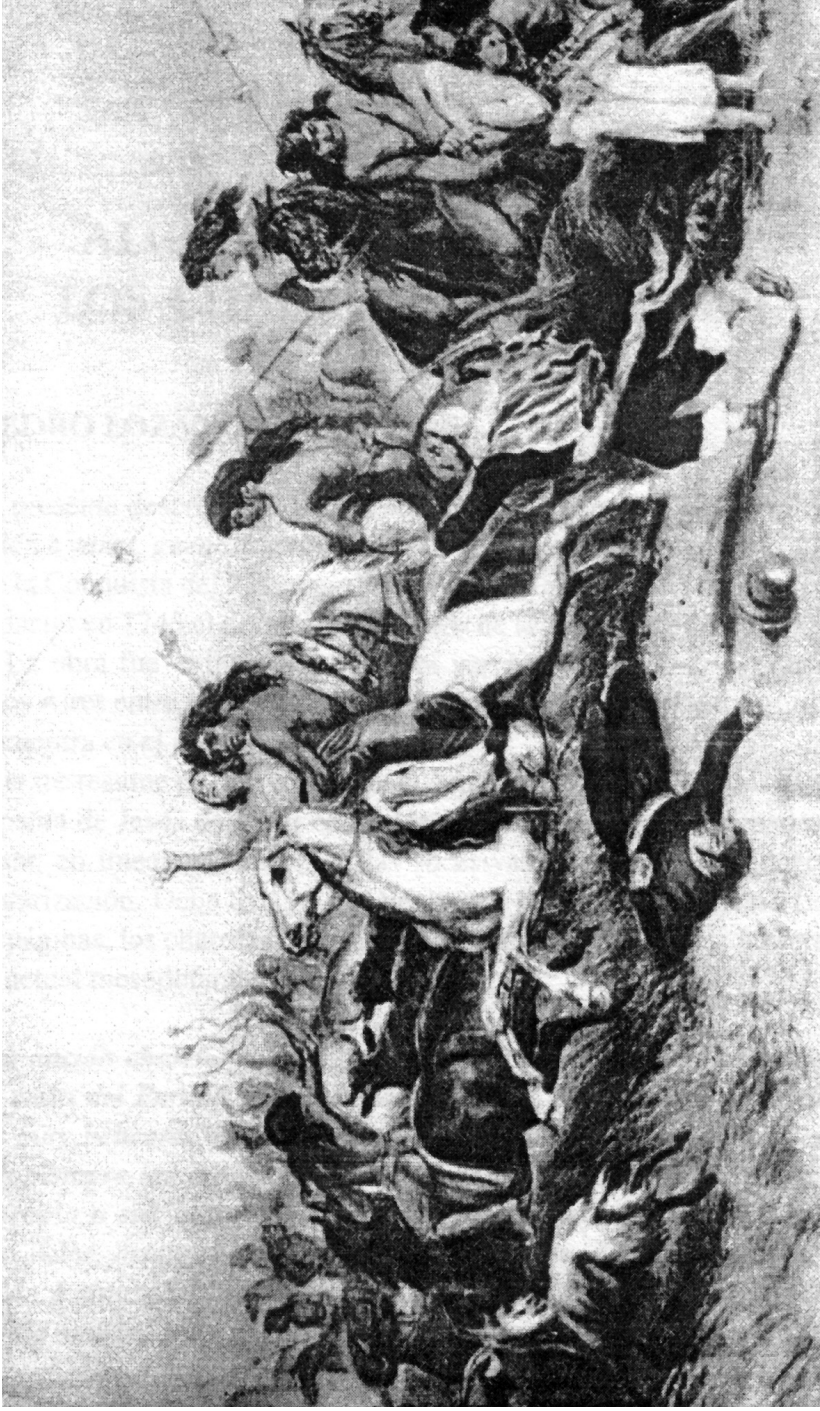
Mucho de bueno han hecho numerosos investigadores, escritores e historiadores por rescatar la verdadera y compleja urdimbre de nuestra formación nacional, pero aún resta demasiado por hacer.

Madurar colectivamente en nuestra percepción del pasado supone, sobre todo, prepararnos para penetrar en el análisis del tiempo que nos toca vivir y de los que vendrán. Hay en ello una relación indisoluble.

La confrontación de distintas visiones de la Historia implica, también, discutir los futuros posibles.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Acosta y Lara, Eduardo** “Los charrúas y minuanes en el avance portugués de 1801” Boletín Histórico del Ejército Nos. 71-72 Montevideo, 1957 pp. 163-185.
- Acosta y Lara, Eduardo** “La Guerra de los Charrúas. Período Hispánico” Montevideo, 1961.
- Acosta y Lara, Eduardo** “La Guerra de los Charrúas. Período Patrio” Montevideo, 1969.
- Barrios Pintos, Aníbal** “Tradiciones y leyendas en la historia nacional” Revista Nacional No. 238 Montevideo, setiembre 1992 pp. 47-59.
- Doblas, Gonzalo de** “Los Escritos Relativos a la Provincia de Misiones” con Estudio Preliminar de Walter Rela Ed. de la Plaza Montevideo, 1988.
- Fernández Cabrelli, Alfonso** “Artigas: el hombre frente al mito” T. I “Artigas en la sociedad montevideana del siglo XVIII” Montevideo, 1991.
- Fernández Cabrelli** “Artigas: el hombre frente al mito” T. II “Artigas, del ilícito comercio a la admirable alarma” Montevideo, 1993.
- Gadea, Juan Alberto** “Donaciones artiguistas de tierras públicas 1808-1810”. Boletín Histórico del Estado Mayor del Ejército No. 69 Montevideo, 1956.
- Larrañaga, Dámaso A.** “Escritos” T. III Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay Montevideo, 1924.
- Machón, Jorge F.** “José Artigas. Gobernador de Misiones” Jardín América-Misiones, 1998.
- Michoelsson, Omar E.** “Los primeros censos tacuareboenses” Semanario Batoví Tacuarembó, febrero 1993.
- Michoelsson, Omar E.** “Familias tacuareboenses en el Éxodo” Semanario Batoví Tacuarembó, octubre-diciembre 1995.
- Padrón Favre, Oscar** “Salsipuedes: conclusión del conflicto interétnico Charrúa-Guaraní” Cuadernos de Estudios No. 1 Durazno, 1997.
- Petit Muñoz, Eugenio** “Artigas y los indios” Ed. El País Montevideo, 1950.
- Pivel Devoto, Juan E.** “Raíces coloniales de la Revolución Oriental de 1811” Montevideo, 1952.
- Pivel Devoto, Juan et al.** “Colección de documentos para la Historia Económica y Financiera de la República Oriental del Uruguay. T. I Tierras” Ministerio de Hacienda Montevideo, 1964.
- Reyes Abadie, Washington** “Artigas antes y después de la gesta” Ed. Banda Oriental Montevideo, 1996.
- Sala de Touron, L.- Rodríguez, J.C. - Torre, N. de la** “Evolución económica de la Banda Oriental” Ed. Pueblos Unidos Montevideo, 1968.
- Santos Pérez, Manuel** “Los hijos sorianenses de Artigas” Ediciones Megaprint Mercedes, 2002.
- Trigo, Abril** “Caudillo, estado, nación. Literatura, historia e ideología en el Uruguay” Hispamérica Gaithersburg 1990 276 p.



El malón sobre el frente colonizador. J. M. Rugendas



Mapa del P. Joseph Quiroga, 1749.

III

ALGUNAS MIRADAS SOBRE LOS CHARRÚAS - MINUANES

I.- PEDRO LOZANO S.J., ca. 1745

La presente descripción de los charrúas -que según el autor era común también a yaros, guenoas y martidanes - se encuentra en la notable “Historia de la Conquista del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán” que culminara de redactar en 1745 el destacado miembro de la Compañía P. Pedro Lozano S. J. La obra fue editada por primera vez por el Dr. Andrés Lamas en Buenos Aires entre 1873 y 1875 en cinco tomos y el texto que transcribimos se encuentra en el primero (pp. 406 a 412).

El texto resume en buena medida la experiencia de más de un siglo de la Compañía de Jesús de tratar con estos grupos de indígenas nómades y de fracasar, en líneas generales, en las sucesivas propuestas de reducción y sedentarización. Debe tenerse en cuenta que para cuando escribió Lozano estas páginas, los charrúas deambulaban todavía, con marcada preferencia, en la actual mesopotamia argentina.

“La nación charrúa fue antiguamente muy numerosa; se extendía desde la costa del Paraná septentrional, hasta las riberas del mar del Norte; gente muy belicosa, crecida y animosa, que fue el padrastró que encontraron siempre los españoles, cuando arribaron o derrotados o por arbitrio propio a sus costas. Se han conservado hasta estos tiempos en su nativo valor, ostentando su osadía contra todos, sin que nadie se haya atrevido á sojuzgarlos; ni profesan otro reconocimiento a los españoles, sino una amistad muy costosa, porque so capa de ella, ejecutan, más a su salvo, enormes maldades. Hoy no ocupan tanto terreno,

porque se contienen dentro de los límites naturales que forman los dos grandes ríos Paraná y Uruguay, siendo en la realidad salteadores de ambas costas; por la del Paraná, en el camino real que conduce desde Santa Fé a las Corrientes; y en la del Uruguay, en las embarcaciones que arriban á su margen.

Es gente de poca fe, y de ninguna palabra, sino en cuanto mira a su propio interés; muy alevosa que en logrando la ocasión, ejecutan sin rubor las más feas traiciones. Al tiempo de la conquista que no sabían manejar el caballo, eran tan sueltos y ligeros en la carrera que daban alcance a los más ligeros gamos; ni les hacían ventaja los avestruces para cuya caza usaban las bolas de piedra, no solo para enredarlos y detenerlos, arrojándoselas atadas en una cuerda a los pies, sino para herirlos en la cabeza, en que eran tan certeros, que en poniéndoseles a competente distancia no erraban tiro; y la misma destreza tenían en la flecha, haciendo certísima puntería a cien pasos de distancia. Hoy son menos ágiles en la carrera, pero muy diestros en el manejo de los caballos de que abunda su país. Al venir a su rancho con la caza que pudo coger, se tiende luego en la cama y la mujer va a lavar el caballo y es la que le apareja o desensilla, la que trae leña del bosque, y finalmente, una triste criada de su marido.

Los títulos de su mayor nobleza son haber ejecutado más muertes a sus enemigos, a quienes en matando, desollaban la piel de la cabeza, y las guardaban como perpetuos blasones; y aun para que no pereciese en vida del vencedor la memoria o el número de sus proezas, usaban una crueldad inaudita, y era que se daba cada uno á si mismo en su cuerpo tantas cuchilladas, cuantas muertes había ejecutado: tanto puede aun entre bárbaros, la ambición de conseguir fama y renombre. Al presente andan, en esto, más mirados consigo aunque se conservan igualmente crueles con sus enemigos.

Otra costumbre bárbara observan, y es que en muriendo alguno, los parientes se cortan un artejo de cada dedo en que no ha de haber falta, porque lo sería de piedad con el difunto, y se nota por infamia; con que acaece, que los ancianos llegan a tener troncas las manos o los pies sin uso. También cargan con los huesos de sus parientes difuntos a donde quiera que se mudan, haciéndoles el amor muy leve esa carga hedionda.

Se cubren con mantas hombres y mujeres, y de éstas tiene cada uno cuantas quiere, aunque son tan poco celosos que los mismos maridos (si tan honrado nombre merece tal vileza) las ofrecen a los españoles para que usen de ellas a su antojo, por un vil interés.

Siendo tan inconstantes y variables, como todos los indios muestran su genio aun en sus habitaciones, que son portables, formadas de cuatro palos y unas débiles esteras que las plantan donde les coge la noche; con que teniendo tan pocas raíces en la tierra, fácilmente se transponen a otra parte, sin que se les

conozca sitio determinado ni asiento fijo; sino, hoy aquí, mañana allí, siempre peregrinos y siempre en su patria, ballándose en todas partes para su útil y gozando los frutos del país según las estaciones del año; pero en tiempo de guerras, retiran sus rancherías a los bosques más cerrados y espesos, donde sea difícil penetrar, y andan muy vigilantes de día y de noche con perpetuas centinelas. La razón que dan para andar siempre vagabundos, es tan bárbara como sus ánimos, porque dicen, no pueden sufrir estar siempre debajo de un mismo cielo; que es forzoso mudarse para experimentar diferentes climas y temperamentos, porque uno mismo les es sobre manera molesto.

De lecho le sirven sus redes o hamacas que arman de tronco a tronco, entre dos palos: los menos acomodados, duermen en el duro suelo o en un cuero de venado. El fuego que encienden luego que arman sus casas, le sacan con el artificio de dos palos, uno blando y duro otro; ambos los rozan uno con otro a pura fuerza, hasta que con el movimiento consiguen calor, y con el calor, fuego.

Con el trato de los españoles, han aprendido el juego de los naipes y le han cobrado tal afición, que se pasan a veces jugando las noches de claro en claro, porque de noche, es observancia suya, no salir cada uno en tiempo de paz, por cosa del mundo: para fomentar este vicio del juego la mayor molestia que dan a los pasajeros en sus asaltos es para que les den barajas; con que los que quieren librar mejor con ellos llevan algunas de respeto para regalarlos.

Arman guerra con los comarcanos, por causas muy ligeras, y su modo de pelear es levantando al embestir un horrendo y bárbaro grito que espante a sus enemigos. Estos suelen ser más ordinariamente otra nación llamada de los yaros, tan bárbara como la charrúa; y por muchos años fueron enemigos jurados de los guaraníes de nuestras reducciones quienes padecieron de ellos asaltos continuos, en los pueblos del Yapeyú y la Cruz que son las fronteras; pero obtenida licencia del Exmo. Señor Virrey de estos reinos, para vengar en guerra descubierta los agravios recibidos, gobernados nuestros guaraníes por cabos españoles, tuvieron reducidos a tal extremo al ejercito de los charrúas, que los hubieran pasado a todos a cuchillo a no haberlo estorbado por fines particulares, los que más debieran promover el exterminio de esta gente perversa.

Cuando están de paz, como al presente, concurren a los dichos dos pueblos a comprar algunos frutos que apetecen como es el tabaco en hoja y la célebre yerba del Paraguay, a trueque de caballos; pero aunque ven la cristiandad y racionalidad con que se vive en dichos pueblos, rarísimo se convierten, por más que sin perder la ocasión, les prediquen siempre los Jesuitas sobre el negocio de su alma; antes suelen ser de tropiezo a algunos flacos que arrastrados del deseo de libertad, se huyen a tierras de los charrúas, que es la Ginebra de estas provincias, donde se refugian no sólo indios, sino mestizos, negros y aun, lo que causa horror, algunos españoles que quieren vivir sin freno o tienen que temer

de la rectitud de los jueces por sus enormes delitos, que allí continúan y agravan, viviendo peores que gentiles.

En todas estas costumbres, son semejantes a los charrúas los yaros mencionados, los martidanes, los guenoas. Estos viven entre el Río Uruguay y el mar del Norte, en tierras poco sanas, comercian con los portugueses de la Colonia del Sacramento, de quienes reciben alfanjes y lanzas para sus guerras, por el interés de ser ayudados de ellos, para hacer corambre en las vaquerías de los castellanos. Tienen entre ellos algún séquito los hechiceros; pero no tanto que prevalezca a los caciques, quienes, según su antojo, contradicen a los magos, por más que se quieran hacer formidables con amenazas de tempestades, secas y semejantes castigos con que aterran al vulgo; pero son despreciados de los caciques, porque conocen su ningún poder y sobrados embustes.

Dichos guenoas son enemigos de los yaros muy de ordinario, y padecen de ellos frecuentes asaltos, atreviéndose a pasar estos el caudaloso Uruguay a nado para cautivar a aquellos, pero aunque los guenoas son finos ateístas como los charrúas, no son tan pertinaces en su ceguedad y se reducen más fácilmente a abrazar el cristianismo, especialmente cuando están de paz, que en tiempo de guerra no les deja el odio de sus enemigos atender a otro negocio que a la venganza de sus pasiones.

Para convocarse unos a otros en tiempo de guerras, se valen de humos o del resplandor de grandes hogueras que enciende cada cacique en su territorio; con que si distan mucho unos de otros, avisan con estos correos, en cuya inteligencia están muy diestros, que hay muchos o pocos enemigos; y cuando es necesario unirse toda la nación a la defensa.”

II.- GONZALO DE DOBLAS, 1785

Gonzalo de Doblas, natural de Andalucía, en su carácter de Teniente de Gobernador del Departamento de Concepción de las Misiones de Guaraníes redactó, para Félix de Azara, una extensa y enjundiosa Memoria sobre la situación de los treinta pueblos de guaraníes, que hasta casi dos décadas atrás habían estado a cargo de los Padres de la Compañía de Jesús. Dicha obra fue editada en 1836 por Pedro de Angelis en su conocida “Colección de Obras y Documentos...” con el título de “Memoria histórica, geográfica, política y económica sobre la Provincia de Misiones de Indios Guaraníes” (“Colección Pedro de Angelis” T. V Ed. Plus Ultra Buenos Aires 1970 pp. 96-98); hay una edición uruguaya “Los Escritos de D. Gonzalo de Doblas

relativos a la Provincia de Misiones 1785 y 1805” Ed. de la Plaza, con estudio preliminar del Dr. Walter Reía.

En su prolija descripción de las antiguas Misiones y de la vida del pueblo guaraní -misionero dedica un pasaje a los charrúas-minuanes, dado el frecuente comercio y trato que existía entre dichas etnias, pese a la profunda animosidad mutua que existió siempre. Los charrúas para 1785 ya hacía más de tres décadas que habían abandonado forzosamente la margen occidental del Uruguay como residencia preferida y se habían radicado en la oriental, bastante próximos a los guenoas o minuanes, con los que desarrollarían una relación cada vez más estrecha.

“En los campos que se dilatan a la Banda Oriental del Uruguay, desde el río Negro hasta el Ibicuy, habitan las dos naciones de charrúas y minuanes: la primera hacia el lado del Río Negro, y la otra hacia el Ybicuy y estancias que por allí tienen los pueblos. Estas dos naciones son semejantes en su genio, costumbres y modo de vivir, y así, lo que dijere de los minuanes, que son los más inmediatos a estos pueblos, conviene a los charrúas.

Los indios minuanes viven en tolerías, compuestas de parcialidades o cacicazgos, aunque regularmente conocen superioridad en alguno de los caciques de aquellos territorios, ya por tener mayor número de indios a su devoción, o por más valeroso y hábil: ahora el que domina es el cacique Miguel Caray. Estos indios son bastante tratables, guardan fe en sus contratos, castigan a los delincuentes, sin permitir se haga daño a nadie, si no han recibido antes algún agravio, y así viven en buen armonía con todos los de los pueblos, menos con los de Yapeyú, que, porque éstos les han hecho algunos daños, siempre que pueden, se vengan de ellos.

Estos indios permanecen en sus tolerías, y en todo el terreno en que se extienden, [reciben] a cuantos indios guaraníes se desertan de sus pueblos y quieren vivir entre ellos; pero han de usar la política de avisarles y decirles que van a favorecerse de ellos. Del mismo modo permiten españoles gauderios y changadores, que andan por aquellos campos matando toros para aprovechar los cueros; los que extraen llevándolos a la ciudad de Montevideo, introduciéndolos en ella clandestinamente entre los que extraen con permiso o de otra forma; o pasándolos al Brasil por medio de inteligencia con los portugueses del Viamont y río Pardo, en cuyos parajes introducen los mismos gauderios españoles algunas porciones de ganado de los mismos campos. Pero es mucho más lo que extraen los mismos portugueses, a los que ayudan y favorecen mucho los minuanes, porque los regalan con más frecuencia, dándoles lo que más apetece, particularmente el aguardiente, por medio de lo cual consiguen, no tan solamente el que les permitan matar y extraer todo el ganado que quieren y sus corambres,

sino que, en caso de que alguna partida española los encuentre, los favorecen, no permitiendo se les haga ningún daño.

Aunque por la buena fe que estos indios observasen, con los de estos pueblos, se conserva la paz, son muy perjudiciales: lo primero, por el asilo que dan a los indios que se desertan de estos pueblos; lo segundo, por el favor que prestan a los españoles y portugueses changadores que destruyen los ganados de aquellos campos, y por último, porque siempre es preciso contemplar con ellos regalándolos con yerba, tabaco y otras cosas, a fin de que con cualquier pretexto no impidan las vaquerías, robando las caballadas y haciendo otras extorsiones a los que van a ellas.

El buen natural de estos indios parece franquearía la entrada a su reducción y conversión; pero en nada menos piensan que en reducirse: y aunque no les es repugnante nuestra religión, les es la sujeción que ven en los indios de estos pueblos reducidos a pueblos, y precisados a trabajar, lo que a ellos no sucede. Nadie determina sus operaciones, cada uno es dueño de las suyas; en el campo tienen su sustento en el mucho ganado que hay en él; y tienen pocas luces para conocer lo feliz de la vida civil, y mucha malicia para no dejarse sujetar al yugo de una reducción. A mi me parece que los minuanes jamás se reducirán con sola la persuasión de la predicación evangélica.”

III.- JOSÉ MARÍA CABRER (DIEGO DE ALVEAR ?), 1786.

La llegada al Río de la Plata, en las últimas décadas del siglo XVIII, de los integrantes de las partidas demarcadoras que tuvieron como misión la precisión de los límites entre los imperios de España y Portugal, motivó que redactaran invalorable trabajos descriptivos sobre todos los aspectos de la realidad natural y humana de estas regiones. Uno de esos textos es el “Diario de la 2ª Subdivisión de límites española” que fue publicado por primera vez por Melitón González (“El límite oriental del territorio de Misiones” T. I-III Montevideo, 1882-1886), atribuyéndoselo a José María Cabrer.

Se ha cuestionado por importantes historiadores rioplatenses que Cabrer haya sido el autor, señalando que en realidad fue el copista del Diario del Tte. de la Real Armada Diego de Alvear. Sin embargo, de la lectura completa del texto parecen surgir evidencias importantes de que habría sido, efectivamente, redactado por Cabrer. De todas maneras, escapa a los fines de este trabajo tratar ahora tan interesante cuestión.

Como fruto de sus atentas observaciones en las tierras fronterizas, el autor nos legó un relato sobre los minuanes y charrúas, luego de tomar con-

tacto directo con los primeros en la zona de los arroyos Casiquey y Toropí, afluentes del río Ibicuy, en 1786 (ob. cit. T. II:8-10,13).

“Indios Minuanes.

“Pueblan las riberas de estos arroyos varias tolderías de indios Minuanes, una de aquellas naciones antiguas del tiempo de la conquista de estas Américas, habitaban los campos de Vera, que son los campos septentrionales del río de la Plata y que desde entonces se han mantenido en la independencia, sin haber querido recibir la luz de la fe.

“Hasta estos últimos tiempos los toleraron los vecinos de Montevideo y Maldonado en sus inmediaciones y antes servían de algún alivio en los trabajos de sus estancias, más habiéndose agregado a ellos algunos delincuentes o facinerosos, gente de toda casta y perversa los corrompieron y acostumbraron a las raterías, violencias y otros desórdenes, de forma que se vieron en la necesidad de perseguirlos de mano armada, hasta conseguir desalojarlos de aquellas comarcas y que se refugiaron a éstas donde viven en el día no con mucha enmienda de aquellos vicios.

Cuéntase a la sazón hasta 6 tolderías entre aquellos arroyos (Casiquey y Toropí) o gajos todos del Ibicuy, cada una de ellas tendrá 50 personas de uno y otro sexo, entre grandes y pequeños, las cuales obedecen y se dirigen por las órdenes de un indio principal que llaman Cacique. Los caciques están además de esto subordinados y siguen la voz de otro que hace cabeza el cual en la actualidad era el Miguel Ayala Garay de que hemos hablado, hijo natural de un vecino de Santiago del Estero, llamado el viejo Zapata el cual vivió mucho tiempo en las orillas de la Laguna Merín, hacia el pequeño arroyo que lleva su nombre. Parece no obstante que esta subordinación de los caciques se extiende sólo a lo respectivo de su mutua defensa; y a este fin se reúnen con gran facilidad pasando la noticia en breves instantes de unos toldos a otros por medio de los fuegos o humos.

Cada cacique tenía únicamente de 15 a 20 soldados que eran algunos indios más expertos. La mitad de ellos usan del arco y flecha de acero y la otra mitad chuzas, únicas armas de su manejo. Todos son grandes jinetes, muy diestros en el ejercicio de bolas y lazo y montan por lo común en pelo sin más freno que una huasca o tira de cuero. Cada toldería mantiene con separación su buena caballada y no mala provisión de ganado vacuno para su abasto, pero lo que en este punto es digno de notar que así el ganado como los caballos son cogidos a lazos y bolas de los Baguales o silvestres del campo.

Hablan estos indios su idioma particular; muchos de ellos hablan también el de los tapes de Misiones y pocos se explican en castellano o portugués. No siguen religión alguna y aunque tienen noticia de la católica, confiesan la existencia

de un Ser Supremo, justo remunerador de los buenos y severo juez de los malos, no paran la consideración en estas ideas, antes bien procuran abogarlas. Viven sepultados en una torpe baraganería y grosera ociosidad. Toda su gloria es la vida libre y errante y su mayor diversión es la embriaguez.

Son muy dados a la lujuria y entre ellos es corriente la poligamia, particularmente entre los caciques. Andan totalmente desnudos sin otro abrigo que un taparabo y un cuero de toro sobado que llaman Toropí, sobre los hombros. Son muy estúpidos y desconfiados y por extremo sucios.

Indios charrúas

Los charrúas son otras de las naciones antiguas y belicosas de esta América, cuyo carácter feroz y agreste los ha mantenido siempre retirados de todo trato y comunicación con las demás gentes orientales del Uruguay. En el día son en número de 5.000 (sic 500) y sus costumbres y género de vida en todo semejantes a los Minuanes con quienes están en paz. Así los Charrúas como los Minuanes se dejan ver de cuando en cuando en las estancias de los pueblos de Misiones. Son muy apasionados al tabaco y a la yerba-mate y cuando no se les franquea estas cosas con aquella liberalidad que ellos apetecen, se alborotan, saquean las estancias, los ganados, y a veces corren riesgo los mismos indios tapes que las cuidan, de que se podrían citar varios y recientes ejemplares”.

Pocos días después la expedición, al llegar a la zona del Yaguary Guazú, encontró un obraje de corte de maderas que había pertenecido a indígenas del Pueblo de Santo Tomé y Cabrer registró:

“Los ranchos de este obraje se hallaban enteramente abandonados desde el 26 de abril último en que los indios Minuanes los invadieron, matando hasta el número de 7 personas que habitaban en ellos”.

IV.- ANDRÉS DE OYARVIDE, 1787.

Andrés de Oyarvide fue otro destacado oficial de la marina española que llegó a la América meridional como integrante de las partidas demarcadoras. En su muy valiosa “Memoria Geográfica de los Viajes practicados desde Buenos Aires hasta el Salto Grande del Paraná por las primeras y segundas partidas de la demarcación de límites en la América Meridional” (Carlos Calvo “Colección histórica de los Tratados de la América Latina” París 1866 T VIII pp. 196-7, 211-213) dejó testimonio de sus encuentros con los minuanes en la zona del río Ibicúy y sus afluentes.

“En Batoví se presentó al comisario un cacique de los Indios Minuanes que vagan por estos campos, llamado por los Españoles Don Miguel; traía consigo una de sus mujeres, a la cual llamaba la Mariscala; a cada uno de ellos se le regaló un sombrero, un cuchillo, una navaja, una pieza de pañuelos, tabaco y otras varias cosas que vienen encajonadas para estos casos, lo que agradecieron mucho; pero más que todo una porción de aguardiente que se llevaron a su toldería, la cual en la ocasión la tenían distante como 2 leguas hacia el N. O. sobre el río Ibicuí.

Este cacique era de buen natural, robusto y membrudo en sumo grado, amante de los Españoles, a quienes nunca se supo hiciese daño y muy querido de los Portugueses, porque es uno de los que les suelen ayudar con su gente en las faenas de cueros y arreadas de animales que hacen por los campos del Ibicuí. Su vestido se reducía a una camisa, unos calzones de estopa y un poncho que le había regalado cuando pasó por aquí la segunda partida española para San Borja. La Mariscala traía también un poncho de lienzo listado de los que se tejen en nuestras Misiones, una camisa y calzones de algodón de la misma fábrica. El pelo suelto y caído en melenas para la cara y una gargantilla al cuello. Ambos venían montados en lomillos al uso de los Españoles, pero se conocían en los estribos y frenos ser hechura portuguesa. Después que el cacique y su mujer recibieron los regalos y bebieron no poco aguardiente, se retiraron a su toldería con algunos de su comitiva.

7 de abril: *“En Caa Ibaté tuvimos segunda visita del cacique Don Miguel y de su mujer, que vinieron acompañados de varios Indios, entre los cuales había dos cristianos de los pueblos de Misiones y uno que se había criado en Montevideo y hablaba el español. Venían también tres Indias con sus respectivos maridos y así unos como otros traían por único vestido un cuero de venado sobre las espaldas, un pedazo de lienzo muy sucio para cubrir las partes y un poncho de algodón del que se fabrica en Misiones, montados en pelo, sirviéndose en lugar de freno de una correa, que amarrada a la quijada inferior del caballo, salían de ella las dos riendas para gobierno del animal.*

Hablan un dialecto particular, tienen alguna idea del cristianismo por el trato con los Indios de Misiones, admiten la poligamia según parece y ciertamente viven en el más franco libertinaje. A todos se les regaló bastante bien, cuya circunstancia los movió a quedarse aquélla noche en nuestro campo, con lo que y un poco de aguardiente que bebieron, hicieron un ruido insoportable de gritería, de modo que no nos dejaron dormir.”

17 de mayo: *“...se caminó para ir al reconocimiento de las confluencias de los dos ramos principales del Ibicuí; este albardón va dividiendo aguas entre el Ibicuí y el Caziqueí, que es uno de sus ramos grandes, y sobre él, distante una milla de la cuchilla, estaba actualmente la toldería de los Minuanes del cacique*

Don Miguel, y se componía sólo de once toldos o ranchos de poca gente y mal aviada, pues el mejor prevenido sólo tiene un poncho y camisa ordinarios, un mal lomillo, riendas y guascas para montar a caballo, lazos y bolas que son sus armas con algunas lanzas de puntas de espadas, de manera que como a esto se reduce el mayor equipaje, se trasplantan con facilidad en el sitio más oportuno para sus ideas, y mañana por esto mismo ya no parecen, mudándose a otro lugar con la misma prontitud, siendo del cuidado de las Indias el llevar en sus caballos las criaturas pequeñas, algunos porongos y ollas de barro que hacen para calentar agua o algún cocido, con cuyo tren y la carne que les facilita el campo están en continua peregrinación, habiendo escogido para lugar más frecuente de su residencia las vertientes meridionales del Ibicuí. Y aunque hay en ellos varias parcialidades con sus respectivos caciques, no parecen que son propensos a desavenencias, antes se suelen unir no sólo para cobrar de los changadores y pasajeros que encuentran sus regalos con impertinentes peticiones, visitas y a veces amenazas, sino que van a menudo a las estancias de nuestros pueblos de Misiones y les han de dar la yerba mate, cuchillos, tabaco, etc. pues de lo contrario se exponen aquellos Indios cristianos a sufrir varias vejaciones y ver en sus haciendas tanto de vacas, terneras y ovejas el destrozo y mortandad que algunas veces han experimentado por no tener para darles lo que venían a pedir de aquellos efectos, así los tienen acostumbrados por contemplación.

Todos estos infieles son muy temerosos del contagio de viruelas, de manera que les basta saber que en alguna estancia hay enfermos de ellas para no llegarse en mucho tiempo; mas si entre ellos mismos advierten que alguno las padece, inmediatamente levantan su toldería y se van distantes, dejando solo al paciente y a prevención algún poco de carne colgada y su caballo amarrado a sogas largas, a fin de que si escapa de tal epidemia tenga auxilios con que incorporarse a los suyos; es lo que han discurrido para impedir se propague en los demás. Y ciertamente pocos son los que se libran de la muerte, si llegan a tener viruelas, que es lo más cierto que sabemos, de este modo con que se portan con sus enfermos según nos han informado.

Según el régimen con que se conservan y están establecidos estos pocos Indios, pues según noticias no pasarán entre todos de cuatrocientos, es también su modo de vivir y portarse; desenfrenados, resentidos, dados a la embriaguez, cuando tienen ocasión, sucios y tan desaliñados y asquerosos en sus personas, desgredados y de un aspecto tan bárbaro, que por todos estilos presentan una vista desagradable y poco interesante; y de aquí es que el encuentro de ellos nos servía de incomodidad y de ninguna satisfacción ni auxilio, por esta breve digresión puede conocerse la clase de gente que pueblan por ahora las fértiles y cómodas riberas del oriente y sur de los ríos Uruguay e Ibicuí con sus confluencias dignas por cierto de nación más culta e industriosa.”

V.- TESTIMONIO DE LA CAUTIVA MARÍA ISABEL FRANCO, 1801.

El 1º. de mayo de 1801 las fuerzas al mando de Jorge Pacheco, Comandante de la expedición contra los “infeles” ordenada por el Virrey Marqués de Avilés, atacó en la zona del Corral de Sopas a las tolderías de los caciques Juan Blanco de los charrúas y Zara de los minuanes. Como resultado del ataque, según registró Pacheco en su Diario, se liberaron a *“la cautiva María Ysabel Franco y otros dos muchachos también cautivos”* (Acosta y Lara, E. 1969: 176-177).

Posteriormente se le tomaron a la cautiva María I. Franco declaraciones (en Acosta y Lara, E. 1969: 204-207), las que se transcriben a continuación, pues constituyen una ilustrativa pintura de la dura realidad de la frontera, de los hombres fuera de la ley que se abrigaban en las tolderías y de las zozobras a las que se veían sometidos aquellos que buscaban radicarse y colonizar el territorio oriental.

“En el Cuartel General del Yacuy y la Villa de Nuestra Señora de Belén, a los quince días del mes de Junio, en el año de mil ochocientos y uno, Yo el expresado Capitán Dn. Jorge Pacheco Ceballos mandé parecer a María Isabel Franco a quien, por ante testigos, recibí juramento que hizo por Dios Nuestro Señor y a una señal de Cruz. ofreciendo decir verdad en los puntos que sea preguntada, y como fue seguidamente por su nombre y estado; Responde llamarse María Isabel Franco, que es viuda del finado Santiago Basualdo a quien dieron muerte los indios infieles diecisiete meses hace, poco más o menos, en un día Martes, pero no sabe a cuantos ni en qué mes.

Preguntada:- A que hora pasó esto, quienes se hallaron presentes y que hacía su marido en aquel acto cuando le dieron muerte.

Responde: - Que la hora ignora, pero sí que fue después de siesta, en el verano. Que otra persona mas de la que declara no se encontró y que su marido se hallaba sentado delante de ella que lo peinaba.

Preguntada: - Qué acciones hicieron los indios después de dar muerte a su marido, expresando con claridad cuanto ocurrió allí.

Responde: - Que habiendo oído ladrar los perros esa tarde, peinando a su marido como ha dicho, asomó la cabeza por debajo de una ramada que tenía su estancia; que vio llegar una porción de gente y dijo entonces a su esposo: “Jesús, que es esto que viene disparando”, le contestó habiéndose también asomado: “Hija de mi alma, son los indios, ven que te alzaré a caballo”. Que a esto ya oyó golpearse en la boca dando alaridos a los infieles, por lo cual, atribulada, se

metió dentro del rancho, advirtiéndolo al tiempo de huir que el difunto Basualdo tomó el cuchillo en la mano. Que oyó a uno le decía en castellano: “Dése amigo” y otro indio cristiano, de quien supo después se llamaba Josef Ignacio, que amonestaba a los demás no agujereasen la ropa para matarlo, que se ensuciaba con la sangre. Que todo lo oía de dentro de la casa, a la cual entró al instante otro de ellos y agarrándola de la mano empezó a registrar y sacar cuanto había dentro, lo cual repartió entre los que estaban a la puerta, llevándola siempre agarrada hasta el corral de caballos, donde empezaron a mudar. Que luego el mismo Ygnacio gritó al que la apresaba la condujera hasta donde se hallaba el cadáver de Basualdo su marido. Que aquél lo ejecutó, y entonces lo advirtió desnudo, amarrado y lleno de heridas, y el dicho cristiano Josef Ignacio, allí en su presencia, le arrancó un chuzo con que tenía clavado el difunto cuerpo contra el suelo por el costado derecho y que en ese mismo lugar le hizo relación de ser cristiano como ella y casado en el Canelón con mulata esclava de Gregorio Bordón, por la cual había hecho una muerte, siendo esa la causa de verse metido entre los infieles. Que también le aseguró que era el peor cuchillo que tenían los cristianos, cuyas estancias bombeaba antes de dar los avances y que en aquellos días estuvo no solo en la de la declarante sino aún en la de Dn. Manuel Peres a la otra parte del Río Negro. Que le hizo a más varias preguntas sobre las mujeres de las poblaciones inmediatas, a que contestó que no estaban. Y que concluida esta conversación fue conducida otra vez al corral, en donde la alzaron en un caballo en pelo para volverse a los toldos, más como no sabía andar bien, cayó e tierra y queriéndola castigar un indio minuán, lo impidió José Ignacio, quien la alzó a las ancas del mismo que la sacó de dentro de su casa. Que a poco andar volvió la vista a ésta y la advirtió ardiendo y entonces prorrumpió en llanto, por lo cual fue mal tratada con muchos golpes de los infieles. Que de allí marcharon hasta la otra parte del Queguay a la estancia de un Mariano Presentado en la cual solo había el corral, porque a la ida habían quemado la casa y dentro de ella al que la cuidaba. Que todo lo supo por el cristiano Ygnacio. Que en el citado corral pasaron la noche y al día siguiente marcharon hasta la toldería que estaba muy inmediata, y continuando desde allí al instante para afuera. Sobre la marcha hallamos unos corredores de ganado a quienes despojaron de los caballos dando muerte a dos que alcanzaron, sin parar de caminar de día y de noche hasta internarse mucho en los campos desiertos.

Preguntada: - Si a mas del indio José Ignacio que ha declarado, no advirtió algún otro cristiano entre los infieles el día que la cautivaron.

Responde: - Que había uno que hablaba el español claro, a quien nombraban Castillo (Caciquillo ?), pero que el indio cristiano después, estando en la toldería, varias veces le dijo que era charrúa.

Preguntada: - Si sabe que alguno o algunos más tuviesen parte en la muerte de su marido o en el cautiverio de su persona.

Responde: - Que ignora el contenido de la pregunta.

Preguntada:.- Si ha conocido alguna vez a un mulato llamado Lucas Barrera.

Responde: - Que el mulatillo por quien se le pregunta le conoció conchabado con Jacinta Sánchez. Que la primera vez estuvo en su casa en compañía de una portuguesa llamada María, con el portugués Pedro, su marido, cuyos apellidos ignora, quienes la fueron a visitar....

Preguntada: - Si el mulato no llevo los indios a su casa.

Responde: - Que es incierto. Que la cautiva Francisca Elena Correa le contó en los toldos que en las estancias se decía por cosa muy cierta de que el mulato Lucas, habiéndola solicitado con torpes fines, y no habiendo la que declara asentido a su torpeza, le había jurado tomar venganza y que para conseguirlo llevó los indios a casa de la exponente. A lo cual ella contestó, en obsequio a la verdad, que no había acaecido semejante cosa y que es lo mismo que hoy puede reproducir examinada.

Preguntada: - Si el mulato Lucas no trató de sacarla acompañada de un indio llamado Juan Manuel Herrero, que estaba en casa de Antonio “el Andalúz” de su cautiverio.

Responde: - Que también la cautiva Elena Correa le contó haberse dicho esto mismo en las estancias, pero que es incierto, pues jamás le ha visto al mulato entre los indios ni a otro cristiano que a un tal Poli Paraguay y porción de indios tapes que viven entre los infieles, abrazando sus costumbres.

Preguntada: - Si tiene algo más que declarar que convenga a esclarecer la acusación puesta al mulato Lucas de haber estado entre los indios infieles, guiándoles en las incursiones hechas a las estancias.

Responde: - Que nada más le consta. Que cuanto sabía dijo con verdad por el juramento que al principio hizo.

Y habiéndosele leído su declaración se firmó y ratificó en ella, diciendo ser mayor de veinte años de edad. No la firma por no saber y en su defecto la signa con una Cruz ante mi y los testigos

Jorge Pacheco/ Joseph Man.l de Victorica/ Juan de la Cuesta”

VI.-DECLARACIONES DE HACENDADOS DE LA BANDA ORIENTAL, 1803.

Ante la toma de los Siete Pueblos de Misiones (1801) y el casi imparable avance lusitano en las tierras al sur del Ibicuy -auxiliados por los charrúas y minuanes- el Gremio de Hacendados de la Banda Oriental decidió dirigirse ante la Corona española, solicitando el arbitrio de medidas, para lo cual iniciaron un expediente ante el Alcalde de 2°. Voto del Cabildo de Montevideo, teniendo como sustancia principal las declaraciones de varios hacendados y concedores de la Campaña. Este valioso documento fue publicado por el destacado investigador compatriota Prof. Flavio García (Boletín Histórico del Ejército No. 67 Montevideo, 1955 pp. 3-54).

Se seleccionan en esta oportunidad algunos de los diferentes testimonios que se tomaron sobre la base de un interrogatorio de nueve preguntas, de las cuales, para el tema de este trabajo, interesa el contenido de la quinta, que establecía:

“5°. Declaren en los mismos términos si saben que antes y después de la Guerra con Portugal, ha sido y es nuestra Campaña el teatro sangriento de toda especie de delitos los más enormes: si es positivo que los moradores de la campaña y sus pobres familias se hallan cada día bárbaramente asaltados por los Portugueses, por los Indios infieles llamados Charrúas y por una turba infinita de salteadores, ladrones abigeos y toda clase de malhechores; y si es verdad que frecuentemente se oyen los clamores que producen las muertes, incendios y fatales desgracias que aniquilan y desolan la Campaña toda.”

.-Testimonio de Pedro Celestino Bauzá, Subteniente de la octava compañía del Regimiento de Caballería de Milicias de Montevideo.

“A la quinta dijo: Que es constante el contenido de la pregunta y lo sabe por que a más de ser público ha experimentado el declarante que los Indios Charrúas le quemaron sus dos Estancias en el Queguay y le avanzaron en ellas, con que se vio precisado a pelear con ellos, de que resultó herido, y lo mismo ha sucedido con todos los demás vecinos de la otra parte del río Negro que no tienen Fuerte los cuales son un sin número y tienen abandonadas sus Estancias, así como el declarante por el temor de perder las vidas, como les ha sucedido a ciento y más personas que han sido asaltadas y muertas por dichos Indios los más de ellos vecinos de aquella parte, de que ha presenciado el testigo la muerte de nueve y once heridos por dichos Indios, siendo también constante la pregunta en cuanto a los demás excesos que refiere...”

.-Testimonio de Rafael Maldonado, Capitán retirado de las Milicias de Caballería de esta Plaza.

“A la quinta dijo: Que es cierto y le consta que antes y después de la guerra con Portugal ha sido y actualmente es nuestra Campaña el teatro sangriento de todos los delitos: Que también le consta por experiencia que en la Campaña se abrigan Portugueses salteadores unidos con los criminales Españoles que viven en los Desiertos; que los Indios Infieles Charrúas y Minuanos que han poseído la Campaña de la parte del Norte del Río Negro al Occidente del Uruguay y los grandes ríos de intermedio, han estado haciendo invasiones sangrientas a todos los habitantes de la costa del Norte del Río Negro, robando las Estancias, las caballadas, los niños y las mujeres, y matando a todo hombre de doce años para arriba, y al tiempo de retirarse, después de ejecutar cuantos daños ha inventado la malicia, pegan fuego a las Poblaciones de Estancias, manteniéndose a la vista hasta verlas convertidas en cenizas. Que esto le ha sucedido al declarante en los años de ochocientos y ochocientos uno, en que le quemaron dos Poblaciones y mataron a un Capataz y un peón, y le robaron como trescientos caballos y dos crías de yeguas, de las dos estancias que ascenderían a seiscientas, cuya justificación tiene hecha ante las Justicias de la cabeza de aquel Partido que es el Cabildo de Santo Domingo de Soriano. Que estas insurrecciones de los indios Charrúas y Minuanes ya llegó tiempo de estar señaladas a los principios de todas las sumas. Que de poco tiempo a aquella parte los Indios, ladrones Portugueses y malhechores agregados a estos, habían muerto como quinientas personas, sin contar con los que no se sabe de ellos, y se cree tuviesen el mismo paradero; y que por todas estas causas los Hacendados de aquellos Campos han abandonado sus Estancias con sus familias, dejándolas encargadas a cualquiera peón que pagado a buen precio ha querido quedar a su cuidado, cuyas noticias desaniman a los que intentan poblarse y ponen a los poblados en estado de abandonar las suyas.”

Testimonio de Cristóbal Salvañach, Subteniente del Regimiento de Voluntarios de las Milicias de Infantería de Montevideo.

“A la quinta dijo: Que es tan notorio el que en esta Campaña se están cometiendo delitos atroces diariamente, que es demás el analizarlos. Que por esta razón es constante que los habitantes de la Campaña se ven continuamente asaltados por los Indios Charrúas y ya por los ladrones Portugueses auxiliados de otros de toda clase y de delincuentes y facinerosos, de que resultan infinitas muertes, incendios y otras fatales desgracias, que motivan el continuo y lastimoso clamor de los pobres pacientes; y que de esto pueden dar razón casi todos los Hacendados que han sufrido estas penalidades, y le ha comprendido también al declarante, a quien por diferentes ocasiones le han avanzado y robado la Estancia que tiene del otro lado del Río Negro situada entre los Arroyos

Tacuarembó y Batoví chico, los Indios Charrúas y otros ladrones en una de cuyas ocasiones le mataron al Capataz de dicha Estancia y no hace cuatro meses le robaron de ella la Caballada...”

Testimonio de Juan López de Fraga, Capitán del Cuerpo de Blandengues.

“A la quinta dijo: Que desde el año de noventa y nueve hasta la fecha no ha cesado de oír repetidos clamores de los habitantes de esta Campaña asaltados continuamente ya por malhechores, ya por Portugueses ladrones, y finalmente por los Indios infieles, talando, robando e incendiando sus Casas, perdiendo sus vidas y haciendas, y reduciéndose por último a desamparar sus moradas viviendo en los Bosques por considerarse en ellos más seguros, como ha visto el testigo a algunos no ha mucho tiempo.”

VII.- DECLARACIONES TOMADAS POR JOSÉ ARTIGAS A INTEGRANTES DE VAQUERÍAS, 1804.

En 1804 el Ayudante Mayor de Blandengues, José Artigas, capturó en puntas del Arapey a los integrantes de una vaquería procedente del pueblo de San Borja, desde tres años atrás en dominio portugués. Con fecha 7 de junio de ese año, estando en paso de Pereira del Queguay, inició un sumario, tomando declaraciones a los detenidos. El documento fue publicado de forma completa en el Archivo Artigas (T. II pp. 281 a 324).

Se transcriben ahora (con la ortografía en parte actualizada) una breve selección de las exposiciones que realizaron los aprehendidos, que brindan ilustrativos detalles sobre el tema que nos ocupa, especialmente sobre las tierras donde por entonces se habían concentrado los infieles, sus estrechas relaciones con los portugueses e integrantes de vaquerías y la intensificación de sus ataques sobre las estancias españolas estimulados por el saqueo.

“Ynformación del Indio Estevan Arapy”

Preguntado: - Que si sabe con que Caballada están trabajando en todo el tiempo que están invernando aquella orejana que les acabó de sacar?

Responde: - Que los Enemigos Ynfieles, Charrúas y Minuanes hacen trato con los Portugueses con Caballada rayuna y orejana, que también sabe vienen a robar estos a nuestras Estancias los Ynfieles, que en cambio de Aguardiente y Tabaco hacen estos Indios trato con los Portugueses con la caballada que roban.

“Ynformación del Indio Ambrosio Llary”

Preguntado: - Si los Charrúas no se embarazan con esas Baquerías; si no les roban las Caballadas y como hacen trato con ellos, que es lo que les dan por los Rayunos y por los orejanos?

R.- Dice que los Ynfieles no se embarazan con ellos, que antes los protegen. Que por un rayuno les dan a los Charrúas una libra de Yerba y una vara de Tabaco y por los orejanos una o dos varas de lienzo de Algodón.

Preguntado: que si sabe hay algunas Baquerías más?

R. - Dice que hay entre el Quaro y Quary seis Baquerías más y a más de esas hay otra más crecida del Capitán de Voluntarios de la nación Lusitana, llamado Don Josef Canto, con treinta hombres de Armas.

Preguntado: que tiempo hacen que están en esas faenas?

R. - Que desde la semana Santa del año pasado; que siempre en los dos Arroyos que ya lleva nombrado, siempre ha habido Baquerías y faenas de cueros y sebo. Que la más crecida de esta especie está situada con Pulpería en el Arroyo Quaro.

Preguntado: Si tiene alguna noticia de que los Ynfieles hace ahora mes y medio hayan derrotado alguna Partida Castellana y muerto algunos de ellos?

R.- Dice: Que sabía por un Indio Cacique que ignora el nombre, que había en aquellos días (entrado) una Partida Castellana, que habían muerto a cinco y sacado la Caballada la que llevaban muí gorda y a tres Indios de la Tropa adonde estaba este que también fueron en compañía de los Ynfieles a esta función.

Preguntado: Que si sabe de donde roban los Rayunos (los Infielles)?

R.- Dice que en una Guardia que bay en Arerunguá, por el fondo del rincón, pasando van a robar, entran por el Monte, hacen picada para de este modo poder con franqueza arrearla.

Preguntado si tienen algo más que decir?

R. - Dice que no tiene más, que lo que lleva dicho, sólo que los Infielles les tenían dicho que si algunos Castellanos llegasen a ver, que les avisasen para ellos ir adelante a avanzarlos.”

“Ynformación de Manuel de Mora, dela nación portuguesa”

Preguntado: Si los Indios ynfieles, charrúas y Minuanes no les avanzan sus Baquerías y roban sus caballadas y dan muerte a algunos de su nación, si tratan o contratan con ellos?

R.- Dice: que los Ynfieles a sus Baquerías que no las avanzan ni roban sus Caballadas, ni menos dan muerte a ninguno de nuestra nación y que sí tratan y contratan con ellos, que les compran algunos Caballos así Rayunos como Orejanos.

Preguntado: Si tienen alguna noticia de que los Ynfieles hace mes y medio hayan avanzado alguna Estancia y derrotado una Partida Castellana y hayan dado muerte a algunos de aquella, como así mismo si sabe a donde o como llegan a robar los Rayunos que acaba de decir hacen trato con los Infieles?

R.- Dice: que sabe hace este tiempo que se le pregunta por uno de sus compañeros de los que han quedado en la Tropa de donde era el que declara, sabía habían los Charrúas robado una Caballada en una Estancia Castellana, pero que de que hayan los Infieles derrotado una Partida Castellana, que no sabe nada y que los Rayunos los ha venido a robar el Casiquillo que llaman de los Infieles al Campamento de Arerunguá según al Declarante le ha dicho el mismo Compañero que arriba dice, que los Rayunos se los Compran a los Ynfieles por dos, tres varas de tabaco y una medida de Cachaza.

Preguntado: Si sabe es mucho el número de los Charrúas que pueden haber en el día y si entre ellos hay algunos Yndios misioneros. Castellanos o de la nación del Exponente y en que paraje tienen sus Tolderías?

R.- Dijo: Que sabe que hay ocho Caciques de los Infieles, pero el número de estos que no lo sabe, que de la nación del declarante (portugués) no hay ninguno y sólo que sabe verídicamente hay algunos que hablan la Castilla clara y que también mucha Indiada de los Pueblos Guaranis, con chinas que han venido a introducirse entre los Infieles; que sus tolderías no tienen paraje fijo, sino que ocho días en una parte diez en otra, pero que no salen de las inmediaciones del Quaro y el Quari.

“Ynformación de Antonio Mora dela nación Lusitana”

Preguntado: Si sabe el número de los Infieles que pueda haber en el día, el paraje de sus habitaciones; y si hay algunos de la Nación del que declara o Castellanos?

Dijo: Que el número de los Indios Infieles en tiempo de la Guerra próxima con Portugal habría como cuatrocientos entre criaturas y Mujeres, que ahora tienen interpolado mucha Indiada de los Pueblos Guaranis, y de la nación del que refiere que también puede haber algunos y que también hay Castellanos que hablan claro la Castilla; que el Paradero de los Ynfieles no lo tienen fijo, que un día están en una parte otro en otra parte, pero que siempre se mantienen entre el Quari y Quarapitá.

Preguntado: Con que caballada estaban trabajando en todo el tiempo que estaban invernando la que yo les he avanzado?

Dijo: que con aquella que estaba mejor estaban trabajando y que también a los Infieles los Compañeros les habían comprado algunos Rayunos y orejanos a cambio de Yerba, Tabaco y Cachaza.

Preguntado: de que número de gente se componía la Tropa, a dónde era dependiente, de los de su nación como de los Ynfieles que los acompañaban, el numero de los de Armas y la de los que no tenían?

Dijo: que el número de los de su nación eran cuarenta hombres de armas de fuego y Indios serían como ciento poco más o menos, que algunos de estos tenían chuzas y Lanzas y otros no tenían más que sus cuchillos.

Preguntado: Si tienen noticia que haya algunas Baquerías más por aquellos alrededores, por donde estaba la suya?

Dijo: Que sabe por los mismos compañeros que hay cinco o seis Baquerías más entre los Arroyos Arapey y Quaró, que a más de estas hay otra muy crecida del Capitán de voluntarios de la nación del Declarante llamado don José Canto, que no sabe el número de gente que esta puede tener, pero si oyó que era mucha.

Preguntado: si sabe hay alguna Tropa haciendo Cueros por aquellas inmediaciones con faena de Sebo o Grasa y si hay alguna otra con Pulpería?

Dijo: que en el Llarao se halla una de Indios Misioneros que no sabe el Exponente el número de gente fija que pueden tener y siempre pueden pasar de treinta o cuarenta hombres; que es cierto que están faenando en Cueros, Sebo y grasa y que solo en la Tropa del que se refiere había una Carreta Cargada con Yerba, Tabaco y cachaza.

Preguntado: Si los Ynfieles no les robaban las caballadas y dan muerte a algunos de los de su nación?

Dijo: que aquí en el Campo no los roban, ni matan a ninguno a no ser que hallen a alguno solo, que no le hacen daño, que de Portugal hace poco han robado una Tropilla de Caballos.

Preguntado: Si sabe hace mes y medio o dos meses que los Infieles hayan avanzado alguna Estancia Castellana y derrotado alguna Partida que iba en su Seguida?

Dijo: que hallándose el que declara en la invernada que trata arriba, supo por uno de los compañeros sabía habían estado los charrúas en la tropa de donde era dependiente; que dos compañeros suyos Portugueses habían en compañía de los Infieles en Taquarimbó, habían avanzado una Estancia, y que habían robado bastante Caballada y viniendo caminando en su seguida una Partida Castellana la derrotaron, matando a cinco y buriendo a muchos y que también les han sacado la Caballada que la Partida llevaba.

Preguntado: A quién dan o venden todas las Caballadas que continuamente están robando de nuestras Estancias?

Dice: Que en las Baquerías suelen hacer trato y sin embargo, que los Superiores de su nación tienen dado orden para que no hagan trato con los Ynfieles, que siempre ocultamente en su reyno hacen trato: que a cambio de Lienzo, algodón, de Cuchillos, Aguardiente, Yerba y Tabaco, que es el trato con ellos tienen.

Preguntado: si tiene noticia del número de Infieles que puede haber en el día y si entre ellos hay algún Indio Misionero y algunos Castellanos como también de la nación del que declara, y si sabe a donde tienen sus habitaciones?

Dijo: Que el numero de los Infieles entre Criaturas y Mujeres serán seiscientos, que habitan entre ellos muchos Yndios de Misiones, que hay Castellanos también entre ellos que hablan claro la castilla, y de la nación del que declara tres, uno de estos dice que se llama Juan Antonio, y de los otros dos que no sabe los nombres. Que los parajes donde habitan los Infieles son entre el Quaro y Quari, que no tienen paraje fijo.”

VIII.- DÁMASO ANTONIO LARRAÑAGA, 1813.

Superado el conflicto con Sarratea, el General José Artigas y sus fuerzas se incorporaron al segundo sitio a Montevideo, incluyendo fuerzas charrúas-minuanes (ver Parte I de este libro). En esa oportunidad, el sacerdote Dámaso Antonio Larrañaga tuvo oportunidad de observar a los minuanes, dejando una descripción titulada “Noticia sobre los minuanes, 1813” que fuera publicada hace ya varias décadas (“Escritos del P. Dámaso A. Larrañaga” Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay T. III, Montevideo 1923).

Larrañaga, dotado de admirable inclinación científica, consideró digno de registro la imagen que tuvo entonces de los minuanes. Es muy probable que se tratara, dada la cercanía a Artigas, de las tolderías que lideraba el Caciquillo, quien seguramente fue el cacique que compartió la mesa con el General pues, hemos dicho antes (Parte II de este libro), que era dicho jefe indígena un hombre de los dos mundos, el criollo y el minuán.

La descripción de Larrañaga, al tiempo que refleja la mirada de un alma bondadosa y llena de comprensión hacia cualquier criatura humana, expresa también la de alguien que desconocía mucho de los antecedentes de

estos grupos, sobre todo por ser ajeno a las vicisitudes de las poblaciones criollas que vivían en el interior del territorio oriental. Debe decirse, sin embargo, que no es escasa la documentación que hace referencia a que los minuanes presentaban un carácter bastante más sereno, proclive a la convivencia pacífica y más dispuesto a la sedentarización que los charrúas (véase Bracco, Diego “Guenoas” Montevideo, 1998), tema realmente digno de mayor análisis.

Vayamos, entonces, hacia la mirada que nos dejó Larrañaga.

“2 de febrero de 1813. Habiendo llegado de nuevo al campamento (Santa Lucía Chico), donde había quedado el coche esperando por caballos y por un reparo de que necesitaba, nos fue preciso pasear todo el día esperando los auxilios para el camino. Con este motivo tuve ocasión de tratar con los Caciques Minuanes que acompañan y aman tiernamente al Gefe de este Ejército. Uno de ellos comió con su mujer en la mesa del General, habiendo dejado en su toldería otras dos mujeres suyas, que por lo visto son polígamos.

Los jóvenes permanecen solteros y sólo se casan cuando ya son bien maduros, para que los cuiden las mujeres, y se dejan cuidar tanto que ellos pasan la vida jugando al tres siete mientras sus mujeres carnean, van por agua y leña y hacen todas las obras de trabajo. Comen con mucha frecuencia la carne de avestruz, que voltean. Todo el cuidado y toda su propiedad son los caballos, único negocio que tienen para comprar aguardiente, del que son muy viciosos.

Su estatura es prócer y muy membrudos. Su color Americano o de bronce; su pelo negro, grueso y largo un poco cortado por la frente; la barba muy escasa y solamente la tienen en el labio superior formando largos bigotes y muy pocos pelos en la perilla o barba. Los ojos negros algún tanto oblicuos y no tan chicos como se ponderan. La cara más bien es larga que ancha, la parte inferior del rostro estrecha (y anchas las espaldas); la frente no muy chica; los dientes bien conservados y muy iguales; boca y labios regulares, nariz un poco aguileña; pies y manos pequeños. En una palabra, nada tienen de monstruoso ni deforme los hombres primitivos del país que ocupamos y que eran los verdaderos dueños de esta campaña.

Sus armas son la lanza, la flecha, la honda y las bolas. La primera y la última son de la caballería; ambas temibles, pues la lanza tiene en su punta una espada entera muy bien asegurada (que compran a los portugueses a cuenta de caballos) y la manejan con una destreza increíble y la hacen aún más temible por su fuerza y destreza en el caballo. De las bolas usan contra los jinetes y son tres, cada una con una cuerda de una braza que cuelgan del mismo nudo y tomando una de ellas revoletean las otras dos, como se hace con la honda, y después que han tomado impulso, las arrojan contra los pies de los caballos, los

que sintiéndose enredados corren y dan de coces y con esto se acaban de enredar y caen; otras veces dan con ellas a los mismos jinetes, los que también aturdidos caen en tierra. Las hay que pesan media libra y las menores las usan para los avestruces juntándose muchos para ello, pues son muy ligeras esas aves.

Las otras dos armas, que son la flecha y la honda, corresponden a la infantería. Esta camina a las ancas de la caballería bien que como no usan de silla, van más cómodos que los delanteros que se sientan sobre el lomo desnudo. Deben ser muy ágiles unos y otros, pues no usan de estribos y de un brinco se ponen sobre el caballo, cuando están a una distancia.

Al contrario de los hombres, las mujeres se casan desde muy jóvenes, y se cree comúnmente que llegan a ser adultas antes que las otras mujeres. Su vestido es como el de los hombres, de pieles de ternera muy trabajadas y pintadas por el lado de la carne. Su semblante es triste al contrario de los hombres que me parecieron muy joviales.

La vida de todos ellos es errante y en el día están reducidos al otro lado del Río Negro hacia el Salto Chico. Yo creo que no pasan de quinientos los que han quedado después de tan injustas persecuciones, habiendo los Portugueses últimamente tratado de acabarlos sorprendiéndolos, pero les costó bien caro mandar como en triunfo unos ochenta a la Señora Carlota, Princesa del Brasil.”

IX.- AUGUSTE DE SAINT-HILAIRE, 1820.

El destacado hombre de ciencia Auguste de Saint-Hilaire recorrió nuestro territorio durante parte de los años 1820 y 1821, a poco de culminar la tan heroica como trágica resistencia oriental a la segunda invasión portuguesa. Dejó un invaluable testimonio de nuestro territorio en el período cisplatino en su conocida obra “Voyage a Río-Grande do Sul” (Orleáns, 1887) y del mismo, a efectos de este trabajo, se destacan las referencias (muy poco citadas), que dejó sobre los charrúas y minuanes, recogidas personalmente por él de oficiales portugueses que habían tenido contacto con ellos, sobre todo del Brigadier General Saldanha, quien tuvo a su cargo establecer un acuerdo con las remanentes tolderías, en el mismo año 1820 (ver Parte I “Los charrúas-minuanes en su etapa final”). Transcribimos la traducción que publicó Horacio Arredondo en “Anales Históricos de Montevideo” (T. IV Montevideo 1961 -1962 pp.469-470, 499-501).

Sobresale del documento el hecho de confirmar que había terminado en fracaso, una vez más, el intento de los portugueses de lograr que se

sedentarizaran de forma definitiva, al tiempo que ratifica que mantenían todos sus rasgos culturales característicos después del primer decenio revolucionario.

“Entre los que han abandonado a Ramírez para ponerse a las órdenes de los portugueses se encuentran los charrúas, una de las naciones indígenas más célebres de esta parte de América. El General Saldanha tuvo una conferencia con ellos y observé algunas de las particularidades de sus costumbres. He aquí lo que me contó:

“Cuando a uno de los indígenas le gusta la mujer de otro, va a pedírsela; si este último no quiere cedérsela se pelea hasta que uno de los dos sucumbe y la mujer es el premio del vencedor. Hacen sus chozas con troncos que rodean de un trenzado, por encima del cual ponen otro que sirve de techo. Los hombres montan a caballo y lanzan boleadoras a los equinos o a los avestruces; no tienen otro ocupación. Las mujeres son las que cocinan, arreglan las chozas, tejen las trenzas, cuidan a los niños y hacen “caipis”, especie de abrigo que forma la única vestimenta de los hombres. Saldanha vio a un jefe que obligaba a su mujer a tenerle la calabaza del mate mientras él lo tomaba de brazos cruzados.

El “caipis” del que acabo de hablar, es una banda de cuero de potrillo bastante larga, y de 3 pies o más o menos de ancho. El exterior conserva el pelo y la parte de abajo está pintada, con mucha regularidad, con líneas derechas o curvas de distintos colores. Vi una de esas mantas en lo del General; quise asegurarme si los colores eran firmes, pero me convencí de que no.

Los charrúas forman una nación errante. El general Lecor había ordenado a Saldanha que tratara de reunirlos en aldeas, pero se negaron. Dan una buena razón: son tan sucios que al cabo de un par de días hay ya en el campamento un olor tan infecto que impide la reunión.

Creo haber cometido un error en este artículo. Los charrúas no han venido de Entre Ríos. Han vivido siempre (sic) de este lado del río Uruguay. Habían abrazado el partido de Artigas, pero luego se rindieron a los portugueses cuando éstos fueron los amos del país.”

Días después, ya en enero de 1821, el ilustrado y curioso viajero recibe de otro oficial portugués más datos sobre estos indígenas que atraieron su atención, impresionado por la lectura previa de la obra de Félix de Azara.

“Mientras caminábamos, hablé con el alférez de diversos asuntos. Me contó, entre otras cosas, de los indios llamados minuanes y charrúas, por otros. Estas dos tribus se han unido hace tiempo, lo que hace que se dé indiferentemente los dos nombres a la población actual; pero parece que hoy en día no existen los charrúas ni los minuanes.

Dichos salvajes están divididos en pequeñas bandas sometidas a diferentes jefes; pero gozan de un poder muy limitado y a menudo se niegan a obedecer. Cuando un hombre está descontento de su jefe, lo deja y va a reunirse a otra tribu. Estos hombres no hacen más que recorrer los campos y tirar boleadoras a los ciervos, avestruces y caballos.

Las mujeres están encargadas de todo lo demás. Me acuerdo que el general Saldanha me dijo que había visto un cacique que se hacía tener por su mujer la calabacita en que tienen la costumbre de tomar mate. Los charrúas no comen carne o, por lo menos, sólo comen alguna parte de ella. La ebriedad es su pasión dominante; están prontos a dar todo por una botella de aguardiente y hasta los niños más chicos lo beben con exceso. Es posible que antes hayan usado "Barbote", como dice Azara, pero hoy en día no tienen esta costumbre.

El mismo autor asegura que los indios tienen ponchos, pero actualmente su única vestimenta es el chiripá, y esa especie de capa que he descrito y que llaman "caipí". Por armas usan largas lanzas y un pequeño arco y llevan las flechas en la espalda, en una aljaba achatada y más o menos cuadrada. Montan a caballo en pelo, no usan frenos y sólo se sirven para guiar a los caballos de una cuerda o de un tiento. Se ha tentado muchas veces reunirlos en pueblos, pero siempre inútilmente.

"Si Dios, dicen, hubiera querido que fuéramos españoles o portugueses no nos hubiera hecho minuanes. Pasamos la vida de una manera más agradable que la que Udes. pasan la suya, porque Udes. trabajan y nosotros no hacemos otra cosa que comer, beber y dormir."

X. JOSÉ BRITO DEL PINO, 1826.

Debemos al oficial José Brito del Pino, quien escribió el valioso "Diario de la Guerra del Brasil" una interesante descripción sobre los charrúas al tomar contacto con ellos en los primeros días de 1826, cuando una partida al mando del cacique Perú llegó hasta el Cuartel General ubicado en las márgenes del Yí, frente al Durazno. Seguramente habían sido llamados por los Jefes del movimiento revolucionario para ser reconvenidos por las denuncias sobre muertes, robos y otros excesos que de manera permanente llegaban al Cuartel General. El propio Brito del Pino había registrado en su Diario dos meses antes: *"En el camino encontramos cerca ya del Arroyo Grande, los cadáveres de un chino y una china, muertos, el primero a lanzadas*

y la segunda a bolazos, por los charrúas. Mandó (Rivera) recogerlos y darles sepultura”.

Es la suya, también, una descripción poco o nada mencionada, por lo que estimamos conveniente su transcripción, pese a ya haberlo realizado en otro trabajo (Padrón, O. 1986:18). La tomamos de la edición del “Diario de la Guerra del Brasil” (Montevideo, 1956 pp. 49-50).

“En la tarde llegaron unos 20 charrúas con su jefe Perú, el capitán Soares y su mujer llamada Alzaquita. Lo extravagante de algunos, se me presentaron a la imaginación como los Hunos del modo que los pintan cuando bajaron del Norte hacia el mediodía de la Europa. Venían montados en un caballo solo con rienda, y todo el apero consistía en un pedacito de cuero fresco sobre el que montan. No se desprenden de él hasta que está completamente podrido, y entonces matan otro animal para sacar con qué reemplazarlo. Cuando no tienen esto, aunque el caballo esté matado se le montan sobre la llaga. Todos estaban desnudos por delante y en su espalda tenían un quillapí o cuerito compuesto de varios de potrillo, etc. y pintado de varios colores del lado opuesto al pelo; éste lo traen metido por el pescuezo. No usan sombrero ni se cubren con nada la cabeza, y sólo por lujo se atan algún pañuelo cuando se los dan.

Todos venían armados, unos con chuzas, otros con arcos y flechas, todos con bolas y otros con un palo y en la punta un peso (es decir, la maza de los antiguos). Su aspecto es a la vez horrendo y asqueroso: en su vista está pintada la crueldad que les es característica, y en todo su cuerpo la inmundicia en que viven encenegados. En él tienen criada una especie de costra de porquería y su proximidad es intolerable. Reparé a algunos con todo el cuerpo lleno de cicatrices, e informándome de esto me dijeron, que cuando tenían algún motivo de pesar, lo demostraban haciéndose aquellas cortaduras e incisiones. Me aseguran que su mejor regalo es atar un potrillo entre dos palos de modo que no pueda caerse ni moverse y en ese estado le hacen en las arterias yugulares una incisión con un punzón grueso: el chorro de sangre que salta es recibido con el mayor placer en la boca de aquellos caribes hasta que muere desangrado. También expresen la descomposición de los alimentos que se hallan en el vientre de dichos animales y beben con la mayor satisfacción el líquido que resulta.

Me dicen no tienen ritos religiosos ni idea de la divinidad y que viven con una absoluta inmoralidad. Yo les quise dar, principalmente a la mujer del capitán Soares, una imagencita; pero no solo no la admitían sino que se separaban de ella con horror.

Estos bárbaros se mantienen casi siempre del robo. Asesinan sin piedad a cualquiera que encuentran sin defensa; y seguramente todo lo que tienen de viles en la guerra hallando resistencia, tienen de crueles e insaciables en matar si no la hallan, o no habiendo peligro alguno, etc.”

IV

BIBLIOGRAFÍA CRONOLÓGICA SOBRE LOS CHARRÚAS-MINUANES

- 1833 **Acuña de Figueroa, Francisco** “A la heroica muerte del bravo Coronel D. Bernabé Rivera” en Luciano Lira “El Parnaso Oriental o guirnalda poética de la República Uruguaya” T. I (1835) pp. 198-206. Montevideo.
- 1833 **(16/X) Díaz, Antonio F.** (¿?) Editorial de El Universal, Montevideo. Publicado por José J. Figueira “Eduardo Acevedo Díaz y los charrúas” Boletín Histórico del Ejército Nos. 193-196 (1977) pp.288-294, Montevideo.
- 1833 **Villademoros, Carlos** “Canción a la muerte del bravo Coronel D. Bernabé Rivera” en Luciano Lira “El Parnaso Oriental o guirnalda poética de la República Uruguaya” T. I (1835) pp. 194-197, Montevideo.
- 1840 **(24/VIII) Berro, Adolfo** “Yandubayú y Liropeya” en El Espíritu Nuevo No. 42 (7/IX/1879) pp.395-396, Montevideo.
- 1841 **Sota, Juan Manuel de la** “Historia del Territorio Oriental del Uruguay” Imp. De la Caridad Montevideo. Reedición en Clásicos Uruguayos Vols. 72-73, Montevideo.
- 1845 **(26/V,15/V, 1º/VII) Demófilo (Seudónimo)** “Diccionario al uso. Charrúas” en El Defensor de la Independencia Americana, Miguelete. Publicado por José J. Figueira “Eduardo Acevedo Díaz y los charrúas” Boletín Histórico del Ejército Nos. 193-196 (1977) pp. 302-312, Montevideo.
- 1848 **(7/X)** Artículo en el periódico brasileño “O Americano” de refutación a artículo publicado en el periódico “Iris”, Río de Janeiro. Publicado por José J. Figueira ob. cit. pp. 361- 334, Montevideo.

- 1848 **(30/ X) Rivera, Fructuoso** Carta respuesta a artículo de “O Americano” en el periódico “Iris”, Río de Janeiro. Publicada por Ángel H. Vidal “La leyenda de la destrucción de los charrúas por el Gral. Fructuoso Rivera” en Revista del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay T. IX (1932) pp. 165-194, Montevideo.
- 1848 **(22- 30/XII)** Editoriales de “El Defensor de la Independencia Americana” refutando la carta del Gral. Fructuoso Rivera, Miguelete. Publicados por José J. Figueira ob. cit. pp. 313-328, Montevideo.
- 1849 “Respuesta del Marqués de Grimaldi sobre la cuestión de Límites en la Banda Oriental del Río de la Plata y noticias sobre los dos sitios de la Colonia del Sacramento en 1762 y 1777” en “Biblioteca del Comercio del Plata”, Montevideo.
- 1849 **Rondeau, José** “Autobiografía” en Andrés Lamas “Colección de Memorias y Documentos para la Historia y la Geografía de los Pueblos del Río de la Plata” Biblioteca Comercio del Plata, Montevideo.
- 1850 **Azara, Félix de** “Viajes por la América del Sur desde 1789 hasta 1801 “en Biblioteca “Comercio del Plata”, Montevideo.
- 1850 **(24/X)-1851(24/I) Anónimo** A “La Nueva Troya” escrita por Alejandro Dumas (Refutación) en “El Defensor de la Independencia Americana”, Miguelete. Publicado por José J. Figueira ob. cit. pp. 329-360, Montevideo.
- 1853 **Bermúdez, Pedro Pablo** “El Charrúa. (Drama Histórico)”, Montevideo.
- 1864 **María, Isidoro de** “Compendio de la Historia de la República Oriental del Uruguay” (sucesivas ediciones), Montevideo.
- 1865 **Magariños Cervantes, Alejandro** “Caramurú”, Buenos Aires.
- 1874 **Berra, Francisco J. A.** “Bosquejo histórico de la República Oriental del Uruguay” (sucesivas ediciones), Montevideo.
- 1876 **Escardó, Florencio** “Reseña histórica, estadística y descriptiva con Tradiciones Orales de las Repúblicas Argentina y Oriental del Uruguay desde el descubrimiento del Río de la Plata hasta el año 1876” Imprenta La Tribuna, Montevideo.
- 1877-1879 **Díaz (h.), Antonio** “Historia política y militar de las Repúblicas del Plata” T. I-XIII, Montevideo.
- 1880-2 **Bauzá, Francisco** “Historia de la dominación española en el Uruguay”, Montevideo. Segunda edición corregida y ampliada 1895-1897 T. I-III, Montevideo.
- 1880 **María, Isidoro de** “Elementos de Historia de la República Oriental del Uruguay” (trece ediciones entre 1880 a 1901) Imp. El Siglo Ilustrado, Montevideo.

- 1882 **Cabrer, José María** “Diario de la Segunda Subdivisión de Límites española entre los dominios de España y Portugal en la América Meridional (1784-1786)” en Melitón González “El límite oriental del territorio de Misiones” Imp. El Siglo T. II. Montevideo.
- 1882 **Lamas, Andrés** “Introducción a la Historia de la Conquista del Paraguay. Río de la Plata y Tucumán, escrita por el P. J. Guevara”, Buenos Aires.
- 1883 **Ordoñana, Domingo** “Conferencias sociales y económicas de la República Oriental del Uruguay con relación a su historia política” Imprenta La Colonia, Montevideo.
- 1888 **Miranda, Julián O.** “Apuntes sobre Historia de la República Oriental del Uruguay para uso de las escuelas primarias”, Montevideo.
- 1888 **Zorrilla de San Martín, Juan** “Tabaré”, Montevideo.
- 1888 **(29/1)** “El Indio Isidoro Salinas” La Ilustración del Plata No. 42. Montevideo.
- 1889 **Granada, Daniel** “Vocabulario rioplatense razonado” Imp. Elzeviriana, Montevideo.
- 1890 **(19/VIII) Acevedo Díaz, Eduardo** “La Boca del Tigre” en La Época. Montevideo.
- 1890 **(16/IX) Polanco, Modesto** “Los indios charrúas” La Época, Montevideo.
- 1891 **(7,8,9/VIII) Acevedo Díaz, Eduardo** “Etnología indígena. La raza charrúa a principios de este siglo” en La Época, Montevideo.
- 1892 **Arreguine, Víctor** “Compendio de Historia del Uruguay”, Montevideo.
- 1892 **Figueira, José H.** “Los primitivos habitantes del Uruguay” en “El Uruguay en la Exposición Histórico- Americana de Madrid” Imprenta Artística pp. 121-220, Montevideo.
- 1892 **María, Isidoro de** “Páginas históricas de la República Oriental del Uruguay desde la época del coloniaje”, Montevideo.
- 1893 **Lavalleja, Manuel** “Memorias”. Publicadas por Mariano Balbino Berro en “Las Primeras Ideas”, Montevideo.
- 1894 “Correspondencia Confidencial y Política del Sr. Gabriel A. Pereira 1821-1860” Ed. Ottado y Cardoso, Montevideo.
- 1894 **Figueira, José H.** “Los paraderos y los túmulos” en Benjamín Fernández y Medina “Antología Uruguaya” Ed. Barreiro y Ramos pp.359-366. Montevideo.
- 1897 **Granada, Daniel** “Reseña histórico-descriptiva de antiguas y modernas supersticiones del Río de la Plata” Ed. Barreiro y Ramos, Montevideo. Reeditado en Uruguay en 2003 por Editorial Capibara.

- 1898 (V/VI) **Figueira, José H.** “Los Caínes del Uruguay” Boletín de Enseñanza Primaria Dirección General de Instrucción Pública T. XVIII Nos. 107-108 pp.309-314. Montevideo.
- 1900 **Araújo, Oréstes** “Diccionario geográfico del Uruguay” Imp. Dornaleche y Reyes. Montevideo.
- 1904 **Azara, Félix** “Geografía física y esférica de las Provincias del Paraguay y Misiones Guaranís” Anales del Museo Nacional. Barreiro y Ramos, Montevideo.
- 1904 **Schuller, Rudolph R.** “Prólogo a la Geografía física y esférica.....” de Félix de Azara Anales del Museo Nacional, Montevideo.
- 1905 (22/XII) **Araújo, Oréstes.** “El último charrúa” El Fogón No. 307, Montevideo. También en Revista Histórica T. IV No. 12 (XII- 1911) pp. 641-644, Montevideo.
- 1907 (XII) **Bachini, Antonio** “Galería Indígena. Yamandú” Revista Histórica T. I. No. I pp. 221-231, Montevideo.
- 1909 **Sierra y Sierra, Benjamín** “Aborígenes e indígenas del Uruguay” en Revista Histórica T. II No. 4 p. 26-47, Montevideo.
- 1910 (III) **Araújo, Oréstes** “Arachanes” Revista Histórica T. II No. 6 pp. 716-718, Montevideo.
- 1910 (XII) **Araújo, Oréstes** “Charrúas. Etnografía salvaje. De la educación que los indios charrúas daban a sus hijos” Revista Histórica T. III No. 8 pp. 388-394, Montevideo.
- 1910 **Brito del Pinto, José** “Diario de la Guerra del Brasil (1825-1828)” en Revista Histórica No. 8 y ss., Montevideo. Reeditado de forma completa en 1956. Montevideo.
- 1911 **Araújo, Oréstes** “Historia de los charrúas y demás tribus indígenas del Uruguay” Lib. Cervantes, Montevideo.
- 1911 **Bachini, Antonio** “Galería Indígena. Tabobá. La leyenda de nuestros antropófagos (Apuntes)” Revista Histórica T. IV No. 12 pp. 731-737, Montevideo.
- 1912 **Firpo, Rafael** “Historia del Salto Oriental”, Talleres de Cruz Pérez, Salto.
- 1912 **Pernetty, Dom** “Descripción de Montevideo durante la gobernación del Mariscal don José Joaquín de Viana (1763-1764)”. Revista Histórica T, VI No. 12pp. 264-282, Montevideo.
- 1913 **Araújo, Oréstes** “Tierra Uruguaya. Descripción geográfica de la República Oriental del Uruguay”, Montevideo.
- 1913 - 1915 **Larrañaga, Dámaso A.- Guerra, José R.** “Sobre el descubrimiento y población de la Banda Oriental del Río de la Plata y las ciudades de Montevideo, Maldonado, Colonia, etc...” Revista Histórica T VI No. 18 pp. 611- 627; T. Vil No. [9 pp. 81-108; No. 20 pp. 532-557, Montevideo.

- 1913 **(31/III- 15/IV) Travieso, Carlos** “Otros antecedentes de las instrucciones a Zabala.” en Rivera No. 141-142, Montevideo.
- 1914 **Sierra y Sierra, Benjamín** “Arqueología. Notas aborígenes e indígenas” en Revista Histórica T. VII No. 19 y ss., Montevideo.
- 1916 **Acevedo, Eduardo** “Manual de Historia Uruguaya”, Montevideo.
- 1917 **Miranda, Julián** “El Puerto de San Lázaro y el fuerte de San Salvador” Revista Histórica T. VII No. 22 pp. 183-194, Montevideo.
- 1918 **Larrauri, Agustín** “Pictografías de la República Oriental del Uruguay” Actas de la Primera Reunión Nacional de la Sociedad Argentina de Ciencias Naturales, Tucumán (1916) pp.523-528, Buenos Aires.
- 1923 **Larrañaga, Dámaso A.** “Noticias sobre los minuanes (1813)”. “Compendio del idioma de la nación chaná” en “Escritos del P. D. A. Larrañaga” Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay T. III, Montevideo.
- 1923 **Pereda, Setembrino E.** “El Belén Uruguayo Histórico (1801-1840)” Imp. El Siglo Ilustrado, Montevideo.
- 1924 **(19/III)Travieso, Carlos** “El Gral. Rivera y los charrúas” en “Rivera” No. 186 p. 1-2, Montevideo.
- 1925 **Pereda, Setembrino E.** “El General Rivera. Su primera presidencia (1830-1834)”. Montevideo.
- 1925 **Salaberry S. J., Juan F.** “Valor histórico de Tabaré” Revista Instituto Histórico y Geográfico T. IV No. 2 pp. 589-663, Montevideo.
- 1926 **Salaberry S. J., Juan F.** “Los charrúas y Santa Fé”. Montevideo.
- 1927 **Arredondo, Horacio** “Informe preliminar sobre la arqueología de la boca del Río Negro” Revista de la Sociedad Amigos de la Arqueología T. I pp. 7-45, Montevideo.
- 1927 **Blanco Acevedo, Pablo** “El gaucho. Su formación social” Revista del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay” T. V No. 2 pp.433-444. Montevideo.
- 1927 **Ferrés, Carlos** “Los “Terremotos de los Indios” Revista de la Sociedad Amigos de la Arqueología T 1 pp. 139-149, Montevideo.
- 1927 **Leonhardt S. J., Carlos** “Documentos inéditos relativos a los antiguos jesuitas en la actual República Oriental del Uruguay...” Revista del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay Tomo V No.2 pp.505-556, Montevideo.
- 1927 **Penino, R.-Sollazo, A.** “El paradero charrúa del Puerto de Las Tunas y su alfarería” Revista de la Sociedad “Amigos de la Arqueología” T. I pp. 151-161, Montevideo.
- 1927 **Schiaffino, Rafael** “Historia de la Medicina en el Uruguay” T. I, Montevideo.

- 1928 **Fontana, Mario A.** “Etnografía Uruguaya. Informe sobre las exploraciones de un túmulo indígena en Punta Chaparro, Colonia, Río Uruguay” Revista de la Sociedad “Amigos de la Arqueología” T. II pp. 331-349, Montevideo.
- 1928 **Schiaffino, Rafael** “La “Relación del Sitio, toma y desalojo de la Colonia nombrada del Sacramento, en que se hallaban los Portugueses desde el año 1680, en el Río de la Plata a vista de las Islas de S. Gabriel” Revista del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay T. VI No. I pp. 197-206, Montevideo.
- 1929 **Blanco Acevedo, Pablo** “El gobierno colonial en el Uruguay y los orígenes de la nacionalidad” T. I, Montevideo.
- 1929 **Fernández, Ariosto** “La Banda Oriental a fines de 1812” Boletín de la Junta de Historia y Numismática Americana Vol. VI pp. 153-164, Buenos Aires.
- 1929 **(IV) Travieso, Carlos** “El Gral. Rivera y los charrúas. Viejas patrañas políticas” en “Rivera” No. 220, Montevideo.
- 1930 **Furlong Cardiff S.J., Guillermo** “El padre Pedro Lozano, S. J. Su personalidad y su obra” en Revista de la Sociedad “Amigos de la Arqueología” T. IV, Montevideo.
- 1930 **Mühn S. J., Juan** “El Río de la Plata visto por viajeros alemanes del siglo XVIII” Revista del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay T. VII pp.229-325. Montevideo.
- 1930 **Rivet, Paul** “Les derniers charrúas” Revista Sociedad Amigos de la Arqueología T. IV pp. 5-117, Montevideo.
- 1932 “Correspondencia Militar del año 1825” T. I-II Estado Mayor del Ejército - División Historia y Archivo, Montevideo.
- 1932 **Salaberry S. J., Juan F.** “Los charrúas en la cartografía colonial” Revista del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay T. IX, Montevideo.
- 1932 **Vidal, Ángel H.** “La leyenda de la destrucción de los charrúas” Revista del Instituto Histórico y Geográfico T. IX pp. 165-194, Montevideo.
- 1933 **Azarola Gil, Luis** “Los orígenes de Montevideo 1607-1749”. Montevideo.
- 1933 **Furlong Cardiff S. J., Guillermo** “La “Memoria” de Diego García (1526-1527)” Revista de la Sociedad Amigos de la Arqueología T. VII pp.169-225, Montevideo.
- 1934 **Caviglia, Buenaventura** “Francis, Tomas y John Drake en el Plata” Imp. Morales Hnos., Montevideo.
- 1934 **(II-III) Cabrera, Pablo** “Datos acerca de los indios charrúas extractados del Archivo Provincial de Santa Fe” Tribuna Social, Montevideo.
- 1936 **(10/V) Penino, R.** “Etnografía del Uruguay” Suplemento dominical El Día, Montevideo.

- 1937-1938 “Documentos para servir al estudio de la Independencia Nacional” Ts. I-II Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay. Montevideo.
- 1937 **Gómez Haedo, Juan Carlos** “Un vocabulario charrúa desconocido” Boletín de Filología Instituto de Estudios Superiores T. I No. 4-5 p. 323-350, Montevideo.
- 1937 **Lafuente Machain, Ricardo de** “Poblaciones efímeras (Río de San Juan y San Salvador)” Revista del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay T. XIII pp. 195-226, Montevideo.
- 1937 **Perea y Alonso, Sixto** “Apuntes para la prehistoria indígena del Río de la Plata y especialmente de la Banda Oriental...” Boletín de Filología T. I Instituto de Estudios Superiores. Montevideo.
- 1937 **(IX) Valdés, Pablo Lavalleja** “Los últimos charrúas” Campos y Arados Año I No. 7, Montevideo. Otra edición en El Pueblo (Edición especial) III 1941.Tacuarembó.
- 1938 **(9/X) Escuder, Ricardo** “La última visión de los indios charrúas” Suplemento dominical El Día, Montevideo.
- 1938 **Falcao Espalter, Mario** “Una expedición contra los charrúas a mediados del siglo XVIII” en “Conferencias del curso de 1937” Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay Imp. El Siglo Ilustrado, Montevideo.
- 1938 **(16/X) Fernández Saldaña, José María** “El episodio de Yacaré Cururú. Muerte de Bernabé Rivera” Suplemento dominical El Día, Montevideo.
- 1938 **Instituto Geográfico Militar** “Documentos relativos a la ejecución del Tratado de Límites de 1750” Imp. El Siglo Ilustrado, Montevideo.
- 1938 **Oliveres, Francisco N.** “Población indígena de la región Noreste de la República: Cerro Largo y Treinta y Tres” en “Conferencias del curso de 1937” Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay Imp. El Siglo Ilustrado, Montevideo.
- 1938 **Perea y Alonso, Sixto** “Transcripción tipográfica y exégesis filológica provisional del Códice Vilardebó” Boletín de Filología Instituto de Estudios Superiores T. II Nos. 6-7 Montevideo.
- 1938 **Pereda, Setembrino E.** “Paysandú en el siglo XVIII” Imp. El Siglo Ilustrado, Montevideo.
- 1939 **Perea y Alonso, Sixto** “Inventario del acervo lingüístico conocido de los indígenas de la Banda Oriental del Uruguay...” Boletín de Filología Instituto de Estudios Superiores T. II, Montevideo.
- 1940 **(IX) Duprey, Jacques** “El fin de los últimos guerreros charrúas que escaparon a la matanza de Salsipuedes” Revista Nacional T. XII No. 35 pp. 216-222 Montevideo.
- 1940 **(IX) Storni, Julio C.** “Nombres guaraníes de tribus” Boletín de Filología Instituto de Estudios Superiores T. III, Montevideo.

- 1942 **(XII) Freitas, Carlos A. de** “Alfarería del delta del Río Negro (Paradero la Blanqueada)” Revista Histórica T. XIII Nos. 38-39 pp.363-418 Montevideo.
- 1942 **(17/V) Roselli, F. L.** “Sensacional hallazgo arqueológico en Punta Chaparro. Noticia preliminar” El Eco de Palmira No. 553, Nueva Palmira.
- 1944 **(8/X) Bardier Indart, Mauro** “Yamandú” Suplemento dominical El Día, Montevideo.
- 1944 **(17/XII) Bardier Indart, Mauro** “Una flota charrúa” Suplemento dominical El Día, Montevideo.
- 1944- **al presente. Comisión Nacional del Archivo Artigas** “Archivo Artigas” Ts. I-XXXIII, Montevideo.
- 1944 **Domenech, Gervasio** “Pampas y otros indios en la Banda Oriental” Apartado de la Revista de la Sociedad “Amigos de la Arqueología” T. IX Montevideo.
- 1945 **Seijo, Carlos** “Maldonado y su región” Imp. El Siglo Ilustrado, Montevideo. Reeditado por la Intendencia de Maldonado, en 1999.
- 1946 “Archivo Gral. Juan Antonio Lavalleja 1836-1837” Archivo General de la Nación, Montevideo.
- 1947-1977 “Correspondencia Militar” Estado Mayor del Ejército - Boletín Histórico (en sucesivos números), Montevideo.
- 1948 **(XII) Carámbula de Barreiro, Margarita** “A la muerte del bravo coronel don Bernabé Rivera. Epicedio o Canción Funeral” Revista Histórica Nos. 46-48 pp. 491- 501. Montevideo.
- 1948 **(28/XI) Fernández. Saldaña, José María** “El indio Amarillo sitia el Salto” Suplemento dominical El Día, Montevideo.
- 1949 **Plácido, A. D.** “Tabaré” o la Epopeya del Indio” Revista del Instituto Histórico y Geográfico T. XVIII pp. 205-226, Montevideo.
- 1950 **Clare, Dardo** “Retablo charrúa” 1º ed. Ed. Alfa, Durazno. Tercera edición, 1959 Ed. Medina Montevideo, es la más completa.
- 1950 **Petit Muñoz, Eugenio** “La vivienda charrúa” Revista de la Facultad de Humanidades y Ciencias No. 5 pp. 37-80, Montevideo.
- 1950 **Petit Muñoz, Eugenio** “Artigas y los indios” en “Artigas” edición de El País pp. 253-268, Montevideo.
- 1951 **Acosta y Lara, Eduardo** “Los Charrúas y Artigas” Revista de la Sociedad “Amigos de la Arqueología” T. XI pp. 103-148, Montevideo.
- 1951 **Arredondo, Horacio** “Civilización del Uruguay” Instituto Histórico y Geográfico T. 1, Montevideo.
- 1952 **Mariluz Urquijo, José M.** “La expedición contra los charrúas en 1801 y la fundación de Belén” Revista Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay T. XIX pp. 53-93. Montevideo.

- 1953 **Ayestarán, Lauro** “La música en el Uruguay” Vol. I SODRE, Montevideo.
- 1953 **Brito Stéfano, Rogelio** “Noticias anónimas sobre el estado de los campos de la Banda Oriental al finalizar el siglo XVIII” Revista Histórica Museo Histórico Nacional Nos.52-54 pp.301-527, Montevideo.
- 1953 **(4/X) Fernández, Ariosto** “París bajo la emoción charrúa” Suplemento dominical El Día, Montevideo.
- 1953 **Freitas, Antonio M. de** “El levantamiento de 1825” 2ª. Ed. Editorial Florensa y Lafón, Montevideo.
- 1953 **Freitas, Carlos A. de** “Obras completas” Revista de la Sociedad “Amigos de la Arqueología” T. XII pp.41-213. Montevideo.
- 1953 **(I/III) Maeso, C.** “Investigaciones arqueológicas en los túmulos de San Luis” Anales de Instrucción Primaria Época II T. XVI Nos. 1-3 pp. 329-333 Montevideo.
- 1953 **(1/XI) Maruca Sosa, Rodolfo** “Primitivos habitantes del litoral” Suplemento dominical El Día, Montevideo.
- 1953 **(13/IX) Vidart, Daniel** “Antropología de la patria vieja. El indio” Suplemento dominical El Día, Montevideo.
- 1954 **(25/IV) Fernández, Ariosto** “Toponimia y arqueología en torno de un plano y mensura por A. H. Minsen” Suplemento dominical El Día, Montevideo.
- 1954 **(20/VI) Fernández, Ariosto** “La jornada del Yrao. 1834” Suplemento dominical El Día, Montevideo.
- 1954 **(24/1) Figueira, José J.** “Los túmulos de la región del este del territorio uruguayo” Suplemento dominical El Día. Montevideo.
- 1954 **(1-111) García, Flavio** “Espigas de la Patria Vieja” Boletín Histórico del Ejército No. 62 pp. 20-30, Montevideo.
- 1954 **(31/1) Maruca Sosa, Rodolfo** “Los charrúas, distribución y ambiente en que vivían” Suplemento dominical El Día, Montevideo.
- 1954 **(28/11) Maruca Sosa, Rodolfo** “Los charrúas y sus costumbres” Suplemento dominical El Día, Montevideo.
- 1954 **(18/IV) Maruca Sosa, Rodolfo** “Los charrúas. Alimentos y refugios” Suplemento dominical El Día, Montevideo.
- 1954 **(2/V) Maruca Sosa, Rodolfo** “Los charrúas” Suplemento dominical El Día, Montevideo.
- 1954 **(4/VII) Maruca Sosa, Rodolfo** “Noticia Toponímica Indígena” Suplemento dominical El Día, Montevideo.
- 1954 **(18/VII) Maruca Sosa, Rodolfo** “Arqueología indígena del Uruguay. Paradero y arte lítico” Suplemento dominical El Día, Montevideo.
- 1954 **(5/IX) Maruca Sosa, Rodolfo** “Algunos vocablos de nuestros indios” Suplemento dominical El Día, Montevideo.

- 1954 (5/XII) **Maruca Sosa, Rodolfo** “Alfarería indígena del Uruguay” Suplemento dominical El Día, Montevideo.
- 1954 (26/XII) **Maruca Sosa, Rodolfo** “Alfarería de la zona chaná” Suplemento dominical El Día, Montevideo.
- 1954 **Muñoa, J. I.** “Contribución a la antropología física del Uruguay” Anales del Museo de Historia Natural Vol. VI No. 4, Montevideo.
- 1954 (I-III) **“Partes Oficiales de la Recuperación de las Misiones Orientales”** Estado Mayor del Ejército Boletín Histórico No. 62 pp.87-92. Montevideo.
- 1955 **Acosta y Lara, Eduardo** “Los chaná-timbúes en la Banda Oriental” Apartado de Anales del Museo de Historia Natural Vol. VI No.5, Montevideo.
- 1955 **García, Flavio** “Un Expediente de los Apoderados del Gremio de Hacendados y un Testimonio de Artigas en 1803” Boletín Histórico del Ejército No. 67 pp. 3-54, Montevideo.
- 1955 (20/III) **Maruca Sosa, Rodolfo** “El charrúa Ramón Mataojo” Suplemento dominical El Día, Montevideo.
- 1955 (15/V) **Maruca Sosa, Rodolfo** “Efigies charrúas” Suplemento dominical El Día, Montevideo.
- 1955 (10/VII) **Maruca Sosa, Rodolfo** “El indio en el naípe” Suplemento dominical El Día, Montevideo.
- 1955 (7/VIII) **Maruca Sosa, Rodolfo** “Tacuabé” Suplemento dominical El Día, Montevideo.
- 1955 (15/IX) **Maruca Sosa, Rodolfo** “Vaimaca (Pirú) y Senaqué” Suplemento dominical El Día, Montevideo.
- 1955 **Montero Martínez, Homero** “El Río Uruguay. Geografía, historia y geopolítica de sus aguas y sus islas” Revista Histórica Nos. 61-63, 64-66, 67-69, 70-72, Montevideo.
- 1955 **Vadell, Natalio Abel** “Antecedentes Históricos del Antiguo Puerto de Las Vacas (El Carmelo), del extinguido Pueblo de Las Víboras y de la Calera de las Huérfanas”, Buenos Aires.
- 1956 **Blixen, Olaf** “Acerca de la supuesta filiación arawak de las lenguas indígenas del Uruguay” Boletín de la Sociedad de Antropología del Uruguay No. 2. Montevideo.
- 1956 **Gadea, Juan A.** “Una página de historia desconocida. Donaciones artiguistas de tierras públicas 1808-1810” Boletín Histórico del Ejército No. 69, Montevideo.
- 1957 **Acosta y Lara, Eduardo** “Los charrúas y minuanes en el avance portugués de 1801” Boletín Histórico del Ejército Nos. 71-72, Montevideo.
- 1957 **Figueira, José Joaquín** “Contribución al estudio de la bibliografía de los aborígenes del Uruguay “Los Charrúas” de Pedro Stagnero y

- “Cerros de las Cuentas” por Mario Isola” Talleres Gráficos Gaceta Comercial, Montevideo.
- 1957 **García, Flavio** “Espigas de todas las “Patrias” Orientales (1666-1887)” Boletín Histórico del Ejército Nos. 71-72 pp.53-113, Montevideo.
- 1957 **García, Flavio** “Rondeau en la Horqueta del Yrao (1804)” en “Otras espigas del período hispano-oriental” Boletín Histórico del Ejército Nos. 73-74 pp.20-45, Montevideo.
- 1957 **Laguarda Trías, Rolando A.** “Viaje del portugués Pero Lopes de Sousa al Río de la Plata en 1531” Revista de la Sociedad Amigos de la Arqueología T. XV pp. 103-170, Montevideo.
- 1957 **Laguarda Trías, Rolando A.** “El enigma del viajero Acarette du Biscay” Revista de la Sociedad “Amigos de la Arqueología” T. XV pp.227-270. Montevideo.
- 1957 **Maruca Sosa, Rodolfo** “La nación charrúa” (Realizado sobre la base de varios artículos del autor publicados en el Suplemento dominical El Día, desde 1953) Ed. Letras. Montevideo.
- 1957 **(17X11) Maruca Sosa, Rodolfo** “Los charrúas de 1833 en París” Suplemento dominical El Día, Montevideo.
- 1957 **Pivel Devoto, Juan E.** “Raíces coloniales de la Revolución Oriental de 1811”, Montevideo.
- 1957 **Saldanha, José de** “Noticia sobre los Minuanes” Boletín Histórico del Ejército Nos. 71-72 pp. 186-189, Montevideo.
- 1958 **(IV-VI) Maeso Tognochi, Carlos** “Investigaciones Arqueológicas” Anales del Consejo Nacional de Enseñanza Primaria y Normal pp. 185- 194, Montevideo.
- 1958 **Schulkin, Augusto** “Historia de Paysandú. Diccionario biográfico” Ts. I-III Ed. Von Roosen, Buenos Aires.
- 1958-1959 **Da Veiga Cabral, Sebastiao** “Descrição Corográfica y Coleção Histórica do Continente da Nova Colonia do Sacramento” Revista del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay T. XXIV pp.99-363, Montevideo.
- 1959 **Figueira, José J.** “François de Curel. Noticias biográficas y bibliográficas” Boletín Histórico del Ejército Nos. 80-83, Montevideo.
- 1959 **Riverós Tula, Aníbal** “Historia de la Colonia del Sacramento 1680-1830” Revista del Instituto Histórico y Geográfico T, XXII. Montevideo.
- 1960 **Cordero, Serafin** “Los charrúas. Síntesis etnográfica y arqueológica del Uruguay” Editorial Mentor. Montevideo.
- 1960 **(10/I) Maruca Sosa, Rodolfo** “Pipas de arcilla halladas en territorio uruguayo” Suplemento dominical El Día, Montevideo.

- 1960 (10/I) **Pérez de Castro, J. L.** “Del alarido celta al charrúa. Grito biológico agresivo y de expansión” Suplemento dominical El Día, Montevideo.
- 1961 **Acosta y Lara, Eduardo** “La Guerra de los Charrúas en la Banda Oriental. P. Hispánico”, Montevideo.
- 1961 **Bonino de Langguth, Violeta** “Los primitivos habitantes del Uruguay y el uso de los moluscos en su economía, en su decoración y en sus ritos” Comunicaciones de la Sociedad Malacológica del Uruguay Vol. 1 No. 1 pp. 11-14, Montevideo.
- 1961-1962 **Saint Hilaire, Auguste de** “Viaje a Río Grande del Sur. Impresiones de la Cisplatina” Anales Históricas de Montevideo Museo y Archivo Histórico Municipal T. IV pp.309- 532, Montevideo.
- 1962 **Figueira, José J.** “Los primitivos pobladores de Salto” en álbum “Salto: voz de la tierra y el hombre” Ed. Minas, Montevideo.
- 1962 **Figueira, José J.** “Relaciones etnográficas entre Argentina y Uruguay” Jornadas Internacionales de Arqueología y Etnografía- Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.
- 1962 **López Monfiglio, César M.** “El totemismo entre los charrúas” Cuadernos de Antropología No. 1 Centro de Estudios Arqueológicos y Antropológicos Americanos “Dr. Paul Rivet”, Montevideo.
- 1963 (28/VII) **Campal, Esteban F.** “Ganados, indios, tabaco y yerba” Suplemento dominical El Día, Montevideo.
- 1963-1964 “Correspondencia del Gral. Fructuoso Rivera con Julián de Gregorio Espinosa” (Advertencia de Elisa Silva Cazet) Revista Histórica T. XXXIV pp. 292-355; T. XXXV pp. 413-529, Montevideo. Se editó con posterioridad por el Parlamento en un tomo, 1993, Montevideo.
- 1963 **Figueira, José J.** “Los primitivos habitantes de Rivera” en álbum “Rivera 1862-1962” Ed. Minas, Montevideo.
- 1963 **Vilardebó, T. M.** “Noticias sobre los indios charrúas dadas por el Sargento Mayor Benito Silva 1841” Edición anotada por Baltasar Luis Mezzera Artes gráficas Covadonga, Montevideo.
- 1964 **Acosta y Lara, Eduardo** “Panorama general de las culturas indígenas” Revista Amerindia No. 2, Montevideo.
- 1964 **Anaya, Carlos** “Biografía del Opressor de su Patria en la Vanda Oriental del Uruguay D. Fructuoso Rivera” Revista Histórica del Museo Histórico Nacional -MEC Nos. 103-105 pp. 781-870, Montevideo.
- 1964 **Arouche de Moraes Lara, Diego** “Memoria de la Campaña de 1816” Boletín Histórico del Ejército Nos. 100-103 pp. 85-176, Montevideo.
- 1964 (3/V) **Campá Soler, Raúl** “Culturas paleolíticas en el Uruguay. A cinco años de su descubrimiento científico” Suplemento dominical El Día, Montevideo.

- 1964 **(18/VI) Figueira, José J.** “El cacique Vaimaca Perú fue soldado de Artigas” Suplemento de Acción, Montevideo.
- 1964 **Pivel Devoto, Juan** (Dirección) “Colección de Documentos para la Historia Económica y Financiera de la República Oriental del Uruguay” T. I (Tierras 1734-1810) Ministerio de Hacienda, Montevideo.
- 1964 **Rona, José Pedro** “Nuevos elementos acerca de la lengua charrúa” Facultad de Humanidades y Ciencias, Montevideo.
- 1964 **Roselli, Lucas** “Una cerámica prehispánica, ornitomorfa y ceremonial del Uruguay” Amerindia - Centro de Estudios Arqueológicos y Antropológicos Americanos “Dr. Paúl Rivet” No. 2 pp. 39-56 Montevideo.
- 1965 **Figueira, José J.** “Breviario de Etnología y Arqueología del Uruguay” en Boletín Histórico del Ejército Nos. 104-105 pp.29-68, Montevideo.
- 1965 **Muñoa, J. I.** “Los pueblos prehistóricos del territorio uruguayo” Edición y notas de Daniel Vidart. Cuadernos Antropológicos No. 3 Centro de Estudios Dr. Paúl Rivet, Montevideo.
- 1965 **(13/VI) Sabat Pebet, Juan Carlos** “Sobre nuestras lenguas aborígenes” Cuadernos El Plata, Montevideo.
- 1965 **Santos, Osmar** “Primer mapa arqueológico del Departamento de Rivera” Boletín del Centro de Arqueología de Rivera No. 1 pp. 11-21. Rivera.
- 1966 **Apolant, Juan Alejandro** “Génesis de la familia uruguaya” Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay, Montevideo.
- 1966 **(30/I) Campá Soler, Raúl** “Un mapa arqueológico para Uruguay” Suplemento dominical El Día, Montevideo.
- 1966 **González, Silvestre** “Diario de viaje a las Vaquerías del Mar (1705)” Presentado por Baltasar Luis Mezzera, Montevideo.
- 1967 **Acosta y Lara, Eduardo F.** “El cacique don Manuel Artigas” Boletín Histórico del Ejército Nos. 112-115 pp.237-240, Montevideo.
- 1967 **Fajardo Terán, Florencia-Gadea, Juan Alberto** “Influencia de Félix de Azara en el Pensamiento Artiguista” pp. 23-132 Junta Departamental, Montevideo.
- 1967 **Lockhart, Washington** “La vida cotidiana en la Colonia” Ed. Arca. Montevideo.
- 1967 **Pérez Fontana, Velarde** “Historia de la Medicina en el Uruguay” T. I Ministerio de Salud Pública, Montevideo.
- 1967 **Ponce de León, Luis R.** “Minuanes o Guenoas. Eran nuestros indígenas en la época de la fundación de Montevideo” Boletín Histórico del Ejército Nos. 112-114 pp. 23-40, Montevideo.
- 1968 **Boretto, René** “Paraderos indígenas de las costas del Río Uruguay en el departamento de Río Negro” Uruguay Indio III Museo Municipal de Historia Natural. Fray Bentos.

- 1968 **Figueira, José J.** “Un viaje presolisiano al Río de la Plata” Boletín Histórico del Ejército Nos. 116-119 pp. 203-214, Montevideo.
- 1968 **Lermitte, Carlos** “Introducción a Los últimos Charrúas de Paul Rivet” Revista Nacional No. 233 pp. 191-215. No. 234 pp. 369-391, Montevideo.
- 1968 **Petit Muñoz, Eugenio** “El mundo indígena” en Enciclopedia Uruguaya No. 1. Montevideo.
- 1968 **Sala de Touron, Lucía-Rodríguez, Julio C.- Torre, Nelson de la** “Evolución económica de la Banda Oriental” Ed. Pueblos Unidos, Montevideo.
- 1969 **Acosta y Lara, Eduardo** “La Guerra de los Charrúas en la Banda Oriental. P. Patrio” Montevideo.
- 1969 **Assunção, Fernando** “El gaucho, su espacio y su tiempo” Ed. Arca, Montevideo.
- 1969 **(11,18,25/V) Barrios Pintos, Aníbal** “La trágica muerte de Bernabé Rivera” Suplemento dominical El Día, Montevideo.
- 1969 **(24/VIII) Barrios Pintos, Aníbal** “Las parcialidades indígenas que encontrara Gaboto en nuestro territorio” Suplemento dominical El Día. Montevideo.
- 1969 **(16/XI) Barrios Pintos, Aníbal** “El informe (A.G.) Oxchufvud (sic) sobre el ocaso de los charrúas” Suplemento dominical El Día, Montevideo.
- 1969 **Boretto, René** “Hallazgo de un esqueleto indígena en la Isla del Vizcaíno” Museo Municipal de Historia Natural, Fray Bentos.
- 1969 **(10/VII) Montero López, Pedro** “Inhumación de los restos de Bernabé Rivera en Bella Unión, 2 de julio de 1832” La Mañana, Montevideo.
- 1969 **Pi Hugarte, Renzo** “El Uruguay Indígena” Colec. Nuestra Tierra No. 1 Montevideo.
- 1969 **Ponce de León, Luis R.** “La primera guerra de Montevideo” Boletín Histórico del Ejército Nos. 120-123 pp.30-53, Montevideo.
- 1969 **Sabat Pebet, Juan Carlos-Figueira, José Joaquín** “Las lenguas indígenas del Uruguay” Boletín Histórico del Ejército Nos. 120-123 pp.188-220, Montevideo.
- 1969 **Taddei, Antonio** “Un yacimiento de Cazadores Superiores del Medio Río Negro Uruguay” Revista Pesquisas pp. 57-58, San Leopoldo.
- 1970 **(18/I) Barrios Pintos, Aníbal** “Una inédita descripción de nuestras costas (1626)” en Suplemento dominical “El Día”, Montevideo.
- 1970 **(29/III) Barrios Pintos, Aníbal** “La doctrina de Fray Francisco de Ribas Gavilán” Suplemento dominical El Día, Montevideo.
- 1970 **(19/VII) Barrios Pintos, Aníbal** “Palabras de la lengua charrúa en opinión de Lehmann-Nitsche” Suplemento dominical El Día, Montevideo.

- 1970 **(XII) Bladh, Carlos Eduardo** “El Uruguay de 1831 a través del viajero sueco Carlos Eduardo Bladh” (Advertencia de Juan E. Pivel Devoto) Revista Histórica T. XLI Nos. 121-123 pp. 705-730, Montevideo.
- 1970 **Oxchufvud, A. G.** “Informe sobre la destrucción de los charrúas y el traslado de los cautivos a Montevideo” Revista Histórica Nos. 121-123 Montevideo.
- 1971 **Barrios Pintos, Aníbal** “Historia de los Pueblos Orientales “T. I Ed. Banda Oriental. Montevideo. Edición completa Ts. I-II Academia Nacional de Letras 2000, Montevideo.
- 1971 **García, Flavio A.** “Algunas piezas intercambiadas en la correspondencia activa Azara-Lastarria 1800-1801” Boletín Histórico del Ejército Nos. 128-131 pp. 121-160. Montevideo.
- 1971 **Ponce de León, Luis R.** “Baltasar García Ros y la política española ante Colonia del Sacramento” Boletín Histórico del Ejército Nos. 128-131 pp. 89-120, Montevideo.
- 1972 **(31/XII) Montero López, Pedro** “Los últimos charrúas y el teniente Obes” Suplemento dominical El Día, Montevideo.
- 1973 **Boretto, R.- Bernal, R.- Schmitz, I. - Basile Becker, I.** “Arqueología del Departamento de Río Negro. Esquema tentativo de una secuencia cronológica para sitios del Río Uruguay y Río Negro” I Congreso Nacional de Arqueología II Encuentro de Arqueología del Interior, Fray Bentos.
- 1973 **Barrios Pintos, Aníbal** “Historia de la ganadería en el Uruguay 1574-1971” Biblioteca Nacional, Montevideo.
- 1973 **Escobar, Washington** “Tierra charrúa” Museo del Indio y del Gaucho, Tacuarembó.
- 1973 **(11/III) García, Flavio, A.** “Charrúas semi sedentarios” Suplemento dominical El Día, Montevideo.
- 1973 **(31/VIII) Gómez, A.** “Falleció anciano que decía ser nieto del Cacique Sepe” El Día. Montevideo.
- 1973 **(6/IX) Gómez A.** “Más opiniones sobre el cacique Sepé” El Día Montevideo.
- 1973 **Vidart, Daniel** “Diez mil años de prehistoria uruguaya” Fundación Editorial “Unión del Magisterio”, Montevideo.
- 1974 **(19/V) Barrios Pintos, Aníbal** “Aquél año de 1785 en la reducción charrúa de la Concepción” Suplemento dominical El Día, Montevideo.
- 1974 “Libro Copiador de Oficios del Ejército del Norte” Estado Mayor del Ejército - Boletín Histórico Nos. 128-131 pp. 161-238, Montevideo.
- 1975 **Barrios Pintos, Aníbal** “Aborígenes e indígenas del Uruguay” Ed. Banda Oriental. Montevideo.
- 1975 **Campá Soler, Raúl - Dörries, Cristian** “Atlas de prehistoria referente a la República Oriental del Uruguay” Biblioteca F. V., Buenos Aires.

- 1975 **Consens, Mario** “Cien años de arqueología rupestre en el Uruguay” IV Congreso Nacional de Arqueología, Melo.
- 1975 **Lockhart, Washington** “Soriano: antecedentes, fundación, consecuencias” Fundación de Cultura Universitaria, Montevideo.
- 1976 **García, Flavio** “Los acontecimientos de 1825 en la Provincia Oriental a través de la prensa rioplatense” T. I-II Comisión Nacional de Homenaje del Sesquicentenario de los Hechos Históricos de 1825, Montevideo.
- 1976 **Pueyrredón, Manuel A.** “Campana de Misiones en 1828” en Boletín Histórico del Ejército No. 153-156 pp, 171-204, Montevideo.
- 1977 **Abadie Aicardi, Aníbal - Abadie Aicardi, Oscar** “Portugueses y brasileños hacia el Río de la Plata. Un informe geopolítico (1816)” Ed. Pool, Recife.
- 1977 **Baeza, J.- Taddei, A.- Femenias, J.- Rodríguez, O.- Melgar, W.- Díaz, A.- Fornaro, M.** “Investigaciones arqueológicas en el área de Salto Grande: tres primeros radiocarbonos” Anales V Encuentro de Arqueología del Litoral, Fray Bentos.
- 1977 **Basile Becker, Itala I.- Paris de Cebey, Juana** “Os índios da Banda Oriental Charrúa e Minuano: Histórico, abastecimento e assentamento. Sua relação com as frentes de expansão” Anales V Encuentro de Arqueología del Litoral Ministerio de Educación y Cultura Intendencia de Río Negro pp.89-110, Fray Bentos.
- 1977 **Consens, Mario -Bespali, Yubarandt** “Vinculaciones estilísticas entre el arte rupestre del Uruguay y la Patagonia” Actas y Memoria del Cuarto Congreso Nacional de Arqueología Argentina, Segunda parte T. IV pp. 27-36, San Rafael.
- 1977 **Figueira, José J.** “Eduardo Acevedo Díaz y los aborígenes del Uruguay” Boletín Histórico del Ejército Nos. 189-192 / 193-196 pp. 115-618. Montevideo.
- 1977 **(17, 24/IV) Martínez Rovira, Eduardo** “Apuntes del campo de Rocha. Minuanes, tapes y charrúas en los informes de Francisco Gorriti, Gaspar de Munibe y Perico el Canario (1750-1752)” Suplemento dominical El Día, Montevideo.
- 1977 **Taddei, Antonio** “Las industrias líticas arqueológicas de los ríos Tacuarembó Grande y Chico” V Encuentro de Arqueología del Litoral Museo de Historia Natural de Río Negro p. 225-243, Fray Bentos.
- 1978 **Acosta y Lara, Eduardo F.** “Los guaraníes en el antiguo territorio de la República Oriental del Uruguay” Revista de la Sociedad Amigos de la Arqueología T. XVII pp. 87-105, Montevideo.
- 1978 **Assunção, Fernando** “El Gaucho. Estudio socio-cultural” Dirección Gral. de Extensión Universitaria Ts. I-II. Montevideo.

- 1978 **Figueira, José J.** “De las “Memorias” del Brig. Gral. Don Antonio Díaz. Apuntes varios sobre los indios charrúas del Uruguay” Estado Mayor del Ejército -Departamento de Estudios Históricos. Montevideo.
- 1979 **Arteaga Saenz, Juan José** “Antología de documentos del siglo XVI americano” Facultad de Humanidades y Ciencias, Montevideo.
- 1979 **Barríos Pintos, Aníbal** “Paysandú en escorzo histórico” Intendencia de Paysandú- Dirección de Cultura, Montevideo.
- 1979 **Melgar, Wilder** “Aportes del Centro de Estudios Arqueológicos a la prehistoria del Uruguay” Anales V Encuentro de Arqueología del Litoral pp. 201-208, Fray Bentos.
- 1979 **Lockhart, Washington** “Historia de Soriano “ Revista Histórica de Soriano No. 22, Mercedes.
- 1979 **Taddei, A.- Campos, J. - Bosch, A.** “Las industrias líticas arqueológicas de los ríos Tacuarembó Grande y Chico” V Encuentro de Arqueología del Litoral pp. 223-243, Fray Bentos.
- 1980 **(IV) Blixen, Olaf** “Sobre el llamado Complejo Charrúa” Boletín del Museo Nacional de Historia Natural Vol. 2 No. 28, Montevideo.
- 1980 **Taddei, Antonio** “Las industrias líticas del Uruguay y su relación con Pampa-Patagonia” V Congreso Nacional de Arqueología Argentina, San Juan.
- 1981 **Acosta y Lara, Eduardo** “Un linaje charrúa en Tacuarembó (a 150 años de Salsipuedes)” Revista Facultad de Humanidades y Ciencias. Serie Ciencias. Antropológicas Vol, I No. 2. Montevideo.
- 1981 **Barríos Pintos, Aníbal** “Canelones. Su proyección en la historia nacional” Intendencia Departamental de Canelones T. 1. Montevideo.
- 1981 **Barríos Pintos, Aníbal** “Caciques Charrúas en Territorio Oriental” Almanaque del Banco de Seguros del Estado pp. 86-89, Montevideo.
- 1981 **(29/III) Barríos Pintos, Aníbal** “Caciques abipones, guaraníes y minuanes en territorio oriental” Suplemento dominical El Día, Montevideo.
- 1981 **(13/XII) Schulkin, Augusto I.** “El imposible Tabaré...” Suplemento dominical El Día, Montevideo.
- 1982, 1991 **González Rissoto, Rodolfo- Rodríguez Varese, Susana** “Contribución al estudio de la influencia guaraní en la formación de la sociedad uruguaya” Revista Histórica Nos. 160-162 pp. 200-316 / No. 163 pp. 219-295, Montevideo.
- 1982 **Martínez Rovira, Eduardo** “Entre el olvido y la memoria. Apuntes de Rocha y Maldonado” Universidad de la República, Montevideo.
- 1983 **Acosta y Lara, Eduardo** “Nuevos documentos relativos a la muerte del Coronel Bernabé Rivera” Revista de la Facultad de Humanidades y Ciencias Serie Historia Vol. I No. 1, Montevideo.

- 1983 **(10,17/IV) Barrios Pintos, Aníbal** “Los indígenas del ciclo histórico en el actual departamento de Lavalleja” Suplemento dominical El Día, Montevideo.
- 1983 **Cabrera, Leonel** “Los repartos indígenas de 1831” Revista Antropológica Año 1 No. 2 pp. 31-34.
- 1983 **Crawford, Leslie** “La Provincia Uruguay del Tape” Ed. Geosur, Montevideo.
- 1983 **(6/XI) Palma, Daniel** “Son estos los últimos charrúas” Suplemento dominical. El País, Montevideo.
- 1984 **de Santiago, Rafael** “Historia del 3°. de Caballería” Departamento de Estudios Históricos del Ejército, Montevideo.
- 1984 **Vega Castillos, Uruguay R.** “La muerte de Etienne Moreau. Un episodio de la historia rochense”, Montevideo.
- 1985 **Acosta y Lara, Eduardo** “Salsipuedes 1831. Los lugares” Revista de la Facultad de Humanidades y Ciencias Serie Ciencias Antropológicas Vol. 1 No.4. Montevideo.
- 1985 **Centro de Estudios Arqueológicos (Varios autores)** “Estado actual de las investigaciones arqueológicas en el Uruguay” 1ª. parte Publicación No. 3, Montevideo.
- 1985 **de Santiago, Rafael** “Historia del 2°. de Caballería” Dpto. Estudios Históricos del Ejército, Montevideo.
- 1985 **Padrón Favre, Oscar** “El aporte poblacional indígena a la sociedad uruguaya” I Encuentro Nacional de Historia- Revista Hoy es Historia No. 14 (1986) pp. 87-92. Montevideo.
- 1986 **(IV-VI) Consens, Mario** “Situación actual de la prehistoria uruguaya” Revista Hoy es Historia No. 15 pp.80-94, Montevideo.
- 1986 **Giancotti Tassone, Vicente** “¿En qué estado se hallan los estudios relativos a los indígenas del Uruguay?” Revista “América Meridional” No. 6 pp. 95-111. Montevideo.
- 1986 **Padrón Favre, Oscar** “Sangre indígena en el Uruguay”, Montevideo.
- 1986 **Padrón Favre, Oscar** “Entrega de niños charrúas en el Durazno” Revista Antropológica No. 4 pp.3-7, Montevideo.
- 1986 **Sans, Mónica-Mañé Garzón, Fernando -Kolski, Renée** “Presencia de mancha mongólica en recién nacidos en Montevideo” Archivos de Pediatría del Uruguay No. 57 pp. 149-156, Montevideo.
- 1987 **Cavellini, Susana** “Síntesis etnohistórica” en “Misión de Rescate Arqueológico de Salto Grande” Ministerio de Educación y Cultura T. I pp. 81-140, Montevideo.
- 1987 **Houot, Annie** “Resultados de los trabajos arqueológicos anteriores en la región del proyecto y zonas vecinas” (Incluye Bibliografía Crítica) en “Misión de Rescate Arqueológico de Salto Grande” MEC T. I pp. 145-317, Montevideo.

- 1987 **Mora, Rene** “Restos cerámicos campaniformes” Revista Hoy es Historia No. 21 pp.69-83, Montevideo.
- 1987 **(VI) Padrón Favre, Oscar** “Presencia indígena en nuestra historia” Revista Hoy es Historia No. 21 pp.84- 90, Montevideo.
- 1987 **Peláez Castello, Emilio** “Bibliografía crítica sobre artículos en periódicos” en “Misión de Rescate Arqueológico de Salto Grande” MEC T. I pp. 319-338 Montevideo.
- 1987 **(XI-XII) Pistilli S. J. Vicente** “La cronología de Ulrich Schmidel “ Revista “Hoy es Historia” No. 24 pp.61-76, Montevideo.
- 1988 **Cabrera Pérez, Leonel** “Panorama retrospectivo y situación actual de la arqueología uruguaya” Facultad de Humanidad y Ciencias, Montevideo.
- 1988 **Doblas, Gonzalo de** “Escritos relativos a la Provincia de Misiones 1785-1805” con Estudio Preliminar de Walter Rela Ediciones de la Plaza, Montevideo.
- 1988 **Hunter, J. A.** “El poder charrúa. Raíces de la orientalidad” Ed. Tae, Montevideo.
- 1988 **Mattos, Tomás de** “¡Bernabé. Bernabé!” Ed. Banda Oriental. Montevideo.
- 1988 **Vidal Rossi, Edith** “Del Guayra a las Falkland. (Memoriales olvidados del siglo XVIII)” Intendencia Departamental de Canelones, Canelones.
- 1989 **Acosta y Lara. Eduardo** “Salsipuedes 1831. Los Protagonistas” Revista del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay Vol. XXVI pp. 73-104. Montevideo.
- 1989 **Barrios Pintos, Aníbal** “Artigas. De los aborígenes cazadores al tiempo presente” T- 1 Ministerio de Educación y Cultura, Montevideo.
- 1989 **Barrios Pintos, Aníbal** “Paysandú. Historia general” T. I Intendencia de Paysandú, Montevideo.
- 1989 **Cabrera, Leonel** “El pasado que negamos” Anales VI Encuentro Nacional y IV Regional de Historia pp, 115-117. Montevideo.
- 1989 **Cabrera, Leonel** “Los “indios infieles” de la Banda Oriental y su participación en la guerra guaraníca” Revista Estudios Ibero-americanos XV-1 pp. 215- 227. Porto Alegre.
- 1989 **Corrales Elhordoy, Ángel** “Artillería española en Indias. Guerra Guaranítica”, Montevideo.
- 1989 **Giorgi, Diógenes de** “Martín del Barco Centenera cronista fundamental del Río de la Plata” Ediciones del Nuevo Mundo, Montevideo.
- 1989 **López Mazz, José- Bracco Boksar, Roberto** “Las sociedades prehistóricas: viejas y nuevas aproximaciones” Anales VI Encuentro Nacional y IV Regional de Historia pp. 107-114, Montevideo.

- 1989 **Porzecanski, Teresa** “Curanderos y caníbales. Ensayos antropológicos sobre Guaraníes, Charrúas, Terenas. Bororos y Adivinos”. Luis Retta Editor, Montevideo.
- 1989 (IX-X) **Rodríguez, Jorge Amílcar** “Poblamiento y formaciones socio-culturales prehistóricas en el Río Uruguay medio” Revista “Hoy es Historia” No. 35 pp. 56-67, Montevideo.
- 1990 **Cabrera, Leonel - Curbelo, María del Carmen** “Análisis de las estrategias adaptativas desarrolladas en el Uruguay medio” Anais da V Reuniao Científica da Sociedade de Arqueología Brasileira Revista Cepa Vol. 17 No. 20 pp. 359-369, Santa Cruz do Sul.
- 1990 **Grassi, Abayubá-Porta, Cristina** “El Estado Oriental y el etnocidio de la nación charrúa” Anales VII Encuentro Nacional y V Regional de Historia pp. 177-185, Montevideo.
- 1990 **Giorgi, Alvaro di- Iriarte, José - Segovia, Alejandro** “Aportes del Diario de Operaciones de Jorge Pacheco al conocimiento de los indígenas del Uruguay” Anales VII Encuentro Nacional y V Regional de Historia pp. 210-215, Montevideo.
- 1990 **Pollero, Raquel** “Estudio de la población de Tacuarembó en base a datos histórico-demográficos” Anales VII Encuentro Nacional y V Regional de Historia pp.216-226, Montevideo.
- 1990 **Solla Olivera, H.-Soiza Larrosa, A- Alfonso Peirano, R.** “Revisión de un estudio radiográfico sobre el esqueleto de Vaimaca Pirú” Anales del VII Encuentro Nacional y V Regional de Historia pp. 239-246, Montevideo.
- 1991 **Barrios Pintos, Aníbal** “Los aborígenes del Uruguay” Ed. Linardi y Risso, Montevideo.
- 1991 **Barrios Pintos, Aníbal** “Las cautivas” Almanaque del Banco de Seguros del Estado, Montevideo.
- 1991 **Cohe, R.- Hernández, A.** “Paleodieta en el Uruguay indígena” Instituto Uruguayo de Estudios Preuniversitarios, Montevideo.
- 1991 **Maggi, Carlos** “Artigas y su hijo el Caciquillo” Ed. Fin de Siglo, Montevideo.
- 1992 **Acosta y Lara, Eduardo** “Los charrúas y las Leyes de Indias en la Banda Oriental” Revista Nacional No. 238, Montevideo.
- 1992 **Cabrera, Leonel** “El indígena y la conquista de la Cuenca de la Laguna Merín” Ediciones del Quinto Centenario Universidad de la República. Montevideo.
- 1992 (III-IV) **González, Rodolfo – Rodríguez, Susana** “Los guaraní-misioneros en el poblamiento de la Banda Oriental del Uruguay” Revista Hoy es Historia No.50 pp. 63-70, Montevideo.

- 1992 **Fernández Cabrelli, Alfonso** “ El misterio de la creación de Santo Domingo Soriano” Revista Hoy es Historia Nos. 49 (pp. 28-33), 50 (30-38), 51(33-41), 52 (24-34). Montevideo.
- 1992 **Laguarda Trías, Rolando A.** “La carta más antigua escrita en territorio uruguayo”, Montevideo.
- 1992 **(II-IX) Michoelsson, Omar E.** “En búsqueda de un mundo indígena perdido” (Serie de notas) Semanario Batoví. Tacuarembó.
- 1992 **Mora, René** “La “Memoria” de Diego García de Moguer” Revista Hoy es Historia No. 51 pp. 42-53, Montevideo.
- 1992 **Mora, René** “Ulrico Schmidl, Cronista Indiano” Intendencia Departamental de Colonia, Colonia.
- 1992 **Porzecanski, Teresa** “Uruguay a fines del siglo XX: mitologías de ausencia y de presencia” en Hugo Achugar- Gerardo Caetano “Identidad uruguaya: ¿mito, crisis o afirmación?” Ed. Trilce pp. 49-61, Montevideo.
- 1992 **Rela, Walter** “Viajeros, marinos y naturalistas en la Banda Oriental del siglo XVIII” Ediciones de la Plaza, Montevideo.
- 1993 **Acosta y Lara, Eduardo** “La campaña de 1831 contra los charrúas. Revisión y comentarios”. Montevideo.
- 1993 **Cabrera, Leonel** “Situaciones de contacto y políticas indígenas coloniales para el área uruguaya y surbrasileña” Anales del III Congreso Internacional de Etnohistoria Universidad Nacional de Chile, Santiago de Chile.
- 1993 **(25/VIII) Lorier, Eduardo- Riva, Nina** “El Mestizaje. Los indios y nosotros” El Heraldo (edición especial). Florida.
- 1993 **(IV) Michoelsson, Omar E.** “La cautiva” (Serie de artículos) Semanario Batoví. Tacuarembó.
- 1993 **Pí Hugarte, Renzo** “Los indios de Uruguay” Colección Mapfre, Madrid. Reeditado en Uruguay 1999 Ed. Banda Oriental, Montevideo.
- 1994 **Brites, E.-Greising, C.- Leone, V.- Peluas, D.- Cayota, M.** “Historia de la Evangelización de la Banda Oriental (1516-1830)”, Montevideo.
- 1994 **Cabrera Pérez, Leonel** “¿Quiénes habitaron el Uruguay en los últimos 10.000 años? Hacia la construcción de un modelo” en “Aportes para el conocimiento de la prehistoria uruguaya” Ministerio de Educación y Cultura pp. 119-131, Montevideo.
- 1994 **Campal, Esteban** “La cruz y el lazo” Ed. Banda Oriental, Montevideo.
- 1994 **Curbelo, María del Carmen** “La cultura material prehistórica en nuestro territorio” en “Aportes para el conocimiento de la prehistoria uruguaya” Ministerio de Educación y Cultura, pp. 57-82, Montevideo.
- 1994 **Feijóo Seguin, María Luisa** “Los charrúas y sus creencias” Revista Hoy es Historia No. 64 pp.25-35, Montevideo.

- 1994 **Haber, Alicia** “Mitologías de ausencia en el arte uruguayo de hoy: las instalaciones de Rimer Cardillo y Nelbia Romero” en Ma. Amelia Bulhoes- Ma. Lucia Bastos Kern “Artes Plásticas na América Latina Contemporánea” Universidad Federal de Río Grande del Sur pp. 151-165. Porto Alegre.
- 1994 **(I-II) Hilbert, Klaus** “Aspectos de la arqueología en el Uruguay” Revista Hoy es Historia No. 61 pp. 77-89, Montevideo.
- 1994 **Sans, Mónica (compiladora)** “Bases para el estudio de la población uruguayaya” Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Montevideo.
- 1995 **Capdepont, Irina- Marozzi, Oscar** “El indígena en la guerra contra el Brasil” en “Arqueología en el Uruguay. VIII Congreso Nacional de Arqueología Uruguaya. 1994” pp. 262-266, Montevideo.
- 1996 **Barrios Pintos, Aníbal** “Santo Domingo Soriano. Su nacimiento y desarrollo en tierras entrerrianas y su traslado a la isla del Vizcaíno” Apartado Boletín Histórico del Ejército Nos. 291-293, Montevideo,
- 1996 **Cabrera, Leonel** “Antecedentes tempranos del bandeirismo en las áreas atlánticas del sur de Brasil y sus consecuencias socioculturales” VI Jornadas Internacionales Misiones Jesuíticas Universidade Estadual do Oeste do Paraná. Marechal Cândido Rondón.
- 1996 **Curel, Francois de** “Reseña sobre los indígenas de América del Sur y en particular sobre la tribu de los indios charrúas” (prólogo de Daniel Vidart) Ed. Vintén, Montevideo.
- 1996 **Padrón Favre, Oscar** “Ocaso de un pueblo indio. Historia del éxodo guaraní-misionero al Uruguay” Ed. Fin de Siglo, Montevideo.
- 1996 **Rivet, Paul** “Los últimos charrúas” (traducción de Mónica Sans) Ed. de la Plaza. Montevideo.
- 1996 **Verdesio, Gustavo** “La invención del Uruguay. La entrada del territorio y sus habitantes a la cultura occidental” Ed. Graffiti -Ed. Trazas. Montevideo.
- 1996 **Vidart, Daniel** “El mundo de los charrúas” Ed. Banda Oriental, Montevideo.
- 1997 **Bianchi, Diana** “Imágenes y realidades sobre la pobreza del indio en la Banda Oriental” en Luis Ernesto Behares-Oribe Cures (organizadores) “Sociedad y Cultura en el Montevideo Colonial” Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación-Intendencia de Montevideo pp.233-250. Montevideo.
- 1997 **Cabrera, Leonel** “El rol del ganado vacuno en la organización socio-económica del indígena de la Banda Oriental” IX Congreso Nacional de Arqueología Uruguaya. Colonia del Sacramento.

- 1997 **Cabrera, Leonel- Barreto, Isabel** “Indios, frontera y hacendados en el sur de la Banda Oriental” en Luis Ernesto Behares-Oribe Cures (organizadores) “Sociedad y Cultura en el Montevideo Colonial” Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación-Intendencia de Montevideo 251-264. Montevideo.
- 1997 **Padrón Favre, Oscar** “Salsipuedes: conclusión del conflicto interétnico Charrúa-Guaraní” IX Congreso Nacional de Arqueología Uruguay - Colonia del Sacramento y Cuadernos de Estudios Históricos y Sociales - Serie Guaraníes Misioneros” 1997.Durazno.
- 1997 **Porley, Rodolfo** “El laberinto de Salsipuedes” La República. Montevideo.
- 1997 **Santiago, Rafael de** “¿Por qué no estuvo la Infantería en la etapa final de la campaña contra los charrúas en 1831?” Boletín Histórico del Ejército Nos. 294-297 pp. 27-32, Montevideo.
- 1998 **Acosta y Lara, Eduardo** “Los dos Gervasios. Los minuanes y los charrúas eran así”, Montevideo.
- 1998 **Antón, Danilo** “El pueblo jaguar: lucha y sobrevivencia de los charrúas a través del tiempo” Ed. Piriguazú, Montevideo.
- 1998 **Bracco, Diego** “Guenoas” Ministerio de Educación y Cultura, Montevideo.
- 1998 **Cabrera, Leonel- Barreto, Isabel** “Los procesos de desintegración socio-cultural indígena durante el siglo XVI y comienzos del XVII en el sur del Brasil y Río de la Plata” IV Congreso Internacional de Etnohistoria, Lima
- 1998 **(V-IX) Morquio Blanco, Luis** “Un supuesto malón de los indios minuanes” Revista Desmemoria No. 18 pp. 188 - 193, Buenos Aires.
- 1998 **Rela, Walter** “El manuscrito de 1772. Noticia de la banda norte del Río de la Plata por el Marino Español Francisco Millau” Academia Uruguaya de Historia Marítima y Fluvial- Ed. El Galeón. Montevideo.
- 1999 **Arteaga, Juan José** “Las consecuencias del tratado de Madrid en la desarticulación de la frontera demográfica de la Banda Oriental 1750-1761” Centro de Difusión del Libro -MEC, Montevideo.
- 1999 **Bracco, Diego** “Una degollación de charrúas” Ed. Librería Retta, Montevideo.
- 1999 **Maggi, Carlos** “Artigas y el lejano norte” Ed. Fin de Siglo. Montevideo.
- 1999 **Morquio Blanco, Luis** “Breve reseña histórica de la Guardia de San Juan”, Montevideo.
- 1999 **Padrón Favre, Oscar** “No venimos sólo de los barcos”. Durazno. Reedición en Revista del Instituto de Estudios Genealógicos del Uruguay No. 23 (2000) pp. 250-260, Montevideo.

- 1999 **Padrón Favre, Oscar** “Artigas y los charrúas. Refutación a “Artigas y su hijo el Caciquillo”, Durazno.
- 1999 **Pi Hugarte, Renzo** “Historias de aquella “gente gandul”. Españoles y criollos vs. Indios en la Banda Oriental” Editorial Fin de Siglo, Montevideo.
- 2000 **(VIII/X) Miehoelsson, Omar E.** “Sucedió en lo del “Viejo Bonifacio” (Serie de artículos) Semanario Batoví, Tacuarembó.
- 2000 **Porzecanski, Teresa** “Indios, africanos e inmigrantes europeos: la búsqueda del origen en los nuevos discursos del imaginario uruguayo” en Catálogo de la exposición “Como el Uruguay no hay” pp. 83-103 Museo Municipal “J. M. Blanes”, Montevideo.
- 2001 **Abella, Gonzalo** “Nuestra raíz charrúa” Ed. Betum Sam, Montevideo.
- 2001 **Barreto, Isabel** “El sistema de rescates en el Río de la Plata: semejanzas y diferencias” en Arqueología uruguaya hacia el fin del milenio T. II pp. 197-204, Montevideo.
- 2001 **Barreto, Isabel** “Integración étnica y conformación familiar en Villa Soriano” en María Amanda Caggiano (editor) Milenio, Centro de Estudios en Ciencias Sociales y Naturales, Chivilcoy.
- 2001 **Marotta Castro, Wilde E.** “Los indios mansos de la Banda Oriental. Santo Domingo Soriano documentada”, Soriano.
- 2001 **Rela, Walter** “Hernandarias” Ed. El Galeón, Montevideo,
- 2002 **Acosta y Lara, Eduardo** “El país charrúa: reposición de trabajos sobre aborígenes del Uruguay” Ed. Linardi Risso, Montevideo.
- 2002 **Baeza, Jorge - Barrios Pintos, Anibal** “Glosario de Arqueología Uruguaya”, Montevideo.
- 2002 **Houot, Annie** “Un cacique Charrúa en París”, Montevideo.
- 2002 **Porzecanski, T.- Cabrera, L.- Padrón, O.** “Las raíces indígenas: mito y realidades” Revista “La Gaceta” Asociación de Profesores de Historia del Uruguay No. 22 pp. 1-27, Montevideo.
- 2002 **Rela, Walter** “Exploraciones portuguesas en el Río de la Plata 1512-1531” Pontificia Universidade Católica RGS, Porto Alegre.
- 2003 **Barris, Pilar** “La Banda Oriental antes de 1600”. Montevideo.
- 2003 **Consens, Mario** “El pasado extraviado: prehistoria y arqueología del Uruguay” Ed. Linardi y Risso, Montevideo.



“La idealización del charrúa nómada y del gaucho también trashumante –pilares de una identidad ficticia cargadas de ocultamientos– supuso el olvido por ese conglomerado humano que, sobre todo a partir del siglo XVIII, fue ocupando la tierra, afincándose en ella –unos blancos, otros indígenas o negros y muchos, a la postre, mestizos– llegando a constituir la verdadera matriz de nuestro ser colectivo.

Ese antepasado, que siendo estanciero, capataz, puestero, peón o agregado, levantó su rancho o casa de piedra en el casi desierto; que enfrentó, resistió y no pocas veces pagó con su propia vida los ataques de los indígenas de las tolдерías, de los portugueses o de las partidas de salteadores y hombres sueltos; el que a pesar de todos esos riesgos amansó ganados, cultivó la tierra y empuñó las armas cuando se lo pidió el rey, la patria o la divisa; que tuvo, aún en la soledad de nuestros campos, esposa e hijos, fundando los linajes de los numerosos pagos, que constituyeron las verdaderas piedras sillares de nuestra población nacional”.

ISBN: 978-9974-8249-7-3



9 78 9974 8249 73